



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Lingüística

Análisis de la variación sociopragmática regional de los marcadores interrogativos de control de contacto en el corpus PRESEEA

Informe final de Taller de Tesis para optar al grado de Magíster en Lingüística
Española

Alumno: Jorge Sandoval Cárcamo

Profesor guía
Abelardo San Martín Núñez

Santiago-Chile
2021

AGRADECIMIENTOS

A mi familia. A mi mamá Blanca Cárcamo Guerrero, a mi abuela María Guerrero Guerrero, a mis hermanos Benjamín Sandoval Cárcamo y Felipe Castro Cárcamo. Gracias por ser el apoyo e inspiración fundamental.

Al profesor Abelardo San Martín, por las sugerencias pertinentes y el apoyo constante.

A los/as compañeros/as del programa de Magíster en Lingüística mención Lengua Española de la Universidad de Chile, por los consejos y el ánimo positivo.

A mis amigos Bastián Rupayan, Matías Aguayo, Ariel Dianta, entre otros, por alentarme en todo momento.

A las personas que ya no forman parte de mi vida pero que en su momento me dieron su apoyo incondicional.

A Valentina Ortega y Gabriela Ibarra por apoyarme en el último tramo de este proceso.

Al levantamiento popular y a la clase trabajadora.

A Ana María Cestero (PRESEEA-MADRID), Pedro Martín Butragueño (PRESEEA-CIUDAD DE MÉXICO), Matilde Vida Castro, Juan Villena Ponsoda y Antonio M. Ávila Muñoz (PRESEEA-MÁLAGA), por facilitar de manera desinteresada y oportuna los materiales de sus corpus respectivos.

A todos/as quienes me apoyaron y dieron ánimo, muchas gracias.

ÍNDICE

1. ÍNDICE.....	3
2. RESUMEN.....	4
3. INTRODUCCIÓN.....	5
3.1. Naturaleza y alcance.....	7
3.2. Objetivos e hipótesis.....	7
3.3. Justificación del problema.....	9
3.4. Plan de la exposición.....	9
4. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA.....	11
4.1. Los marcadores del discurso.....	11
4.1.1. Clasificación de los marcadores del discurso.....	15
4.1.2. Los marcadores interrogativos de control de contacto.....	17
4.1.3. Los marcadores discursivos y la variación sociopragmática regional.....	25
4.2. Las variables extralingüísticas.....	28
4.2.1.1. La variable sexo-género.....	29
4.2.1.2. La variable etaria.....	31
4.2.1.3. La variable nivel educativo.....	34
4.2.1.4. La variable profesión u ocupación.....	36
4.2.1.5. La variable geográfica.....	41
5. METODOLOGÍA.....	45
5.1. Consideraciones metodológicas generales.....	45
5.2. Esquema operativo.....	46
5.3. Corpus.....	46
5.4. El Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América (PRESEEA).....	47
5.5. Caracterización de la muestra.....	50
5.5.1. Santiago (Chile).....	52
5.5.2. Ciudad de México.....	53
5.5.3. Madrid.....	54
5.5.4. Málaga.....	55
5.6. Procedimiento analítico.....	56
6. PRESENTACIÓN Y ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS.....	57
6.1. Comportamiento pragmático de los marcadores interrogativos de control de contacto.....	57

6.1.1.	Consideraciones generales.....	57
6.1.2.	Marcadores interrogativos de control de contacto más frecuentes desde un punto de vista pragmático.....	68
6.2.	Análisis sociolingüístico de los marcadores interrogativos de control de contacto.....	89
6.2.1.	Los marcadores interrogativos de control de contacto de Santiago (Chile) desde un punto de vista sociolingüístico.....	90
6.2.1.1.	Sexo-género.....	91
6.2.1.2.	Edad.....	95
6.2.1.3.	Nivel educativo.....	99
6.2.2.	Los marcadores interrogativos de control de contacto de Ciudad de México desde un punto de vista sociolingüístico.....	103
6.2.2.1.	Sexo-género.....	104
6.2.2.2.	Edad.....	108
6.2.2.3.	Nivel educativo.....	113
6.2.3.	Los marcadores interrogativos de control de contacto de Madrid desde un punto de vista sociolingüístico.....	118
6.2.3.1.	Sexo-género.....	119
6.2.3.2.	Edad.....	124
6.2.3.3.	Nivel educativo.....	129
6.2.4.	Los marcadores interrogativos de control de contacto de Málaga desde un punto de vista sociolingüístico.....	134
6.2.4.1.	Sexo-género.....	134
6.2.4.2.	Edad.....	139
6.2.4.3.	Nivel educativo.....	145
6.2.5.	Variable profesión.....	153
6.2.6.	Variable geográfica: los marcadores interrogativos de control de contacto del español.....	162
7.	CONCLUSIONES Y PROYECCIONES.....	181
8.	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	188

RESUMEN

Los estudios sobre la variación sociopragmática de los marcadores del discurso en lengua española han tenido un gran desarrollo en los últimos años (cf. Briz et al., 2008, Jorgensen, 2012, Valencia y Viguera, 2015 y Santana, 2017). El presente trabajo de tesis se inserta en esta área con el propósito de analizar la variación sociopragmática regional de las partículas discursivas denominadas como “Marcadores interrogativos de control de contacto” (San Martín, 2011) en 144 entrevistas de Santiago (Chile), México D. F., Madrid y Málaga (corpus PRESEEA). En primer lugar, el estudio consta de un análisis pragmático de este tipo de marcadores; en segundo lugar, de un análisis de la distribución sociolingüística de su empleo según los factores sociodemográficos: sexo-género, edad, nivel educativo, origen geográfico y profesión. Nuestro afán es comparar los hallazgos sociopragmáticos de cada variedad abordada con el propósito de ofrecer un panorama sociopragmático regional general del empleo de estas partículas en nuestra lengua. Los resultados demuestran que estos marcadores cumplen una función fáctica de base que puede incluir subvalores como la estructuración, justificación o comprobación (del entendimiento o de la opinión del oyente) discursiva. Asimismo, *¿no?* es el marcador más empleado en los sujetos de la muestra ya que ostenta la mayoría de uso en tres de las cuatro comunidades de habla (Ciudad de México, Madrid y Málaga). Esta es una partícula frecuente en profesiones como profesor/a o abogado/a. En Ciudad de México este marcador es empleado preferente por hombres jóvenes de nivel educativo alto, en Madrid por hombres adultos de nivel educativo medio y en Málaga por mujeres jóvenes de nivel educativo medio y alto. Por su parte, en Santiago de Chile es mayormente empleado *¿cachái?*, sobre todo por hombres jóvenes de nivel educativo bajo. Por último, cabe destacar que esta investigación se enmarca en el proyecto FONDECYT N°1190191 “Los marcadores del discurso en el español hablado en las dos orillas: análisis de su variación pragmática regional en España y América”.

Palabras claves: Marcadores discursivos, Marcadores interrogativos de control de contacto, Sociolingüística, Pragmática, Variación regional.

1. INTRODUCCIÓN

2.1 NATURALEZA, ALCANCE Y JUSTIFICACIÓN DEL PROBLEMA

En los estudios referidos a los marcadores discursivos, varios han sido los avances que en este comienzo de siglo se han realizado (cf. Briz et al., 2008, Fuentes, 2009, Valencia y Viguera, 2015, Cestero, 2019, Sandoval y San Martín, 2020). Principalmente, para el caso de la lengua española, se ha trabajado en cuanto a la descripción y el análisis del comportamiento de estas partículas en cada dialecto particular. Sin embargo, a pesar de su relevancia en los procesos de inferencia comunicativos y en los fenómenos de variación sociolingüística, la variación socio-dialectal de su empleo está entre las dimensiones menos abordadas en el estudio de esta materia (cf. Carbonero y Santana, 2010; San Martín, 2015). Asimismo, aunque se ha estudiado el empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto en variedades hispánicas como Santiago (Chile), Buenos Aires, Ciudad de México o Sevilla, (cf. San Martín, 2011; Boretti, 1999; Orozco, 2014; Santana, 2017), como señalan Santana y Borzi (2020), “son menos comunes los [estudios] que adoptan un enfoque contrastivo y se centran en describir las semejanzas y las diferencias entre dos o más comunidades de habla” (57) por lo que, hasta el momento, para el caso de las comunidades hispanohablantes estudiadas (Santiago de Chile, Ciudad de México, Madrid y Málaga) no existen estudios que permitan determinar discrepancias y puntos en común en cuanto a este tipo de marcadores del discurso¹.

En particular, los hallazgos en la variación sociopragmática de estas partículas, se ha distribuido de forma variada en diferentes zonas hispanohablantes. Por ejemplo, en Santiago (Chile) es característica la mayor frecuencia de *¿cachái?* (cf. San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018); en Buenos Aires de *¿me entendés?* (Boretti, 1999), en Ciudad de México y Colombia (Nariño) de *¿no?* (cf. Orozco, 2014; Ramírez, 2019), y en Madrid de *¿sabes?* (cf. Molina, 2005). Asimismo, siguiendo los resultados de estudios como Valencia y Viguera (2015) u Olivares (2019), al parecer *¿no?* se emplea frecuentemente tanto en Latinoamérica

¹ El único precedente similar es Santana (2017), trabajo de gran importancia para nuestra investigación. La autora estudia los marcadores interrogativos de control de contacto en 12 ciudades hispanohablantes (no se incluye a Málaga). La perspectiva que adopta es sociolingüística a través del estudio de las variables sexo-género y edad, sin embargo, analiza solamente el habla de sujetos de nivel educativo alto, por lo que consideramos pertinente ejecutar nuestro estudio para ofrecer un panorama sociolingüístico más completo.

como en la península ibérica. De igual forma, estudios sociolingüísticos anteriores (cf. San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018) han demostrado la relevancia del factor etario en el estudio de, en específico, los marcadores interrogativos de control de contacto y, en general, de los marcadores discursivos.

A este respecto, con el propósito de aportar en esta área, este trabajo busca describir el empleo de los marcadores del discurso que respondan a la forma interrogativa y a la función de control de contacto en las variedades de Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga, para así ofrecer un panorama general del comportamiento sociopragmático de estas partículas. Para esto, se estudiarán 144 entrevistas sociolingüísticas del corpus PRESEEA (36 por cada variedad geográfica) y se analizarán a partir de su comportamiento sintáctico-pragmático y sociolingüístico (variables sociodemográficas de sexo-género, edad, nivel educativo, origen geográfico y profesión). De este modo, los resultados de este trabajo, en el marco del proyecto FONDECYT regular N°1190191 “Los marcadores del discurso en el español hablado en las dos orillas: análisis de su variación pragmática regional en España y América”, a cargo de Abelardo San Martín, aspiran a ser de utilidad para la conformación de manuales sociopragmáticos generales de habla hispana abordados en un posible impacto en la enseñanza del español como lengua materna o extranjera. Es decir, la relevancia de este estudio podría aportar, por un lado, en la dilucidación de posibles confusiones de interpretación de enunciados entre hablantes de variedades geolectales y, por otro, en la determinación de las partículas más o menos frecuentes del español, en general, y de sus variedades geográficas, en específico.

1.2.OBJETIVOS E HIPÓTESIS

Principalmente, para el caso de la lengua española, se ha trabajado en cuanto a la descripción y al análisis del comportamiento de estas partículas en cada dialecto particular. Sin embargo, a pesar de su relevancia en los procesos de inferencia comunicativos y en los fenómenos de variación sociolingüística, la variación socio-dialectal de su empleo está entre las dimensiones menos abordadas en el estudio de esta materia (cf. Carbonero y Santana, 2010; San Martín, 2015). Asimismo, aunque se ha estudiado el empleo de estas partículas en variedades hispanohablantes como Santiago (Chile), Buenos Aires, Ciudad de México o Sevilla, (cf. San Martín, 2011; Berotti, 1999; Orozco, 2014; Santana, 2017), como señalan Santana y Borzi (2020), es menos frecuente que los estudios de esta índole adopten un enfoque contrastivo y se centren en describir semejanzas y diferencias entre dos o más comunidades de habla. En este sentido, hasta el momento, no existe un estudio general que permita plasmar diferencias y similitudes en cuanto a este tipo de marcadores del discurso en las comunidades de habla relevadas. En consecuencia, este trabajo busca aportar en esta dirección analítica y se proponen los siguientes objetivos:

Objetivo general: Describir la variación sociopragmática regional del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto en el corpus PRESEEA, en particular, en las muestras de Santiago (Chile), México D. F., Madrid y Málaga.

Objetivos específicos:

1. Describir el empleo de los marcadores del discurso que respondan a la forma interrogativa y a la función de control de contacto en cada variedad regional seleccionada.
2. Correlacionar la frecuencia de uso de estos marcadores con las variables sociolingüísticas de sexo-género, edad, nivel educativo, profesión y lugar de nacimiento/residencia de los sujetos de las variedades regionales seleccionadas.
3. Comparar los hallazgos sociopragmáticos del comportamiento de cada marcador analizado en cada variedad regional seleccionada.

Hipótesis:

- 1) Existen marcadores interrogativos de control de contacto “panhispánicos”, esto es, cuyo empleo es transversal a diferentes variedades en contraposición a otros de uso local.

- 2) El marcador discursivo *¿no?* es el que presenta la mayor frecuencia de uso de la función de control de contacto en la muestra analizada.
- 3) La edad de los sujetos es la variable sociodemográfica más sensible al empleo de los marcadores de control de contacto en la muestra.

2.3.JUSTIFICACIÓN DEL PROBLEMA

Este estudio busca aportar, por un lado, a los estudios generales de los marcadores discursivos en habla hispana y, por otro, a los estudios en específico de la función de control del contacto que ciertas partículas cumplen. De esta forma, como se viene sugiriendo, aunque han sido vastos los trabajos que exploran la funcionalidad de los marcadores interrogativos de control de contacto particulares para algunas variedades geográficas hispanoamericanas, hace falta un estudio contrastivo que permita establecer diferencias y similitudes entre estas y que, por lo tanto, determine cuáles son de uso general (panhispánicos) y cuáles de uso local. A este respecto, como se comentó anteriormente, este trabajo considera que, a la luz de trabajos como Orozco (2014), Valencia y Viguera (2015) y Olivares (2019) la partícula *¿no?* es el marcador interrogativo de control de contacto más frecuente en la muestra.

2.4.PLAN DE LA EXPOSICIÓN

Para una mejor comprensión de esta investigación, los contenidos se organizaron de la siguiente manera después de la introducción:

Marco teórico: en esta sección se presentan los principales lineamientos teóricos que delimitan este trabajo. En primer lugar, se desarrolla el concepto de marcador del discurso desde su delimitación, clasificación y funciones, enfocándose en el control del contacto (función fática). En segundo lugar, se desarrollan teóricamente las variables sociales relevadas por este estudio, a saber: sexo-género, edad, nivel educativo, origen geográfico y profesión.

Metodología: en esta sección se delimita el método de investigación empleado en este trabajo para la selección, conformación y análisis del corpus utilizado. En particular, se señalan las

características de la entrevista empleada para la recogida de los datos y las variables independientes consideradas en el estudio.

Presentación y análisis de los resultados: en esta sección, se presentan y discuten los resultados de la revisión de la muestra y la aplicación del marco teórico. Se presentan los marcadores que respondieron a la función de control del contacto en cada variedad y se comentan las principales características de su comportamiento sintáctico-pragmático. Más adelante, se presentan los resultados de la correlación de estas partículas discursivas con los factores sociales pertinentes para este trabajo en cada variedad geográfica relevada.

Conclusiones: en este último apartado, se presentan las ideas más relevantes y generales de este estudio en el sentido de un resumen final al estudio de los marcadores de control de contacto y su variación sociopragmática regional. Además, se explicitan algunas limitaciones y proyecciones futuras en cuanto al estudio de la temática abordada en el campo de estudio.

3. FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA

3.1. LOS MARCADORES DEL DISCURSO

Los estudios sobre los marcadores del discurso han sido relevantes a partir de la segunda mitad del siglo XIX hasta la actualidad. No obstante, existen diferencias entre la crítica en cuanto a su definición y clasificación. En consecuencia, autores como Ascherberg y Loureda (2011) señalan que, para esta función de “marcación” discursiva, los siguientes términos han sido más frecuentemente empleados por la literatura: *enlaces extraoracionales*, *conectores*, *conectores discursivos*, *conectores pragmáticos*, y *partículas discursivas*. Al respecto, preferiremos el término *marcador del discurso*, tomándolo como sinónimo de *partícula discursiva*, siguiendo la tendencia propuesta principalmente por Portolés, (1998) y Martín Zorraquino y Portolés, (1999) quienes se refieren al concepto de marcador del discurso como:

unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional –son, pues, elementos marginales– y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación (Martín Zorraquino y Portolés, 1999:4057).

Como se observa, esta definición señala las características más relevantes de este tipo de partículas, a saber: i) la invariabilidad morfológica, ii) la marginalización de la predicación oracional y, iii) el rol de “guía” de las inferencias comunicativas. Estas propiedades reflejan las influencias teóricas que han aportado en la definición de esta materia. A este respecto, como señalan Aschenberg y Loureda (2011), las contribuciones más significativas provienen de la pragmática, principalmente desde enfoques como los siguientes: 1) Teoría de la Relevancia, 2) Teoría de la Argumentación y 3) Análisis conversacional. Estos aportes relevan una perspectiva del habla por sobre paradigmas enfocados en lenguaje escrito (Lingüística del texto), en los cuales se realza la importancia de la cohesión y la coherencia a través de la consideración de estas partículas como “conectores”. A este respecto, este estudio acoge las sugerencias de Loureda y Acín (2010) y considera que este tipo de partículas cumplen un rol más allá de la mera “conexión” del discurso. Por consiguiente, se prefiere una concepción más amplia de marcador discursivo que permita acercarse a este fenómeno desde esferas más sociopragmáticas, esto es, dimensiones del discurso como las

del hablante, del contexto o la situación, y la del contacto entre interlocutores, lo que supone ir más allá del solo hecho de considerar como criterios a la cohesión y la coherencia textual, como enfatizan, por ejemplo, Mederos (1988) o Casado (1993).

Por otro lado, como las partículas discursivas pueden ser palabras o recursos gramaticales que adoptan funciones discursivas (extraoracionales), la literatura sobre esta materia también ha trabajado el grado de *gramaticalización* de los marcadores discursivos. Esta perspectiva permite rastrear la relación entre niveles más profundos de la lengua (morfología y léxico) y niveles más superficiales o superiores (sintaxis y discurso), pues las formas lingüísticas, en general, no son entes estáticos, sino que están en constante cambio dependiendo del uso que los hablantes de una lengua les asignen. Debido a esto, los marcadores del discurso tienen primeramente una base semántico-léxica que los hace formas lingüísticas de una lengua con un significado. No obstante, el empleo de estas partículas en diferentes contextos comunicativos (entre otros factores) permite modificar estas características semánticas de base y cumplir roles en nuevos contextos discursivos. Esto refiere al carácter creativo de las lenguas y ha sido estudiado desde la teoría de la gramaticalización (cf. Heine, 2003; Company, 2004) como procesos graduales en los que las formas y opciones gramaticales de una lengua se gramaticalizan haciéndose más invariables y cambiando sus funciones.

Por lo tanto, los marcadores discursivos pueden provenir de distintas formas morfosintácticas y semánticas de base, manteniendo en mayor o menor grados sus propiedades lingüísticas. Al respecto, Martín Zorraquino (1998: 52) realiza una clasificación gramatical de la cual procederían los marcadores del discurso. Esta clasificación es la siguiente:

- 1) unidades que proceden de las conjunciones,
- 2) entidades que proceden de preposiciones más o menos gramaticalizadas y las que reflejan ciertos adverbios y locuciones adverbiales,
- 3) marcadores que reflejan adverbios o locuciones adverbiales que afectan a oraciones enteras y que pueden poner en relación enunciados distintos y
- 4) unidades con un estatuto próximo a las interjecciones, dentro de lo cual, las conjunciones serían las unidades que presentan menor autonomía sintáctica, mientras que las interjecciones sería las con mayor autonomía.

Como señala esta autora, si bien los marcadores discursivos no llegan a formar clases de palabras, su clasificación atiende a aspectos funcionales (semántico-pragmáticos) y es claro

que el tratamiento tradicional de meras “partes invariables del discurso” (adverbios, conjunciones, preposiciones, etc.) no es suficiente, ya que estas partículas estarían ligadas, como se ha dicho, a propiedades y funciones de carácter pragmático, las cuales pueden contener un significado distinto del gramatical. No obstante, este tipo de acercamiento morfológico y semántico a los marcadores discursivos (muy provechoso, por lo demás), no será focalizado en nuestro trabajo debido al énfasis sociopragmático de nuestro estudio.

Por otro lado, el estudio sociopragmático de los marcadores discursivos no solo implica descripciones de cómo las distintas partículas discursivas cumplen cierta función, sino que también la posición discursiva que ocupan estos dentro de la enunciación y los cambios de sentido que pueden adquirir dependiendo de ella, son relevantes. Al respecto, Briz y Pons (2010) consideran que la función pragmática de una partícula en una situación comunicativa se vincula a su posición en el enunciado y a sus posibilidades morfosintácticas de combinación. De esta forma, “la variación funcional de los marcadores discursivos está limitada por su posición discursiva y por el tipo de unidad en que se integra” (Briz y Pons, 2010: 2). El sistema que sugieren estos autores tiene un punto de partida en el eje de lo dialógico y lo monológico:

- *Intervención*: unidad máxima monológica que corresponde a distintos interlocutores.
- *Intercambio*: combinación de dos intervenciones, esto es, *intervención iniciativa*: intervención que provoca o intenta provocar habla posterior, y *intervención reactiva*: intervención que es la respuesta o reacción.
- *Turnos*: desde un punto de vista del nivel social, son las intervenciones que contribuyen al avance temático del discurso.
- *Diálogo*: es lo que se forma con uno o varios intercambios y sus límites son una intervención-turno iniciativa por arriba (cambio de tópico) y una intervención reactiva por abajo (fin del tópico).
- *Acto*: es el constituyente inmediato de las intervenciones y se trata de una unidad que representa por sí misma una acción comunicativa y que, por lo tanto, es aislable.

Con respecto a los *actos*, también estos autores determinan una sub-estructuración, a saber, la de *subactos*, los que son los segmentos mínimos en que puede quedar dividido un acto. Dentro de esto, existen marcadores discursivos que pueden 1) ser un acto por sí mismos, 2) relacionar un subacto con otro o 3) solo afectar a un subacto. Entonces, como se aprecia existe una diferencia entre lo que habitualmente se conoce como posición morfosintáctica y la posición en el enunciado. Por consiguiente, siguiendo a Briz y Pons (2010), en este estudio

consideraremos más exacto hablar de “posición inicial de diálogo, posición inicial de intervención iniciativa o reactiva, posición inicial de acto o posición inicial de subacto” (Briz y Pons, 2010: 5) del mismo modo para posiciones intermedias o finales.

Por último, así como la posición discursiva de este tipo de partículas es relevante para determinar los valores y subvalores pragmáticos asociados, el tipo de género o secuencia discursiva también es un aspecto importante por considerar. A este respecto, la tipología textual es una forma de organizar la diversidad textual y de clasificar los distintos textos a partir de diferentes criterios adoptados por las disciplinas teóricas. Como señalan trabajos como Charadeau (2004) o Loureda (2003), los principales modelos de categorización textual pueden organizarse a partir de los criterios propuestos por sus teorías de base. Los modelos relevados son los siguientes: 1) tipologías que parten de características verbales (Biber, 1985); 2) Tipologías que tienen en cuenta características pragmáticas (Adam, 1992); 3) Tipos textuales según criterios de clasificación múltiples (Brinker, 1988); 4) Tipologías de varios niveles de clasificación (Heinemann y Vieweger, 1991) y 5) Perspectiva lingüística funcional (Eggins y Martin, 2003). Dentro de esto, para el caso de nuestro estudio, será importante la tipología que tienen en cuenta características pragmáticas (sobre todo Adam, 1992) debido a la naturaleza de nuestro objeto de estudio.

Dentro de los tipos de texto que se basan en criterios pragmáticos, Adam (1992) desarrolla la “Teoría de las secuencias textuales”. Según este autor, la secuencia textual es la unidad de composición inferior al texto constituida por un conjunto de proposiciones que presentan una organización interna que le es propia. Al respecto, J. Adam considera que no puede hablarse de tipos de texto porque no existen textos puros en cuanto al tipo de texto al que pertenecen, sino que los textos se caracterizan por su complejidad compositiva y su tipología heterogénea. De este modo, no se puede hablar de un texto puramente argumentativo puesto que, como unidad comunicativa, presentará, además, fragmentos o secciones informativas, narrativas, diálogos, etc. Por ende, es más preciso guiarse por el concepto de secuencias textuales que presenta una estructura jerárquica compleja entre cada secuencia. Por su parte, entonces, Adam distingue cinco secuencias textuales prototípicas: narrativa, descriptiva, argumentativa, explicativa, y dialogal. Estas secuencias, como se viene comentando, habitualmente se integran a un texto de manera encadenada y diversa. Es por esto por lo que

el autor propone distinguir entre secuencias dominantes y secundarias y entre secuencias envolventes e incrustadas. Por un lado, la secuencia dominante es aquella que se manifiesta con una presencia mayor en el conjunto del texto. De este modo, un texto será de tipo narrativo, descriptivo, explicativo o argumentativo si las secuencias dominantes lo son. La secuencia secundaria es aquella que está presente en el texto sin ser la dominante (Adam, 1992). Por otro lado, si una secuencia constituye el marco en que otras secuencias pueden aparecer incrustadas, se le llama secuencia envolvente. Por ejemplo, un artículo de opinión, la secuencia que enmarca y da sentido al texto es la argumentativa, pero, de todos modos, pueden incrustarse y dominar en secciones, secuencias narrativas o explicativas. En suma, este tipo de clasificación textual sirve a nuestro estudio (y, dicho sea de paso, a PRESEEA, el macro corpus empleado por este estudio) puesto que refleja la heterogeneidad de tipos de géneros discursivos y cómo estos son empleados en la espontaneidad comunicativa; el cómo los interlocutores construyen sus enunciados en la cadena enunciativa.

3.1.1. CLASIFICACIÓN DE LOS MARCADORES DISCURSIVOS

Con respecto a la clasificación de los marcadores del discurso, según Aschenberg y Loureda (2011), existe una propuesta clasificatoria desarrollada por Martín Zorraquino y Portolés (1999), la que es comúnmente más aceptada. No obstante, esta convive con otras clasificaciones como la de Briz (1998), Loureda y Acín (2010) o Cortés y Camacho (2005). Por su parte, Martín Zorraquino y Portolés (1999: 4080-4081) proponen cinco clases de funciones, a saber:

- 1) *Estructuradores de la información*, aquellos que cumplen el rol de organizar el material discursivo,
- 2) *Conectores*, marcadores que vinculan semántica y pragmáticamente dos miembros del discurso, a la vez que guían las inferencias que el hablante espera del interlocutor,
- 3) *Reformuladores*, los cuales introducen un miembro del discurso como una mejor forma de expresión de lo dicho anteriormente,
- 4) *Operadores argumentativos*, que condicionan las posibilidades argumentativas del miembro del discurso al que pertenecen, pero sin relacionarlo con otro y
- 5) *Marcadores conversacionales*, descritos como los elementos discursivos que aparecen en la conversación, cada uno con sub-funciones respectivas.

Esta clasificación, recibe aportes de los enfoques pragmáticos, en los que se consideran categorías interaccionales como la *modalización* o la *intensificación*. Siguiendo esta línea, Briz (1998) considera cuatro categorías para el estudio de los marcadores discursivos según su funcionalidad pragmática, esto es:

- 1) la conexión; *conectores* (*además, por un lado, por otro lado*), que asumen la función de la organización del discurso,
- 2) la modalización; *modalizadores discursivos* que proyectan la actitud del hablante hacia un estado mental que se desea comunicar ya sea intensificando o atenuando (*eso sí, bueno*),
- 3) la focalización; *focalizadores* que destacan un elemento expreso –el foco– frente a una alternativa expresa o sobreentendida (*incluso, tampoco*) y
- 4) la función de control del contacto, centrado en la relación hablante-oyente (*¿eh?*).

De manera similar, Cortés y Camacho (2005: 26), presentan una categorización a partir de dos grandes grupos, a saber:

- a) *Marcadores textuales*: tienen una función de articulación lógico-lingüística entre fragmentos del discurso, por lo tanto dirigen la comprensión referencial del oyente. Ejercen esencialmente como mecanismos de cohesión y coherencia y reducen así el esfuerzo cognitivo del receptor.
- b) *Marcadores interaccionales*: que tienen la función de orientar al oyente sobre las inferencias que tiene que hacer a propósito de las relaciones socioafectivas entre hablantes. El sentido socioafectivo encierra una idea subjetiva de la realidad que el hablante transmite consciente o inconscientemente al oyente, y que se cierra cuando emisor y receptor tienen claro lo que “se traen entre manos” con la conversación.

Esta categorización, al igual que la de Briz (1998), releva o agrega la dimensión interaccional de las partículas discursivas y distingue entre una esfera textual y otra interaccional, en la cual se vinculan las dimensiones de hablante y oyente. Ante este panorama de clasificaciones, creemos que no existen grandes diferencias, por lo que, el tipo de partículas que nos ocupa pueden ser un subtipo de *marcador conversacional*, según Martín Zorraquino y Portolés (1999), un *marcador interaccional*, según Cortés y Camacho (2005) y un *marcador interrogativo de control del contacto*, según autores como Briz (1998) o San Martín (2011). Por consiguiente, se prefiere este último término pues creemos se entiende el fenómeno desde una panorámica amplia que aún los puntos de vista antes discutidos. A continuación, en el siguiente apartado, se discute con mayor detalle este tipo de marcador.

3.1.2. LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO

Dentro de los estudios de los marcadores discursivos, varios avances se han logrado, principalmente desde investigaciones sociopragmáticas, con respecto a un tipo de marcador específico; los marcadores interrogativos de control de contacto, sobre todo desde fines de siglo XX hasta la actualidad. En particular, en cuanto a la lengua española, varios problemas y discusiones teóricas acerca de la definición, límites y funciones de estas partículas han surgido en la crítica especializada.

A este respecto, los marcadores de control de contacto son una de las clases de partículas discursivas que, como bien señala Briz (2001), se refieren a:

Partículas de tipo metadiscursivo que manifiestan la relación entre los participantes de la conversación, sujeto y objeto de la enunciación, y de éstos con sus enunciados refuerzan o justifican los razonamientos de los hablantes ante su(s) interlocutores(es), sean argumentos o conclusiones; bien como retardos para mantener o comprobar el contacto; o como fórmulas exhortativas y apelativas que implican activamente al interlocutor (Briz 2001: 224-225).

En consecuencia, elementos lingüísticos como *¿no?*, *¿eh?*, *¿sí?*, *¿comprendes?*, *¿verdad?*, y otros como *oye*, *escucha*, *mira*, *fíjate*, se adscriben a este tipo de partículas.

Ahora bien, uno de los problemas de confusión centrales en este objeto de estudio se refiere a su denominación. A menudo, existe una amplia diferencia en la nomenclatura que se utiliza para denominar este fenómeno: *marcadores de control de contacto* (Briz, 2001; San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018), *enfocadores de alteridad* (Martín Zorraquino y Portolés, 1999), *conectores de control de contacto* (Briz, 2001), *apéndices interrogativos de control de contacto* (Cestero, 2019), *preguntas confirmatorias* (Moccerro, 2010), entre otras denominaciones. Esto se debe, en gran medida a dos asuntos. Por un lado, cómo es de presumir, cada estudio presenta de forma distinta su objeto de estudio en respuesta a sus objetivos y perspectivas de trabajo. Por consiguiente, aunque pareciesen tener un funcionamiento y forma muy similar (referido al control del contacto), *marcadores de control de contacto*, *conectores de control de contacto* y *apéndices de control de contacto*, se denominan de manera diferenciada. Por otro lado, en varias ocasiones se aprecia cómo se confunde o no queda del todo claro, la existencia de funciones centrales y de sus respectivas subfunciones. En consecuencia, es común que se utilicen como sinónimos términos nucleares como *enfocadores de la alteridad* y *apéndices comprobativos* (cf. Orozco, 2014).

Por lo tanto, en lo que respecta a aspectos denominativos, ha existido gran desacuerdo y confusión. A este respecto, la delimitación de Cestero (2019) considera que este tipo de unidades, aunque polifuncionales, poseen una función básica e inherente: la función fática del lenguaje. Esta función, en sus palabras, puede concebirse como:

un canal físico y una conexión psicológica entre el emisor y el destinatario, que permite tanto al uno como al otro establecer y mantener la comunicación, y predomina cuando un emisor utiliza elementos o construcciones lingüísticas o no verbales con el fin de establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, asegurarse de que el canal de comunicación está abierto y funciona, llamar la atención del interlocutor o confirmar si su atención se mantiene (3-4).

Sin embargo, además de estar caracterizada por esta función básica, estas unidades poseen valores específicos en el momento de la actividad comunicativa en la que se emplean. De esta forma, según a qué nivel afectan y qué función cumplen en la comunicación, estos elementos “fáticos” adquieren otras subcategorizaciones, las que se presentan resumidas a continuación (adaptado de Cestero, 2019: 5):

Subfunciones de la función fática:

- Asegurarse de que el canal de comunicación está abierto y funciona, esto es, confirmar que se mantiene la atención y el seguimiento: *¿no?*, *¿verdad?*, *¿me entiendes?*, *¿me sigues?*, etc. (apéndices interrogativos).
- Establecer, prolongar o terminar la comunicación, función realizada, en el turno de habla, a través de los denominados marcadores discursivos de ordenación: *Bueno, pues, bien...*; *y, entonces, claro...*; *y ya está, y eso*, etc.
- Llamar la atención del interlocutor: *oye, mira, fíjate, hombre*.

En consecuencia, términos que hagan alusión al “control del contacto” -como *conectores*, *apéndices* o *marcadores*-, parecieran apuntar a esta condición en la que la función fática es primordial y básica. Asimismo, la subfunción que reconoce Cestero (2019), referida al “llamado de atención del interlocutor” se puede asimilar a lo que Martín Zorraquino y Portolés (1999) señalaban con respecto al término *enfocadores de alteridad*: “conjunto de unidades que coinciden en que apuntan, en su origen, fundamentalmente, al oyente (*oye, mira*, etc) y, en alguna ocasión, a ambos interlocutores (*vamos*).” (4171) en tanto, como se aprecia, ambas clases apuntan a fenómenos idénticos. De igual forma, según Cestero (2019), existiría una diferencia entre cada tipo de *apéndice*: confirmativos (*¿no?*, *¿verdad?*, *¿sí?*, etc.) y justificativos (*¿sabes?*, *¿comprendes?*, *¿entiendes?*, entre otros). Los primeros se

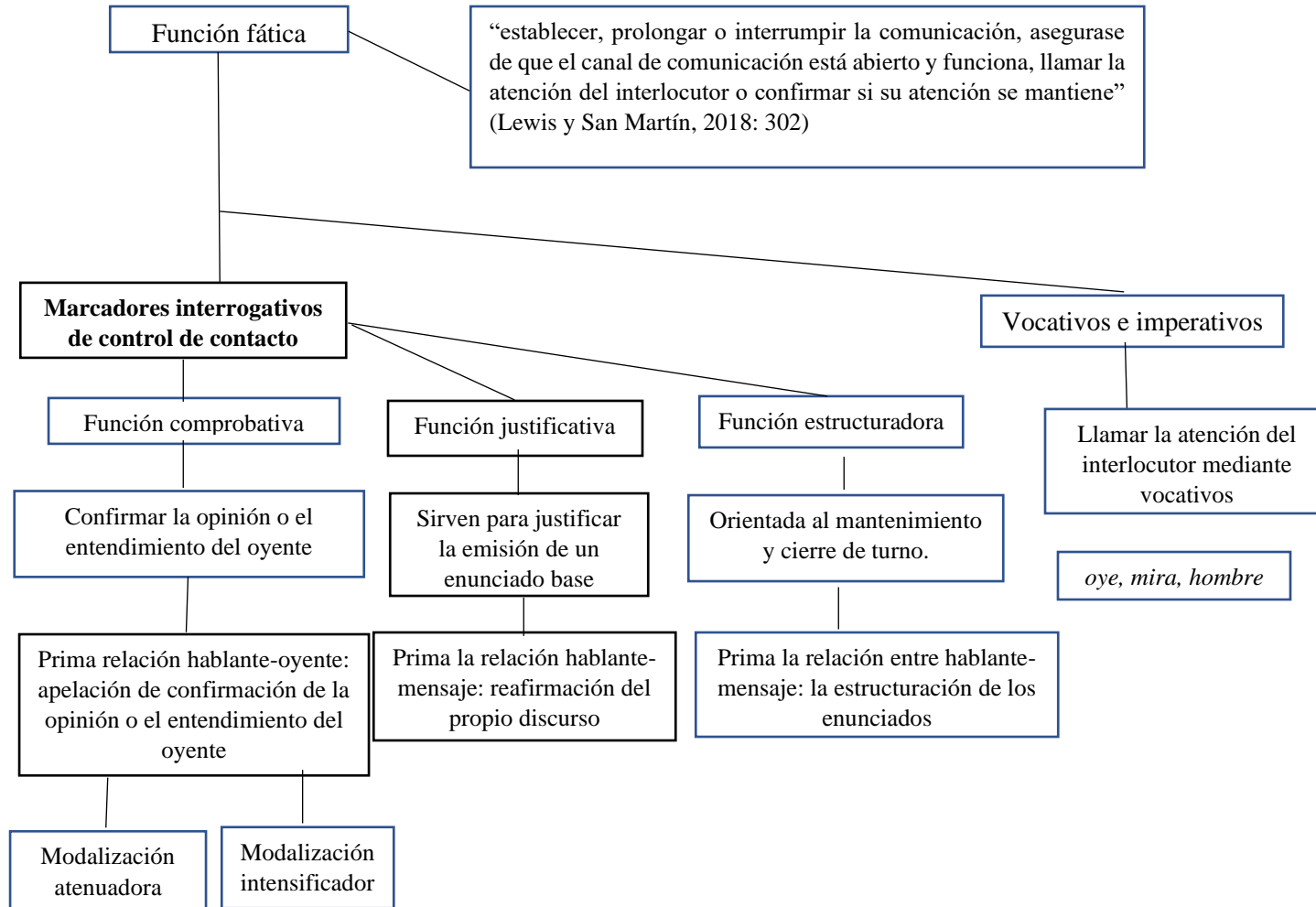
alinean con la primera subfunción de la función fática (apéndices interrogativos) mientras que los segundos “sirven para justificar la emisión de un enunciado” (Cestero, 2019: 9). Por lo tanto, mientras que en autores como Orozco (2014) los apéndices interrogativos o comprobativos (también señalados por Moccerro, 2010, como *preguntas confirmatorias*) son parte de los *enfocadores de alteridad* (y que, incluso, en ocasiones son empleados como sinónimos), en Cestero (2019) corresponden a una subfunción. Por último, con respecto a la diferencia entre *conectores*, *marcadores* y *apéndices*, pareciera ser que sus diferencias no son del todo claras. Sin embargo, aunque no se reflexiona en demasía, pareciera ser que, siguiendo a autores como Cestero (2019) y Orozco (2014), los *apéndices* se diferencian por ubicarse en posición final de turno o aserción. Por su parte, los términos *conector* y *marcador*, siguiendo a Martín Zorraquino y Portolés (1999), se diferencian en que el segundo término es más general que el primero en tanto los conectores son un tipo de marcador discursivo. En consecuencia, el concepto *marcador*, además de abarcar la “conexión” del discurso también considera otros ámbitos discursivos como la “modalización”.

Por lo tanto, como se viene comentando, cada investigación propone sus propias categorías y tipos de este objeto de estudio, y es por esto por lo que puede existir confusión. Asimismo, como se trata de un fenómeno interaccional, estos, en general, apuntan hacia la función que estas partículas efectúan en el acto comunicativo. Con respecto a esto, González et al. (2000), reconoce “una función expresiva-apelativa y fática [la que puede tener tanto] *fórmulas autorreafirmativas* que refuerzan o justifican los razonamientos de los hablantes ante sus interlocutores [como] *fórmulas exhortativas* y *apelativas* que impliquen activamente al interlocutor” (330). Por su parte, San Martín (2011) considera dos formas, a saber, una forma *interrogativa* y otra *afirmativa* que se condice a la diferencia entre *apéndice interrogativo* o *comprobativo* y *enfocador de la alteridad*. En Rodríguez (2009), se reconocen las funciones: comprobativa, organizativa (donde se regula la conversación), intensificadora y atenuadora. Estas dos últimas se ligan a la modalización del discurso. Orozco (2014) identifica las funciones: i) estrictamente fática, ii) expresivo-fática, esto es, “a la vez que pueden servir para mantener el contacto, refuerzan el valor ilocutivo del acto; mientras que en posición final son apelativos, de modo que sirven para involucrar al oyente en la conversación y, además, marcan el cierre y la cesión de turno” (629), y iii) apelativa. Por su parte, Lewis y San Martín (2018), consideran: función fática, función apelativa, función modalizadora. En

este trabajo, además, lo que en otros trabajos como Rodríguez (2009) es una “función”, en Lewis y San Martín (2018) es “forma”: forma interrogativa comprobativa, forma ordenadora del discurso, forma imperativa de carácter vocativo. Finalmente, siguiendo esta última línea, como se señaló anteriormente, Cestero (2019) reconoce tres subfunciones de la función fática (similares a lo que Lewis y San Martín, 2018 señalan como “formas”).

Por consiguiente, como se puede apreciar, en las funciones y categorías de este objeto de estudio, al igual que en la denominación, no hay acuerdo. Sin embargo, es bastante claro que, a la luz de estos últimos trabajos, el panorama que en un comienzo se presentaba caótico, ahora ofrece mayor complejidad y orden puesto que se parte de una función básica e inherente, la función fática, la cual ofrece una jerarquización sobre las demás funciones. En consecuencia, a continuación, se presenta un mapeo general (Esquema 1) de las funciones y posibles subfunciones de los marcadores de control de contacto siguiendo, principalmente a Lewis y San Martín (2018) y Cestero (2019):

Esquema 1: funciones y subfunciones de los marcadores de control de contacto²



² El Esquema 1 es de autoría propia. Es una adaptación de lo que señalan Lewis y San Martín (2018) y Cestero (2019).

Como se observa, los marcadores interrogativos de control de contacto cumplen una función fática básica de comprobar el contacto y el seguimiento continuo del oyente. Sumado a esto, los subvalores que pueden asociarse son las funciones comprobativa, justificativa y estructuradora. En específico, los apéndices o marcadores *comprobativos* buscan, por un lado, proyectar acuerdo con el interlocutor o son formas de pedir su opinión mientras que, por otro, también puedan hacer petición de corroboración del entendimiento del mensaje. En este sentido, para estos casos, prima la relación hablante-oyente. Asimismo, estas partículas pueden ejercer modalización (por atenuación o intensificación) y cortesía/descortesía. Por ende, Cestero (2019) señala que como los marcadores de control de contacto comprobativos cumplen en hacer “enfoco hacia el *otro*, funcionan como medio de cortesía positiva y consiguen, con ello, empatía” (11). De esta forma, por ejemplo, autores como Orozco (2014) reconocen cortesía positiva en *¿no?* Además de esto, Moccerro (2010) incluso propone que *¿no?* y *¿sí?* pueden interpretarse como *indicadores de posicionamiento intersubjetivo*, categoría pragmática que tiene en cuenta las actitudes de los hablantes.

De forma similar, la función *justificativa* de este tipo de partículas se refiere al rol de justificación de la emisión de enunciados base mientras que la función *estructuradora* o textual la cual sirve al hablante para la estructuración de la información por lo que se vincula a funciones de relleno y/o cierre de turno. Por lo tanto, estas dos funciones, a diferencia de la función comprobativa, están orientadas a la relación hablante-mensaje. En particular, la función justificativa puede asociar mecanismos de reafirmación del propio discurso de los hablantes puesto que, como se viene comentando, en esta función “la implicación del interlocutor está mucho más diluida, pues no van enfocados al otro, sino al propio mensaje” (Cestero, 2019: 25). Por ende, estas funciones deben entenderse como un *gradatum* (Lewis y San Martín, 2018) entre funciones más orientadas hacia la relación hablante-mensaje (función estructuradora y función justificativa) y otras orientadas hacia la relación hablante-oyente, donde la apelación o implicación del interlocutor es más notoria. No obstante, es pertinente recalcar que, como se dijo desde un principio, todos los marcadores interrogativos de control de contacto cumplen una función básica de carácter fático con la salvedad de que, en algunos casos, será más claro que ciertos marcadores se relacionen con más fuerza solamente a esta función básica mientras que otros ejerzan subvalores asociados, esto es, las funciones: estructuradora, justificativa y comprobativa.

Por otro lado, al ser este un fenómeno de carácter sociopragmático, la variación sociolingüística y sociopragmática se ve implicada. Sobre esto, es común en la literatura especializada señalar que, más que a un elemento o forma gramatical específica, lo que este objeto de estudio apunta es a una función particular puesto que los recursos lingüísticos que expresan el control de contacto son bastante variados. Asimismo, también las formas varían entre sí; pueden señalarse variantes de las distintas funciones como en el caso de *¿entiendes?* y *¿comprendes?*, de comportamiento y significado muy similar. Más aún, estas variantes también son más empleadas en ciertos lugares que en otros y por ciertas personas más que otras.

A este respecto, la crítica especializada ha expresado lo siguiente: San Martín (2011) y Lewis y San Martín (2018) relevan el uso mayoritario de *¿cachái?* en el habla de Santiago de Chile el cual correspondería, principalmente, al discurso de los jóvenes. Para el caso de Madrid, Cestero (2019) señala que, con mayor frecuencia, se emplea *¿no?* y que las personas que corresponden a este uso se refieren a hombres, de edad intermedia (adultos) y de nivel alto de escolaridad. Por su parte, Orozco (2014), en su estudio del habla de Ciudad de México, señala que *¿no?* es el marcador más frecuente en comparación con *¿eh?* y *¿verdad?*³. Por otro lado, trabajos como Rodríguez (2009) y Moccero (2010), se enfocan netamente en asuntos pragmático-interaccionales. Al respecto, los principales hallazgos de estos estudios son los siguientes: i) Rodríguez (2009) verifica que *¿no?* y *¿eh?* cumplen una función comprobativa (de opinión o fáctica) a la vez que una función fáctica (que garantiza el mantenimiento de la comunicación y el contacto con el interlocutor). A su vez, *¿eh?* con entonación neutra cumple una función organizativa mientras que, con entonación enfática, modaliza atenuativa o intensificadoramente; ii) Moccero (2010) comprueba que *¿no?* cumple funciones intersubjetivas como la de “proyectar acuerdo” mientras que *¿sí?*, además de tener mucha menor frecuencia de uso, cumple una función explicativa en el sentido de formas como *¿me explico?* De esta forma, *¿no?* expresa un posicionamiento intersubjetivo mientras que *¿sí?* no lo marca, debido a que no describe una actitud.

³ Aunque el corpus utilizado por Orozco (2014) es de carácter sociolingüístico, en este trabajo no se ofrecen hallazgos de este tipo.

Por consiguiente, en esta materia se ha estudiado la preferencia de empleo del marcador *¿no?* comparándolo con otros como *¿verdad?*, *¿sí?* o *¿eh?*, efectiva en el caso de Madrid y Ciudad de México. Por su parte, como se revisó, San Martín (2011) y Lewis y San Martín (2018) relevan el preferente uso de *¿cachái?* en Santiago de Chile. De esta forma, aunque es claro que existen diferencias en las realizaciones de las variedades geográficas, pareciera ser que ciertos marcadores son más “panhispánicos” (como *¿no?*) que otros distinguidos como más locales (como *¿cachái?*). De esto trata la relevancia de nuestro estudio; contrastar el uso de este tipo de marcadores entre comunidades de habla de habla hispana.

En consecuencia, estos marcadores son elementos discursivos polifuncionales que cumplen, en primer lugar, un rol fático y, en segundo lugar, funciones pragmáticas diversas como la modalización del discurso. Por ejemplo, Boretti (1999) considera que *¿me entendés?* y sus variantes funcionales (*¿entendés?*, *¿viste?*, *¿me seguís?*), cumplen en la comunidad de Buenos Aires roles mitigadores (ante temáticas interaccionales de reconocimiento de dificultad y en recomendaciones) e intensificadores (ante temáticas interaccionales como promesas, evaluaciones o expectativas). A este respecto, más allá de las diferencias entre uno u otro estudio, consideramos que trabajos como los de Lewis y San Martín (2018) y Cestero (2019), pueden servir de guía para el entendimiento del funcionamiento de este tipo de partículas y sus correspondientes categorías. De esta forma, más allá de si son *conectores*, *apéndices* o *marcadores*, estas unidades discursivas tienen un valor pragmático inherente que se refiere a la función fática de la cual pueden o no desprenderse funciones de otras dimensiones como la modalización deóntica o epistémica. A raíz de esto, este trabajo prefiere la denominación de “marcador interrogativo de control de contacto” puesto que este es un término amplio y abarcador que denota, por un lado, la función fática como primordial y, por otro, que nos referimos a formas lingüísticas interrogativas.

3.1.3. LOS MARCADORES DISCURSIVOS Y LA VARIACIÓN SOCIOPRAGMÁTICA REGIONAL

Como se viene sugiriendo, la naturaleza de los marcadores conversacionales, en general, y de los marcadores interrogativos de control de contacto, en específico, es de índole pragmática puesto que implica directamente a los interlocutores y la interacción. Asimismo, la postura contrastiva que adopta nuestra investigación, esto es, el contraste de los datos con variables extralingüísticas de los hablantes compromete a este trabajo en el área de estudio de la pragmática variacional. Este enfoque investigativo se enmarca en la dimensión analítica que aborda, desde un punto de vista general, la diversidad del uso lingüístico a partir de la imbricación entre la pragmática y la dialectología (Schneider y Barron, 2008). En este ámbito, la variación pragmática regional, es aquella perspectiva que estudia el cómo los recursos pragmáticos de una lengua (actos de habla, fórmulas de cortesía, marcadores discursivos, etc.) varían de acuerdo con el origen geográfico de los hablantes. Por ende, el principio básico y transversal de este tipo de trabajos se refiere a que, por un lado, un mismo marcador pragmático puede emplearse de modos distintos en variedades diferentes y que, por otro lado, no se emplean las mismas partículas en todas las variedades de una lengua (Foolen 2011).

A este respecto, como señalan Carbonero y Santana (2010), la variación social y dialectal del empleo de los marcadores hispánicos destaca entre las dimensiones menos indagadas. No obstante, según estos autores, abordar el análisis de marcadores discursivos desde la perspectiva de la variación pragmática regional puede aportar datos interesantes para un mejor conocimiento de este tipo de elementos. De este modo, Portolés (2005) aporta con la siguiente consideración sugestiva: las diferencias dialectales en el empleo de los marcadores hispánicos pueden suscitar fallas en la interpretación de los enunciados. Por ejemplo, la diferencia contextual y de interpretación en la unidad *obvio* que en Argentina se emplea como marcador conversacional y que, sin embargo, en España solo funciona como adjetivo. Por consiguiente, según este autor, por un lado, existe preferencia por algunos marcadores en ciertas zonas hispanohablantes las cuales son disimiles en otras comunidades de habla hispánica mientras que, por otro lado, pueden vislumbrarse valores pragmáticos diferentes para los mismos marcadores en regiones diversas.

Entonces, enfocar este tipo de trabajos en la variación pragmática regional, se basa en que algunas formas lingüísticas son características de determinadas variedades regionales, como, por ejemplo, *¿cachái?* del español de Chile (Mondaca et al., 2014; Lewis y San Martín, 2018) mientras que otras se utilizan de forma general. Sobre esto, diccionarios de marcadores discursivos del español como el Diccionario de Partículas Discursivas del Español (DPDE) y el Diccionario de conectores y operadores del español, reconocen el enriquecimiento que aporta la visión de contraste dialectal en el tratamiento de entradas del inventario pues, como señala Fuentes (2009), la selección y definición de estas tiende a fijarse más bien solo en variantes del español peninsular y no en comunidades hispanoamericanas.

En este sentido, según trabajos como García y Placencia (2011) o Placencia (2011), aunque los estudios de la variación pragmática regional en el ámbito de la lengua española han alcanzado un notable desarrollo en los últimos años, los investigadores no se han fijado recurrentemente en el análisis de partículas discursivas puesto que se ha preferido el estudio de fórmulas de cortesía o de actos de habla (cf. Bravo, 2009; Gutiérrez, 2011; Félix-Brasdefer, 2011, entre otros). Por ende, en lo que respecta a la variación pragmática de marcadores hispánicos, son pocos los trabajos que reflejan su contraste (Jørgensen, 2012; Fuentes, Placencia y Palma-Fahey, 2016; Santana y Borzi, 2020). Sin embargo, los trabajos de Valencia y Viguera (2015) y Santana (2017), en el marco del Proyecto de la Norma Culta Hispánica Juan M. Lope Blanch (Samper, 2005), aunque se restringen solo al nivel culto del espectro sociolingüístico de cada comunidad de habla estudiada, son precedentes importantes en esta materia ya que son estudios que comparan el empleo de marcadores tanto en una dirección temporal como en una espacial, en nueve ciudades del mundo hispánico (México, Santiago de Chile, Caracas, Buenos Aires, La Paz, La Habana, Córdoba (Argentina), Sevilla y Las Palmas de Gran Canaria).

De forma similar, en el marco del Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América (PRESEEA), fuente de datos del presente estudio, en el último tiempo, se ha alzado el interés por el estudio de partículas discursivas en diferentes comunidades de habla empleando las muestras disponibles del proyecto. De este modo, aunque no trata directamente sobre marcadores discursivos, pero sí realiza un análisis sociopragmático de un fenómeno conversacional, la atenuación, el trabajo de Albelda et al. (2020), contrasta las

formas lingüísticas que responden a este recurso conversacional basándose en el macrocorpus PRESEEA, en especial a los corpus de Las Palmas de Gran Canaria, Madrid y Valencia, y Santiago de Chile. Al respecto, este y otros estudios (cf. Sandoval y San Martín, 2020) demuestran que, primero, algunos marcadores discursivos pueden emplearse como mecanismos de atenuación verbal y que, segundo, las comunidades realizan “elecciones”⁴ sobre qué marcadores emplear y cuáles no, a partir de sus características sociales y geolectales. Por otro lado, otro trabajo que se inserta en esta perspectiva es San Martín (2020), quien busca contrastar el empleo de la partícula *por último* en el corpus Santiago de Chile en comparación con el resto de las comunidades disponibles en PRESEEA para el momento del estudio: Alcalá de Henares, Barranquilla, Capital de Guatemala, Caracas, Granada, Guadalajara, La Habana, Lima, Madrid, Málaga, Medellín, Mexicali, México D.F., Monterrey, Montevideo, Santiago, Santiago de Compostela y Valencia. No obstante, más allá de estos trabajos enfocados en otras funciones discursivas, sobre la función fática, en general, y los marcadores interrogativos de control de contacto, en particular, en el macro corpus PRESEEA, aún no se ha llevado a cabo un estudio que contraste el empleo de este tipo de partículas según su variación sociopragmática regional. Ante esto, por supuesto, este estudio busca ser un aporte relevante.

Por último, además del término *variación pragmática regional*, es común que los estudiosos de esta materia empleen el concepto de *variación sociopragmática regional*. A este respecto, cabe destacar que, como este tipo de perspectivas implican un amplio dominio de la variación discursivo-pragmática, ambos términos reflejan que en este enfoque confluyen la pragmática, el análisis del discurso, la dialectología y la sociolingüística. De este modo, es necesario recalcar que la imbricación de estas disciplinas favorece el análisis, descripción e interpretación de este tipo de datos. No obstante, para hechos operativos, puede decirse que la variación sociopragmática regional, a diferencia de la variación pragmática regional, no solo refiere al comportamiento pragmático y sus diferencias geolectales (pragmática y dialectología) sino que, también se centra en variables como el sexo-género, la edad, el nivel educativo, etc. de los hablantes (pragmática, sociolingüística y dialectología), lo que presenta

⁴ Sobre este concepto, nos basamos en Verschueren (2002) quien afirma que los hablantes realizan “elecciones”, continuamente, las que “pueden situarse a cualquier nivel de la forma lingüística: fonética/fonológica, morfológica, sintáctica, léxica o semántica, y pueden cubrir opciones debidas a variedades internas, o pueden suponer tipos de variación distribuidos regional, social o funcionalmente” (2002: 110).

un panorama interpretativo más completo y global ya que, en suma, aborda tanto aspectos pragmáticos como variables sociales y geográficas. No obstante, según trabajos como Bravo (2009) o Placencia y García, (2011) este tipo de estudios no se gesta con un fin intralingüe (contraste entre variedades geográficas de una lengua) sino que se emplea desde trabajos de autores como Dell Hymes asociados a la noción de competencia de los hablantes, la cual está naturalmente asociada estudios de contraste entre sistemas lingüísticos distintos, al trabajo de segundas lenguas y a fallos pragmáticos en dicho contacto intercultural. Esta situación, como señalan Placencia y García, (2011) ha conllevado a que se dé menor importancia a la variación sociopragmática intralingüe, lo cual suscita el error de considerar a las lenguas como entes homogéneos. En definitiva, esta investigación tiene el fin de superar este tipo de problemática, insertarse en esta área de estudio y contribuir al desarrollo de la variación sociopragmática regional de los marcadores discursivos de habla hispana.

3.2. LAS VARIABLES EXTRALINGÜÍSTICAS

En el marco de la sociolingüística variacionista, el interés por la variabilidad reside en que las formas lingüísticas no varían de manera azarosa, sino que, más bien lo hacen de forma sistemática en relación con las variables del contexto social como lo son edad, sexo-género, el origen o residencia geográfica o la profesión de los sujetos. A este respecto, las variantes que resulten de un análisis correlativo entre variables lingüísticas y variables sociales no son de carácter universal, sino que dependerán de cada comunidad de habla. Debido a esto, este estudio pretende analizar los marcadores que respondan a la función fática del lenguaje, específicamente, a los marcadores interrogativos de control de contacto en las variedades geográficas relevadas, enfatizando que no se considera a los individuos entrevistados como casos aislados, sino que inmersos en las dinámicas de su contexto social. De este modo, las variables sociolingüísticas más relevantes según Blas Arroyo (2005) pueden ser sexo-género, edad, clase social, nivel educativo, etnia, origen o residencia geográfica y profesión.

Por lo tanto, nuestro trabajo parte del principio de que los marcadores discursivos pueden funcionar como variables y variantes. Al respecto, como señala Cortés (1998), el recorrido en sociolingüística desde los primeros estudios labovianos donde se correlacionaban aspectos fonéticos con variables sociales, hasta los estudios de variación sintáctico-discursiva,

suponen un paso de ascenso en los niveles de la lengua en estudio: de niveles básicos como la fonética, hasta niveles superiores como el plano discursivo. A este respecto, para este autor, es factible realizar estudios de marcadores discursivos desde la correlación con variables sociales, teniendo en cuenta que dos o más marcadores pueden estar en distribución complementaria. Por lo tanto, en este tipo de estudios, la función discursiva es la variable, y los marcadores que responden a esa función, las variantes (análisis onomasiológico). Sin embargo, como señala este autor, también son factibles los estudios en que se parte de un determinado marcador como variable, para ofrecer distintas funciones discursivas como sus variantes (análisis semasiológico). Este estudio recoge estas sugerencias de Cortés (1998) y aplica el sentido onomasiológico tomando la función de control del contacto como variable y los marcadores que en cada variedad geográfica se evidencien, como variantes, según la correlación con los factores sociodemográficos sexo-género, edad, nivel de instrucción, origen o residencia geográfica y profesión.

3.2.1. LA VARIABLE SEXO-GÉNERO

La variación lingüística según sexo-género es una de las variables sociales que ha adquirido mayor atención por parte de la bibliografía crítica. En específico, esta variable señala las diferencias que pueden existir en el discurso entre hombres y mujeres. Al respecto, han existido diferentes posturas de denominación de esta variable: usar la noción de *sexo* o la de *género*. Siguiendo a autores como Cheshire (2002), el *sexo* es el conjunto de diferencias biológicas y anatómicas entre mujeres y hombres, mientras que el *género* es la construcción sociocultural de las diferencias entre hombres y mujeres. Otros autores, como Blas Arroyo (2005) asocian los aspectos biológicos y sociales en un solo término: *sexo*, ya que sería más conveniente su utilización en comparación con *género* puesto que este podría confundirse con la noción de género gramatical. De forma similar, Moreno Fernández (1998), prefiere la noción de *sexo*, ya que *sexo* y *género* pueden englobarse en *sexo*, porque este también es parte del género. Al respecto, este trabajo no busca ahondar en esta problemática puesto que esto excede a los objetivos de estudio, por lo que se considerará el concepto sexo-género como término neutro en esta discusión.

En cuanto a la implicancia de este factor, Moreno Fernández (1998) señala que, comúnmente, el sexo-género puede desplazarse hacia un segundo plano puesto que su importancia se subordina a otros factores como la edad o la clase social. Asimismo, sobre su desarrollo en la disciplina sociolingüística, cabe destacar dos momentos para su estudio 1) 1950 hasta 1970 aproximadamente donde, de la mano de la publicación de 1952 de la revista *Orbis* se ve un fuerte enfoque en la lengua de las mujeres, y 2) décadas del 70' y 80': época en la que se hicieron estudios más sistemáticos de este factor como una variable sociolingüística. A este respecto, los principales hallazgos obtenidos en estos períodos han permitido diferenciar el habla de hombres y mujeres. Al respecto, desde un punto de vista histórico, autoras como Rivera (1994), han señalado que esta diferenciación puede explicarse por el diferente estatus social de hombres y mujeres en sociedades occidentales, ya que, por ejemplo, las mujeres pueden expresar mayores inseguridades discursivas que los hombres debido a estructuras sociales hegemónicas como el patriarcado. Debido a esto, como señala García Marcos (2015), “el factor sexo está muy determinado por las coordenadas sociohistóricas e ideológicas entre las que se desenvuelva cada comunidad de habla” (125).

Asimismo, según Blas Arroyo (2005), en el caso de los estilos comunicativos los hombres, serían menos cooperativos con la conversación (estilo competitivo) mientras que las mujeres serían más colaborativas (estilo colaborativo). De igual forma, Serrano (2008), señala que las mujeres desarrollan un habla más conservadora siguiendo un *prestigio abierto* en comparación de los hombres que aludirían a un *prestigio encubierto*. No obstante, estos estudios deben ser entendidos en los patrones y comportamientos sociolingüísticos de las comunidades de habla respectivamente estudiadas pues, en algunos casos, la universalización de estos resultados ha facilitado la consideración de prejuicios inconsistentes en otras variedades ya que, siguiendo a Silva-Corvalán (2001) “muchas lenguas reflejan imágenes diversas del sexo masculino o femenino en sus gramáticas y en el vocabulario [por lo que] algunas de estas imágenes son positivas para el sexo masculino y negativas, inexistentes o de menor jerarquía para el femenino” (96). Debido a esto, y al positivo avance en materia de *género* en el reconocimiento de divisiones no binarias de este en sociedades contemporáneas, perspectivas teóricas como la sociolingüística crítica, han relevado hallazgos que pueden desvirtuar las diferenciaciones anteriormente comentadas. Ante esto, nuestro estudio reconoce que la división hombre/mujer para efectos de la variable sexo-género, es una de las

tantas posibilidades de identidad sexual y genérica ante la pluralidad de opciones al respecto. Por ende, ponemos atención a hombres y mujeres siguiendo los parámetros de PRESEEA (Moreno Fernández, 2006) pues en este proyecto, las personas entrevistadas tuvieron libre opción de participar y responder según sus propias perspectivas.

Por último, cabe destacar que, aun tomando en cuenta los hallazgos antes comentados sobre la diferenciación en sexo-género; prestigio abierto (mujeres), prestigio encubierto (hombres) y estilo comunicativo competitivo (hombres), estilo comunicativo colaborativo (mujeres), autores como Blas Arroyo (2005), consideran que “en la mayoría de los casos estas diferencias son sutiles (...) por ejemplo, la frecuencia en el uso de formas diminutivas en español parece ser más alta entre las mujeres, pero es indudable que éstas aparecen también en el habla masculina” (160) pues, al parecer, la diferencia entre uno y otro trata más sobre características cuantitativas que cualitativas. Esta situación también ha sido trabajada en cuanto al ámbito de los marcadores discursivos. Al respecto, estudios como Sandoval y San Martín (2020) en Santiago (Chile), confirman la estrecha diferencia entre hombres y mujeres en el empleo de marcadores de atenuación lingüística. Situación similar señala Borzi (2015) a propósito de la frecuencia de empleo de marcadores discursivos en Buenos Aires. Asimismo, sobre marcadores interrogativos de control de contacto, San Martín (2011) y Lewis y San Martín (2018) llegan a resultados similares ante el empleo de *¿cachái?* también en Santiago (Chile). Por lo tanto, será interesante confirmar si, ante el desarrollo continuo de la lengua hispana, estas consideraciones se mantienen o modifican. A continuación, se abordará la variable etaria, uno de los factores más relevantes de la variación lingüística.

3.2.2. LA VARIABLE ETARIA

La variable edad, en comparación con otras, ha tenido gran importancia debido a su naturaleza objetiva y precisa. Este factor, permite establecer grupos generacionales con mayor precisión debido a que la edad es un factor constante en la vida de los individuos. Estas divisiones, según López Morales (2004), deberían representar la *edad social* de los sujetos. La *edad social* de los sujetos trata sobre el estatus relativo de las personas en su comunidad, ya esto conforma y determina su conducta. Como menciona Blas Arroyo (2005),

estos estudios generalmente han girado en torno a la edad adulta en detrimento de las demás, debido, entre otras cosas, a límites éticos en la consideración de la edad infantil.

Por su parte, Moreno Fernández (1998) señala que esta variable, además de condicionar la conducta de los individuos con mayor intensidad que otros factores, puede covariar con ellos, ofreciendo manifestaciones e implicaciones sociolingüísticas muy diversas. A este respecto, en cuanto a la covariación entre edad y sexo-género, este autor afirma que las diferencias lingüísticas basadas en el sexo-género varían a lo largo de la vida, por lo que estas diferencias entre lo que tradicionalmente se conoce como hombre y mujer, se verían influenciadas por la etapa de vida en la que el individuo se sitúa. Al respecto Moreno Fernández (1998) señala que en la infancia, hombres y mujeres no presentan mayores diferencias, situación que puede variar en la adolescencia, ya que en esta etapa se ubica una máxima diferenciación. Luego de este momento, de la mano de la etapa adulta, dichas diferencias comienzan a decrecer llegando a su punto más bajo entre los 40 y 60 años.

Sobre la delimitación de las categorías etarias, a lo largo del desarrollo de la disciplina sociolingüística, varias propuestas han surgido. A este respecto, como señala Moreno Fernández (1998) la mayor tendencia es a utilizar informantes mayores de 20 años ante el estudio sociolingüístico de una comunidad. Asimismo, sobre la categorización, principalmente, se ha tomado dos caminos, saber: i) si se trabaja una edad mínima menor a 20 años habitualmente se suele distinguir 4 generaciones y, ii) si la edad mínima es 20 o 25 se suele dividir en 3 categorías. Según este autor, no es frecuente que se trabaje con menos de 3 generaciones ni con más de 4, siendo la tónica trabajar con 3 o 4 categorías. Al respecto, señala que dos opciones se pueden seguir para formar estas categorías: 1) fijar una dimensión equivalente en cada categoría, y 2) fijar las categorías según etapas vitales similares, lo que se relaciona con el concepto de *edad social* de López Morales (2004). Por consiguiente, los grupos corresponderían a etapas vitales comunes a los individuos según su edad, esto es: 1) Grupo 1: formación del individuo, 2) Grupo 2: Inicio de la vida profesional, 3) Grupo 3: Madurez y máximo rendimiento profesional, y 4) Grupo 4: Madurez profesional y jubilación, obteniendo un valor relativo a la comunidad analizada.

De igual forma, según Moreno Fernández (1998), “los grupos generacionales y las etapas de adquisición del sociolecto, pueden determinar, y de hecho lo hacen, el uso de ciertas variables

o rasgos lingüísticos que sirven para marcar entre niños y jóvenes, y entre jóvenes y adultos” (51) denotando la existencia de elementos lingüísticos que funcionan como indicadores de pertenencia a un grupo generacional determinado, dentro de lo que, el nivel lingüístico más sensible sería el superficial (discurso, léxico, fraseología, etc.). Esto releva hacen los reconocidos usos léxicos de los jóvenes que en manera de jerga, se vinculan con identidades sociales como el mundo estudiantil, los grafiteros, *gamers*, etc., asunto también comentado por Blas Arroyo (2005) y López Morales (2004). Por consiguiente, los jóvenes son quienes representan un uso mayoritariamente vernáculo, no estándar, es decir, son innovadores, frente a grupos como la tercera edad o la edad adulta, que representarían un uso conservador, prestigioso, y normativo de la lengua.

Por otro lado, con respecto a la *edad social*, López Morales (2004) señala que este término indica el lugar en la comunidad que el individuo ocupa. Esta *edad social* está determinada por el cumplimiento de años cronológicos específicos que varían según cada comunidad, autoriza al individuo a desempeñar ciertos papeles, a asumir determinadas responsabilidades y a ejercer algunas libertades, como sucede, por ejemplo, desde la edad adulta. Como señala este autor, la edad determina el comportamiento social de los sujetos, lo que puede estar relacionado con otros asuntos sociales como la identidad, ya que, estas edades funcionan como patrones de comportamiento sociocultural, dentro de lo que, una conducta alejada de estos patrones esperables puede llegar a producir reprobación por parte de la comunidad. En general, las sociedades occidentales desarrollan una cosmovisión en la que a los preadolescentes y adolescentes se les vincula con usos más permisivos de la lengua, poco conservadores, pero a los adultos, se les relaciona con un mayor conservadurismo idiomático a raíz de una presión social que tiende hacia lo formal y conservador.

Asimismo, López Morales (2004) acentúa que, si bien el estudio de la variación lingüística ligada al factor etario puede reflejar fenómenos que caracterizan a un determinado grupo etario, también pueden determinar la duración temporal de algunos fenómenos, ya que cada generación exhibe la norma adquirida durante la primera juventud, lo que permitiría analizar cambios lingüísticos en *tiempo real* pudiendo situar la datación de ciertos elementos lingüísticos que permanezcan en el tiempo. En consecuencia, los datos que arroja el estudio de esta variable sociolingüística sirven para clarificar tanto la historia inmediata de los

fenómenos como para vislumbrar su futuro. De este modo, se pueden analizar elementos que estén en obsolescencia, en marcha, o ya estables en el uso de los hablantes.

Por otro lado, el avance en estudios que consideran el habla juvenil ha permitido argumentar a favor de la existencia de *jergas juveniles*, como es el caso del *Cheli* en Madrid (cf. Blas Arroyo, 2005). Por ejemplo, en el caso del nivel léxico, ítems léxicos como *aeroplano* vs *avión*, las terceras edades preferirían el término más antiguo, denotando conservadurismo, en contraposición de los jóvenes que usarían el término nuevo (cf. Blas Arroyo, 2005). A este respecto, como señala Blas Arroyo (2005), lo más frecuente es que la elevada frecuencia de las variantes novedosas o vernáculos entre los jóvenes disminuya con el paso hacia edades posteriores más adultas, en un típico proceso de maduración genolectal que obedece a las presiones sociales que ocasiona la inserción al mundo laboral, como bien menciona López Morales (2004).

Por último, la noción de *prestigio lingüístico* también puede tener incidencia en la variación según este factor a raíz del concepto *autocorrección genolectal*. Como señala Blas Arroyo (2005), “junto a las estrategias de autoidentificación, las diferencias genolectales pueden obedecer también a la existencia de actitudes divergentes respecto a las normas de prestigio en la comunidad” (201) ya que los jóvenes reafirman la identidad de su grupo a la vez que se enfrentan a la de sus mayores. Esta situación ocurre de manera similar en el caso de la edad intermedia, en la que, en un contexto de competencia laboral, los individuos efectúan un mayor uso de variantes prestigiosas (uso ventajoso) que les puede permitir ascenso en dicho contexto. Por lo tanto, las edades extremas son las que más emplean formas vernáculos mientras que la edad intermedia representa un uso más prestigioso, pudiendo obtener ventajas socioculturales y laborales asociadas. A continuación, el apartado siguiente se referirá a la variable nivel educativo de los sujetos de la muestra.

3.2.3. LA VARIABLE NIVEL EDUCATIVO

La variable social nivel educativo o nivel de instrucción, según Moreno Fernández (1998) se refiere al “tipo de formación académica o de titulación conseguidos por los hablantes” (61). A partir de esta variable, como señala este autor, es común evidenciar variación lingüística

pues “es normal que las personas más instruidas hagan mayor uso de las variantes que son consideradas como más prestigiosas o que más se ajustan a la norma” (61). Al respecto, de forma similar como sucede con variables como la profesión de los sujetos, el nivel educativo suele incluirse a factores de clase sociocultural, por lo que, como variable singularizada, no ha tenido mucho protagonismo. No obstante, su relación es clara: las posibilidades de ascenso en la jerarquía socioeconómica aumentan en relación con una mayor formación educativa.

La categorización del nivel de instrucción de los hablantes no ha estado exenta de controversias. Se ha trabajado, por un lado, desde una categoría particular y aislada como, por ejemplo, analfabetismo, enseñanza primaria, enseñanza secundaria, etc., y, por otro, por categorías jerarquizadas en niveles. A este respecto, las subcategorías implicadas han reconocido, desde 3 niveles; alto, medio, bajo (cf. Moreno Fernández, 2006; Martín Butragueño y Lastra, 2011-2015) hasta 6-9 niveles (cf. San Martín y Guerrero, 2015; López Morales, 1983; Samper, 1990). Por ende, más allá de parámetros universales, los niveles de instrucción parecieran atender a la realidad de cada comunidad estudiada. Con respecto a los hallazgos que se han relevado a raíz de este tipo de estudios, principalmente, se evidencia variación fonológica y gramatical. Por un lado, en cuanto al nivel fonológico, Guillén (1992), en un estudio sobre el grado de conservación de la /-s/ implosiva en una comunidad de Sevilla, demuestra que la sibilante se mantiene entre hablantes de nivel educativo alto.

En cuanto a las teorías más relevantes en esta materia, cabe destacar la *teoría del déficit* de Basil Bernstein desarrollada a mediados de siglo XX. Esta teoría, basada en un estudio sobre niños de familias de barrios económicamente empobrecidos, distingue dos formas de expresión lingüística, a saber, *código restringido* y *código elaborado*. El código restringido, como señala Moreno Fernández (1998), “predomina en las clases o estratos trabajadores” (63) mientras que el código elaborado en las clases medias. Principalmente, Bernstein (1965) se basa en que los hablantes de una comunidad, más allá de su estatus social, tienen solamente acceso al código restringido mientras que solo algunos grupos acceden a uno elaborado, el cual se relaciona comúnmente con la comunicación familiar. De este modo, de modo similar como sucede con la noción de *mercado lingüístico* que se comentará más adelante, el acceso a uno u otro código obedece a términos materialistas, esto es, a la relación de los sujetos con los medios de producción, al estatus social y, por supuesto, al nivel educativo.

Por lo tanto, la adquisición o dominio del código elaborado se puede vincular al mayor acceso a etapas escolares y académicas, al registro formal de habla y al empleo de formas prestigiosas de la lengua. Sus características fundamentales pueden contemplar lo siguiente: i) orden gramatical, ii) uso variado de conjunciones y cláusulas subordinadas, iii) uso de preposiciones de tipo lógico, iv) elección cuidadosa de adjetivos y adverbios, entre otros aspectos. A este respecto, como señala Moreno Fernández (1998) este dominio puede ocasionar o suponer “la erradicación total del código restringido, la alienación del individuo respecto de su grupo de procedencia y de su tradición local” (64). Por otro lado, el código restringido, comúnmente es estigmatizado y no representa una forma prestigiosa o “cotizada” de emplear la lengua. Sus características principales pueden ser las siguientes: i) lenguaje gramaticalmente sencillo, ii) uso sencillo y repetitivo de conjunciones, iii) uso frecuente de interjecciones, iv) uso de enunciados o frases que indiquen petición de refuerzo de lo hablado (*¿ves?*; *¿no es así?*). Esta última consideración se vincula de forma directa con los marcadores interrogativos de control de contacto, objeto de estudio de nuestro trabajo, por lo que será interesante confirmar o refutar esta aseveración. Finalmente, cabe destacar que para efectos de este trabajo y siguiendo los lineamientos de PRESEEA (Moreno Fernández, 2006), adoptaremos 3 niveles educativos, a saber, i) nivel de instrucción bajo; ii) nivel de instrucción medio y iii) nivel de instrucción alto. Esto será tratado con mayor especificación en el apartado 4, referido al método del estudio. A continuación, se esbozan los principales lineamientos teóricos sobre la variable profesión u ocupación de los hablantes.

3.2.4. LA VARIABLE PROFESIÓN U OCUPACIÓN

Habitualmente, la profesión de los hablantes se ha considerado como índice de adscripción a ciertos grupos socioculturales lo que responde, sin duda, a que “las diferencias jerárquicas que reflejan desigualdades entre los grupos [se basan] en uno o más de los siguientes factores: nivel de escolaridad, ocupación, ingresos, barrio y tipo de residencia.” (Silva-Corvalán y Enrique Arias, 2017: 126). Esta situación multifactorial es lo que ha relegado a esta variable a un segundo plano. La profesión u ocupación de los sujetos se define como: “la función social de una persona, la actividad que realiza en una comunidad” (Moreno Fernández, 2009: 66). Al respecto, es relevante la transversalidad de esta variable en las distintas esferas

comunicativas de los hablantes puesto que “la profesión influye sobre la variación lingüística, aunque sea innegable la estrecha vinculación que existe entre educación, clase, estatus, poder y profesión” (66). Principalmente, dos han sido las aplicaciones teórico-metodológicas de la profesión como variable sociolingüística. En primer lugar, la principal aplicación ha sido como índice o factor de la variable “clase social” (cf. Morales, 1983; PRESEEA, 2003). Estudios de este tipo, representan una metodología estratificacional típicamente variacionista en la que se le otorga un puntaje a cada subcategoría de los índices de adscripción a estratos sociales. En consecuencia, lo que se realiza en estos casos es una categorización de las profesiones por grupos de similitud que responden a distintos criterios en cada estudio.

A este respecto, como señala López Morales (2015), las profesiones y sus valorizaciones responden a “las características de la comunidad en cuestión, de manera que cada sujeto de la muestra consigue una determinada puntuación en cada uno de [los índices].” (130) lo cual los posiciona en uno de los niveles de una escala social vertical. Por lo tanto, las subcategorías que comúnmente se han sugerido son o bien siete (cf. López Morales, 1983; Samper, 1990) o bien cinco (cf. Bentivoglio y Sedano, 1993; PRESEEA, 2003).

Sobre las teorías que han intentado interpretar la variable profesión, principalmente, se encuentra la noción de *mercado lingüístico* que Sankoff y Laberge (1978), siguiendo a Bourdieu (1985), aplicaron en lingüística. Dentro de esta lógica, las variedades lingüísticas, en general, y las formas lingüísticas, en específico, adquieren un “valor” en el *mercado*, por lo que, si este valor simbólico opera en cierta profesión, el hablante deberá “poner en la balanza” su forma de hablar, cotizando en el *mercado lingüístico* formas dominantes y formas estigmatizadas (de acuerdo con aspectos como la clase social a la que pertenece o su profesión/ocupación), puesto que, como señalan Silva-Corvalán y Enrique Arias (2017), “este enfoque establece la importancia relativa que la variedad lingüística legitimizada por la ideología social dominante tenga en la vida socioeconómica de los hablantes.” (133). A este respecto, es interesante la visión que autores como Alonso (2002) le han otorgado a esta noción a partir del concepto *violencia simbólica* el que “responde a la desigual distribución del capital lingüístico y cultural, estableciendo un sistema de censuras que reproduce la dominación en el campo simbólico, traduciendo la lucha de clases en un sistema de intercambios comunicativos.” (118). Por lo tanto, no se trata solamente de que los hablantes

eligen de forma inocua variantes dentro de un repertorio, sino que, más bien existe un tipo de dominación simbólica que responde a la desigualdad en la distribución del capital lingüístico, lo cual es visible a través de la profesión de los individuos. Por ende, fenómenos como las *hipercorrecciones* pueden ser interpretadas desde este punto de vista como “enclasmientos” de parte de estratos bajos por querer acceder y ascender al estatus de las clases dominantes (Alonso, 2002).

Según la lógica del mercado lingüístico, existen dos tipos de “zonas” profesionales: centrales y periféricas:

Para la estratificación sociolingüística lo sustancial radica en que esos imperativos comunicativos derivados de la profesión pueden organizarse como un *gradatum*, delimitando zonas centrales y periféricas. Las primeras establecen pautas estandarizadas mientras que las segundas actuarían en la dirección contraria (López Morales, 2015: 133).

Estas dos zonas se definen por la relación entre el hablante con los medios de producción, esto es, los instrumentos o materiales (abordado desde un sentido amplio y abstracto) que intervienen en el proceso de trabajo. En consecuencia, en la comparación hipotética de los casos de profesores e ingenieros informáticos, se podría señalar que, debido a la relación de los primeros con la sala de clases o de profesores, y de actividades como el enseñar conocimiento en las que se involucran lugares y acciones en que es necesario el uso cotidiano del lenguaje (tanto de lengua estándar como no), es muy probable que estos tengan un mayor capital lingüístico (una mayor competencia de la lengua en un sentido general) en contraposición de ocupaciones como las de un ingeniero informático (u algunos oficios), en las que los espacios de uso del lenguaje son acotados o delegados a terceros.

En cuanto a las características lingüísticas de las profesiones en específico, García Marcos (2015), se refiere del siguiente modo:

Quienes trabajan en las recepciones de los hoteles o son comerciantes de electrodomésticos, pongo por caso, requieren de un uso profesional del idioma distinto al de un carpintero o un agricultor. Los docentes hacen un uso del lenguaje su herramienta de trabajo, como los abogados, pero no así los ingenieros que diseñan programas frente a la pantalla de su ordenador o a los inspectores de Hacienda (133).

Como se aprecia, según este autor, existen algunas profesiones que emplean un uso obligatorio de la lengua mientras que, en otras, esto no parece ser tan cotidiano. Al respecto, López Morales (2015) comenta lo siguiente:

Los hablantes que ejercitaban ciertas profesiones -maestros, actores, recepcionistas, etc.- tendían a usar una variedad más estándar que otros que, sin embargo, compartían con ellos las mismas características sociales y económicas. Sin duda esto era debido a la necesidad profesional de manejar un instrumento comunicativo de mayor prestigio (137).

Como se aprecia, este autor releva las nociones de *estándar* y *subestándar* de la lengua además de las nociones de *prestigio* para señalar que ciertas profesiones tenderían más al uso prestigioso y estándar de la lengua en comparación con otras. Por su parte, el *prestigio lingüístico* en sociolingüística se ha empleado para referirse al “valor positivo que ciertas variables lingüísticas tienen en cuanto a facilitar el ascenso en la escala social y también al valor que tienen las formas lingüísticas estándares, reconocidas y aceptadas por las gramáticas normativas y generalmente asociadas con la clase media alta culta” (Silva-Corvalán, 2001: 99). De esta forma, aunque profesiones como medicina o ingeniería no se ligan directamente con el empleo cotidiano u obligatorio de la lengua como sí es el caso de profesores/as o recepcionistas, es común que las comunidades eleven a las primeras como variedades prestigiosas por el hecho de ser reconocidas y asociadas con clases sociales altas⁵.

Sin embargo, bajo nociones críticas como el *mercado lingüístico*, comúnmente ocupaciones como profesor(a), recepcionista o derecho pertenecerían a *zonas centrales* mientras que trabajos como los de ingenieros informáticos, obreros manuales o carpinteros pertenecerían a *zonas periféricas*, indistintamente de su nivel salarial, de su estatus socioeconómico o su grado de prestigio. Esta categorización, de alguna forma, subvierte lo que habitualmente se considera en cuanto a las profesiones: a mayor salario, mayor es el uso de la lengua estándar prestigiosa y propone que el nivel socioeconómico pareciera ser insuficiente para este tipo de estudios puesto que, en la lógica del mercado lingüístico, importa más la relación de los individuos con los medios de producción y las situaciones comunicativas que en estas se desarrollan cotidianamente.

No obstante, esto no quiere decir que variables como la clase social o la educación no estén implicadas o no sean importantes para estos casos ya que hay una estrecha vinculación entre educación, clase, estatus, poder y profesión (Moreno Fernández, 2009), como se comentó desde un principio. De esta forma, tal como destacan autores como Block (2015) "la clase social es una construcción multidimensional en la que las clases no son meramente

⁵ Sobre prestigio lingüístico y profesiones, resultados similares se obtienen en Sandoval (2019, inédito).

características económicas” (4) sino que más bien, se trata de una noción que consta de un modelo de “constelación de dimensiones” imbricadas, a saber: i) ocupación: el tipo de trabajo realizado: informativo o manual, especializado o no calificado, etc; ii) lugar de residencia: el tipo de vecindario en el que uno vive (pobre, clase trabajadora, clase, comunidad cerrada, un área en proceso de gentrificación) o el tipo de vivienda (casa individual, piso, caravana); iii) educación: el nivel de escolaridad alcanzado y el capital cultural adquirido; iv) patrones de consumo: comprar en un supermercado que "reduce costos" o en otro que vende productos orgánicos o "saludables", compra de bienes y marcas particulares, etc., entre otros factores⁶. De este modo, siguiendo esta línea, la profesión u ocupación de los hablantes es una de las dimensiones (entre varias) que adscriben o no a cierta clase social. Esto refleja el carácter complejo de este tipo de asuntos y su gran potencial investigativo.

En suma, la profesión u ocupación de los hablantes trata sobre la actividad que estos realizan en una comunidad (por ejemplo, profesor, abogado, chofer, etc.). Al respecto, como hemos señalado, este factor está vinculado de forma estrecha con otras dimensiones de carácter social, como señala Block (2015). Entonces, es posible que esta complejidad sea indicadora de que esta variable ha sido poco estudiada en el ámbito lingüístico puesto que, generalmente, se considera como subcategoría de la clase social (la cual ha tenido un relativo mayor desarrollo en investigaciones de este tipo). De esta manera, es común que la variable profesión sea invisibilizada (sobre todo en cuanto análisis e interpretación de datos, más que en aspectos metodológicos) aunque autores como Moreno Fernández (2009) señalen que esta variable influye sobre la variación lingüística. No obstante, uno de los estudios principales sobre esto es Sakoff y Laberge (1978) a través de la noción de mercado lingüístico y categorización de la profesión en zonas centrales y zonas periféricas. Por ende, como se especificará en el apartado 4 correspondiente a la metodología, este será el fundamento teórico principal para categorizar los tipos de profesión ya que es de interés de este estudio poner el foco en esta variable a raíz de, por un lado, su poco desarrollo investigativo y, por otro, la inexistencia en PRESEEA (macro corpus empleado para este estudio) del factor

⁶ Block (2015), basado en Block (2012, 2014), también considera como dimensiones clave para la clase social: el poder (ingreso disponible y patrimonio), las redes sociales (personas con las que socializa), el comportamiento simbólico (pasatiempos, ropa que se usa, cómo se come, etc.), las relaciones espaciales (tamaño de los bienes materiales), la movilidad (viaje), oportunidades de vida (acceso a medicina, esperanza de vida, etc.) y propiedad (posesiones materiales).

socioeconómico por medio del cual pueda analizarse este tipo de consideraciones sociales sobre la producción de marcadores interrogativos de control de contacto en la muestra seleccionada. Finalmente, cabe destacar que, sin embargo, se recoge la consideración multidimensional de la variable profesión y su estrecha relación con otros factores señalados anteriormente por la literatura especializada. Esta complejidad será de especial ayuda en la fase de análisis y discusión crítica de los datos. A continuación, se profundizará sobre la variable geográfica, el último factor considerado para este trabajo.

3.2.5. LA VARIABLE GEOGRÁFICA

En cuanto a la variable diatópica, esta se refiere a la procedencia geográfica de los hablantes y puede abordarse desde la noción de país o de núcleo comunitario, sea este urbano o rural (Moreno Fernández, 2009). En particular, la consideración de este tipo de variación lingüística puede llegar a relucir diferencias (intra)dialectales en todos los niveles lingüísticos de una lengua. De esta forma, en el plano discursivo, pueden señalarse diferencias como, por ejemplo, en el ámbito de los marcadores interrogativos de control de contacto. Por lo tanto, pareciera ser que los hablantes de ciertos núcleos urbanos de una misma variedad regional o geolectal tienen mayor preferencia por ciertas partículas en comparación con otras. En específico, en el caso de la lengua española, en Santiago de Chile es clara la mayor frecuencia de *¿cachái?* (cf. Lewis y San Martín, 2018); en Ciudad de México de *¿no?* (cf. Orozco, 2014) y en Madrid de *¿sabes?* (cf. Molina, 2005).

Entonces, como señala García Marcos (2015), “el lenguaje toma forma en lenguas particulares, estas son empleadas por grupos humanos concretos que constituyen comunidades” (53). A este respecto, las nociones de *comunidad lingüística* y *comunidad de habla* son relevantes. El primer término, como señala este autor, presupone “la existencia de un marco compartido por sus hablantes, preferentemente físico” (53) mientras que el segundo, corresponde a “subconjuntos integrados dentro de las comunidades lingüísticas” (54) en las que lo fundamental es la mantención estable de parámetros de interacción sociolingüística. Por ejemplo, Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga son cuatro ciudades que conformarían una misma comunidad lingüística (hispanohablante) desde sus comunidades de habla específicas.

Sin embargo, autores como Penny (2004), discuten esta noción divisoria entre comunidades geolingüísticas a partir, principalmente, de la noción de *continuun dialectal* la cual señala que la variación entre zonas dialectales se expresa de forma gradual: “A medida que se atraviesa un área geográfica se van acumulando pequeñas diferencias sucesivas” (16). No obstante, siguiendo a autores como García Marcos (2015) “a pesar de ello, existen criterios, más o menos aceptables, para delimitar un dialecto geográfico en función de la cantidad de elementos que lo integran y de su distancia respecto del estándar lingüístico” (68). Por lo tanto, de igual forma, es pertinente un estudio de variación geolingüística en este ámbito del discurso puesto que, a la luz de los trabajos comentados, claramente existen diferencias y similitudes geolectales entre comunidades de una misma lengua, al menos, en el ámbito de los marcadores discursivos. La gradualidad a la que refiere Penny (2004), puede ser más notoria en zonas dialectales contiguas, condición que no es propia de este estudio. Por consiguiente, este estudio, siguiendo los lineamientos de PRESEEA (Moreno Fernández, 2010), considera útil el empleo de *comunidad de habla* como reflejo de una zona dialectal.

Otro de los aspectos importantes son los movimientos migratorios en la conformación sociodemográfica de estas. A través de disciplinas como la “lingüística de la migración” y la consideración de la heterogeneidad de los hablantes de núcleos urbanos o rurales, se puede comprender que los distintos movimientos migratorios tienen una agencia relevante en la conformación de comunidades hispanohablantes y su devenir histórico, por lo que es un factor importante de considerar en el caso de esta variable sociolingüística. A continuación, la Tabla 1 resume los principales flujos migratorios de hispanohablantes:

Tabla 1: principales flujos migratorios de hispanohablantes, 1500- Actualidad (Adaptado de Moreno Fernández y Álvarez, 2019)

Espacio temporal	Movimiento migratorio
1540-1590	Llegada de españoles a América. Las regiones de América que recibieron más españoles: México, Santo Domingo y Perú.
Fines de siglo XIX	Migración italiana a Argentina. 1876: aprobación de una ley de migración y colonización. Llegada de 3,5 millones de italianos. Italianización de costumbres y léxico. Español de Argentina: presencia de préstamos y entonación de impronta italiana.
Fines de siglo XX - Actualidad	Llegada de hispanos a EE. UU. Este último es gran receptor de migrantes hispanos sobre todo de México, el Caribe, América Central y del Sur. Destaca, entre 1990 y 2019, la gran llegada de venezolanos a E.E.U.U. lo cual puede explicarse por razones económicas.

Fines de siglo XX - Actualidad	Migraciones desde el Caribe: Alta concentración de migración caribeña hacia América del Norte. Alta presencia de puertorriqueños en Nueva York. Otros destinos: Europa y el Caribe (migración interregional motivada por el turismo).
Primera década siglo XX - Actualidad	Desplazamientos migratorios internos en Hispanoamérica. Principal país de origen: Guatemala.
Fines de siglo XIX - Actualidad	Hispanos hacia Europa. Mayor número de migrantes en Europa: colombianos, ecuatorianos y argentinos. Países receptores destacados: España, Italia y Alemania. Migrantes hispanoamericanos en España: afinidad lingüística y cultural.

Estos movimientos migratorios repercuten en asuntos de índole geolingüística pues influyen en las características dialectales de cada zona geográfica que recibe el flujo de hablantes y de cada grupo de personas que migra. En cuanto a los desplazamientos migratorios internos en Hispanoamérica, en específico aquellos que van desde América Central a México, estos han provocado consecuencias dialectales como el refuerzo de la variedad mexicana, especialmente de la Ciudad de México, como modalidad de prestigio y referencia en toda la zona centroamericana (Moreno Fernández y Álvarez, 2019). Por otro lado, las lenguas indígenas, debido al auge de la lengua colonizadora, han sufrido importantes disminuciones de hablantes en las poblaciones americanas. Sin embargo, aún existen lugares con gran población indígena como Bolivia (42% del total) y Guatemala (41% del total).

Por último, sobre la conformación sociodemográfica de las variedades geográficas relevadas por este estudio y su variación, además de los movimientos migratorios, otros aspectos relevantes a considerar son la *densidad demográfica* y los *barrios de residencia*, puesto que estos pueden ser factores que caractericen un núcleo urbano (Moreno Fernández y Álvarez, 2019). A continuación, la Tabla 2 se refiere al resumen de la implicancia de estos puntos en la caracterización de Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga:

Tabla 2: Caracterización de la conformación sociodemográfica de los núcleos urbanos considerados.

Ciudad	Movimientos migratorios	Barrios de residencia y densidad demográfica
Santiago (Chile)	Población inmigrante hasta el año 2002: 2% de la población de la región. (Margarit y Bijit, 2014).	32 comunas estratificadas según factor socioeconómico (Prieto, 1995-1996). Alrededor de 6 millones de habitantes según CENSO año 2002.
Ciudad de México (cf. Martín Butragueño y Lastra, 2011-2015)	Para 1990, aproximadamente la cuarta parte (24.8%) de la población del Distrito Federal era de origen inmigrante.	Zona metropolitana: 75 entidades; 16 delegaciones del Distrito Federal, 59 municipios conurbados. Alrededor de 15 millones de habitantes hasta el año 2000.

Madrid (cf. Cestero et al., 2012)	Población inmigrante hasta el año 2007: 10% de la población total.	21 distritos. Alrededor de 3 millones de habitantes hasta el año 2004.
Málaga (cf. Ávila et al., 2008)	Población inmigrante hasta el año 2010: de 0.88% a 8.27% de la población total de Málaga (Natera, 2010)	11 distritos. Alrededor de 500 mil habitantes hasta el 2007.

Como se aprecia, en cuanto a flujos migratorios existe una clara diferencia entre variedades; Ciudad de México posee una alta población inmigrante en contraposición de ciudades como Santiago (Chile) dónde esta no es tan notoria. En cuanto a la densidad demográfica, se destaca su comportamiento variado puesto que los núcleos considerados van desde 500 mil habitantes (Málaga) hasta 15 millones (Ciudad de México), quedando en un estatus intermedio Madrid (3 millones de habitantes) y Santiago (6 millones de habitantes). Por su parte, los barrios de residencia oscilan entre 11 (Málaga) y 75 (Ciudad de México) subdivisiones de distritos o comunas (Santiago: 32 comunas; Madrid: 21 distritos). Por lo tanto, estas características geográficas pueden motivar las preferencias de uso discursivo entre cada comunidad hispanohablante, como, por ejemplo, en el caso de los marcadores discursivos. Debido a esto, determinar el alcance geolectal de los marcadores interrogativos de control de contacto, es decir, responder al cuestionamiento de cuáles son aquellas partículas panhispánicas prototípicas y cuáles son específicas de cada variedad, es un aspecto que, sin duda, representa uno de los principales desafíos de este trabajo.

4. METODOLOGÍA

4.1. CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS GENERALES

Con respecto a las características de este estudio su perfil es, principalmente, cuantitativo, ya que se determina la frecuencia de uso de los marcadores interrogativos que respondan a la función de control de contacto en cada variedad regional y se correlacionan factores sociolingüísticos; asimismo, se compara el comportamiento sociolingüístico de estos marcadores en las comunidades de habla de Santiago (Chile), México D. F., Madrid y Málaga. Sin embargo, se busca complementar estos resultados y estimaciones de acuerdo con un análisis cualitativo que analice cómo y qué interpretaciones se pueden realizar a la hora contrastar sociolingüísticamente el empleo de los marcadores de control de contacto en las variedades dialectales relevadas. De igual forma, en específico sobre la variable profesión, buscamos ofrecer una interpretación cualitativa crítica que articule las nociones anteriormente comentadas sobre *mercado lingüístico* y sobre *prestigio lingüístico* y su relación con el modo de hablar de las personas, en específico, de marcadores de control de contacto. Sobre la elección de las variedades a estudiar, estas responden al criterio de diferenciación dialectal que creemos existe, en primer lugar, entre las variedades orales peninsulares y las hispanoamericanas y, en segundo lugar, entre Chile, Ciudad de México, Madrid y Málaga. Asimismo, para la sección sociolingüística, siguiendo a autores como Hernández Campoy y Almeida (2005), la selección de las partículas discursivas obedecerá a un criterio de frecuencia de empleo, por lo que se analizarán aquellos marcadores que se empleen en más de 25 ocasiones en los geolectos seleccionados, esto con el propósito de que su análisis permita obtener conclusiones más seguras desde un punto de vista estadístico y descriptivo.

4.2. ESQUEMA OPERATIVO

La presente investigación de tesis comprende las siguientes etapas:

1. Recopilación y revisión bibliográfica acerca de los estudios sociopragmáticos en lengua española, marcadores del discurso, marcadores interrogativos de control de contacto y factores sociodemográficos de sexo-género, edad, nivel educativo, profesión y origen o residencia geográfica.
2. Verificación del empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en corpus PRESEEA.
3. Identificación y cuantificación de estos marcadores discursivos, además del rastreo de ejemplos prototípicos de su comportamiento.
4. Correlación de factores lingüísticos y sociales con el empleo de cada marcador del discurso relevado en cada variedad geográfica seleccionada.
5. Procesamiento y análisis de los resultados de la pesquisa, y redacción del informe final de tesis.

4.3. CORPUS

Se analizará una muestra de 144 entrevistas sociolingüísticas del Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América (PRESEEA), distribuidas en cuatro submuestras de 36 entrevistas cada una correspondientes al habla del español de Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga. Las características de este corpus se refieren a la indagación de muestreo en núcleos urbanos hispanohablantes y, en general, los corpus de cada variedad dialectal son construidos con base en entrevistas semiestructuradas realizadas por estudiantes (pre o postgrado) o académicos de universidades (cf. Ávila et al., 2008; Martín Butragueño y Lastra, 2011-2015; Cestero et al., 2012). De este modo, se espera realizar un estudio contrastivo de los marcadores de control de contacto, desde un enfoque variacionista socio-dialectal que compare su empleo en muestras de las cuatro variedades.

4.4.EL PROYECTO PARA EL ESTUDIO SOCIOLINGÜÍSTICO DEL ESPAÑOL DE ESPAÑA Y AMÉRICA (PRESEEA)

El Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América (PRESEEA) es un proyecto internacional que reúne corpus oral sobre muestras de comunidades de habla hispana. PRESEEA articula una red de equipos de investigación sociolingüística que se encargan de la recogida de datos en cada comunidad. Algunos de los países en los que se trabaja son los siguientes: Chile, Argentina, Colombia, Ecuador, España, EE. UU., Guatemala, México, Puerto Rico, Venezuela, entre otros. Las comunidades estudiadas en el proyecto son núcleos urbanos, monolingües o bilingües, con una población hispanohablante bien asentada, con conciencia de comunidad y suficientemente diversa desde un punto de vista sociológico (Moreno Fernández, 2006). Sobre la selección de los informantes, esta obedece a tres variables, a saber: i) sexo-género, edad y nivel educativo, como señala la Tabla 1 en la siguiente sección. Por su parte, variables como profesión, ingresos económicos, condiciones de alojamiento o modos de vida, se tratan como variables post-estratificadas.

En primer lugar, en cuanto el tipo de método de recogida de los materiales, este se refiere a conversaciones o entrevistas semi-dirigidas grabadas con un aparato de audio, el cual está a la vista y conocimiento del informante. Las entrevistas buscan la aparición del vernáculo de los hablantes por medio de conversaciones sobre temáticas que permiten este tipo de discurso, según las sugerencias de Labov (1966). De esta forma, las entrevistas se realizan siguiendo una pauta flexible que contempla módulos temáticos (saludos, el tiempo, lugar donde vive, familia y amistad, costumbres, peligro de muerte, anécdotas importantes en la vida, deseo de mejora económica). Estos temas de conversación provocan la aparición de unidades léxicas (como marcadores discursivos), de determinadas esferas léxico-semánticas, susceptibles de recibir análisis cuantitativos. Las conversaciones tienen una duración aproximada de 45 minutos. Asimismo, estos materiales se transcriben siguiendo el sistema de SGML y las normas internacionales de la TEI; Text Encoding Initiative (Moreno Fernández, 2006). Una muestra de 18 entrevistas por cada variedad hispana adscrita a este proyecto se puede encontrar en la siguiente página web: <www.linguas.net/preseea>.

En segundo lugar, sobre aspectos teóricos, PRESEEA se basa en una serie de principios sociolingüísticos y sociológicos que se detallan a continuación: i) Principio del dialecto: el dialecto se manifiesta en una comunidad; ii) Principio de la comunidad de habla: una

comunidad de habla está formada por un conjunto de hablantes que comparten al menos una variedad lingüística, unas reglas de uso, una interpretación de ese uso, unas actitudes y una misma valoración de las formas lingüísticas; iii) Principio de la variación lingüística: los usos lingüísticos variables -fonéticos, gramaticales o léxico-semánticos- pueden covariar con otros elementos lingüísticos o extralingüísticos; iv) Principio de la cuantificación: para establecer relaciones entre variables lingüísticas y variables sociales se requieren métodos cuantitativos; v) Principio de la representatividad: el habla de una muestra debe ser representativa de un grupo social o de una comunidad (Cestero et al., 2015).

En tercer lugar, en cuanto a las variables extralingüísticas, en primer lugar, sobre la inclusión de la variable sexo-género de los informantes, siguiendo a PRESEEA (2003), es conveniente mantenerla en la estratificación a pesar de que en varias investigaciones se ha revelado como una variable de escasa capacidad explicativa (cf. San Martín, 2011; PRESEEA, 2003, Lewis y San Martín, 2018; Sandoval y San Martín, 2020). Esto se debe a que, por un lado, su naturaleza permite estudios sociolingüísticos cuantitativos y que, por otro, en su intersección con otras variables extralingüísticas, puede ofrecer panoramas interesantes de relevar. En segundo lugar, en cuanto al factor etario, este es considerado por PRESEEA (y por la mayoría de la bibliografía sociolingüística) como una variable fundamental para cualquier trabajo sociolingüístico debido a su alta sensibilidad en los fenómenos de variación. En el caso de las partículas discursivas, por ejemplo, estudios como Joergensen (2012), Panussis y San Martín (2017) o Sandoval y San Martín (2020), comprueban que este factor social es el más sensible al estudio de marcadores de atenuación en el español. De forma similar, San Martín (2011) y Lewis y San Martín (2018) obtienen hallazgos semejantes para el caso de marcadores de control de contacto como *¿cachái?* en Santiago (Chile). Los grupos etarios considerados por PRESEEA son los siguientes: 1, de 20 a 34 años; 2, de 35 a 54 años; 3, de 55 años en adelante, siguiendo a autores como López Morales (2004) o Blas Arroyo (2005).

Por su parte, los niveles que se distinguen en la variable "grado de instrucción", según PRESEEA (2003), se presentan en el siguiente apartado:

Grupo 1, nivel educativo bajo o básico: Analfabetos, sin estudios. Enseñanza Primaria (hasta 10-11 años de edad aprox.), 5 años aproximadamente de escolarización;

Grupo 2, nivel educativo medio: Enseñanza Secundaria (hasta 16-18 años de edad aprox.), 10-12 años aproximadamente de escolarización;

Grupo 3, nivel educativo alto o superior: Enseñanza Superior (universitaria, técnica superior) (hasta 21-22 años de edad aprox.), 15 años aproximadamente de escolarización.

Por último, sobre las variables post-estratificadas como la profesión de los informantes, PRESEEA (2003) sugiere lo siguiente:

- 1, Buhoneros y vendedores ambulantes, obreros no especializados urbanos, obreros campesinos, servicio doméstico, servicios no especializados;
- 2, Pequeños comerciantes, secretarios y oficinistas, obreros especializados, artesanos, mecánicos, vendedores en tiendas, cobradores, ayudantes técnicos, policías y guardias, soldados;
- 3, Profesionales universitarios, personal docente de educación media y primaria, pequeños empresarios y productores, mandos intermedios, técnicos, supervisores;
- 4, Profesionales universitarios de libre ejercicio, gerentes medios del sector público y privado, militares con graduación, medianos empresarios y productores, docentes universitarios;
- 5, Altos funcionarios del poder ejecutivo, legislativo y judicial, altos oficiales del ejército, grandes empresarios privados, grandes hacendados, altos ejecutivos del sector público y privado.

En cuanto a la profesión de los hablantes, muy imbricada al nivel socioeconómico (o clase social) y al nivel de instrucción, esta será considerada por nuestro estudio como una variable social de interpretación sociolingüística crítica debido, principalmente, a las nociones de *mercado lingüístico*, *prestigio lingüístico* y la consideración multidimensional de la profesión y su estrecha relación con las dimensiones clave de las clases sociales indicadas por Block (2015), comentadas en el apartado 3 correspondiente al marco teórico. Es por esto por lo que, desestimamos las categorías aconsejadas por PRESEEA para el estudio de este factor puesto que la categorización de 5 niveles planteada solo atiende a factores socioeconómicos y no a la relación de las personas con los medios de producción, lo cual consideramos clave a la hora de correlacionar la variable profesión y los marcadores interrogativos de control de contacto. Específicamente, para aspectos metodológicos, nos centramos en Sankoff y Laberge (1978) y su clasificación por zonas profesionales. El propósito de esto es ofrecer un punto de vista más sociohistórico cultural y cualitativo de la variación sociopragmática regional de estas partículas puesto que creemos que estos factores no quedan del todo satisfechos con las variables estratificadas de PRESEEA (sexo-género, edad, nivel educativo). La pormenorización de este asunto se efectúa en el siguiente apartado.

4.4.1. CARACTERIZACIÓN DE LA MUESTRA

Como se viene comentando, en el caso de este corpus, las entrevistas consideran el sexo-género de los entrevistados, esto es, hombre/mujer; su edad, a saber: entre los 20 a 34 años, entre los 35 a 54 años y, desde los 55 años en adelante (Blas Arroyo, 2005); su nivel de instrucción: bajo, medio y alto, esto es, si se trata de estudios básicos completos o incompletos, medios completos o incompletos, y universitarios completos o incompletos, respectivamente, su profesión u ocupación y su lugar de nacimiento/residencia: Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga. Los criterios para escoger a los entrevistados se refieren a ciudadanos nacidos en el país específico o que hayan vivido en ese lugar la mayor parte de sus vidas. Con respecto a esto, PRESEEA propone “la preparación de muestras por cuotas con afijación uniforme⁷”, lo que se explica en la Tabla 3:

Tabla 3: Distribución de sujetos de la muestra por nivel educacional, edad y sexo-género según PRESEEA

Nivel educativo	Grupo de edad						Totales
	20-34		35-54		55 y +		
	H	M	H	M	H	M	
Básico	2	2	2	2	2	2	12
Intermedio	2	2	2	2	2	2	12
Superior	2	2	2	2	2	2	12
Totales	6	6	6	6	6	6	36

Esta distribución se extiende a las 4 submuestras consideradas por este trabajo, esto es, Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga, por lo que el total de informantes es de 144. Por otro lado, sobre la profesión de los hablantes, como se viene comentando esta tiene un tratamiento analítico cualitativo anexo a estas variables estratificadas. Esto implica que, aunque este corpus posee un tipo de estratificación sociolingüística referida a la edad, el nivel educativo, el sexo-género, el origen geográfico y la profesión de los informantes y que las muestras se extrajeron de los subcorpus de los núcleos geográficos de Santiago de Chile, Ciudad de México, Málaga y Madrid, en esta parte del estudio la única variable que se relevará es la variable post-estratificada de la profesión de los sujetos. Por lo tanto, para esta variable, la categorización de las profesiones de los hablantes solo atendió a la categorización

⁷ Este tipo de reparto consiste en asignar el mismo número de unidades muestrales a cada estrato.

de las profesiones en zona profesional central y zona profesional periférica (Sankoff y Laberge, 1978). A continuación, la Tabla 4 señala esta selección:

Tabla 4: sujetos de la muestra según variable profesión

Grupo 1: zona profesional central			Grupo 2: zona profesional periférica		
N° informante	Código de entrevista	Profesión	N° informante	Código de entrevista	Profesión
1	MEXI_M33_032	Profesora	7	MEXI_H32_061	Lavandera
2	MA_061_H23	Profesor	8	SCHI_H31_026	Albañil
3	MEXI_M32_068	Profesora	9	MA-108H31	Albañil
4	SCHI_M23_091	Abogado	10	SCHI_H21_014	Yesero
5	MADR_H13_013	Opositor (Derecho)	11	MADR_H13_014	Informático
6	MA_736_H23	Abogado	12	MA-008M21	Costurera

Como se observa, el total del muestreo para el caso de esta variable corresponde a 12 informantes del corpus PRESEEA. La razón de que el muestreo sea menor y dispar al resto de las variables de la investigación se debe a la dificultad a la hora de determinar la adscripción de una u otra profesión a las categorías. De este modo, con el afán de ser lo más riguroso posible, solo hemos escogido aquellas profesiones que cumplen de manera muy prototípica con las características categoriales. De este modo, la elección de estos informantes obedece a los parámetros señalados en el apartado del marco teórico con respecto a las *zonas centrales y periféricas* de las profesiones (Sankoff y Laberge, 1978). Sobre las primeras, seleccionamos por un lado profesores/as y abogados, puesto que la crítica especializada, más los hallazgos de Sandoval (2019, inédito)⁸, indican que este tipo de profesiones son prototípicas para el grupo profesional central. Basado en este mismo criterio, hemos seleccionado dos albañiles, una lavandera, un yesero, un informático y una costurera, debido a su condición de cumplir de forma idónea con las características de la zona periférica.

⁸ Manuscrito inédito. Corresponde al trabajo final del curso “Seminario Interdisciplinario de Sociolingüística: variación y variedades lingüísticas en contexto social” (2019), prof. Abelardo San Martín. En este trabajo, se realizó una encuesta online a distintos sujetos hispanohablantes. Por medio de esto, se buscó especificar cuál era la importancia relativa del lenguaje en la profesión de los encuestados, en qué medida usaban variedades formales/informales de la lengua en sus ocupaciones, con cuánta frecuencia empleaban el lenguaje (formal/informal) en sus trabajos, etc., con el fin de determinar a qué zona profesional podrían adscribirse. Los resultados se acoplan a lo señalado en el apartado teórico: profesor/a y abogado/a (entre otros), corresponden a la zona profesional central mientras que albañil e informático (entre otras), a la zona profesional periférica.

4.4.1. SANTIAGO (CHILE)

La Tabla 5 presenta las características sociodemográficas de Santiago (Chile):

Tabla 5: Características sociodemográficas de los integrantes de la muestra: Santiago de Chile

Nivel Instrucción	Grupo etario	Sexo	Código	Duración entrevista	Año de nacimiento	Nivel Educativo	Profesión u ocupación	Comuna de residencia	
Nivel bajo	20-34 años	H	SCHI_H11_001 ⁹	57'40''	1983	BI ¹⁰	Guardia de seguridad	La Pintana	
			SCHI_H11_002	66'43''	1984	MI	Reparador de computadores	Maipú	
		M	SCHI_M11_007	63'53''	1977	BI	Cesante	La Cisterna	
	35-54 años	H	SCHI_H21_013	55'54''	1966	MI	Cuidador de caballos	Independencia	
			SCHI_H21_014	61'37''	1961	BI	Yesero	Cerro Navia	
		M	SCHI_M21_019	60'53''	1959	BI	Comerciante	La Pintana	
			SCHI_M21_020	57'56''	1969	MI	Auxiliar de aseo	Estación Central	
		H	SCHI_H31_025	70'16''	1918	BI	Jubilado	Recoleta	
			SCHI_H31_026	56'09''	1937	BC	Albañil	Santiago	
	M	SCHI_M31_031	50'16''	1936	BI	Dueña de casa	San Ramón		
		SCHI_M31_032	62'17''	1930	BI	Dueña de casa	San Bernardo		
	Nivel Medio	20-34 años	H	SCHI_H12_037 ¹¹	71'17''	1979	MC ¹²	Chofer	Puente alto
SCHI_H12_038				67'07''	1986	MC	Empleado en imprenta	Peñalolén	
M			SCHI_M12_043	56'43''	1988	MC	Cesante	La Granja	
			SCHI_M12_044	66'58''	1976	MC	Empleada en lavandería	La Cisterna	
35-54 años		H	SCHI_H22_049	74'34''	1963	MC	Chofer	Maipú	
			SCHI_H22_050	55'15''	1964	MC	Administrador de restaurante	La Florida	
		M	SCHI_M22_055	69'48''	1963	MC	Dueña de casa	Maipú	
			SCHI_M22_056	61'37''	1962	TPC	Dueña de casa	Pudahuel	
55 y más años		H	SCHI_H32_061	73'09''	1929	TPC	Jubilado	Santiago	
			SCHI_H32_062	50'43''	1946	MC	Jubilado	Santiago	
		M	SCHI_M32_067	86'25''	1946	MC	Auxiliar de enfermos	San Miguel	
			SCHI_M32_068	50'51''	1945	MC	Dueña de casa	Macul	
		H	SCHI_H13_073 ¹³	59'00''	1983	UI ¹⁴	Constructor civil	Providencia	
			SCHI_H13_074	52'06''	1985	UI	Estudiante diseño industrial de sonido	Providencia	
Nivel Alto		20-34 años	H	SCHI_M13_079	71'38''	1980	UI	Estudiante Lic. en Lengua y lit. Inglesa	Santiago
				SCHI_M13_080	51'45''	1985	UC	Traductora e intérprete en inglés	Nuñoa
			M	SCHI_H23_085	52'58''	1964	UC	Químico farmacéutico	Peñalolén
		35-54 años	H	SCHI_H23_086	50'02''	1958	UC	Director de colegio	La Cisterna
	SCHI_M23_091			57'37''	1973	UC	Abogado	Providencia	
	M		SCHI_M23_092	62'54''	1956	UC	Nutricionista	Nuñoa	
			SCHI_H33_097	60'41''	1937	UI	Profesor de aviación	Macul	
	55 y más años		H	SCHI_H33_098	46'57''	1952	UC	Ingeniero comercial	Nuñoa
				SCHI_M33_103	64'18''	1931	UC	Psiquiatra	Vitacura
		M	SCHI_M33_104	60'37''	1952	UC	Médico	Providencia	

⁹ El código de los sujetos tiene las siguientes equivalencias: SCHI: Santiago de Chile; Sexo= H (hombre) y M (mujer). El primer número que le sigue a dichas equivalencias corresponde al código del grupo de edad: 1= 20 a 34 años, 2= 35 a 54 años y 3= 55 años y más; el segundo número corresponde al nivel educacional: 1= Bajo (sin estudios o instrucción primaria), 2= Medio (instrucción secundaria) y 3= Alto (instrucción superior). Los dígitos finales corresponden a numeración correlativa que se le asignó a los sujetos en el corpus PRESEEA Santiago de Chile.

¹⁰ Las siglas de esta columna tienen las siguientes equivalencias: UC = educación universitaria completa; UI = educación universitaria incompleta; UIC = educación universitaria incompleta congelada; TPC = educación técnica-profesional completa; TPI = educación técnica-profesional incompleta; MC = educación media completa; MI = educación media incompleta; MTPC = educación media-técnica profesional completa; TPMI = educación media-técnica profesional incompleta; BC = educación básica completa; BI = educación básica incompleta.

¹¹ El código de los sujetos tiene las siguientes equivalencias: SCHI: Santiago de Chile; Sexo= H (hombre) y M (mujer). El primer número que le sigue a dichas equivalencias corresponde al código del grupo de edad: 1= 20 a 34 años, 2= 35 a 54 años y 3= 55 años y más; el segundo número corresponde al nivel educacional: 1= Bajo (sin estudios o instrucción primaria), 2= Medio (instrucción secundaria) y 3= Alto (instrucción superior). Los dígitos finales corresponden a numeración correlativa que se le asignó a los sujetos en el corpus PRESEEA Santiago de Chile.

¹² Las siglas de esta columna tienen las siguientes equivalencias: UC = educación universitaria completa; UI = educación universitaria incompleta; UIC = educación universitaria incompleta congelada; TPC = educación técnica-profesional completa; TPI = educación técnica-profesional incompleta; MC = educación media completa; MI = educación media incompleta; MTPC = educación media-técnica profesional completa; TPMI = educación media-técnica profesional incompleta; BC = educación básica completa; BI = educación básica incompleta.

¹³ El código de los sujetos tiene las siguientes equivalencias: SCHI: Santiago de Chile; Sexo= H (hombre) y M (mujer). El primer número que le sigue a dichas equivalencias corresponde al código del grupo de edad: 1= 20 a 34 años, 2= 35 a 54 años y 3= 55 años y más; el segundo número corresponde al nivel educacional: 1= Bajo (sin estudios o instrucción primaria), 2= Medio (instrucción secundaria) y 3= Alto (instrucción superior). Los dígitos finales corresponden a numeración correlativa que se le asignó a los sujetos en el corpus PRESEEA Santiago de Chile.

¹⁴ Las siglas de esta columna tienen las siguientes equivalencias: UC = educación universitaria completa; UI = educación universitaria incompleta; UIC = educación universitaria incompleta congelada; TPC = educación técnica-profesional completa; TPI = educación técnica-profesional incompleta; MC = educación media completa; MI = educación media incompleta; MTPC = educación media-técnica profesional completa; TPMI = educación media-técnica profesional incompleta; BC = educación básica completa; BI = educación básica incompleta.

4.4.2. CIUDAD DE MÉXICO

A continuación, la Tabla 6 presenta las características sociodemográficas de Ciudad de México:

Tabla 6: Características sociodemográficas de los integrantes de la muestra: Ciudad de México

Nivel de instrucción	Grupo etario	Sexo	Código	Duración entrevista	Nivel de estudios	Edad	Profesión u ocupación	Lugar de residencia
Nivel bajo	20-34 años	H	MEXI_H11_073	71'	Primaria	34	Comerciante	Puebla
			MEXI_H11_074	58'	Primaria	26	Taxista	Ecatepec
		M	MEXI_M11_079	58'	Sin estudios	27	Promotor de libros	Ecatepec
			MEXI_M11_080	50'	Primaria	26	Vendedora de zapatos	Ecatepec
	35-54 años	H	MEXI_H21_085	49'	Primaria	42	Empleado de mantenimiento	Hidalgo
			MEXI_H21_086	55'	Primaria	44	Empleado de mantenimiento	Distrito Federal
		M	MEXI_M21_091	49'	Primaria	39	Empleada de limpieza	Oaxaca
			MEXI_M21_092	69'	Primaria	52	Ama de casa	Oaxaca
	55 y más años	H	MEXI_H31_097	28'	Sin estudios	69	Comerciante/Campesino	Distrito Federal
			MEXI_H31_098	62'	Primaria	63	Zapatero	Distrito Federal
		M	MEXI_M31_103	62'	Primaria	60	Comerciante	Ajusco
			MEXI_M31_104	75'	Primaria	91	Vendedora de flores	Distrito Federal
Nivel medio	20-34 años	H	MEXI_H12_037	61'	Secundaria	33	Comerciante	Guanajuato
			MEXI_H12_038	75'	Bachillerato	32	Comerciante	Distrito Federal
		M	MEXI_M12_044	45'	Estudios técnicos equivalentes al bachillerato	34	Lavandera	Ciudad de México
			MEXI_M12_045	40'	Preparatoria	28	Ama de casa	Ciudad de México
	35-54 años	H	MEXI_H22_049	95'	Secundaria	41	Comerciante	Ajusco
			MEXI_H22_050	43'	Secundaria	43	Comerciante	Ajusco
		M	MEXI_M22_055	60'	Carrera técnica de trabajo social	48	Trabajadora social	Oaxaca
			MEXI_M22_056	80'	Secundaria	42	Empleada en un sindicato	Distrito Federal
	55 y más años	H	MEXI_H32_061	72'	Secundaria	55	Carpintero	Distrito Federal
			MEXI_H32_062	60'	Bachillerato inconcluso	58	Auxiliar administrativo	Michoacán
		M	MEXI_M32_067	62	Estudios técnicos en administración	66	Comerciante/Ama de casa	Distrito Federal
			MEXI_M32_068	51'	Estudios de educadora	57	Profesora de preescolar	Distrito Federal
Nivel alto	20-34 años	H	MEXI_H13_001	49'	Arquitectura	25	Arquitecto	Iztapalapa
			MEXI_H13_002	69'	Contaduría	25	Tatuador	Distrito Federal
		M	MEXI_M13_007	62'	Lic. en lingüística	25	Lingüista	Distrito Federal
			MEXI_M13_008	77'	Lic. en Letras Hispánicas	29	Pasante	Distrito Federal
	35-54 años	H	MEXI_H23_013	47'	Lic. En Literatura	37	Editor	Distrito Federal
			MEXI_H23_014	73'	Biología	51	Profesor de cultivo de bonsái	Distrito Federal
		M	MEXI_M23_019	52'	Diseño de interiores	38	Negocio de plantas	Distrito Federal
			MEXI_M23_020	47'	Medicina	53	Médico Cirujano	Distrito Federal
	55 y más años	H	MEXI_H33_025	67'	Lic. Incompleta	56	Contratista	Distrito Federal
			MEXI_H33_026	57'	Economía	55	Economista/Fluricultor	Distrito Federal
		M	MEXI_M33_031	59'	Arquitectura	65	Arquitecta/Profesora	Distrito Federal
			MEXI_M33_032	66'	Química	57	Profesora	Distrito Federal

4.4.3. MADRID

A continuación, la Tabla 6 presenta las características sociodemográficas de Madrid:

Tabla 6: Características sociodemográficas de los integrantes de la muestra: Madrid

Nivel instrucción	Grupo etario	Sexo	Código	Duración entrevista	Nivel de estudios	Edad	Profesión u ocupación	Lugar de residencia
Nivel bajo	20-34 años	H	MADR_H11_01	40'31''	1.º año de Bachillerato	20	Estudiante	Salamanca
			MADR_H11_02	50'25''	3.º año ESO ¹⁵	20	Militar	Salamanca
		M	MADR_M11_004	1h06'59''	ESO Incompleta	21	Estudiante/Pastelera	Salamanca
			MADR_M11_005	35'26''	ESO incompleta	20	Estudiante/Tendera	Salamanca
	35-54 años	H	MADR_H21_019	48'18''	Primaria	51	Portero	Salamanca
			MADR_H21_020	51'	FP1	42	Pensionista	Salamanca
		M	MADR_M21_022	1h08'57''	Graduado escolar	43	Auxiliar de farmacia	Salamanca
			MADR_M21_023	1h06'16	Graduado escolar	54	Ama de casa	Salamanca
	55 y más años	H	MADR_H31_037	45'	3º año de bachiller	71	Jubilado	Salamanca
			MADR_H31_038	52'21''	Primaria	79	Profesor platero jubilado	Salamanca
		M	MADR_M31_040	50'16''	Primaria	75	Ama de casa	Salamanca
			MADR_M31_041	1h19'21''	Primaria	62	Ama de casa	Salamanca
Nivel medio	20-34 años	H	MADR_H12_007	59'06''	FP2	33	Maestro de laboratorio	Salamanca
			MADR_H12_008	1h01'33''	FP2	26	Técnico de cajeros	Salamanca
		M	MADR_M12_010	58'09''	Ciclo Superior de Diseño de Interiores	21	Estudiante	Salamanca
			MADR_M12_011	58'46''	3º año de BUP Incompleta	33	Administradora	Salamanca
	35-54 años	H	MADR_H22_025	1h00'02''	Bachiller superior flauta	50	Funcionario MEC	Salamanca
			MADR_H22_027	47'19''	Dos años arquitectura	46	Informático	Salamanca
		M	MADR_M22_028	44'36''	Bachillerato elemental y secretaria de dirección		Ama de casa	Salamanca
			MADR_M22_029	52'05''	FP1	41	Administrativa	Salamanca
	55 y más años	H	MADR_H32_043	46'54''	Bachiller elemental	65	Protésico dental	Salamanca
			MADR_H32_044	51'07''	Bachiller Perito mercantil incompleto	69	Jubilado	Salamanca
		M	MADR_M32_046	1h01'38''	Secundarios	87	Ama de casa	Salamanca
			MADR_M32_047	34'45''	Secundarios	65	Ama de casa	Salamanca
Nivel alto	20-34 años	H	MADR_H13_013	47'27''	Derecho	29	Opositor	Salamanca
			MADR_H13_014	44'47''	Ciencias Químicas	27	Informático	Salamanca
		M	MADR_M13_016	46'48''	Segundo curso de administración y dirección de empresas	30	Administrativo	Salamanca
			MADR_M13_017	42'19''	4º año de derecho	22	Estudiante	Salamanca
	35-54 años	H	MADR_H23_031	1h07'38''	Derecho	43	Abogado	Salamanca
			MADR_H23_032	1h00'14''	4º año de derecho	47	Comercial	Salamanca
		M	MADR_M23_034	42'11''	Filología Hispánica	51	Profesora secundaria	Salamanca
			MADR_M23_035	1h03'04''	Filosofía y Letras	52	Documentalista	Salamanca
	55 y más años	H	MADR_H33_049	57'48''	Topografía	75	Topógrafo jubilado	Salamanca
			MADR_H33_050	40'44''	Ingeniero técnico	74	Ingeniero técnico	Salamanca
		M	MADR_M33_052	47'12''	Perito industrial	66	Ingeniero industrial	Salamanca
			MADR_M33_053	56'27''	Farmacia	67	Farmacéutica jubilada	Salamanca

¹⁵ ESO= Educación Secundaria Obligatoria

4.4.4. MÁLAGA

A continuación, la Tabla 8 presenta las características sociodemográficas de Málaga:

Tabla 5: Características sociodemográficas de los integrantes de la muestra: Málaga, 36 entrevistas

Nivel instrucción	Grupo etario	Sexo	Código	Duración entrevista	Nivel de estudios	Edad	Profesión u ocupación	Lugar de residencia
Nivel bajo	20-34 años	H	MA-022H11 ¹⁶	60'	Primaria	20	Carnicero	Málaga
			MA-702H11	62'02''	Primaria	20	Ayudante en club de golf	Málaga
		M	MA- 027M11	40'15''	Primaria	23	Publicista	Málaga
			MA- 075M11	53'32''	Primaria	25	Vendedor dependiente	Málaga
	35-54 años	H	MA-070H21	33'33''	Primaria	53	Confitero	Málaga
			MA- 066H21	22'43''	Primaria	40	Jefe Taller Mecánico	Málaga
		M	MA- 008M21	19'02''	Primaria	45	Costurera	Málaga
			MA- 105M21	38'06''	Primaria	39	Ama de casa	Málaga
	55 y más años	H	MA-003H31	31'11''	Primaria	57	Vendedor dependiente	Málaga
			MA-108H31	47'44''	Primaria	64	Albañil	Málaga
		M	MA-077M31	30'	Primaria	57	Ama de casa	Málaga
			MA-009M31	27'12''	Primaria	80	Ama de casa	Málaga
Nivel medio	20-34 años	H	MA-112H12	60'	Secundaria	26	Vendedor de coches	Málaga
			MA-025H12	45'	Secundaria	27	Técnico electrónico	Málaga
		M	MA-710M12	60'	Secundaria	30	Administrativa	Málaga
			MA-726M12	45'	Secundaria	26	Administrativa	Málaga
	35-54 años	H	MA-014H22	50'	Secundaria	35	Administrativo	Málaga
			MA- 012H22	60'	Secundaria	38	Administrativo	Málaga
		M	MA-704M22	60'	Secundaria	43	Ama de casa	Málaga
			MA-703M22	60'	Secundaria	48	Administrativa	Málaga
	55 y más años	H	MA-214H32	60'	Secundaria	60	Sacristán	Málaga
			MA-727H32	60'	Secundaria	61	Comerciante	Málaga
		M	MA-717M32	60'	Secundaria	60	Ama de casa	Málaga
			MA- 722M32	60'	Secundaria	66	Administrativa	Málaga
Nivel alto	20-34 años	H	MA_005_H13	60'	Licenciado	27	Profesor	Málaga
			MA_732_H13	60'	Licenciado	28	Profesor	Málaga
		M	MA_148_M13	45'	Diplomada	22	Estudiante	Málaga
			MA_064_M13	60'	Diplomada	21	Maestra	Málaga
	35-54 años	H	MA_736_H23	60'	Licenciado	38	Abogado	Málaga
			MA_061_H23	60'	Licenciado	54	Profesor	Málaga
		M	MA_718_M23	45'	Licenciada	47	Profesora	Málaga
			MA_050_M23	50'	Diplomada	51	Maestra	Málaga
	55 y más años	H	MA_714_H33	60'	Licenciado	60	Ingeniero	Málaga
			MA_725_H33	45'	Diplomado	59	Maestro	Málaga
		M	MA_706_M33	60'	Licenciada	56	Ama de casa	Málaga
			MA_720_M33	60'	Diplomada	64	Maestra	Málaga

¹⁶ Identificación del informante: [MA: origen] [022: número identificación] [H: hombre; M: mujer] [Grupo de edad:1,2,3] [Nivel de estudios: 1,2,3,4] (Ávila et al, 2008).

4.5.PROCEDIMIENTO ANALÍTICO

El procedimiento de análisis de datos consta de tres fases: una descripción pragmática general (posición sintáctico-pragmática y género discursivo preferente), un apartado de análisis sociolingüístico y una discusión comparativa final de los comportamientos sociopragmáticos de las partículas en cada variedad geográfica con el propósito de atender al objetivo general del trabajo: describir el comportamiento sociopragmático de los marcadores interrogativos de control de contacto. Cabe destacar que, en específico, el análisis sociolingüístico se centrará, entre otros aspectos, en la determinación de las frecuencias de uso de cada una de las partículas. En cuanto a la descripción de los procedimientos estadísticos aplicados, en este trabajo se siguen las sugerencias de Hernández Campoy y Almeida (2005) por lo que nuestro análisis estadístico atenderá a dos niveles de observación, a saber: a) en términos descriptivos, según las frecuencias absolutas y los porcentajes de frecuencia de cada marcador y b) en términos inferenciales, con base en la comparación entre las medias o tendencias centrales de los marcadores. El paquete estadístico al que se ha recurrido para la estadística inferencial es el SPSS (Statistical Package for the Social Sciences), versión 15.0 para Windows, específicamente, la prueba Análisis de varianza ANOVA. En atención a que la distribución de los datos, en algunos casos, pudiera ser anormal, se complementará dicho análisis con las pruebas no paramétricas de ANOVA de Kruskal Wallis y U de Mann-Whitney. Cabe destacar que, tanto para las pruebas paramétricas como para las no paramétricas, el grado de significación se definirá en el 5%, según el cual $p < 0,05$ será estadísticamente significativo.

5. PRESENTACIÓN Y ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS

5.1.COMPORTAMIENTO PRAGMÁTICO DE LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO.

5.1.1. CONSIDERACIONES GENERALES

El paradigma de marcadores interrogativos que han respondido a la función fática del control del contacto en la muestra es el siguiente: ¿no?, ¿cachái?, ¿eh?, ¿sabes?, ¿verdad?, ¿ah?, ¿comprendes?, ¿ya?, ¿entiendes?, ¿me comprendes?, ¿me entiendes?, ¿mm?, ¿sí?, ¿ves?, ¿ve?, ¿vale?, ¿viste?, ¿o no?, ¿cierto?, ¿ves tú?, ¿tú ves?, ¿entendís?, ¿cierto?, ¿no cierto?, ¿de verdad?, ¿te fijas?, ¿te acuerdas?, ¿cachái o no? y ¿me cachái? Estas partículas son empleadas con distinta frecuencia en las variedades geográficas relevadas, esto es, Santiago de Chile, Ciudad de México, Madrid y Málaga. Por consiguiente, en un total de 5047 (100%) ocasiones, diferentes marcadores con forma interrogativa han respondido a este tipo de función pragmática en la suma de cada zona geográfica. Las frecuencias absolutas y los porcentajes correspondientes a cada variedad dialectal son los siguientes: Málaga, 882 (17,46%); Santiago de Chile, 887 (17,64%); Madrid 1567 (31,04%) y Ciudad de México, 1710 (33,86%). Esta distribución se explica de mejor manera a través de la Tabla 6 y el Gráfico 1 expuestos en el siguiente apartado:

Tabla 6: Frecuencia absoluta y porcentual de MICC en la muestra (144 entrevistas)

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
Málaga	882	17,46%
Santiago (Chile)	891	17,64%
Madrid	1567	31,04%
Ciudad de México	1710	33,86%
Total	5047	100%

Asimismo, el marcador que obtuvo la mayor frecuencia de uso en todo el muestreo fue ¿no? (3282, 65.03% del total) por lo que nuestra hipótesis sobre la preferencia por esta partícula en la muestra se confirma. De esta forma, con porcentajes superiores al 75% de las ocurrencias, este marcador obtuvo la mayor preferencia de empleo en tres de las cuatro

variedades geográficas; Ciudad de México, Madrid y Málaga (en Santiago obtiene alrededor del 4% de frecuencia de empleo), lo cual demuestra su carácter panhispánico. Este punto, y otros de índole distribucional, se retomarán con más profundidad en los apartados 5.2 y 5.3, correspondientes al análisis sociolingüístico y al análisis sociopragmático, respectivamente.

Con respecto a aspectos pragmáticos, estas partículas cumplen una función fática básica referida al control del contacto, esto es, la comprobación del contacto y el seguimiento continuo de la atención del oyente sobre el contenido enunciativo propuesto por el hablante. Sumado a esto, los subvalores que pueden asociarse a esta función nuclear, se caracterizan por su naturaleza interaccional. De este modo, como se ha señalado en el marco teórico, estos marcadores pueden asociarse a funciones que ponen foco en la relación hablante-mensaje, esto es, función estructuradora o textual (apertura, mantenimiento y cierre de turno, finalizar actos y temas para abrir otros, etc.) y función justificativa (reafirmación de la propia opinión) y a otras que relevan la relación entre hablante-oyente, función comprobativa (confirmación de la opinión o postura del oyente o corroboración del entendimiento del mensaje) en la cual se hace más notoria la apelación al interlocutor. En particular, son varios los aspectos que motivarán que uno u otro marcador sirva con mayor fuerza a cada uno de estos subvalores, entre los que puede destacarse, la posición sintáctico-pragmática, el tipo de género o secuencia discursiva en el que se insertan, la temática de conversación o frecuencia de uso. En consecuencia, a continuación, se analizará como se desarrollaron estas consideraciones en nuestra muestra.

La posición sintáctico-pragmática preferente de estas partículas es la de final de acto, generalmente entre dos subactos, es decir, para llamar la atención luego de un “enunciado con sentido pleno”. De esta forma, en la muestra se registraron pocos casos de marcadores interrogativos de control de contacto ubicados en posición inicial de acto, lo cual puede apreciarse en el siguiente apartado:

- 1) I: (...) y el mal rato que pasamos todos / pero fue el humo / que le entró en los ojos.
E.: ¡pobrecilla!
I.: ¿comprendes? / mi herma / eso mi hermana la pequeña y/ y pasó un mal rato / ¡eso estaba prohibido completamente! ¡De arrimarse a una cosa de esas! (MA-717M32)
- 2) I.: no / vi la sombra / era una sombra grande / que pegaba a la muralla

E.: ya

I.: ¿cachái? / y no / no había como / que la luz daba justo para allá / cachái / para el comedor / la del comedor se hace el marco de la puerta (SCHI_H11_001)

Como se observa en 1), el marcador *¿comprendes?* (subrayado) se ubica en posición inicial de turno y de acto con la función textual o estructuradora de retomar el turno de habla a la vez que hacer petición de confirmación del entendimiento del suceso narrado por I (función preponderante de este marcador), esto es, que “el mal rato que pasamos todos fue el humo que le entró en los ojos”. De este modo, como señalan Lewis y San Martín (2018), en estricto sentido, funcionan como una manera de corroborar pragmáticamente la información proposicional que el interlocutor acaba de proporcionar antes de que el hablante continúe con su turno. Este sub-valor, que está motivado por el proceso cognitivo de “comprensión” que implica el significado léxico de este marcador, en la muestra, comúnmente se asocia a una subfunción que implica al oyente (con o sin respuesta requerida) y que busca llamar la atención y confirmar si es que el contenido narrativo, en este caso, un suceso que para I es importante que E sepa, se comprendió (Cestero, 2003; 2019). Sobre esta partícula, en comparación con otras, su realización es poco frecuente puesto que solo se emplea en los casos de Málaga (44 ocurrencias) y Madrid (7 ocurrencias) mientras que Santiago (Chile) y Ciudad de México, no registran marcadores asociados a esta función. Cabe destacar que este tipo de análisis geolectal, se retomará con mayor fuerza en la sección destinada a estos asuntos: apartado 5.2.6. correspondiente a la variable geográfica.

De forma similar, en 2), el marcador *¿cachái?* (subrayado) cumple, por un lado, la subfunción textual de retomar el turno de habla ante el peligro de perderlo a causa de la intervención de E y, por otro, el subvalor de hacer petición de confirmación del entendimiento del suceso “no / vi la sombra / era una sombra grande / que pegaba a la muralla” narrado por I, similar a lo sucedido con el ejemplo 1). Cabe destacar que, en estos casos, los marcadores van separados entre pausas y al inicio del turno de habla, lo que explica su carácter extra oracional y fático (toma de turno y petición de confirmación de atención y de corroboración de la información) y, por lo tanto, su adscripción al paradigma de los marcadores discursivos según los criterios de Martín Zorraquino y Portolés (1999) y Portolés (2001). Sin embargo, como ya se comentó, esta posición es poco habitual en nuestra muestra.

Sobre la posición final de acto o subacto, como se viene sugiriendo, esta es frecuente en nuestra muestra puesto que, prácticamente todos los marcadores interrogativos de control de contacto se ubican en esta posición. A continuación, los siguientes ejemplos permiten explicar esta situación:

- 3) I: diez pesos //es clásico eso que me pregunten desde allá // te digo/ entonces / y no es una gente / ¿eh? / o sea / son dos o tres gentes que /
E.: sí (MEXI_H12_038)
- 4) E.: y anteriormente a ese trabajo ¿tuviste algo?
I: anteriormente estuve en Torremolinos también en una oficina / trabajaba al mediodía / Euribat se llamaba / una empresa también de construcción y cosas de esas // de chalecitos y eso ¿no? / y / allí estuve poco tiempo / estaré / año y medio por ahí (MA-014H22)
- 5) I: (...) unos dos años me parece que son // sin afeitar tal / pues no sé // pues son tonterías <simultáneo> pues ¿es posible </simultáneo>
E: <simultáneo> sí sí sí </simultáneo>
I: que sean tonterías ¿entiendes? // pero/ si/ a mí me han formado de una forma determinada / pues claro pues / no lo encuentro/ como/ tan normal yo (MADR_H33_049)

Como se puede apreciar en 3), el marcador ¿eh? (subrayado) se ubica entre los actos “y no es una gente” y el enunciado “o sea/ son dos o tres gentes”, que es una reformulación del primero. Similar situación sucede en 4) y 5), donde ¿no? y ¿entiendes? (subrayados), respectivamente, se posicionan al final de un primer acto o subacto. La función que cumplen estas partículas, como se viene sugiriendo, es de control de contacto y seguimiento de la atención del oyente. No obstante, los subvalores pragmáticos que pueden ejercer son diferentes. En particular, en 3), ¿eh? se ajusta a la función justificativa, esto es, a la reafirmación de lo dicho por el mismo hablante, lo que es señalado por Rodríguez (2009) como una estrategia de *autoreafirmación de lo dicho* y por Moccerro (2010) como *preguntas confirmatorias*: marcadores orientados a la confirmación del propio mensaje por parte del hablante (relación hablante-mensaje). Por su parte, en 4), la apelación al oyente no es tan notoria pues pareciera ser que ¿no? se ajusta de forma más nítida a la función justificativa y a una *función puramente fática* de seguimiento y control de la atención del oyente (cf. Lewis y San Martín, 2018) sobre la explicación que I acaba de dar. Por último, en 5), el subvalor de ¿entiendes? es comprobativo, de índole “confirmación del entendimiento del razonamiento”

(Cestero, 2003, 2019) con o sin respuesta requerida, similar a como ocurría con *¿comprendes?* en el ejemplo 1), por lo que la apelación hacia el oyente es más nítida.

Por lo tanto, al parecer, como la posición final de acto o subacto es la posición sintáctico-pragmática por excelencia y más frecuente de este tipo de marcadores, las funciones o subvalores pragmáticos no parecen estar directamente determinados o motivados por este aspecto. Sin embargo, según los hallazgos de este estudio, esto sí podría explicarse a través de la diferencia entre una posición intermedia de intervención o turno de habla y otra posición final de turno. A continuación, los siguientes ejemplos permitirán explicar mejor esto:

- 6) E.: pero por muchas casas no pasa *¿no?* /
I.: ¡no! / no pasa por muchas casas / ¡pero bueno! / tampoco / realmente la gente que va montada en un telecabina va mirando a ver si tú estás colgando la ropa / o estás haciendo el puchero <risas = E> *¿sabes?* / la gente va mirando lo que...
E.: el paisaje <simultáneo> ¡claro! (MA-726M12)
- 7) E: hm
I: y entonces bueno / pues / era normal que tu pandilla de la calle / Zabalza / que era la mía / pues tuvieras <vacilación/> fueras enemigo irreconciliable de los de la calle Zalamea // por poner un caso *¿no?* / y entonces bueno pues / hacías cosas que ahora no se hacen yo / pues te <vacilación/> te peleabas a pedradas // cosa que ahora lo piensas y dices <cita> bueno / pues nada </cita> (MADR_H23_031)
- 8) I.: eh/ pero bueno / lo que te iba a / a decir era que /// otra / digamos / de las cosas así / interesantes o // o que llamen la atención / es que // a raíz del ochenta y cinco // en / no no sólo cambió toda la estructura de la vivienda / de las viviendas / *¿no?* /
E.: mh
I.: sino que también cambió / la forma de vida // de las <simultáneo> personas </simultáneo> (MEXI_M13_008)
- 9) E.: la / entonces / la / bañadita / y perfumadita
I.: oh / ojalá que fuese así / pero lo malo que no / son difícil de encontrar esas *¿cachái?*
E.: si pues (SCHI_H11_001)

Como se aprecia en estos ejemplos, las subfunciones de los marcadores interrogativos de control de contacto subrayados son diferentes en relación con: i) si se ubican en una posición intermedia de turno de habla (ejemplos 6 y 7) o ii) si se ubican en posición final de turno (ejemplos 8 y 9). De este modo, como se aprecia en 6) y 7), *¿sabes?* y *¿no?*, ejercen roles que tienen que ver de forma más clara con la relación hablante-mensaje, esto es, función *justificativa* y *función puramente fática*, respectivamente. En 6), *¿sabes?* permite a I

reafirmar o justificar el enunciado “la gente que va montada en un telecabina no va mirando a ver si tú estás colgando la ropa / o estás haciendo el puchero” mientras que en 7) *¿no?* realiza un llamado de atención (*función puramente fática*) sobre asuntos importantes del contenido narrado por el hablante: la experiencia personal de I sobre la rivalidad entre su barrio y otro cercano. En estos casos, como se viene comentando, la apelación al oyente se presenta de modo difuminada por lo que priman funciones que relevan la relación hablante-mensaje.

Por el contrario, en 8) y 9), *¿no?* y *¿cachái?*, se ubican en posición final de turno y articulan de manera más nítida una apelación hacia el oyente. En específico, en 8), *¿no?* se incluye en términos de la función comprobativa y de la función de modalización deóntica (Lewis y San Martín, 2018), esto es, como petición de confirmación o comprobación de la opinión del oyente sobre el contenido de la opinión de I: “a raíz del [año] ochenta y cinco en [Málaga] no sólo cambió toda la estructura de la vivienda”, para así proyectar acuerdo entre hablante y oyente, acuerdo que enseguida se verifica por la intervención afirmativa de E “mh” y por la construcción simultánea del contenido enunciativo: “sino que también cambió / la forma de vida // de las <simultáneo> personas </simultáneo>”. Similar situación sucede con *¿cachái?*, en 9), donde la petición de confirmación y, por lo tanto, la apelación hacia el oyente, se realiza en términos de “confirmación del entendimiento del razonamiento” u opinión del enunciado de I: “lo malo es que [ese tipo de mujeres] / son difícil de encontrar”, lo cual nuevamente tiene respuesta de E, puesto que la posición final de turno permite al marcador ejercer sesión del turno de habla (función fático-estructuradora), y, por lo tanto, hace más latente la fuerza de la apelación de corroboración hacia el oyente, lo cual motiva a que E (oyente) responda positivamente a esta petición. De esta forma, como señalan autores como Briz (1998) o Cestero (2003), una posición final de turno de habla favorece una función apelativa e “implica al oyente ya que aparece resaltado su carácter de preguntas y favorecen el cierre y la cesión de turno, mientras que cuando [este tipo de marcadores] aparecen en posición interior presentan una función expresiva-fática, una simple reafirmación” (Cestero, 2003: 86), es decir, prima una relación de hablante-mensaje más que de hablante-oyente.

Sobre la relación entre el tipo de género o secuencia discursiva y el empleo de marcadores interrogativos de control de contacto, también se vislumbran varios asuntos. En primer lugar,

como se comentó en el apartado del marco teórico, los tipos de secuencias discursivas trabajadas son principalmente tres, a saber, i) tipo argumentativo; ii) tipo narrativo y iii) tipo descriptivo, de acuerdo con el tipo de objeto de estudio resultante de las entrevistas semiestructuradas y los postulados de obras como Adam (1992). En segundo lugar, sobre los hallazgos de este estudio a este respecto, destaca la aparición frecuente de ciertos subvalores de la función de control de contacto en ciertos tipos de géneros discursivos, lo cual puede explicarse mejor a la luz de los siguientes ejemplos:

- 10) E.: mm ya / ahora // ¿recuerda alguna anécdota / eeh / graciosa/ de su época de estudiante? // eeh / ¿ya sea de la enseñanza básica / media / o universitaria?
 I.: haber eeh// ¿cómica? // sí / en la / en la universidad / nosotros / yo estudié <énfasis> geología </énfasis> // entonces teníamos que salir a terreno // ¿ya? // ese terreno consistía en / en salir y armar carpas / que se yo y nos formamos grupos / en cada grupo / había una carpay un día / estábamos en en un bosquecito / por cerca de Santo Domingo ... (SCHI_H33_097)
- 11) I.: ehm / y / bueno / era bien bonito porque / bueno / como vivía en un pueblo // no había / pavimento / no había / a lo mejor ni luz / yo no me acuerdo que hubiera luz // digo en la calle / ¿no?// había unos arbolotes gigantescos / que nada más queda como uno o dos ahí en / en el barrio
 E.:mh (MEXI_H22_050)
- 12) E: tú eeh ¿qué opinión tienes sobre el tema del cambio climático?
 I: pues no había escuchado lo que me has dicho pero vamos *mi opinión es que* somos una ciudad contaminante y que no tenemos en cuenta todo el daño que estamos haciendo ¿no?
 E: ¿tú crees que sí es verdad que está habiendo un calentamiento? (MADR_M12_010).
- 13) E: no creo que sea porque sobren médicos / es decir / ¡que enfermos hay! / y los cupos están llenos / pero no habrá dinero para
 I.: ¡claro! / ¡no tienen! / no ¡no habrá! / ¡ese es el tema! que es tema crematístico todo
 E.: crematístico / ¡efectivamente! / ¡yo creo que sí!
 I.: y yo *creo que* cualquiera: / por / medianamente inteligente / muy simple/ teniendo disposiciones arregla las cosas ¿verdad?
 E.: ¡sí! / ¡la verdad es que sí! (MA_725_H33)

Como se observa en estos ejemplos, así como una posición interna de turno de habla implicaba, en general, subvalores de la relación hablante-mensaje mientras que una posición final de intervención, funciones de apelación al oyente, las secuencias predominantemente narrativas se relacionan de manera más notoria con funciones de tipo puramente fático (llamado de atención o focalización informativa) mientras las argumentativas con subvalores que apelan de forma más nítida al oyente. De este modo, en 10), I comienza a narrar una

experiencia personal cómica de su paso por la universidad. Ante esto, ¿ya? es incluido luego del enunciado “yo estudié <énfasis> geología </énfasis> // entonces teníamos que salir a terreno” con la función de llamar la atención y hacer seguimiento sobre el entendimiento de sucesos de la narración que son importantes que el oyente tome atención sobre ellos; es relevante para I dejar en claro, primero, la carrera que estudiaba y, segundo, la labor que en ella realizaba, por ello, decide incluir este marcador y así motivar que el resto de la narración siga su curso de manera comunicativamente efectiva. De forma similar, en 11), I narra su experiencia viviendo en un pueblo.

Sobre esto, ¿no? es incluido en la cadena hablada para hacer seguimiento de la atención, hacer focalización o constatar el entendimiento del enunciado “no había / a lo mejor ni luz / yo no me acuerdo que hubiera luz // digo en la calle /” puesto que en el elemento subrayado, I realiza una reformulación de lo que viene señalando, esto es, explicar que no había luz en la calle y no en otro lugar, como por ejemplo, en su casa, algo que E podría inferir de manera errónea. Este tipo de subfunción, como señala Cestero (2003, 2019), se releva “cuando el enunciado puede interpretarse erróneamente debido a posibles presuposiciones nacidas del proceso de enunciación que ha realizado el hablante” (Cestero, 2003: 90), lo cual adquiere carácter de constatación o corroboración, esto es, apelación al oyente, cuando cumple función de apéndice (ubicación a final de turno del marcador) y función de llamado de atención o focalización informativa sobre contenidos importantes de la narración, cuando se ubica en posición interna de turno de habla, como sucede en 11). Por lo tanto, el género narrativo se vincula de manera más frecuente, por un lado, con la posición interna de turno de habla de los marcadores relevados y, por otro, con las funciones fáticas de llamado de atención o focalización informativa sobre sucesos u asuntos propios de las narraciones.

Por el contrario, como puede observarse en 12) y 13), el tipo de discurso argumentativo, esto es, turnos de habla de los que es posible distinguir la opinión, creencia u argumentación del hablante, se relaciona de manera más notoria con subvalores de este tipo de marcadores que apelan al oyente. En particular, en 12), I realiza una opinión sobre la contaminación climática mediante el enunciado: “*mi opinión es que* somos una ciudad contaminante y que no tenemos en cuenta todo el daño que estamos haciendo” donde los elementos en cursiva permiten distinguir el tipo de género discursivo argumentativo. Ante esto, ¿no? es incluido para hacer

petición de confirmación de la opinión (aunque sin respuesta de E, situación posible en este tipo de marcadores), en el sentido de *¿no piensas lo mismo?*, función de modalización deóntica que, según Lewis y San Martín (2018), sirve para apelar al oyente. De forma similar, en 13), I opina sobre la falta de dinero en la salud mediante el enunciado: “y yo creo que cualquiera: / por / medianamente inteligente / muy simple/ teniendo disposiciones [crematísticas, de dinero] arregla las cosas” a lo cual se incluye *¿verdad?* en posición final de turno. En este caso, este marcador cumple una función comprobativa por medio de la que se busca corroborar la opinión de E y ratificar acuerdo entre ambos, es decir, apela directamente al oyente y su postura sobre la necesidad del dinero en temas de salud (con respuesta de positiva de E). Esta situación también puede abordarse en términos de la función de modalización epistémica, esto es, la petición de corroboración del hablante hacia el oyente sobre el grado de certeza de lo enunciado en el sentido de *¿es cierto/verdad lo que digo?*, lo cual, por supuesto, se ve motivado por las características semánticas del sustantivo *verdad* ya que estas implican, precisamente, el grado de conocimiento o certeza.

Sobre la temática de conversación y el uso de este tipo de partículas, cabe señalar que, en nuestra muestra, ciertas temáticas se relacionan con mayor fuerza con algunas subfunciones del empleo de marcadores interrogativos de control de contacto. Al respecto, aunque las temáticas en las que se insertan estos marcadores pueden ser demasiado diversas, si se pone foco en la diferencia entre temáticas controversiales o tabú y otras no controversiales, esto es, entre temáticas que motivan o presenten posturas contrarias y opiniones divergentes y otras que no lo hacen, pueden vislumbrarse asuntos interesantes. A continuación, los siguientes ejemplos permiten explicar mejor esta situación:

14) I.: que me está pasando exactamente igual / que me pasó al principio cuando fui a examinarme / que me dijeron <estilo directo> vete a tu casa que yo ya pensaré </estilo directo> / y efectivamente dice <estilo directo> ¡bueno! / enhorabuena porque sí le voy a dar el carné </estilo directo> / y me lo dieron ¿comprendes? / pero / a mí me han pasado de anécdotas con lo del coche / ¡tú no puedes imaginar!

E.: ¡sí! / ¡claro! (MA-722M32)

15) I.: y además que / eeh / ponen / como actores relevantes a personas que de verdad lo único que tienen / eeh / una cara linda y *a veces* son estúpidas / ¿no?

E.: claro

I.: y / y aportan cero / entonces no / no los veo (SCHI_H33_098)

Como puede apreciarse en 14), I narra una experiencia personal sobre el trámite de carné de identidad. Sobre esto, *¿comprendes?* es integrado a la cadena de habla luego del suceso narrativo: “¡bueno! / enhorabuena porque sí le voy a dar el carné </estilo directo> / y me lo dieron” por lo que la función que implica es de llamado y seguimiento de la atención del oyente, un valor pragmático fático que, como se viene sugiriendo, se liga al tipo de género narrativo en forma del seguimiento de la atención y el entendimiento de los contenidos narrativos importantes (en este caso, del tipo “suceso”) que enuncia I. Al respecto, la temática se considera de carácter no controversial en tanto no se liga al tipo de género argumentativo, esto es, no implica posicionamiento ideológico mediante una opinión, sino que, más bien, se vincula con el tipo narrativo y con una función fática de focalización informativa de sucesos relevantes en la narración del hablante. Esta situación es común en nuestra muestra, por lo que, podría señalarse que frecuentemente este tipo de partículas de control de contacto que no apelan directamente al oyente, se vinculan con temáticas no controversiales de tipo narrativo.

Por el contrario, en 15), I realiza una opinión sobre los actores de televisión, esta es: “ponen / como actores relevantes a personas que de verdad lo único que tienen / eeh/ una cara linda y a veces son estúpidas” a lo cual, *¿no?* se incluye luego de “son estúpidas”. Sobre los subvalores asociados a este uso de *¿no?*, podemos señalar una función comprobativa de apelación al oyente y de búsqueda de alineación o acuerdo en tanto se busca ratificar o corroborar la opinión de E sobre la temática, lo cual esta vez tiene respuesta positiva mediante la intervención “claro” que responde al llamado de acuerdo entre los interlocutores y los alinea en una misma postura. Como se puede observar en este tipo de casos, la temática “la calidad de los actores y la superficialidad de la televisión”, por un lado, tiene el potencial de aparición de opiniones controversiales pues la fuerza ilocutiva de “esas personas [los actores] son estúpidas” implica una opinión o juicio sobre un grupo de personas particular de la sociedad y puede generar debate, esto es, puede haber personas o grupos afectados y opiniones contrarias a la de I.

Por ende, la inclusión de *¿no?* en este caso, además de apelar a la confirmación de la opinión del oyente y no poner como como “absoluta” la veracidad de la opinión, también incluye un efecto de sentido o una subfunción de modalización atenuadora en tanto se inserta para

proteger la imagen positiva pública (Goffman, 1959) del hablante ante la posible puesta en peligro de esta, por la inclusión de la opinión controversial “son estúpidas”, cuya fuerza ilocutiva, en consecuencia, se ve mitigada por la inserción de este marcador y del segmento “a veces” antepuesto a la opinión. La asociación entre atenuación lingüística y marcadores discursivos ya ha sido trabajada por varios autores (cf. Martín Zorraquino, 2001; Landone, 2010; García, 2016; Uclés 2017, 2018, 2020; Sandoval y San Martín, 2020) y se ha asociado generalmente a términos de cortesía verbal. No obstante, este y otros puntos sobre a este tema serán revisados más adelante en esta sección.

En suma, en este apartado dedicado al comportamiento general de los marcadores interrogativos de control de contacto de la muestra, se ha revisado, principalmente, los tipos de valores y subvalores pragmáticos de las partículas relevadas y su relación con aspectos como la posición sintáctico-pragmática, los tipos de géneros discursivos y la temática conversacional. A este respecto, estos marcadores cumplen una función fática básica en la que se busca hacer contacto y llamar o hacer seguimiento de la atención del oyente. A esta función nuclear (cf. Pons, 1998), pueden (o no) asociarse subvalores como la función estructuradora, la función justificativa, la función comprobativa y efectos de sentido modalizadores como la atenuación o la intensificación. Sobre la posición sintáctico-pragmática, esta es relevante para la interpretación del tipo de función asociada, en tanto una posición intermedia de turno de habla generalmente se relaciona con funciones que relevan la relación hablante-mensaje, como el subvalor estructurador y el justificativo, mientras que una posición final de turno de habla puede implicar o apelar directamente al oyente (función comprobativa; modalización deóntica o epistémica) con mayor facilidad.

Por su parte, el tipo de secuencia discursiva predominante también es importante ante estos asuntos pues, al parecer, el tipo narrativo se vincula, principalmente, con funciones puramente fáticas, de llamado de atención sobre puntos importantes de la narración o de seguimiento del entendimiento de sucesos narrativos, mientras que el tipo argumentativo, como expresa opiniones o posturas, se vincula más notoriamente con funciones que implican al oyente, como la función comprobativa a las funciones de modalización deóntica/epistémica, con el afán interaccional de proyectar acuerdo entre los interlocutores. Por último, estrechamente ligado a lo anterior, la temática de conversación, en tanto

controversial o no controversial, también puede ser un criterio de interpretación de subvalores de este tipo de marcadores puesto que los tipos no controversiales, como no implican posturas contrarias sino que narraciones o descripciones, se ligan más frecuentemente a funciones de tipo puramente fático (llamado de atención al oyente sobre puntos específicos del turno de habla), estructuradora, o justificativa mientras que los temas controversiales o que tienen el potencial de existencia de opiniones de este tipo, como sí presentan postura argumentativa o ideológica, se ligan más nítidamente con la función comprobativa y/o la modalización por atenuación, aspectos vinculados a la relación hablante-oyente, que serán vistos con mayor profundidad en el apartado dedicado a las diferencias y similitudes sociopragmáticas del empleo de estas partículas. A continuación, con el afán de ofrecer mayor especificación sobre asuntos de índole pragmática, el siguiente apartado abordará los marcadores interrogativos de control de contacto más frecuentes en la muestra desde un punto de vista pragmático.

5.1.2. MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO MÁS FRECUENTES DESDE UN PUNTO DE VISTA PRAGMÁTICO

Los marcadores interrogativos de control de contacto más frecuentes en nuestra muestra son los siguientes: *¿no?* (3282 casos, 66,87% del total); *¿cachái?* (702 ocurrencias, 14,3% del total); *¿eh?* (440 casos, 8,96% del total); *¿sabes?* (184, ocurrencias, 3,75% del total); *¿verdad?* (148 casos, 3,02% del total); *¿ah?* (64 ocurrencias, 1,30% del total); *¿comprendes?* (51 casos, 1,04% del total) y *¿ya?* (37 ocurrencias, 0,75% del total).

En primer término, sobre *¿no?*, la partícula más frecuente del muestreo, puede decirse que esta es una partícula bastante recurrente en los resultados de trabajos sobre corpus hispánicos (cf. Martín y Portolés, 1999; Briz, 1998; García Vizcaíno, 2005; Albelda y Cestero, 2011; Orozco, 2014; Valencia y Viguera, 2015; Santana, 2015, 2017, 2019; Uclés, 2017, 2018, 2020; Cestero, 2003, 2019; Olivares, 2019; Albelda et al., 2020). A este respecto, es importante mencionar el auge que ha tenido la interpretación analítica de este marcador como un recurso de atenuación lingüística. Por ejemplo, en cuanto al corpus PRESEEA, destacan los hallazgos de Uclés (2017, 2018, 2020). En particular, el estudio de Uclés (2017) contrasta dos ciudades de España (Valencia y Madrid) y dos ciudades de México (Monterrey y Ciudad

de México). Sus principales hallazgos sugieren que *¿no?* suele emplearse para atenuar la fuerza ilocutiva de los entrevistados por lo que se presenta como un recurso para la protección de la imagen propia. No obstante, nuestro estudio sugiere que esta partícula, debido a su alta frecuencia, además de vincularse a la atenuación lingüística, también se relaciona con otras funciones pragmáticas, como se explicará a la luz de los siguientes ejemplos:

16) E.: claro

I.: y lo más simpático es que hace unos años/ dos o tres años atrás/ eeh// varias veces he ido yo a comidas de mis compañeros *¿no?* // y sabía un/ este mismo sujeto que era tan// tan católico//me pescó a mí y a otros dos que también habíamos tenido un compañero que ha sido/ siempre/ compañero mío de siempre cuando hay este tipo de cosas vamos juntos/ somos amigos hasta el día de hoy

E.: uum (SCHI_M33_103)

17) E.: ¿cuántos hermanos tiene?

I.: pues / hermanos hemos sido cinco / uno murió / cuando pequeño / somos / conmigo son tres / tres hermanas y un hermano / es lo que tengo / yo soy la menor de todos ellos / y están todos casados *¿no?* todos viven en Vélez menos yo que soy la que vivo aquí / quiere decir que aquí no tengo yo familia ninguna. (MA_077_M31)

18) I: (...) y fui así como en mi beca era así / era así en el Jota Aguirre (Hospital) fui a hablar con la / jefe de dermatología así / para preguntarle si me dejaba empezar a hacer la mitad del día /el / bueno primero hablé con mi jefe de microbiología *¿no?* / para preguntarle si me dejaba usar una parte de de mi hora diaria para ir a algún lugar a hacer clínica // y él me dijo que bueno // entonces / fui a a dermatología así del mismo hospital donde yo estaba haciendo la beca <silencio/> (SCHI_M33_104)

19) E: ¿qué te pasó? cuéntame

I: me intentaron robar el reloj y / recuerdo cuando vieron que era un reloj de de publicidad / me miró y me dijo <cita> anda vete chaval</cita> *¿no?* no me no me ni me lo quitó / y en otra ocasión / iba yo muy despistado andando por la calle y pasé / tenía un policía encañonado a unos / delincuentes aquí en esta calle / y yo con mi despiste me crucé entre la pistola y los delincuentes y el policía me empujó contra ellos y me detuvo con ellos *¿no?* / luego vino un compañero y me pidió disculpas y lo acepté porque es normal... (MADR_H22_026)

Como se observa en estos ejemplos, *¿no?* cumple con la función fática de control de contacto en tanto sirve al hablante como un método de “asegurarse de que el canal de comunicación está abierto y funciona, esto es, confirmar que se mantiene la atención y el seguimiento” (Cestero, 2019: 5). En estos ejemplos destaca la no existencia de opiniones o tipos de textos argumentativos, sino que más bien son extractos de narración de experiencia personal o

textos expositivos/descriptivos. Primero, en 16), el hablante narra su experiencia con amistades y compañeros de colegio. Entonces, I, por medio de *¿no?*, busca llamar la atención sobre el contenido “varias veces he ido yo a comidas de mis compañeros” lo cual es la información narrativa da pie a su historia con su “compañero católico”. Segundo, en 17), I expone a E su conformación familiar, en particular, cuantos hermanos tiene. Ante esto, *¿no?* se introduce luego de “están todos casados”, información que I considera importante que E reconozca o comprenda. Tercero, en 18), I narra una experiencia personal en la que hace una petición a su jefa (o jefe, no queda claro) de dermatología. Sobre esto, *¿no?* es integrado a la cadena hablada luego de “bueno primero hablé con mi mi jefe de microbiología”, contenido narrativo importante pues es el primer hito de la narración. Por último, en 19), I narra una experiencia personal en la que sufrió un asalto. En este caso, el marcador *¿no?* se introduce luego de “el policía me empujó contra ellos y me detuvo con ellos” el cual es un hecho narrativo que I considera llamativo por lo cual, introduce *¿no?* para llamar la atención de E sobre este punto. Por lo tanto, como se observa en estos casos, la partícula *¿no?* ejerce una función puramente fática en la que no es clara ni una subfunción justificativa en la que I refuerce de manera intensificada lo dicho, ni una apelación hacia la confirmación o alineamiento de postura con E, precisamente, porque no se trata de ejemplos que contengan secuencias argumentativas; sino que, más bien, el marcador es un medio de, por un lado, asegurar el contacto y el canal comunicativo y de, por otro, llamar la atención sobre contenido narrativo o informativo específico importante para el hablante.

Sin embargo, en gran parte de las muestras, esta partícula es un recurso que sirve a los hablantes para apelar al oyente (función comprobativa). Por lo tanto, es relativamente común que se emplee en posición final de turno, lo cual lo hace representante de los “apéndices comprobativos” (Cestero, 2019). Este comportamiento se puede ejemplificar a través de los siguientes apartados:

20) I: bueno no habitualmente no / habitualmente claro suelo guardar el respeto debido / o la deferencia no me gusta / tutear a las personas a priori <énfasis> nunca </énfasis> / creo que es un/ creo que es una forma de actuación que no / que no procede *¿no?*
E: hm hm (MADR_H32_043)

21) E.: o sea / en cuanto a tus raíces / ¿tú lo tomas como // antepasados de aquí?
(...)

E.: hay una riqueza cultural / pues cañona / ¿no? <simultáneo> en todo México
</simultáneo>

I.: <simultáneo> aquí sí </simultáneo> // mucho // lo cual no puede // en Estados
Unidos que / no tienen / <simultáneo> culturas </simultáneo> /

E.: <simultáneo> mh </simultáneo>

I.: bueno sí / sí tienen / pero pues no es así como / como aquí / ¿no? /

E.: diferente (MEXI_H13_002)

22) I.: yo es que a medida que ha ido pasando el tiempo he ido cogiendo más el habla de
aquí ¿no?

E.: (6:00) fático: uhum/

I.: pero que yo tenía mucho / corrección ¡claro! / de estar en casa con mi madre / se
me pegaba el habla de mi madre (MA_732_H13)

23) E.: y / ¿qué le parece la selección chilena en estas como eliminatorias para el / para
el mundial?

I.: yo creo que / al fin están haciendo un trabajo serio y / y tengo hartas esperanzas
que se clasifique / ¿no?

E.: mmm<alargamiento/>

I.: mmm / eeh / hacía tiempo que no / no trabajaban bien esta gente (SCHI_H33_098)

Como se aprecia en estos ejemplos, además de cumplir con la función fática básica de control de contacto y gestión de la atención del oyente sobre el habla del hablante, es claro que se ejerce una función de comprobación o corroboración de la opinión o el punto de vista del oyente, esto es, si es que este se alinea o no, discursiva y argumentativamente hablando, con el hablante (Lewis y San Martín, 2018). Esto, como se comentó en el apartado anterior sobre las generalidades del comportamiento de este tipo de partículas, se complementa tanto con la posición final de intervención y con la sesión del turno, una función estructuradora de este marcador, como con la presencia de secuencias argumentativas. Al respecto, en 20), I opina que “el tuteo” (con connotación informal, consiste en usar la segunda persona singular para señalar a ciertas personas) no corresponde con cierto tipo de gente. Entonces, ¿no? se incluye luego de “creo que es una forma de actuación que no / que no procede”. Por lo tanto, a la vez que cede el turno, implica o apela directamente la opinión de E, en el sentido de buscar alineación de posturas. Similar situación sucede en 21), donde los interlocutores hablan sobre la diferencia que existe entre la diversidad cultural de Estados Unidos y México. Sobre esto, ambos piensan que en México existe una situación diferente a Estados Unidos: en México

hay más “culturas ancestrales” o su tratamiento es más positivo que en E.E. U.U. Por ende, en este ejemplo es claro que ambos van construyendo el sentido ideológico del discurso lo cual se refleja en la alta frecuencia de segmentos contruidos en “simultáneo”. Ante esto, ¿no? se introduce luego de “bueno sí / sí tienen / pero pues no es así como / como aquí”, lo cual es un recurso lingüístico que se comporta para buscar la “conformidad y, por lo tanto, complicidad en su interlocutor” (Santana, 2015: 476). De este modo, mediante ¿no? I quiere comprobar si es que E también considera que hay diferencias entre México y E.E.U.U. sobre el tema de las culturas indígenas (con inclinación positiva hacia México).

Por su parte, en 22), la partícula ¿no? se introduce luego de “a medida que ha ido pasando el tiempo he ido cogiendo más el habla de aquí”. En este sentido, tal como sucedía anteriormente, el marcador de incluye en posición final de intervención como un apéndice comprobativo (Cestero, 2019) del argumento de I: “mi forma de hablar ha cambiado desde que vivo con madre”. Por ende, es una herramienta que le permite corroborar si es que E opina lo mismo, si es que se alinea a su postura. Por último, en 23), ocurre algo similar ya que ¿no? es incluido luego del enunciado “yo creo que / al fin están haciendo un trabajo serio y / y tengo hartas esperanzas que se clasifique”, lo cual es respondido de forma dubitativa por E mediante la expresión “mmm”. Esta situación da pie para que I plantee mayores argumentos en post de convencer a E sobre que es probable que la selección de fútbol clasifique a un nuevo mundial. No obstante, como se comentó en el apartado anterior sobre los aspectos generales del análisis pragmático (5.1.1), si bien la posición final de turno se relaciona generalmente con la función comprobativa en la que se apela al oyente, en nuestro muestro también se obtuvo que ¿no? se ubica en posición intermedia de turno con una comportamiento comprobativo, por lo que este tipo de funcionamiento no es resultado, necesariamente de la posición pragmática del marcador sino que, más bien del tipo de secuencia textual, es decir, la función comprobativa es común en secuencias argumentativas, sin importar la posición pragmática.

Por otro lado, este estudio también comprobó que, además de la función comprobativa que releva la relación entre hablante y oyente (San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018), el comportamiento de esta partícula puede ir acompañado o “solapado” a un efecto de sentido o una subfunción de modalización atenuadora, tal como señala la literatura especializada (cf.

Albelda y Cestero, 2011; Orozco, 2014; Santana, 2015, 2017, 2019; Uclés, 2017, 2018, 2020; Cestero, 2019). A continuación, los siguientes ejemplos sirven de ayuda para explicar este funcionamiento:

24) I: ... otra de las cosas // no sé / a lo mejor porque ya me / después pues ya que / te vuelves más consciente / te das cuenta de es lo que está sucediendo // pero de / a últimas fechas / bueno de unos años para acá / te vas dando cuenta que / sobre todo aquí en mis vecinos / ¿no? / que hay mucha / como mucha competencia /// mucha envidia / ¿no? // no sé / a lo mejor así es en todos lados / pero yo no / no puedo hablar mucho porque casi toda mi vida he vivido aquí / y allá en el sur / (MEXI_M13_008)

25) I.: han estudiado lo que ellos han querido ¿no? / les hemos dado facilidad para que porque hoy en día / yo creo que el que noo estudia es porque no quiere ¿no? / porque hoy en día no es como antes antes había pocas facilidades para estudiar / pero hoy en día el niño que no estudia es porque no quiere desde luego porque facilidades desde luego bien que las tienen sí / porque ellos han estudia(d)o más o menos lo que ellos / lo que ellos han querido. (MA_077_M31)

26) E: no ¿y al médico?

I: al médico<alargamiento/> es curioso porque a mí me tratan de de tú / que me gusta mucho / pero yo no me atrevo a dar el paso / o sea quizás por miedo a lo mejor a un corte ¿no? depende / hay algunos a los que sí ya directamente tenemos tanta confianza / pero hay otro que me trata muy cordialmente / de los médicos que yo trato habitualmente ¿no? / me trata muy cordialmente de tú / digo de usted / y yo muy cordialmente a él de usted también (MADR_M33_052)

Como se observa en estos ejemplos, además de la función fática de control de contacto y la subfunción comprobativa anteriormente revisadas, en algunas ocasiones, ¿no? fue empleado como un recurso de atenuación lingüística en la muestra. Al respecto, esta es una estrategia pragmática que se utiliza para llevar a cabo un fin concreto y que se materializa mediante la reducción del compromiso por parte del hablante con lo dicho a través de la minimización de la fuerza ilocutiva de los enunciados (Briz y Albelda, 2013). En concreto, en 24), el hablante opina sobre la relación de sus vecinos en su barrio. Ante esto, ¿no? se incluye como un mecanismo de atenuación que se suma a otros recursos que anterior y posteriormente también señalan este mismo comportamiento: no sé, a lo mejor (Fuentes, 2009) y como (Panussis y San Martín, 2017; Sandoval y San Martín, 2020). De esta manera, la partícula ¿no? es una herramienta que ayuda a I a no comprometerse absolutamente con la opinión “mis vecinos compiten mucho, son envidiosos”, lo cual puede perjudicar su imagen pública positiva

(Uclés, 2017). Por ende, mediante este marcador interrogativo de control de contacto se intenta “implicar al tú-oyente en lo dicho por el hablante” (Albelda y Cestero, 2011: 33) por lo que el hablante reduce su compromiso en la opinión; lo está compartiendo con el oyente por medio de la implicación o apelación (función comprobativa). De manera semejante, en 25), nuevamente I argumenta sobre las facilidades que tiene ahora la gente joven para estudiar en comparación con lo que sucedía en tiempos remotos. Entonces, ¿no? se incluye luego de la opinión “yo creo que el que no estudia es porque no quiere”. En este caso, la fuerza ilocutiva se ve mitigada tanto por la inclusión del marcador de contacto como por la expresión “yo creo que” la cual relativiza la certeza de la aseveración. Por último, en 26), I opina sobre tratar de *usted* o de *tú* a un médico. Su postura es que ella no se atreve a señalar de *tú* a un médico puesto que esto puede traer consecuencias en la relación interpersonal (“por miedo a un corte”). Por ende, ¿no? se integra luego del acto “o sea quizás por miedo a lo mejor a un corte”, el cual es uno de los argumentos que fundamentan el hecho de que I “no da el primer paso” para señalar de *tú* a un médico. Como se observa, tal como sucedía con los ejemplos anteriores, existe un *rastro atenuativo* (Sandoval y San Martín, 2020) que precede a ¿no? (quizás, a lo mejor) el cual explica que la postura de I, en general, es matizar la fuerza ilocutiva de esta opinión y así reducir su compromiso con lo dicho al compartir la construcción de la certeza de esto con el oyente.

Por lo tanto, en estos casos, ¿no? se presenta como una posibilidad epistémica mediante la cual I puede apoyarse para reducir el compromiso de sus propias opiniones, para no presentar sus enunciados como verdades absolutas. Esto se realiza otorgando la responsabilidad al oyente mediante la apelación comprobativa, por lo que, en cuanto a aspectos epistémicos, el hablante realiza una aseveración que tiene dos posibilidades de certeza: i) el sentido propio de lo dicho y ii) el sentido u opinión del oyente. De este modo, la certeza de los enunciados se presenta difusa, es incierta ya que presenta dos variantes como posibles. Esto es lo que permite la mitigación lingüística. Cabe destacar que, como señalan trabajos como Uclés (2020) o Sandoval y San Martín (2020), este tipo de ejercicios se relaciona de manera directa con la cortesía verbal en tanto son herramientas que permiten una relación interpersonal armoniosa o una reducción del conflicto entre los interlocutores. En suma, hemos señalado los aspectos principales de la partícula más frecuente de nuestra muestra, ¿no? Este marcador se puede vincular tanto con una función puramente fática como con la función comprobativa.

Asimismo, también puede solaparse o articularse con atenuación lingüística, como acabamos de señalar, por lo que, debido, tal vez, a su alta frecuencia, se destaca por un comportamiento versátil.

En segundo término, sobre *¿cachái?*, el segundo marcador más frecuente en la muestra cabe destacar que solamente es empleado por hablantes santiaguinos (representa la mayor frecuencia de uso en esta comunidad con alrededor del 78% de las preferencias). Sobre la gran frecuencia de uso de este marcador conversacional (Gille, 2015) varios trabajos (cf. Urzúa-Carmona, 2006; San Martín, 2011; Mondaca et al., 2014; Lewis y San Martín, 2018) han coincidido en hallazgos similares al de este estudio. Al respecto, incluso, ciertos autores (cf. Rabanales y Contreras, 1995) han llegado a asociar un uso “expletivo” (innecesario, de muletilla) a este marcador debido a su alta presencia en la conversación. No obstante, como se viene comentando, esta partícula cumple un rol de control de contacto, puesto que, por medio de esta, el hablante puede cautelar la recepción e interpretación eficiente de su mensaje por parte del interlocutor (San Martín, 2011), lo cual se explica de mejor forma en los siguientes ejemplos:

- 27) I: puta lo único que siento huevón cuando despierto / que estoy / yendo a / al hoyo culiado donde está el / estaban construyendo / *¿cachái?* / y la cuestión que mmm/ eh / que lo / qué bueno que / me asusté más que la chucha despertando <cita> ¡huevón! / ¡despierta! / (SCHI_H11_001)
- 28) I: ... en una estamos como típico que nos sentábamos siempre en la entrada de la sala mirando del segundo piso a toda la gente *¿cachái?* y nosotros muy volado mirando a toda la gente y en una estábamos sentado en el piso los dos...(SCHI_H11_002)
- 29) I.: bueno / un efecto meramente producido por el hombre pues / no es una cuestión natural / *¿cachái?* / el hombre desafortunadamente es el que ha tenido toda la injerencia en este<vacilación/> en estos cambios climáticos / la contaminación / ya sea del aire / del agua<alargamiento/> // y todo eso / (SCHI_M13_079) E.: ya / ¿y mi papá te apoyó? ¿al tiro?
- 30) I.: no pues / tu papá no quería/ estaba cagado de miedo pues <risas = "E"/> / así que por eso yo le dije que la casa más que nada eh mía pues / *¿cachái?* T <énfasis> tu papá tenía miedo </énfasis> / no quería venirse a vivir acá (SCHI_M21_019)

Como se observa en estos ejemplos, *¿cachái?* se inserta en la cadena de habla con una función pragmática de control de contacto, esto es, la función de llamado y seguimiento de

la atención del mensaje del hablante hacia el interlocutor, lo cual se ve motivado tanto por la posición interna de turno de habla como por el tipo de género discursivo en el cual se introduce, como se sugirió en apartados anteriores. Por lo tanto, en general, estas partículas no son innecesarias o expletivas, pues, como señalan autores como Briz (2001), Portolés (2001) o Lewis y San Martín (2018), estos marcadores “poseen un valor para el buen funcionamiento de la conversación” (Portolés, 2001: 133-134). En específico, en 27), este marcador se introduce para llamar la atención y controlar el entendimiento de la información del tipo de sueño que está narrando I, este es: “lo único que siento huevón cuando despierto / que estoy / yendo a / al hoyo culiado donde está el / estaban construyendo”, por lo que, para I es importante que E comprenda el “hoyo” está haciendo referencia, lo cual justifica la inclusión de *¿cachái?* con esta función.

Por su parte, en 28), de forma similar a 27), esta partícula se introduce luego de un suceso narrativo, este es: “en una estamos como típico que nos sentábamos siempre en la entrada de la sala mirando del segundo piso a toda la gente” el cuál es importante para I que E entienda, lo que motiva la inclusión de *¿cachái?* en sentido de seguimiento de la atención del oyente sobre este tipo de aspectos de la narración. Situación similar se produce en 22), ya que *¿cachái?* se incluye luego del suceso “yo le dije que la casa más que nada eh mía pues” con el mismo valor de marcar que esta es una información relevante en la narración, la cual, en este caso, además porta un efecto de sentido intensificador pues se introduce junto a “pues” que tiene un uso de modalización intensificadora. Por ende, en este ejemplo, es importante para I que E comprenda enfáticamente que “la casa es de I y de nadie más”. Por último, en 21), el empleo de *¿cachái?* implica una función comprobativa en tanto el llamado de atención se inserta luego de un razonamiento u opinión (tipo textual argumentativo), este es: “un efecto meramente producido por el hombre pues / no es una cuestión natural”, por ende, aunque sin respuesta y en posición intermedia de turno de habla, I apela al oyente y hace petición de confirmación de opinión, además de realizar la función fática de control de contacto o llamado de atención, la que, como se viene comentando, es la función base para este tipo de marcadores y para *¿cachái?*, como señalan autores como Gille (2015).

Por otro lado, como la posición final de turno implica con mayor nitidez la implicación directa del oyente pues se articula junto a la función estructuradora de término y sesión de

turno, esta ubicación propiciará con mayor fuerza funciones que releven la relación hablante-oyente, como se puede analizar a raíz de los siguientes ejemplos:

- 31) I.: y era interesante pues // pero<alargamiento/> no / no así me mandaban los vídeos // o sea me enteré de mucha farándula /
E: vídeos específicos de<alargamiento/>
I.: me mandaban el vídeo del programa / ¿cachái?
E: ya (SCHI_M23_091)
- 32) I.: ponte tú cuando / salude a ese actor / a un actor en el paradero de micro jurando que lo conocía pero en verdad era que lo había visto en una teleserie ¿cachái? son como vergüenzas para mi sola menos mal pero // no no sé / no me caigo en público/ o si me caigo la hago piola ¿cachái? E.: si a la piscina ese fue piola esa vez (SCHI_M13_080)
- 33) I.: pero la mina se puede acostar con todos los huevones que ella quiere pues / ¿cachái? / y el amigo siempre me / me / te dice la verdad / ¿cachái?
E.: no / de más pues huevón (SCHI_H11_001)

Como se observa en estos ejemplos, el marcador ¿cachái? se ubica en posición final de turno e implica de forma más nítida al oyente debido a esta razón. Sobre esto, como señalan Lewis y San Martín (2018), la posición final de subacto, acto o turno, es la posición más frecuente de esta partícula, a lo que este estudio puede agregar que, una posición interna de turno releva de forma más nítida subvalores ligados a la relación hablante-mensaje mientras que una posición final de turno implica con mayor fuerza y directamente al oyente. De esta forma, en 31), la subfunción que se implica, además de la función estructuradora de cierre y sesión de turno (la que sucede en todos estos ejemplos), es una función comprobativa de constatación del entendimiento del contenido enunciativo del hablante, en este caso, la corroboración de la comprensión del suceso “me mandaban el vídeo del programa” que resulta ser una explicación sobre enunciados anteriores que, al parecer, no estaban del todo claros. Este tipo de comportamientos se liga a lo que Cestero (2003, 2019) se refiere sobre “apéndices comprobativos”, partículas que se ubican en posición final de turno (de ahí su carácter de apéndice) y que ejercen una petición de confirmación o comprobación (apelan al oyente) sobre el contenido enunciativo del hablante, el cual puede ser opinión, razonamiento u información sin carga argumentativa en el sentido de corroborar el entendimiento, por ejemplo, como en el caso de 31).

De forma similar, en 32), este marcador es incluido a final de intervención, luego de la aseveración: “no me caigo en público/ o si me caigo la hago piola”, lo cual implica directamente al oyente, en el sentido de corroborar que la opinión que efectúa I de sí mismo, esto es, “si me caigo, la hago piola” (es decir, no expresa mayores problemas sobre la caída), ha sido comprendida por E. En este caso, E responde de forma positiva pues la información era compartida por ambos; E corrobora que comprende el actuar de I en esos casos y se alinea al mismo pensamiento, puesto que tiene argumentos que lo fundamenta (“la [caída] de la piscina esa fue piola”). Por su parte, en 33), la partícula *¿cachái?* se pospone luego de la opinión o el razonamiento: “el amigo siempre te dice la verdad [a diferencia de las mujeres]” lo cual apela a que el oyente confirme o ratifique que está (o no) alineado con la postura de I, lo cual ha sido señalado por Cestero (2003, 2019) como “la búsqueda de la ratificación del acuerdo”, en la que el “apéndice interrogativo se utiliza para verificar la aceptación de una afirmación que contiene, generalmente, una opinión personal del hablante” (88).

Por consiguiente, podría señalarse que *¿cachái?* es un marcador frecuentemente empleado por hablantes santiaguinos que tiene un carácter polifuncional (tal como la partícula *¿no?*, en el caso de las demás variedades geográficas, como se revisará más adelante) pues sirve para ejercer diferentes valores y subvalores pragmáticos ligados a la función base del llamado de atención o control de contacto (Gille, 2015). Debido a esto, por un lado, en ocasiones realiza subfunciones que relevan mecanismos de la relación hablante-mensaje, como lo son la función fática del seguimiento de la atención del contenido enunciativo (función que permite al hablante llamar la atención sobre ciertos puntos de su enunciación) o la función estructuradora de cierre y sesión de turno, como se revisó a la luz de los ejemplos señalados. Por otro lado, sobre todo en posición final de turno, este marcador también puede ejercer funciones que releven la relación hablante-oyente, esto es, aquellas que apelan de manera más nítida al oyente, como, por ejemplo, la función comprobativa del entendimiento informativo de opiniones o razonamientos. En estos casos, lo que se busca corroborar o ratificar es la “comprensión” de lo dicho por el hablante para así lograr alineación o acuerdo argumentativo. Finalmente, cabe destacar que el valor semántico ligado a la “comprensión” o al “entendimiento”, se debe, como señalan Mondaca et al. (2014), a que esta partícula ha evolucionado o mutado su significado y funcionamiento desde la forma voseante de la segunda persona del singular del verbo “cachar” (entender, comprender), por lo que su uso

es restrictivo a la morfología del voseo chileno, como comentan estas autoras. De este modo, el uso de este verbo en diferentes contextos comunicativos, en particular, de la forma *¿cachái?*, ha propiciado nuevos significados proposicionales o pragmáticos, como los ya señalados anteriormente.

En tercer lugar, sobre *¿eh?*, esta es una partícula frecuente en las submuestras de Ciudad de México, Madrid y Málaga (en Santiago de Chile no se registran casos). Al respecto, su empleo preferente en el español peninsular ha sido previsto por trabajos anteriores (cf. Briz, 1998; Ramírez, 2019; García Vizcaíno, 2005; Orozco, 2014; Valencia y Viguera, 2015; Santana, 2017, 2019). En términos generales, este marcador es reconocido por su carácter conversacional ya que cumple funciones fáticas e interaccionales en la comunicación. En específico, tal y como todos los marcadores relevados, *¿eh?* cumple la función nuclear de control del contacto en tanto sirve como una herramienta para la gestión de la atención de los interlocutores sobre los enunciados de un hablante. Sumado a esto, en este estudio se han corroborado tres subvalores asociados, a saber: función justificativa (énfasis en la relación hablante-mensaje), función o modalización intensificadora y función comprobativa (énfasis en la relación hablante-oyente). A continuación, los siguientes ejemplos permiten clarificar estas subfunciones:

34) E: <risas = "E"/>

I.: y este / pero te digo / ellos compraron dos botellas de whisky / entonces / en esa ocasión / tocó por persona // a trescientos cincuenta / entonces T / desembolsó setecientos pesos / nada más de esa sentada / *¿eh?* / nada más de esa sentada / sí comimos o sea (MEXI_M22_056)

35) E.: no/ seguridad en nada.

I.: <tipo = argumentativo> ¡ninguna! / es que ni acciones de banco / ni acciones de Telefónica / ni de luz / ¡hombre! / hay que hacer algo / porque tampoco el dinero / ¿pero yo? / yo soy de las que yo levantaba un ladrillo / y metería el dinero en un ladrillo <risas = E> // ¡te lo digo de verdad! *¿eh?* / ¡te lo digo de verdad! / yo me / me junto ¿qué te digo? a veces / con trescientas cuatrocientas quinientas / ¡a mí no se me ocurre llevarlo al banco! <risas = E> / ¡yo lo tengo aquí hasta que me lo gasto! </tipo = argumentativo> (MA-722M32)

36) E: sí ¿por qué crees que puede ser?

I: pues hombre se yo no eso sí que yo no lo sé porque según dicen es por el por la atmósfera por la cantidad de gases que echamos hacia arriba yo qué sé / yo qué sé porque como tampoco te puedes fiar de lo que te dicen / porque te dicen lo que quieres lo que ellos / creen que tú quieres oír / ¿el ozono? / pues bueno puede que sea el ozono / sí puede ser porque hay muchas más alergias *¿eh?*

E: sí antes /

Como se aprecia en 34), I está narrando una experiencia personal en la que una persona conocida paga un monto de dinero elevado en un restaurant. Esta situación, aparentemente, no es habitual entre los interlocutores. Es por esto por lo que I señala “entonces T / desembolsó setecientos pesos / nada más de esa sentada / ¿eh? / nada más de esa sentada / sí comimos o sea”. En este sentido, como el pago elevado de dinero es una situación increíble o sorprendente, ¿eh? se introduce como un marcador que busca llamar la atención sobre el contenido narrativo “nada más de esa sentada”, lo que quiere decir que el gasto elevado de dinero se realiza de manera súbita. Este tipo funcionamiento es lo que hemos comentado como *función puramente fática*, el rol nuclear de este tipo de partículas. No obstante, como se aprecia en este ejemplo, a este papel fático básico se articula una modalización intensificadora. Sobre esto, como comenta Montecino (2004), la intensificación, entre otras cosas, “constituyen una estrategia para que el YO refuerce la verdad de lo expresado” (12). De esta manera, como la situación en la que una persona gasta mucho dinero de manera súbita en un restaurant es algo que es poco habitual y que, por lo tanto, narrativamente hablando es atrayente de narrar, I refuerza el llamado de atención sobre este punto mediante la intensificación de ¿eh?

De forma similar, en 35) también se ejerce un subvalor intensificador. En este caso, I argumenta sobre ahorros e inversiones, en específico, sobre si es que es más seguro guardar uno mismo el dinero o en un banco. Ante esto, el hablante considera que guardar uno mismo el dinero es más seguro que en un banco. Entonces, ¿eh? se incluye luego de los actos “metería el dinero en un ladrillo <risas = E> // ¡te lo digo de verdad!” para, en primer término, llamar la atención (función puramente fática) sobre el punto de vista que considera correcto. Asimismo, en segundo término se ejerce un subvalor justificativo pues en este caso el marcador sirve para justificar y reafirmar como verdadera la opinión del hablante: no es mentira que I guardaría el dinero en un ladrillo. Este rol justificativo ha sido comentado por el Diccionario de Partículas Discursivas del Español (DPDE), el cual señala que ¿eh? sirve para reafirmar lo que el propio hablante dice a la vez que parece llamar la atención del oyente para que se alíe con él y con lo que está diciendo. Por último, esta justificación se realiza de manera reforzada por medio de la modalización intensificadora. En este sentido, similar a lo que sucedía en 34), “meter el dinero en un ladrillo” es algo poco usual o una medida

exagerada de resguardar uno mismo su dinero. Sobre esto, como señala Montecino (2004), la intensificación se presenta de forma hiperbolizada para, por un lado, reafirmar y justificar lo dicho y, por otro, reforzar la hipérbole o situación inusual realizada en el acto precedente. Esto, como señala este autor, ofrece mayor dinamismo a la interacción y es, sin duda, un medio de fomentar un discurso más abierto a la comedia (lo cual, a su vez, puede comentarse a propósito de la presencia de risas en E).

Por último, el ejemplo 36) ofrece una situación someramente distinta. En este caso, I argumenta sobre temas de contaminación ambiental. Al respecto, el hablante opina que los daños en la capa de ozono han ocasionado un alza en el número de alergias en la población. Entonces, ¿*eh?* se introduce luego de los actos “pues bueno puede que sea el ozono / sí puede ser porque hay muchas más alergias”, en posición final de turno o intervención (cierre-sesión de turno de habla). De este modo, motivado por esta posición discursiva, el marcador ejerce una función comprobativa en la que mientras se hace un llamado de atención final, I apela o solicita a E la confirmación del acuerdo sobre esta temática (si es que E se alinea con la postura de I). Por ende, como comenta el Diccionario de Partículas Discursivas del Español (DPDE), para el caso de este subvalor, ¿*eh?* sirve para apelar al oyente solicitando de manera reforzada que confirme, ratifique o acepte lo dicho por el hablante (con respuesta positiva de E, en este caso) por lo que, además de un acto de auto reafirmación de lo dicho, se hace apertura hacia la confirmación de la opinión del oyente pero de manera tal que el hablante presenta esta solicitud tomando en consideración que su postura es más relevante o correcta que la de E. Entonces, en comparación con marcadores como ¿*no?* que hacen una petición de confirmación más abierta a la duda y una posible discrepancia del oyente, como se comentó anteriormente, el llamado a alinearse a la postura del hablante que se realiza mediante ¿*eh?* es más marcado. Este refuerzo, sin duda, es provocado por la intensificación implicada. Cabe destacar que, para el caso de la comparación entre ¿*no?* y ¿*eh?*, resultados similares obtiene García Vizcaíno (2005), quién alude este comportamiento a la cortesía verbal: ¿*no?* sería más cortés que ¿*eh?* debido a que el primero se vincula con la atenuación (presenta una opinión más abierta a la duda) y el segundo con la intensificación discursiva (presenta una opinión menos abierta a la duda).

En suma, esta partícula, principalmente, además de cumplir la función fática básica referida al control del contacto, se asocia al subvalor justificativo en el que el hablante reafirma y justifica lo que dice. Asimismo, en algunos casos, se articula con la función comprobativa: hace petición de confirmación del acuerdo de una manera reforzada, esto es, se presenta la opinión del hablante como la más correcta. Esta solicitud de confirmación del acuerdo se realiza, generalmente, por medio de la articulación con la modalización intensificadora lo que le otorga el sentido reforzado. Sobre este comportamiento, es bastante peculiar desde un punto de vista de la variación pragmática regional la similitud de funciones pragmáticas de este marcador con la partícula ¿ah?, la cual presenta un marcado empleo santiaguino (solo se registran casos de este marcador en Santiago de Chile). El marcador ¿ah? ejerce la función fática de control de contacto en 64 ocasiones lo cual representa la segunda mayoría en la frecuencia de uso en Santiago de Chile. Esta situación ya ha sido constatada por estudios como Poblete (1997), San Martín (2011), Valencia (2015) y Santana (2017). Sobre el funcionamiento pragmático de esta partícula, cabe señalar que se vincula, por un lado, con la función base de control de contacto o llamado de atención y, por otro, con el valor auto afirmativo (función justificativa), de forma similar al comportamiento de ¿eh?, pudiendo esta auto reafirmación estar o no articulada con una solicitud de confirmación del acuerdo entre hablante oyente (función comprobativa). A continuación, los siguientes ejemplos, pueden servir de base para el análisis de estas consideraciones:

37) I: ... nuestro matrimonio duró hasta que ella bueno ya está allá arriba / uhummm / nuestro matrimonio duró sesenta y cuatro años o sea con ella y en la formación de la familia transcurrieron setenta y un años lo mejor de mi vida mmm ¡qué lindo!

I.: esos años lo dicen ¿ah?

E.: sí por supuesto (SCHI_H31_025)

38) I.: ...recuerdo que antiguamente cuando era dependiente de mis padres / pasaba muy bonitas Fiestas Patrias porque para mí concepto las Fiestas Patrias tienen que ser esa vivencia / tiene que ser compartida en el campo / no en Santiago a pesar de que ahora ha cambiado bastante ¿ah? hay comunas de Santiago que hacen todo lo que se hace en el campo (SCHI_H22_050)

Como se aprecia, ¿ah? es introducido por los hablantes para gestionar la atención de los interlocutores. En específico, a esta función fática nuclear, en 37) a la vez que se aprecia cierre y sesión de turno (función estructuradora que releva la relación hablante-mensaje) puesto que se ubica al final de la intervención, también se realiza petición de confirmación

de la opinión de E sobre la idea que plantea I (función comprobativa que reduce la relación hablante-oyente). De este modo, mediante el empleo de esta partícula, como señala Valencia (2015) el hablante hace “un guiño de complicidad comprensiva con el oyente” (427) el cual, en este caso, tuvo respuesta positiva de E: “I.: esos años lo dicen ¿ah? / E.: sí por supuesto”. Por su parte, en 38), el marcador se integra luego de la opinión “la experiencia de las Fiestas Patrias, en Santiago, ha cambiado bastante”. Al respecto, puede señalarse un subvalor justificativo en el sentido de auto afirmar el propio discurso, la propia opinión. Esta auto afirmación releva la relación del hablante con el mensaje y, de forma similar al comportamiento de ¿eh?, se realiza con modalidad intensificada, como se aprecia en ambos ejemplos. Por ende, siguiendo a Santana (2017), sobre el valor fático originario “prevalece la intención de focalizar la atención sobre un determinado contenido, que queda reforzado o enfatizado informativamente cuando va acompañado de ¿ah?” (257). Entonces, como se comentó anteriormente, cuando este tipo de partículas se integra a enunciados argumentativos, sirve para reforzar el argumento de I como la opción más válida o correcta en comparación con otras posturas posibles. Asimismo, cuando se introduce en discursos más narrativos o informativos, cumple el rol de llamar la atención sobre cierta información relevante, como señala Santana (2017). Cabe destacar que, para el caso de esta partícula, este empleo auto afirmativo o justificativo es más habitual en la muestra.

En cuarto lugar, la partícula ¿sabes? se registró especialmente en los subcorpus de Madrid y Málaga (los hablantes santiaguinos y mexicanos no la emplearon en ningún caso). Sobre este marcador, la literatura especializada ha sugerido en varias ocasiones su empleo frecuente por parte de hablantes de comunidades peninsulares (cf. Cestero, 2003; Fuentes, 2009; Valencia y Vigueras, 2015; Molina, 2005, 2017; Santana, 2017, 2019). En estos trabajos, en general, se comenta su rol fático (control del contacto) y la constatación del entendimiento (Cestero, 2003) del mensaje, por lo que, tal como señala Santana (2017), mediante este marcador “[el hablante] busca confirmar con el interlocutor que está comprendiendo el contenido que le transmite [al oyente], al fin de evitar malentendidos” (270), de modo similar al comportamiento de ¿cachái? Este empleo puede analizarse con los siguientes ejemplos:

- 39) I: ... nosotros estamos haciendo algo / y tú abres la boca y yo ya sé positivamente lo que me vas a decir / eso es una cosa que / ¡que la he tenido yo de siempre! / ¡de siempre! / o sea que cuando yo te he querido dar una contestación / yo ya voy

preparada por dentro / *¿sabes?* / porque sabía lo que / lo que me vas en ese momento a decir / o bien o por el tono o por lo que se esté hablando / o porque yo te miro y digo / ¡bueno! / que corriendo capto a la persona digamos ¿no? (MA-726M12)

40) I: sí / sí / salir por la noche nunca me ha gustado mucho / pues bueno / e u <vacilación/> antes te podía gustar un poquito más pero eso de salir a discotecas o a <vacilación/> a un bar de copas de estos nunca me ha gustado porque me parecía muy // <entre_risas> muy estresante </entre_risas> *¿sabes?*

E: <simultáneo> ¿sí? <risas = "E"/> </simultáneo>

I: no me apetecía más pues / salir en una forma más relajada (MADR_M12_011)

Como puede observarse en estos casos, *¿sabes?* cumple el rol de gestionar la atención del oyente sobre los enunciados del hablante (papel fático nuclear). Asimismo, también puede interpretar la función de constatación del entendimiento la cual releva la relación entre hablante y oyente. Esto es válido tanto en secuencias narrativas como argumentativas. En secuencias narrativas se emplea para llamar la atención sobre contenido informativo de la narración, como señala Santana (2017): “apela la atención del interlocutor para que le preste especial atención a una información y para que le corrobore que la conoce” (271). Esta interpretación ha sido trabajada sobre todo por autores que destacan el valor semántico del marcador el que está referido a “deshacer la ignorancia” del oyente.

No obstante, nuestro estudio también verifica otros subvalores añadidos a este empleo ya que en secuencias argumentativas como 39) y 40), la partícula se incluye con un subvalor justificativo reforzado y otro comprobativo, respectivamente. En específico, en 39) I emplea *¿sabes?* para justificar y reafirmar una opinión sobre ella misma: “cuando yo te he querido dar una contestación / yo ya voy preparada por dentro/ *¿sabes?*”. De esta forma, como comenta Molina (2005), “el hablante consigue reafirmar o justificar su yo, su actuación o lo dicho” (1053) por lo que, “se utiliza para justificar ante el oyente la emisión de un enunciado que el hablante considera importante para el oyente por aportar un contenido que desconoce y es conveniente que conozca” (Cestero, 2019: 9). Por ende, *¿sabes?*, como se comenta en Molina (2017), a menudo ejerce un valor intensificador con la intención de hacer el enunciado más creíble. Por otro lado, en 40) este marcador se emplea con un sentido más apelativo o comprobativo, lo que está motivado por su posición final de turno. Por lo tanto, en estos casos, la apelación al oyente es más clara en tanto se presenta como un medio de comprobar si el oyente está o no de acuerdo con el razonamiento u opinión de I, como se observa en el siguiente extracto: “un bar de copas de estos nunca me ha gustado porque me

parecía muy // <entre_risas> muy estresante </entre_risas> ¿sabes? / E: <simultáneo> ¿sí? <risas = "E"/> </simultáneo>/ I: no me apetecía más pues / salir en una forma más relajada”. Entonces, en este ejemplo, si bien es claro que I busca que E se entere, adquiera el conocimiento de su postura con respecto a la experiencia de las salidas a bares, también es notorio que busca corroborar si es que E está de acuerdo con su postura (“los bares son lugares estresantes”), lo cual, en este caso, no es respondido positivamente por E sino que es puesto en duda. Esto da pie a que I pueda ahondar más en el asunto: “I: no me apetecía más pues / salir en una forma más relajada” para que su opinión quede clara. Finalmente, sobre la frecuencia de estos subvalores en la muestra, cabe destacar que no hay una diferencia clara entre los valores justificativo o comprobativo.

En quinto lugar, sobre ¿verdad?, destaca su mayor frecuencia en hablantes de Ciudad de México (se registra en Málaga y Madrid con muy baja frecuencia). Esta partícula ha sido registrada en trabajos como Orozco (2014), Viguera (2015), Santana (2017, 2019), el Diccionario de Partículas Discursivas del Español (DPDE) y Uclés (2018). En particular, estas investigaciones señalan que el comportamiento de este marcador es de tipo fático, apelativo y, en ocasiones, puede efectuar modalidad atenuadora (cf. DPDE; Uclés, 2018). De este modo, estudios como Viguera (2015) hacen énfasis en una función puramente fática en la que “los hablantes utilizan ¿verdad? para configurar su discurso, ya sea para formularlo, organizarlo o regular el contacto entre los hablantes” (367) por lo que esta partícula se emplea como “una marca que le sirve al hablante para mantener el turno de habla y permitir que el oyente siga prestando atención” (368). No obstante, tanto Orozco (2014) como el DPDE atribuyen otro subvalores asociados. Para esto, son pertinentes los siguientes ejemplos:

- 41) E.: ¿no tuvo chance?
 I.: ¡pues! / digamos que no/ ¿no? / y/ pues a lo mejor/ algunas veces sí lo hice/
 ¡a escondidas! / ¿no? / pero/ a eso es lo que yo no quiero/ ¿verdad? / para ellos
 E.: claro
 I.: esconderse
 E.: claro (MEXI_M21_091)
- 42) I.: dice <cita> nomás dile que este domingo sí no podemos<cita> dice <cita>
 pero para el otro sí/ si gusta<cita> dice
 E.: bueno (...) <risas = "E"/>
 I.: hablando se entienden las/ cosas ¿verdad?
 E.: <simultáneo> pues sí</simultáneo> (MEXI_H21_086)

Como se aprecia en 41), este marcador cumple la función de llamar la atención del oyente (control del contacto) sobre un punto que I considera importante: que, aunque haya probado drogas, no quiere traspasar esa situación a sus hijos. A este valor nuclear, puede atribuirse un valor comprobativo en el que el hablante hace solicitud de confirmación a E; si es que este se alinea o no con su postura, lo cual tiene respuesta positiva, en este caso: “pero/ a eso es lo que yo no quiero/ ¿verdad? / para ellos / E: claro”. De este modo, I quiere confirmar si es que E piensa igual que él, si es que se alinea a la idea de que las drogas no son un buen ejemplo o camino para los hijos. Por ende, como señala el DPDE, mediante la inclusión de esta partícula en la intervención, el hablante llama la atención del oyente sobre la información comunicada previamente, que es presentada como si fuera compartida por este. Por lo tanto, se intenta lograr que el oyente se una a su opinión, lo cual puede o no tener respuesta del oyente. De forma similar, en 42) I busca constatar que E comparte la opinión de que “hablando se entienden las cosas”. Es por esto por lo que este también es ejemplo del subvalor comprobativo en el se interpela e involucra directamente al oyente en la construcción del sentido del discurso (Orozco, 2014). Por último, cabe destacar que el efecto de sentido atenuador, el cual se refiere a que el hablante apela al oyente solicitando, de manera atenuada, una confirmación de lo dicho antes (DPDE), que es comentado en el DPDE y en Uclés (2018), fue poco frecuente en nuestra muestra y, por lo tanto, se decide no ahondar en ello.

En sexto y último lugar, los marcadores *¿comprendes?* y *¿ya?* también se emplearon en nuestra muestra. Sobre *¿comprendes?* destaca su mayor uso en Málaga mientras que para el caso de *¿ya?*, solo se emplea en Santiago de Chile. Al respecto, aunque el trabajo sobre estas partículas ha sido menor que otras variantes, Santana (2017) y Valencia (2015) registran su empleo en comunidades de habla hispana. A continuación, los siguientes ejemplos permiten explicar el comportamiento de estos marcadores:

43) E.: sí pero luego os preocupa mucho ¿no?

I: a mí me da igual / <tipo = argumentativo> yo por ejemplo la contribución pues no pienso pagarla <risas = E> // pues ¿por qué? / ¡porque no me sale de los cojones! </expresiva> porque no me han mandado la carta de pago / tengo que ir/ al patronato a que me den la carta de pago / del garaje / y del piso / y luego encima ir a la Caja de Ahorros a pagarla / *¿comprendes?* / pues prefiero pagar el veinte por ciento y lo pago con un año después / (MA-014H22)

44) E.: una vez y mm ¿recuerda alguna anécdota del matrimonio?

I.: para un aniversario de matrimonio / yo había escuchado que en un local había una orquesta / como de <énfasis> treinta guitarristas </énfasis> *¿ya?* / tocando cosas muy bonitas / entonces ¡fuimos! pero antes de eso fuimos a comer // como estábamos de aniversario / fuimos a comer // y estuvo más o menos la comida / así que llegamos bastantes chipeados a este local // cuándo llegamos / se estaban yendo cómo te digo eran como <énfasis> treinta guitarristas</énfasis> / (SCHI_H33_097)

Como se observa en 43) y 44), *¿comprendes?* y *¿ya?* son marcadores interrogativos de control de contacto que cumplen una función básica de gestionar la atención del contenido enunciativo. Sumado a esto, la partícula *¿comprendes?*, que semánticamente se relaciona con verbos de percepción, se liga de forma clara con la constatación del entendimiento (Cestero, 2003), esto es, si es que el interlocutor ha entendido o comprendido el contenido que se le ha transmitido. En específico, en 43) el hablante está opinando (de manera bastante expresiva) sobre lo dificultoso que es pagar contribuciones: su perspectiva es no pagar. Entonces, la partícula se incluye como un mecanismo para llamar la atención sobre uno de los argumentos que sostienen su postura: “luego encima ir a la Caja de Ahorros a pagarla”. Al respecto, como señala Santana (2017), esta corroboración puede realizarse de modo articulado con un efecto de sentido intensificador en tanto se resalta el contenido, primero, por su función fática intrínseca y, segundo por el realce informático del subvalor enfatizador. Este hecho se puede rastrear en el resto de la intervención ya que es notorio el ánimo expresivo o enfático en el turno de habla: se incluyen segmentos exclamativos y formas como “encima” (subrayado en el extracto anterior) que motivan este rol. Por ende, lo que se realiza, en estos casos, no solo es la comprobación de la comprensión del contenido, sino que, también la justificación o auto reafirmación de este (función justificativa). Sin embargo, en nuestra muestra no se verificó que este efecto de sentido intensificador sea necesario para su empleo, más bien, puede o no acompañar a la función fática nuclear y a la constatación del entendimiento.

Por otro lado, en 44), *¿ya?* también cumple una subfunción de énfasis. De esta forma, a la vez que se gestiona la atención del interlocutor sobre puntos narrativos importantes para I (el hecho de que el matrimonio gozaba de gran número de guitarras), como el contenido es puesto como una experiencia poco habitual, el marcador cumple el rol de apoyar en resaltarlo. Este no es el único recurso por medio del cual se realiza el énfasis, también hay un aumento en el volumen de la voz, como marca la transcripción del ejemplo. Entonces, como señala Santana (2017: 268) en el comportamiento de esta partícula, “a menudo sobresale el carácter

enfanzador, destacando la importancia de dicho argumento para reforzar el punto de vista o el planteamiento del hablante” lo cual se ejerce para relevar la relación hablante-mensaje, esto es, la función justificativa o auto reafirmativa, de forma similar al empleo de *¿comprendes?* Por último, es pertinente destacar uno de los resultados de Valencia (2015) sobre este marcador: “en lugar de *¿no?*, que se siente muy formal, los jóvenes prefieren usar la partícula interrogativa *¿ya?*, para lograr la colaboración del otro. Este uso se registra solo en los discursos grabados más recientemente” (417) por lo que su empleo estaría ligado a un uso cronológicamente actual en el habla de la comunidad de Santiago de Chile y a formas de carácter vernáculo. Esto y otros asuntos de índole social se comentarán más adelante.

En síntesis, hemos revisado el comportamiento de los marcadores interrogativos de control de contacto más frecuentes en la muestra. A este respecto, es preciso resumir que estas variantes presentan una función fática nuclear referida a la gestión o control del contacto o la atención de los interlocutores. Esta función puede ir acompañada de subvalores o efectos de sentido. Sobre esto, las subfunciones más habituales fueron la justificativa, la comprobativa y las modalizaciones de intensificación y atenuación. En específico, como destacan Orozco (2014) y Uclés (2017) *¿no?*, además de la función comprobativa, puede cumplir un rol atenuativo mientras que *¿cachái?* sirve de forma más notoria para constatar o comprobar el entendimiento del contenido (San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018). Por otro lado, otras variantes cumplen con claridad un papel justificativo que a menudo puede ir acompañado de intensificación: *¿eh?*, *¿ah?*, *¿ya?*, *¿comprendes?* y *¿sabes?*, aunque esta no es una condición para su funcionamiento y también pueden estar acompañados de la función comprobativa, es decir, de una apelación al interlocutor. Por último, como se comentó anteriormente, cabe destacar la semejanza entre *¿eh?* y *¿ah?* tanto en su forma morfológica como en su comportamiento, lo cual es, sin duda, una muestra de que los hablantes seleccionan variantes para ejercer (sub)función(es) pragmática(s) según motivaciones de carácter geográfico y social. Por ende, a continuación, se realizará un análisis sociolingüístico que permita explicar esta variación.

5.2. ANÁLISIS SOCIOLINGÜÍSTICO DE LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO

En esta sección se presentan los resultados del estudio realizado con respecto a la relación de la frecuencia de empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto relevados de acuerdo con los factores sociodemográficos considerados, a saber: sexo-género, edad, nivel educativo, origen geográfico y profesión de los sujetos de la muestra. Como se comentó en el apartado dedicado a la metodología, las pruebas de estadística inferencial se aplicarán a las partículas con 25 o más casos, siguiendo las sugerencias de Hernández Campoy y Almeida (2005). Esto se efectuará para efectos de las variables sexo-género, edad y nivel educativo pues el factor profesional será analizado de forma independiente. En específico, nuestro análisis atenderá a dos niveles de observación, a saber: a) en términos descriptivos, según las frecuencias absolutas y los porcentajes de frecuencia de cada marcador y b) en términos interpretativos o inferenciales, con base en la comparación entre las medias o tendencias centrales de las partículas más frecuentes, esto es, de aquellos con más de 25 ocurrencias. Por consiguiente, como veíamos en la Tabla 6 incluida en el apartado anterior, notamos que en 5047 ocasiones los hablantes de nuestra muestra emplearon marcadores interrogativos de control de contacto. Asimismo, *¿no?* es el marcador más empleado con 3282 (65,03% del total) ocurrencias por lo que nuestra hipótesis del uso preferente de esta partícula se corrobora.

Por otro lado, cabe destacar que los datos se distribuyen de forma anormal en los sujetos de la muestra, ya que la distribución de la frecuencia de los casos es variada. Por consiguiente, existen sujetos que no emplearon este tipo de marcadores, otros que los usaron con baja frecuencia y otros que los usaron con muchísima ocurrencia. De forma similar, en muchas ocasiones, los sujetos tenían preferencia por un marcador u otro de los relevados reflejando dicha distribución anormal de los datos. Por lo tanto, al distribuirse de manera anormal y heterogénea, fue necesario no sólo realizar un análisis paramétrico de varianza entre medias (ANOVA), sino que también tuvimos que aplicar las pruebas no paramétricas de ANOVA de Kruskal-Wallis y U de Mann-Whitney, como se comentó en el apartado referido a la metodología. Ambas pruebas, aplicadas a nuestra muestra (Corpus PRESEEA de Santiago de Chile, Ciudad de México, Madrid y Málaga), contribuirán a reforzar o desechar nuestras

hipótesis relativas a la relación entre el uso de los marcadores interrogativos de control de contacto y los factores sociodemográficos considerados. Se enfatizará en los datos cuya significación estadística fue corroborada por ambas pruebas, aunque también se comentarán aquellos que arrojaron un índice significativo solo en alguna de ellas. De esta manera, los datos de todas las comunidades analizadas presentan una distribución bastante irregular, por lo tanto, tienen prioridad los resultados de las pruebas no paramétricas: U de Mann-Whitney para el contraste de sexo y Anova de Kruskal-Wallis para los de edad y nivel de instrucción. Asimismo, son destacables los casos en los que los datos de dichas pruebas y los de la paramétrica ANOVA coinciden en la significación estadística igual o inferior a 0,05. Finalmente, como en cada variedad geográfica se relevan diferentes partículas, en consecuencia, a continuación, se señala la distribución social según cada comunidad hispanohablante analizada.

5.2.1. LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO DE SANTIAGO (CHILE) DESDE UN PUNTO DE VISTA SOCIOLINGÜÍSTICO

Los marcadores que respondieron a la función fática de control de contacto y que tienen forma interrogativa en la variedad de Santiago de Chile para efectos de esta sección, debían cumplir con el criterio de 25 ocurrencias en la submuestra como se comentó en el apartado de la metodología. En específico, estas partículas son presentadas en la Tabla 11, a continuación:

Tabla 11: Frecuencia absoluta y porcentual MICC en submuestra PRESEEA Santiago (Chile) utilizados para análisis sociolingüístico

Marcador	Frecuencia	Porcentaje
<i>¿cachái?</i>	702	83,87
<i>¿ah?</i>	64	7,65
<i>¿ya?</i>	37	4,42
<i>¿no?</i>	34	4,06
Total	837	100%

Como se observa en esta tabla los marcadores que servirán para análisis sociolingüístico en esta variedad dialectal son: *¿cachái?*, *¿ah?*, *¿ya?* y *¿no?*, en orden de frecuencia de uso. Al

respecto, como se explica en la tabla 11, por una diferencia porcentual de más del 80%, el marcador ¿cachái? representa la mayor ocurrencia de empleo para esta variedad geográfica mientras que ¿ah?, ¿ya? y ¿no? le siguen con menos del 8% de las ocurrencias. Sobre la distribución social de estos marcadores, a continuación, se explica la estratificación según sexo-género, edad y nivel educativo de los sujetos de la muestra.

5.2.1.1.SEXO-GÉNERO

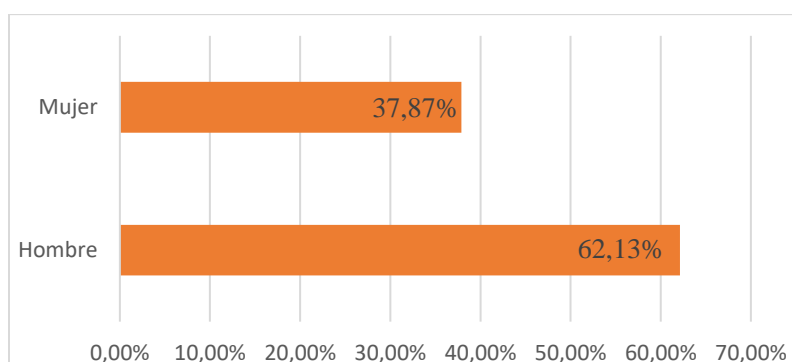
En la Tabla 12 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en Santiago de Chile, de acuerdo con la variable social sexo-género de los sujetos.

Tabla 12: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto según variable sexo-género en los sujetos de la submuestra Santiago de Chile

Sexo-género	Frecuencia	Porcentaje
Hombre	520	62,13%
Mujer	317	37,87%
Total	837	100%

Como se aprecia en la Tabla 12, de un total de 837 casos, los sujetos hombres obtienen un 62,13% (520 ocurrencias) del total, mientras que las mujeres un 37,87% (317 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre hombres y mujeres como lo expone el Gráfico 1, a continuación.

Gráfico 1: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según sexo-género de los sujetos de la submuestra Santiago de Chile



Como se puede observar, en Santiago de Chile los hombres utilizaron un 62,13% los marcadores interrogativos de control de contacto, mientras que las mujeres un 37,87%. En consecuencia, los datos arrojan una leve inclinación hacia los hombres por sobre las mujeres en el uso de este tipo de partículas. Por su parte, en la Tabla 13, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el sexo-género de los sujetos:

Tabla 13: Frecuencia absoluta y porcentaje de cada marcador según sexo-género

Marcador	Sexo-género		Total
	H	M	
<i>¿cachái?</i>	450 (64,10%)	252 (35,90%)	702 (100%)
<i>¿ah?</i>	26 (40,62%)	38 (56,24%)	64 (100%)
<i>¿ya?</i>	31 (83,78%)	6 (16,22%)	37 (100%)
<i>¿no?</i>	13 (38,24%)	21 (61,76%)	34 (100%)

Como puede apreciarse en la Tabla 13, ambos grupos emplean de forma variada los marcadores interrogativos de control de contacto relevados. A este respecto, pareciera ser que *¿cachái?* representa la tendencia general de frecuencia de uso de este tipo de partículas pues sus porcentajes se asemejan al del total de los casos (*¿cachái?*: Hombres: 64,10%; Mujeres: 35,90%, mientras que el total: Hombres: 62,13%; Mujeres: 37,87%), lo cual, por supuesto, se explica por su alta frecuencia de uso. Asimismo, es relevante señalar el uso preferentemente femenino de los marcadores *¿ah?* (Mujeres: 56,24%) y *¿no?* (Mujeres: 61,76%) y la alta frecuencia de uso de *¿ya?* por sujetos hombres (Hombres: 83,78%).

El uso preferentemente masculino de este tipo de partículas resulta interesante pues trae consigo posturas contrarias. Por un lado, estudios como Lakoff (1975) señalan que es usual que las mujeres empleen en mayor medida este tipo de marcadores debido a que constituye un indicador de “inseguridad lingüística” (cf. Lakoff, 1975) en el grupo femenino. No obstante, en primer lugar, en el caso de la justificación por mayor inseguridad lingüística en mujeres, como indican San Martín (2011) y Lewis y San Martín (2018) siguiendo a Coates (2009), el empleo de marcadores interrogativos de control de contacto no se relaciona directamente con vacilaciones discursivas, sino que puede deberse a fines de colaboración comunicativa. En segundo lugar, aunque es claro que este tipo de partículas sirve como herramienta para la cooperación del flujo conversacional en tanto se relaciona con los

interlocutores y la conversación de forma estrecha, pareciera ser que su distribución según sexo-género está determinada según las diferentes comunidades hispanohablantes. Por lo tanto, no es claro que en el español general (peninsular e hispanoamericano) exista un grupo de hombres o mujeres que por antonomasia sea más o menos colaborativo en la comunicación, puesto que los hallazgos de nuestro estudio, para el caso de Málaga, indican el empleo preferentemente femenino de este tipo de partículas. De forma similar, si comparamos marcadores particulares como *¿no?*, nuestro estudio muestra que, para el caso de Santiago de Chile, este marcador es más preferente en mujeres mientras que trabajos como Albelda y Cestero (2011), para el caso de Sevilla y Madrid, señalan que es un recurso más empleado entre varones. Entonces, lo que es más correcto afirmar es que las comunidades tienen diferencias socioculturales entre sí y que estas pueden verse reflejadas (o no) por medio del empleo de marcadores discursivos. Esta situación enriquecedora de variación lingüística, por supuesto, refleja la existencia de diferencias geolectales en el uso de este tipo de partículas, lo cual es digno de describir y comentar.

Ahora bien, así como es posible que exista variación de estilo conversacional y que esta no se ligue a uno u otro sexo-género, si es pertinente comentar la estructuración sociocultural general de este tipo de ámbito social. A este respecto, desde el punto de vista del estudio feminista de disciplinas como la Historia, Rivera (1994) comenta que pareciera ser que, en las sociedades occidentales contemporáneas, el hombre ostenta un estatus social hegemónico por sobre la mujer. En este sentido, es muy común que se asocie que el sexo-género femenino es más propenso a expresar inseguridad en su hablar, debido a esta condición de subordinación. Este tipo de explicaciones son posibles en núcleos urbanos o comunidades de habla en las que el empleo de este tipo de partículas tiene un efecto atenuador o es muy frecuente en mujeres. No obstante, para el caso de Santiago de Chile, los resultados señalan que este tipo de marcadores es más frecuente en hombres, lo cual creemos que también es posible de interpretar según este marco sociocultural de sexo-género.

En este sentido, recordemos las principales características de los marcadores relevados: estructuración del discurso, gestión de la atención del mensaje, apertura, cierre y sesión de turno de habla, etc. A partir de esto, consideramos que la alta frecuencia en hombres de este tipo de partículas puede estar relacionada con su posición hegemónica: posiblemente, los

hombres tienden más a gestionar la atención y manipular los turnos de habla ya que su estatus más elevado o de dominación sobre la mujer, lo motiva o permite. En consecuencia, como las mujeres no poseen este posicionamiento sociocultural, es probable que no empleen estos marcadores en su función fática puesto que esto significaría cumplir roles que históricamente han sido propios de los hombres. No obstante, este análisis debe interpretarse como lo que es, una interpretación sociocultural de nivel macroestructural sobre las diferencias entre mujeres y hombres. De este modo, no es de nuestro interés señalar que los hombres tienen por iniciativa propia y volitiva (aunque, por supuesto, si puede suceder) la intención de posicionarse jerárquicamente por sobre la mujer, se trata, más bien, de una característica cultural.

Por su parte, sobre el uso preferentemente masculino de la partícula *¿cachái?* en Santiago de Chile, varios estudios anteriores han llegado a resultados similares (cf. San Martín, 2011; Mondaca et al., 2014; Lewis y San Martín, 2018). Al respecto, una de las explicaciones más comunes se refiere al concepto *covert prestige* o prestigio encubierto acuñado por Labov (1966) el cual se refiere, según Trudgill y Hernández Campoy (2007), a la connotación positiva oculta que reciben algunas formas lingüísticas subestándares o de estatus social bajo. Por ende, *¿cachái?*, en tanto forma no estándar y local sirve a los hablantes como un *indicador de vernacularidad* (San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018) en sus discursos pues, como se viene comentando, esta es una partícula muy frecuente y característica del habla santiaguina. Así pues, este tipo de formas, como indica Coates (2009), es más frecuente en hombres que en mujeres¹⁷ lo cual explicaría los resultados de nuestro trabajo. Sin embargo, estas consideraciones solo pueden extenderse a la realidad de nuestro estudio y no es generalizable al resto de la población puesto que la prueba paramétrica (ANOVA) y la no paramétrica (ANOVA Kruskal-Wallis) no arrojaron significatividad estadística en estos datos.

¹⁷ Este trabajo incluye el análisis conjunto de la variable sexo-género con otros factores sociodemográficos como el nivel educativo de los hablantes por lo que es justo señalar que la autora habla de “hablantes mujeres /hombres de nivel educacional media/baja”, resultados que serán pormenorizados más adelante.

5.2.1.2.EDAD

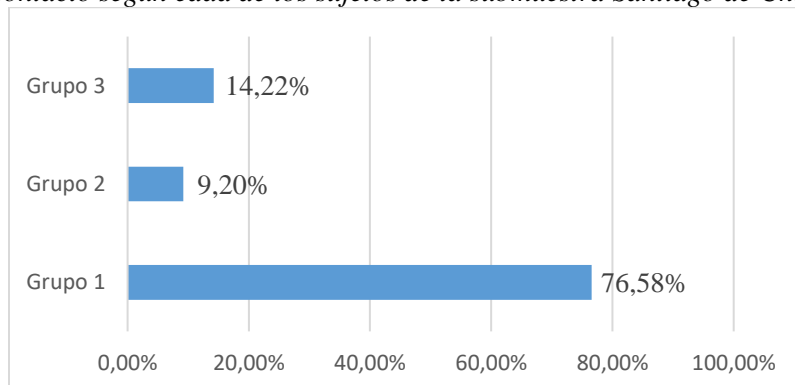
En la Tabla 14 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en la variedad geográfica de Santiago de Chile, de acuerdo con la variable social edad de los sujetos.

Tabla 14: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Santiago de Chile según variable edad

Grupo etario	Frecuencia	Porcentaje
1	641	76,58%
2	77	9,20%
3	119	14,22%
Total	837	100%

Como se aprecia en la Tabla 14, de un total de 837 casos, los sujetos del grupo etario más joven, el grupo 1, obtienen un 76,58% (641 casos) del total mientras que los del grupo 2 un 9,20% (77 ocurrencias) y los del grupo de mayor edad, el grupo 3, un 14,22% (119 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre los tres grupos etarios como lo expone el Gráfico 2, a continuación.

Gráfico 2: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Santiago de Chile



Como puede observarse en el Gráfico 2, en Santiago de Chile el grupo etario 1 utilizó un 76,58% los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que el grupo 2 un 9,20% y el grupo etario 3 un 14,22%. En consecuencia, los datos señalan una gran inclinación hacia los jóvenes por sobre, primero, sujetos de la tercera edad y, segundo, sobre el grupo etario intermedio en el uso de este tipo de marcadores.

Por otro lado, en la Tabla 15, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con la edad de los sujetos.

Tabla 15: Frecuencia absoluta y porcentual de cada marcador según la edad de los sujetos de la submuestra de Santiago de Chile

Marcador	Edad			Total
	1	2	3	
<i>¿cachái?</i>	636 (90,60%)	66 (9,40%)	0 (0%)	702 (100%)
<i>¿ah?</i>	2 (3, 13%)	9 (14,06%)	53 (82,81%)	64 (100%)
<i>¿ya?</i>	2 (5,41%)	1 (2,70%)	34 (91,89%)	37 (100%)
<i>¿no?</i>	1 (2,94%)	1 (2,94%)	34 (94,12%)	34 (100%)

Como se aprecia en esta tabla, el marcador *¿cachái?* es empleado por el grupo etario más joven con un 90,60% del total de las ocurrencias mientras que el grupo 2 lo utiliza con un 9,40% y el grupo etario 3, de mayor edad, no registra casos. No obstante, es interesante revisar la distribución de los demás marcadores la cual refleja una amplia frecuencia de uso de *¿ah?* (82, 81%) *¿ya?* (91,89%) y *¿no?* (94,12%) de parte del grupo etario 3. En consecuencia, si bien la mayoría de los casos están registrados por el grupo 1 y su preferencia por *¿cachái?*, tal parece que las demás partículas se emplean con gran fuerza por el grupo 3, lo cual señala la preferencia de ciertos marcadores por sobre otros dependiendo de la edad de los sujetos de la muestra.

Al respecto, tanto la gran relevancia del factor etario en este tipo de estudios como el empleo preferentemente juvenil de *¿cachái?* han sido comentados por la crítica especializada. En este sentido, recordemos que dos de los estudios precedentes de gran importancia sobre este tipo de problemáticas son Valencia y Vigueras (2015) y Santana (2017). Como se viene comentando, ambos trabajos se basan en *corpora* de la norma culta (abordan solamente el nivel educativo alto) y realizan un contraste diacrónico. En el caso de la recopilación de estudios de Valencia y Vigueras (2015), Valencia (2015) realiza un contraste entre un corpus recogido en la década del 70´ (1969-1973)¹⁸ del siglo XX y otro de principios del XXI (2004-2006), ambos de hablantes santiaguinos. Sobre esto, los principales hallazgos en marcadores interrogativos de control de contactos revelan que los hablantes del corpus más antiguo

¹⁸ La transliteración de estas entrevistas fue publicada en Rabanales y Contreras (1979) y tienen por título “El habla culta de Santiago de Chile. Materiales para su estudio”.

prefieren partículas como *¿no? ¿ah?* o *¿mm?* mientras que los entrevistados del corpus más reciente, formas como *¿no (es) cierto?* Por el contrario, *¿cachái?* solo registra un caso de empleo en una mujer joven del corpus más reciente (2004-2006). De forma similar, Santana (2017) contrasta muestras de la década del 70' (1969-1973, mismo corpus que el utilizado por Valencia, 2015) con entrevistas realizadas los años 2012 y 2013. Los resultados son similares: en el corpus más antiguo se emplean preferentemente formas como *¿ah?*, *¿no?*, *¿no (es) cierto?* y *¿ves?* mientras que en el corpus reciente partículas como *¿ah?* *¿no (es) cierto?* y *¿ya?*, quedando nuevamente relegado el uso de *¿cachái?* a un solo caso de ocurrencia.

Sobre esta situación, es preciso destacar lo siguiente. Es bastante claro que *¿cachái?*, el marcador interrogativo de control de contacto más frecuente entre santiaguinos en nuestro estudio, no se registra con gran frecuencia en los estudios citados, a saber, Valencia (2015) y Santana (2017), ni siquiera en las muestras de principio de siglo XXI¹⁹. No obstante, si se relevan investigaciones como San Martín (2011), Lewis y San Martín (2018) o nuestros propios hallazgos, es notoria su alta preferencia en el habla actual. Entonces, como estos últimos trabajos se basan en entrevistas realizadas entre 2005 y 2012 (San Martín y Guerrero, 2015), es justo señalar que el alto empleo de *¿cachái?* por jóvenes santiaguinos revela un *cambio lingüístico en curso*. Al respecto, según Silva Corvalán y Enrique Arias (2017), las etapas de un cambio lingüístico son las siguientes: i) un cambio lingüístico empieza cuando una variante se generaliza en un subgrupo de una comunidad y adquiere una significación social; ii) el rasgo innovador se generaliza hacia otros grupos sociales; iii) existe covariación de elementos por un largo período de tiempo y iv) se producen cambios en la estructura social de la comunidad lo que implica el proceso completado del cambio lingüístico, donde prevalece un rasgo innovador sobre otros que tienden a la obsolescencia.

¹⁹ Es pertinente señalar que los hallazgos de Valencia (2015) y Santana (2017) deben ser abordados con cautela. Primero, puesto que, en comparación con los resultados de nuestro estudio existe diferencia entre la cantidad de entrevistas seleccionadas (Valencia, 2015; Santana, 2017, abordan un número menor de muestras). Segundo, estos estudios solamente seleccionan hablantes hombres o mujeres de distintas edades y de nivel educativo alto, lo cual puede estar interfiriendo en los resultados encontrados ya que investigaciones como San Martín (2011) o Lewis y San Martín (2018) que trabajan con la variable nivel socioeconómico, demuestran que este tipo de partículas son impulsadas por jóvenes del sociolecto bajo, grupo social que no está incluido en Valencia (2015) o Santana (2017).

Debido a esto, consideramos que este marcador parece estar desplazando a otras partículas que cumplen una función semejante lo que facilitaría el cambio lingüístico. Este cambio, posiblemente, podría situarse entre la primera y la segunda etapa propuestas por Silva Corvalán y Enrique Arias (2017), en la que una forma lingüística generalizada en un subgrupo de la comunidad (el grupo etario joven) comienza a extenderse a otros grupos. Sin embargo, siguiendo a estos autores, *¿cachái?* no se considera como un cambio lingüístico completado puesto que falta que el paso del tiempo compruebe que su alta frecuencia no se trate solamente de una preferencia generacional. En suma, esta es una partícula empleada por el grupo más joven de la comunidad, grupo que, como señala Blas Arroyo (2004), tiende a identificarse con variantes vernáculas, no estándares y con formas innovadoras de una lengua.

Por otro lado, como señala la Tabla 15, partículas como *¿no?* *¿ah?* y *¿ya?* son preferentes en grupos de edad avanzada. Sobre esto, como se señaló a partir de los hallazgos de Valencia (2015) y Santana (2017), hay un claro descenso en el empleo de *¿ah?* y *¿no?* (primera y segunda mayoría de empleo, respectivamente, para el caso de estos trabajos) en hablantes santiaguinos si es que se considera el tramo temporal desde el corpus más antiguo (década del 70), etapa en la cual gozaban de mayor vitalidad. Por lo tanto, al parecer estas partículas han quedado relegadas ante la inminente preferencia de *¿cachái?* que las ha desplazado hacia el grupo etario de mayor edad, en nuestro estudio. Esta situación es más marcada en *¿no?* que en *¿ah?*, como señalan Santana (2017), Valencia (2015) y San Martín (2011). Esto refleja que Santiago de Chile se caracteriza por preferir formas más locales como *¿cachái?* y *¿ah?*, mientras que partículas como *¿no?*, de marcada preferencia panhispánica, tienden a la obsolescencia en esta comunidad. Estas consideraciones de índole geolectal serán analizadas con mayor extensión más adelante, en el apartado dedicado a la variable geográfica.

Por último, se revisarán los resultados de las pruebas estadísticas. En este caso, a diferencia de la variable sexo-género, las pruebas han arrojado significación estadística en algunos casos. Sobre esto, tanto el empleo juvenil (grupo etario 1 de 20 a 34 años) de *¿cachái?* como la preferencia del grupo de mayor edad por *¿ah?* se pueden generalizar al resto de la población de forma segura, ya que tanto las pruebas paramétricas como las no paramétricas han arrojado significatividad estadística: i) *¿cachái?*: la prueba paramétrica (ANOVA) arroja

F= 6,423 y p= 0,004 mientras que la no paramétrica (Kruskal-Wallis) registra chi cuadrado=15,254 y p=0,000; ii) ¿ah?: la prueba paramétrica (ANOVA) arroja F= 5,043 y p= 0,012 mientras que la no paramétrica (Kruskal-Wallis) registra chi cuadrado=10,658 y p=0,005. En el caso de ¿no? como un marcador preferentemente empleado por hablantes del grupo de edad más avanzada, solamente fue corroborado por la prueba no paramétrica (chi cuadrado=6,151 y p= 0,046) por lo que, aunque es un hallazgo generalizable al resto de la población, debido al sustento estadístico, como no se verifica por ambas pruebas, este no representa un resultado seguro o robusto, como señalan trabajos anteriores (cf. San Martín, 2011, 2015, 2020). En definitiva, bajo estas interpretaciones puede esgrimirse el factor edad como rasgo determinante para el análisis sociolingüístico de este tipo de marcadores en esta comunidad.

5.2.1.3.NIVEL EDUCATIVO

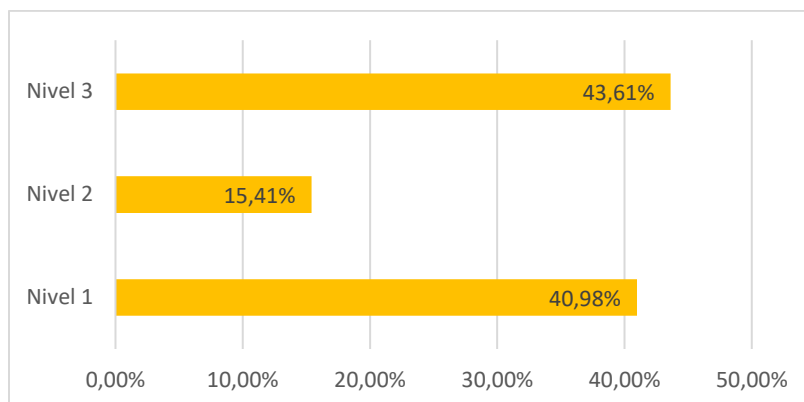
En la Tabla 16 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en Santiago de Chile, de acuerdo con la variable social nivel educativo de los sujetos de la muestra.

Tabla 16: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Santiago de Chile según variable nivel educativo

Nivel de instrucción	Frecuencia	Porcentaje
Nivel 1	343	40,98%
Nivel 2	129	15,41%
Nivel 3	365	43,61%
Total	837	100%

Como se aprecia en la Tabla 16, de un total de 837 casos, los sujetos del nivel educativo más bajo, el nivel 1, obtienen un 40,98% (343 casos) del total mientras que los del nivel 2 un 15,41% (129 ocurrencias) y los del nivel más avanzado, el nivel 3, un 43,61% (365 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre los tres niveles educativos como lo expone el Gráfico 3, a continuación.

Gráfico 3: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Santiago de Chile



Como puede apreciarse en el Gráfico 3, en Santiago de Chile el nivel educativo 3 utilizó un 43,61% los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que el nivel 2 un 15,41% y el nivel 3 un 40,98%. Por consiguiente, los datos arrojan, primero, una leve inclinación hacia el nivel educativo 1 sobre el nivel educativo 3 y, segundo, una gran diferencia de ambos sobre el nivel 2 en el uso de este tipo de partículas.

Por su parte, en la Tabla 17, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el nivel educativo de los sujetos.

Tabla 17: Frecuencia absoluta y porcentaje de cada marcador según nivel educativo

Marcador	Nivel educativo			Total
	1	2	3	
<i>¿cachái?</i>	327 (46,48%)	90 (12,82%)	285 (40,60%)	702 (100%)
<i>¿ah?</i>	14 (21,88%)	36 (56,24%)	14 (21,88%)	64 (100%)
<i>¿ya?</i>	2 (5,41%)	1 (2,70%)	34 (91,89%)	37 (100%)
<i>¿no?</i>	0 (0%)	2 (5,88%)	34 (94,12%)	34 (100%)

Como se observa en esta tabla, el marcador *¿cachái?* es empleado por el nivel educativo 1 con un 46,48% del total de las ocurrencias, mientras que el nivel 2 lo usa con un 12,82% y el nivel educativo 3 con un 40,60% de los casos. Por ende, esta partícula representa la tendencia general de frecuencia de uso de este tipo de marcadores pues sus porcentajes se asemejan al total de los casos (*¿cachái?*: Nivel 1: 46,48%; Nivel 2: 12,82%; Nivel 3: 40,60%, mientras que el total: Nivel 1: 40,98%; Nivel 2: 15,41%; Nivel 3: 43,61%), lo cual se ve motivado por su ocurrencia en la muestra. Sobre *¿ah?*, este marcador es preferentemente

empleado por sujetos del nivel 2 con un 56,24% a diferencia del nivel 1 y 3, que se relevan un 21,88%. Por su parte, las partículas *¿ya?* y *¿no?* se distribuyen de manera similar, esto es, con una alta preferencia (91,89% y 94,12%, respectivamente) por el nivel educativo 3. Por último, cabe destacar la escasa frecuencia de estos últimos marcadores en los niveles educativos 1 y 2, en los cuales su porcentaje de empleo está bajo el 6 %, existiendo, incluso, 0 ocurrencias en el caso de *¿no?* para el nivel educativo más bajo.

A este respecto, primero, sobre el carácter curvilíneo en forma de *u* del total de los usos según la variable educación (Gráfico 3) y, por consiguiente, del mismo comportamiento de la partícula más frecuente de esta comunidad de habla, *¿cachái?* (Tabla 17), se puede señalar lo siguiente. Generalmente, en la literatura especializada se suele comentar que “lo más frecuente es que las personas más instruidas hagan un mayor uso de las variantes estándares, mientras que las variantes vernáculas se asocian preferentemente a los individuos con niveles bajos de instrucción” (Blas Arroyo, 2004: 228). Por ejemplo, en el estudio de Guillén (1992) sobre el grado de conservación de la /-s/ implosiva en una comunidad de habla sevillana y, en consideración de que la conservación y realización de este sonido forma parte de una variante estándar de la lengua, se demuestra que los hablantes de elevados niveles de instrucción mantienen con mayor frecuencia este fonema, mientras que personas de nivel educativo bajo emplean la variante con menor ocurrencia. Entonces, en estos casos, la realización o no de una variante se asocia directamente con un mayor grado de escolaridad de los hablantes.

No obstante, como señala el Gráfico 3, el hallazgo de nuestro estudio revela que tanto el nivel educativo más bajo como el más alto emplean frecuentemente y sin mucha disparidad entre ellos, los marcadores interrogativos de control de contacto. Esto refleja un patrón curvilíneo en forma de *u* en el que el nivel educativo intermedio representa la menor frecuencia. Resultados semejantes se obtienen en San Martín (2011), donde se produce un patrón de comportamiento similar que releva los extremos de la escala. Este hallazgo indica, en primer lugar, que el comportamiento general se ve influenciado por el patrón de uso del marcador más frecuente, *¿cachái?* En segundo lugar, señala que este último marcador es empleado frecuentemente sin importar mucho la condición de escolaridad de sus hablantes. En

consecuencia, las pruebas estadísticas respaldan esta interpretación puesto que no arrojan significatividad estadística en este caso.

Por lo tanto, para el caso de *¿cachái?* y el total de los empleos, es claro que la variable nivel educativo es menos importante que otras variables como la edad en la cual sí se observan rasgos de uso significativos y determinantes. Sin embargo, como se aprecia en la Tabla 17, *¿ya?* y *¿no?* se emplean de forma muy marcada por hablantes del nivel educativo más alto. Este comportamiento ya ha sido registrado por San Martín (2011), y por los estudios de norma culta de Valencia (2015) y Santana (2017). Sobre esto, en especial para el caso de *¿no?* es relevante comentar que, según nuestros resultados, esta variante tiene un carácter panhispánico en comparación con *¿cachái?* que es de uso generalizado y exclusivo de hablantes chilenos, como se viene comentando. Por lo tanto, los hablantes de esta comunidad de habla generalmente tienden a preferir variantes de carácter local, extendido o vernacular por sobre variantes estándar y panhispánicas, mayormente distribuidas en “sectores cultos” de la comunidad como el marcador *¿no?* que se asocia a grupos educativos más altos (cf. Santana, 2017) y que tiene una considerable menor frecuencia de uso en Santiago de Chile. Este último hallazgo se comprueba por la prueba paramétrica correspondiente (Kruskal Wallis) ya que, para la distribución de *¿no?* arroja chi cuadrado= 7,009 y p=0,030.

En suma, hemos revisado la distribución social de los marcadores interrogativos de control de contacto en Santiago de Chile. Como se viene comentando, para el caso de la variable sexo-género, destaca una leve inclinación de hombres por sobre mujeres para el total de los empleos. De forma similar, *¿cachái?* y *¿ya?* se suman a este comportamiento mientras que *¿ah?* y *¿no?* son empleados mayormente por el grupo femenino. En el caso de esta variable, las pruebas estadísticas no arrojaron significatividad estadística en ningún caso. En segundo término, la correlación con la variable etaria ha sido de vital relevancia en este caso. En este sentido, destaca el uso preferentemente juvenil de *¿cachái?* (comprobado tanto por pruebas estadísticas paramétricas como no paramétricas) y el empleo por el grupo de mayor edad de marcadores como *¿ah?* (comprobado tanto por pruebas estadísticas paramétricas como no paramétricas), *¿ya?* y *¿no?* (comprobado por la prueba no paramétrica correspondiente). En último término, sobre el nivel educativo, este es un factor menos relevante que la edad para este tipo de estudios. Dentro de esto, *¿cachái?* arroja un patrón de uso curvilíneo en forma

de *u* en el cual los extremos de la escala de escolaridad son la mayor frecuencia. Por otro lado, marcadores como *¿ya?* y *¿no?* (el caso de *¿no?* está respaldado por la prueba no paramétrica correspondiente) son empleados por el grupo educativo más alto, mientras que *¿ah?*, por el grupo educativo medio. Finalmente, cabe destacar que la intersección entre variables no arrojó resultados significativos desde un punto de vista estadístico.

5.2.2. LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO DE CIUDAD DE MÉXICO DESDE UN PUNTO DE VISTA SOCIOLINGÜÍSTICO

Las partículas que respondieron a la función fática de control de contacto y que tienen forma interrogativa en la variedad de México, para efectos de esta sección de análisis sociolingüístico, se expresan en la Tabla 18, a continuación.

Tabla 18: Frecuencia absoluta y porcentual MICC en submuestra PRESEEA Ciudad de México utilizados para análisis sociolingüístico

Marcador	Frecuencia	Porcentaje
<i>¿no?</i>	1419	84,86%
<i>¿eh?</i>	127	7,60%
<i>¿verdad?</i>	126	7,54%
Total	1672	100%

Como se observa en esta tabla los marcadores que cumplen con el criterio de 25 ocurrencias para el análisis sociolingüístico son las siguientes: *¿no?*, *¿eh?* y *¿verdad?*, en orden de frecuencia de uso. Al respecto, como se explica en la tabla 18, por una diferencia porcentual de más del 84%, el marcador *¿no?* representa la mayor preferencia para esta zona geográfica mientras que *¿eh?* y *¿verdad?* le siguen con menos del 8% de las ocurrencias. Sobre la distribución social de estos marcadores, a continuación, se explica la estratificación según sexo-género, edad y nivel educativo de los sujetos de esta submuestra.

5.2.2.1.SEXO-GÉNERO

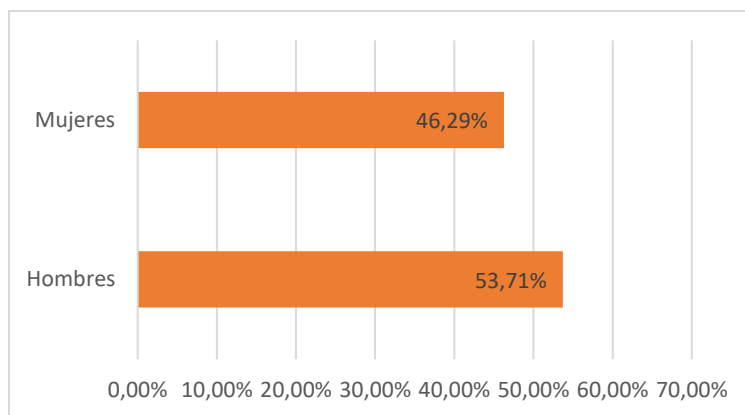
En la Tabla 19 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de los marcadores relevados en Ciudad de México, de acuerdo con la variable social sexo-género de los sujetos.

Tabla 19: Total del empleo de marcadores interrogativos de control de contacto según variable sexo-género en la submuestra Ciudad de México

Sexo-género	Frecuencia	Porcentaje
Hombre	898	53.71%
Mujer	774	46.29%
Total	1672	100%

Como se puede apreciar en la Tabla 19, de un total de 1672 casos, los sujetos hombres obtienen un 53,71% (898 ocurrencias) del total mientras que las mujeres un 46,29% (774 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre hombres y mujeres como lo expone el Gráfico 4, a continuación.

Gráfico 4: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según sexo-género de los sujetos de la submuestra Ciudad de México



Como se puede apreciar en este gráfico, en Ciudad de México los hombres utilizaron un 53,71% los marcadores interrogativos de control de contacto, mientras que las mujeres un 46,29%. En consecuencia, los datos arrojan una leve inclinación de los hombres por sobre las mujeres en el uso de este tipo de partículas para el caso de esta variedad geográfica.

Por su parte, en la Tabla 20, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el sexo-género de los sujetos:

Tabla 20: Frecuencia absoluta y porcentaje de cada marcador según sexo-género en la submuestra de Ciudad de México

Marcador	Sexo-género		Total
	H	M	
<i>¿no?</i>	741 (52,22%)	678 (47,78%)	1419 (100%)
<i>¿eh?</i>	86 (67,72%)	41 (32,28%)	127 (100%)
<i>¿verdad?</i>	71 (56,35%)	55 (43,65%)	126 (100%)

Como puede apreciarse en la Tabla 20, tanto hombres como mujeres emplean de forma variada los marcadores interrogativos de control de contacto relevados. La partícula *¿no?* es usada por hombres en un 52,22% (741 ocurrencias) del total, mientras que por mujeres en un 47,78% (678 casos). Al respecto, tal como sucedía con *¿cachái?* en Santiago de Chile, *¿no?* representa la tendencia general del empleo de estas partículas según la variable sexo-género, debido a su alta frecuencia, en comparación con los demás marcadores. Por su parte, *¿eh?* presenta una inclinación más marcada por el grupo de los hombres con un 67,72% (86 ocurrencias) sobre el grupo de las mujeres que obtiene un 32,28% (41 casos). Por último, *¿verdad?* sigue la tendencia general marcada por *¿no?* y se alinea a una leve inclinación de hombres (56,35%; 71 ocurrencias) por sobre mujeres (43,65%; 55 casos). En suma, con leves diferencias, *¿no?*, *¿eh?* y *¿verdad?* se caracterizan por ser de uso preferentemente masculino.

Por lo tanto, en el caso de Ciudad de México, destaca el empleo mayoritariamente masculino de este tipo de partículas, aunque con una leve diferencia. Al respecto, como se comentaba para el caso de Santiago de Chile, la bibliografía especializada señala que las mujeres “demuestran un comportamiento más colaborador en el desarrollo conversacional” (Blas Arroyo, 2004: 165). De este modo, trabajos como Lakoff (1975), señalan que una mayor presencia de apéndices apelativos en mujeres que en hombres hablantes de español peninsular, podría interpretarse como muestra de mayor cooperación lingüística del grupo femenino, en tanto estas partículas pueden entenderse como fórmulas de cortesía verbal que operan en favor del flujo de la conversación. De este modo, este tipo de trabajos plantean que el grupo femenino ostentaría una mayor inseguridad lingüística lo que explicaría la presencia

de marcadores interrogativos de control de contacto, en tanto partículas que pueden ser herramientas para compartir la responsabilidad epistémica de los propios enunciados con el interlocutor. No obstante, como se viene sugiriendo, pareciera ser que estas intuiciones deben relativizarse con respecto al análisis de cada comunidad de habla, puesto que trabajos como San Martín (2011), Lewis y San Martín (2018) y el nuestro, siguiendo los aportes de Coates (2009), consideran que este tipo de partículas no están directamente asociadas ni con vacilaciones discursivas ni con un grupo de sexo-género específico. En este sentido, como menciona Blas Arroyo (2004: 166): “los hombres disputan, cuestionan y desafían con más frecuencia al interlocutor” debido, quizás, a su posicionamiento hegemónico superior al de la mujer (Rivera, 1994). Esto puede explicar la presencia de, sobre todo, comprobativos de apelación al oyente. Por ende, esto se extiende a los hallazgos obtenidos por nuestro trabajo para el caso de Ciudad de México (y Santiago de Chile, como se comentó en el apartado anterior), así como también a los resultados de San Martín (2011), Albelda y Cestero (2011)²⁰, Mondaca et al. (2015), Santana (2015), Lewis y San Martín (2018), entre otros, los cuales señalan la preferencia de hombres por sobre mujeres en el caso del empleo de este tipo de partículas.

Sin embargo, nos parece que, más allá de discutir sobre si esta función referida a los marcadores interrogativos de control de contacto son parte de un grupo de sexo-género u otro, es más plausible y enriquecedor argumentar que cada una de las variantes, esto es, cada marcador discursivo que responde a esta función pragmática es empleado con más fuerza por hombres o por mujeres según cada comunidad hispanohablante tal como señalábamos para el caso de Santiago de Chile donde, por ejemplo, *¿ya?* fue preferente en hombres, mientras que *¿no?* en mujeres. De este modo, en el contexto de la misma función, en unas comunidades más que en otras, es necesario defender que los varones prefieren ciertas formas y las mujeres otras. A este respecto, como se observa en la tabla 20 expuesta anteriormente, en Ciudad de México tanto *¿no?* como *¿eh?* y *¿verdad?* son de empleo preferentemente masculino. Esta diferencia solamente es notoria para el caso de *¿eh?* ya que tanto *¿no?* como *¿verdad?* denotan diferencias estrechas. Al respecto, consideramos que estos hallazgos pueden corroborarse con un estudio que considere un mayor rango de hablantes. Asimismo,

²⁰ En especial, el caso de *¿no?* preferentemente empleado por varones madrileños.

cabe recalcar que las pruebas paramétricas y no paramétricas respectivas no arrojaron significatividad estadística en ninguno de estos por lo que es poco riguroso extender estas consideraciones como un patrón general de uso de la población.

Aun así, los datos muestran una preferencia relativamente marcada de hombres por sobre mujeres en el caso de ¿eh? A este respecto, si este hallazgo es analizado desde la perspectiva sociopragmática, puede interpretarse que, como esta partícula se asocia más notoriamente con los subvalores de i) la función justificativa (reafirmación del propio discurso) y ii) la modalización por intensificación, ¿eh? puede señalarse como una herramienta que cumple el rol de posicionar a este grupo de sexo-género por sobre el grupo femenino en cuanto a la certeza de las opiniones. Es decir, los hombres emplearían ¿eh? en sintonía con lo que comúnmente se denomina en la sociolingüística feminista (y, en general, en gran parte de las Ciencias Sociales y de las disciplinas de Humanidades) como “sistema patriarcal”, estructura y tipo de relación social que releva a los hombres en un estatus hegemónico y privilegiado por sobre las mujeres (Franulic, 2015). Esto puede ser una forma de explicar que este marcador es menos empleado por mujeres y más frecuente en hombres, ya que estos últimos tenderían a un discurso menos heteroglosico (en los términos antes explicados de la Lingüística Sistémico Funcional de Halliday y otros autores) en el que es más importante recalcar al yo hablante y su mensaje (función justificativa) que poner en duda la certeza de este en una petición de la opinión del oyente (función comprobativa). No obstante, es necesario recalcar, nuevamente, que las pruebas estadísticas no arrojaron significatividad estadística por lo que estos comentarios son solo pertinentes para nuestros resultados.

En suma, sobre la incidencia del factor sexo-género puede señalarse que este no es del todo importante para el empleo de este tipo de marcadores, debido a la poca diferencia en la preferencia de hombres y mujeres. La baja relevancia de esta variable ha sido comentada extendidamente para el caso de la distribución social de los marcadores discursivos, en general (cf. San Martín, 2011, 2015, 2020; Sandoval y San Martín, 2020, Lewis y San Martín, 2018; Panussis y San Martín, 2017, entre otros). A continuación, con el afán de continuar con la descripción y discusión sociolingüística de estos aspectos, se presentan y discuten los resultados de la variable edad en los hallazgos de esta comunidad de habla.

5.2.2.2.EDAD

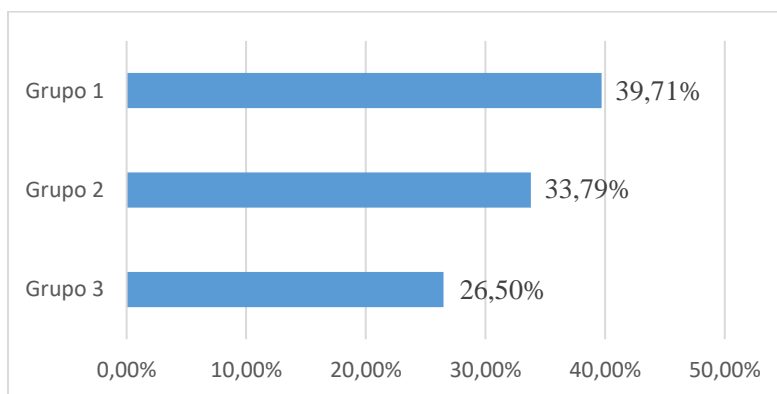
En la Tabla 21 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en la variedad geográfica de Ciudad de México, de acuerdo con la variable social edad de los sujetos.

Tabla 21: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Ciudad de México

Edad	Frecuencia	Porcentaje
Grupo 1	664	39,71%
Grupo 2	565	33,79%
Grupo 3	443	26,50%
Total	1672	100%

Como se aprecia en la Tabla 21, de un total de 1672 casos, los sujetos del grupo etario más joven, el grupo 1, obtienen un 39,71% (664 casos) del total, mientras que los del grupo 2 un 33,79% (565 ocurrencias) y los del grupo de mayor edad, el grupo 3, un 26,50% (443 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre los tres grupos etarios como lo expone el Gráfico 5, a continuación.

Gráfico 5: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Ciudad de México



Como se aprecia en el Gráfico 5, en Ciudad de México el grupo etario 1 utilizó un 39,71% los marcadores interrogativos de control de contacto, mientras que el grupo 2 un 33,79% y el grupo etario 3 un 26,50%. En consecuencia, los datos muestran un patrón descendente sobre la correlación entre la edad de los sujetos y el empleo de este tipo partículas, esto es, a mayor edad, menor será el empleo de este tipo de marcadores el cual se caracteriza por ser

preferentemente empleado por jóvenes, aunque no con grandes diferencias porcentuales (cerca de 13 puntos porcentuales entre el primer grupo y el último).

Por su parte, en la Tabla 22, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con edad de los sujetos.

Tabla 22: Frecuencia absoluta y porcentaje de cada marcador según edad

Marcador	Edad			Total
	1	2	3	
<i>¿no?</i>	618 (43,55%)	477 (33,62%)	324 (22,83%)	1419 (100%)
<i>¿eh?</i>	32 (25,20%)	31 (24,41%)	64 (50,39%)	127 (100%)
<i>¿verdad?</i>	14 (11,11%)	57 (45,24%)	55 (43,65%)	126 (100%)

Como se aprecia en esta tabla, el marcador *¿no?* es empleado por el grupo etario más joven, el grupo 1, con un 43,55% del total de las ocurrencias mientras que el grupo etario intermedio, el grupo 2, con un 33,62% y el grupo 3, de mayor edad, con un 22,83%. Esto, como se viene comentando, representa la tendencia general de la correlación entre este tipo de partículas y la variable edad. Sin embargo, *¿eh?* y *¿verdad?* parecieran ser empleados preferentemente por el grupo 3, en el caso de *¿eh?* y por el grupo 2 (por poca diferencia porcentual el grupo 3) en el caso de *¿verdad?* lo que marca las preferencias de cada grupo etario por ciertas variantes de los marcadores interrogativos de control de contacto.

De esta manera, para el caso de la variable edad, es notoria la presencia de un patrón lineal de estratificación en el cual el empleo de este tipo de partículas es preferentemente juvenil y descende paulatina y escalonadamente conforme avanza la edad. Al respecto, según autores como Blas Arroyo (2004), este tipo de patrones de estratificación es muy usual en la sociolingüística hispánica en casos en los que se evidencia una mayor identificación de los jóvenes con las formas más innovadoras de una lengua. Esta situación puede compararse con los resultados de trabajos como Valencia y Vigueras (2015) o Santana (2017), sobre todo para el caso de la estratificación según edad de los hablantes de *¿no?*, puesto que estos estudios relevan datos de finales del siglo XX. Como señalan los hallazgos de estos trabajos, esta y otras partículas ostentan baja frecuencia en el habla de hablantes del siglo pasado, mientras que, a la luz de nuestros hallazgos, están muy presentes actualmente. Por lo tanto, es muy claro que la alta preferencia de jóvenes por el total de este tipo de marcadores de

Ciudad de México responde a una vitalidad general de estas formas en el tipo de habla estudiado. Esta situación también se extiende al caso de *¿no?* el cual presenta la mayor frecuencia de uso y que marca el patrón lineal de estratificación.

Sin embargo, los grupos etarios de mayor edad, es decir, grupo 2 y 3, no presentan una diferencia tan marcada en las preferencias (grupo 2, 33%; grupo 3, 26%, aproximadamente). Esto puede indicar que los mexicanos emplean los marcadores interrogativos de control de contacto sin importar mucho la edad de los hablantes y que, por lo tanto, la extensión de este tipo de formas y función lingüística es bastante extendida en la población desde el punto de vista etario. Por lo tanto, como se viene comentando, es claro que estos marcadores no tienden a la baja, sino que, más bien, gozan de una vitalidad relativamente estable en el tipo de discurso estudiado. No obstante, cada marcador es preferentemente empleado por uno u otro sector etario de la sociedad. A este respecto, el uso juvenil de *¿no?* y, a la vez, su alta frecuencia en el resto de los grupos etarios devela una situación interesante. Como señala Moreno Fernández (1998), en algunos casos el factor etario puede analizarse en covariación o solapamiento con otras variables como el nivel de instrucción. En este sentido, siguiendo a este autor, en algunas sociedades es habitual que “las generaciones más jóvenes sean, en conjunto, las mejor instruidas, lo que las convierte en usuarias de rasgos lingüísticos cercanos al modelo normativo” (47). De este modo, el empleo juvenil y de nivel de instrucción alto (como veremos en la siguiente sección) de *¿no?* en Ciudad de México puede asociarse al *prestigio abierto* que denota esta variante, en tanto forma lingüística con un grado de difusión y aceptabilidad social alta.

Asimismo, otro factor que puede considerarse en la interpretación del uso juvenil puede ser “la general inseguridad que caracteriza la etapa entre la niñez y la madurez lleva a los jóvenes a tomar la palabra, en ocasiones, sin saber qué decir” (Andersen, 2001:209). Sobre esto, desde un punto de vista pragmático, como se comentó, *¿no?* se vincula fuertemente con los siguientes subvalores: i) función comprobativa y ii) modalización de atenuación. De esta forma, este marcador es incluido en la cadena hablada o bien para apelar a la opinión del interlocutor o bien para mitigar la fuerza ilocutiva de actos precedentes, recursos lingüísticos que pueden entenderse como reflejos de la “inseguridad” que sugiere Andersen (2001). Por ende, el uso reiterado o frecuente de este tipo de partículas (en el rol comprobativo y

atenuador) en jóvenes puede explicarse a través de lo que Andersen (2001) denomina como “non-committal stance” (Andersen, 2001), concepto que se refiere al descompromiso con el propio discurso. Entonces, en un ejercicio de no señalar el propio discurso como una verdad absoluta, los hablantes, además de ejercer la función básica de control de contacto, apelan al oyente para así traspasar la responsabilidad al interlocutor de completar el sentido epistémico del discurso de los hablantes, sobre todo en secuencias argumentativas en las que es más frecuente la aparición de estos subvalores. Este tipo de recurso lingüístico, como explica Andersen (2001) es recurrente en jóvenes, debido a que estos son “relatively fresh language users and still have a considerable way to go before they have a large and fully internalised vocabulary” (Andersen, 2001: 303).

Por último, es importante destacar e interpretar desde la sociopragmática la preferencia de ¿*eh?* por hablantes de la tercera edad y de los grupos 2 y 3 por ¿*verdad?* Sobre lo primero, es interesante que los hablantes de mayor edad prefieran partículas como ¿*eh?* que cumplen con subvalores como la función justificativa (reafirmación del propio mensaje) y modalización por intensificación, en comparación con los entrevistados jóvenes quienes prefieren partículas como ¿*no?* que ejercen un rol comprobativo y/o atenuador. Al respecto, creemos que la alta frecuencia de ¿*eh?* en sus funciones justificativa e intensificadora por parte de personas de la tercera edad puede deberse al momento de sus vidas que estos cursan.

Sobre esto, como señala López Morales (2015), los grupos etarios pueden categorizarse según la *edad social* de los hablantes, por lo que las personas de 55 o más años, en general, se caracterizan por estar retirados o en proceso de retiro del mundo laboral. Esto implica que este grupo etario está *ad-portas* o ha llegado al zenit de su vida. Por lo tanto, es probable que sientan con menor intensidad la necesidad de apelar al oyente, debido a que, más que buscar acuerdo con el interlocutor, importa el contenido informativo de sus mensajes: sus vivencias, experiencias, opiniones, etc., y no tanto las de los demás. Asimismo, al parecer también este grupo etario tiende menos a atenuar sus enunciados (cf. Panusiss y San Martín, 2017; Sandoval y San Martín, 2020) lo cual puede significar que su imagen positiva pública (Goffman, 1959) está cada vez en menos peligro, debido a la condición de estar en proceso de retiro o retirado del mundo laboral o el escenario público. Esta situación permite que el yo hablante y sus enunciados, adquieran mayor relevancia en comparación con la búsqueda

de la ratificación de la opinión del otro o la negociación de acuerdo. Entonces, en comparación con los jóvenes que tienden mayormente a un *estilo colaborativo* en el que es frecuente encontrar partículas como *¿no?* que apelan a la opinión del oyente, los hablantes de la tercera edad prefieren partículas como *¿eh?* que reafirman y presentan de forma intensificada el propio discurso debido al momento vital que cruzan.

Por otro lado, también es pertinente destacar la preferencia de *¿verdad?* (aunque con un bajo número de casos en los totales de empleo) en hablantes de la segunda y tercera generación (grupo etario 2 y 3). Sobre esto, resultados similares obtiene Santana (2015) en su estudio sobre hablantes de nivel de instrucción alto de Sevilla: “Destacamos el uso de *¿verdad?* solo entre hablantes de la tercera generación” (477). Como comentamos en el apartado del análisis pragmático, esta partícula, principalmente, cumple con el subvalor comprobativo de apelación al oyente por lo que, en palabras de Galué (2002), este marcador sirve para “ratificar que lo que dice [el hablante] es aceptado por su interlocutor y lograr con ello su aprobación” (40). En cuanto a aspectos sociopragmáticos, su presencia en el grupo etario intermedio se puede interpretar, nuevamente, por el momento de vida (*edad social*) que estos cursan: son personas que están activos en la escena pública y en el mundo laboral por lo que estos hablantes están acostumbrados a debatir, compartir ideas, apelar a la opinión de los demás. Esto podría explicar la presencia de esta partícula en su subvalor comprobativo que busca compartir la responsabilidad con el interlocutor en la construcción del sentido de los enunciados o la negociación del acuerdo con el otro. Asimismo, este marcador también es preferido por hablantes de la tercera edad, mientras que es muy poco probable que aparezca en el habla de personas jóvenes. Esta situación puede ser indicio de que otros marcadores de mayor frecuencia y que cumplen funciones pragmáticas similares, como *¿no?*, están tomando su lugar. Sin embargo, como se comentará en apartados posteriores, *¿verdad?* es un marcador que, sin tener una frecuencia tan alta como *¿no?*, igualmente es muy característico de hablantes mexicanos (y no tanto así del resto de las comunidades estudiadas).

Finalmente, cabe destacar que las pruebas paramétricas y no paramétricas aplicadas en el contexto de este estudio, no han arrojado significatividad estadística para efectos de esta variable. De esta manera, las consideraciones anteriores sobre la estratificación social de *¿no?*, *¿eh?* y *¿verdad?* según la edad de los hablantes solo son pertinentes para el caso de

nuestro estudio por lo que es arriesgado y poco riguroso aseverar que estos resultados, en esta ocasión, se extienden al general de la población. Esta situación refleja que, aunque hemos encontrado hallazgos dignos de descripción y comentario, la variable etaria en los datos de Ciudad de México no es del todo definitiva. A continuación, con el fin de continuar con la sección sociolingüística del empleo de estos marcadores en esta comunidad de habla, se presentan los resultados del factor nivel educativo de los sujetos de esta submuestra.

5.2.2.3. NIVEL EDUCATIVO

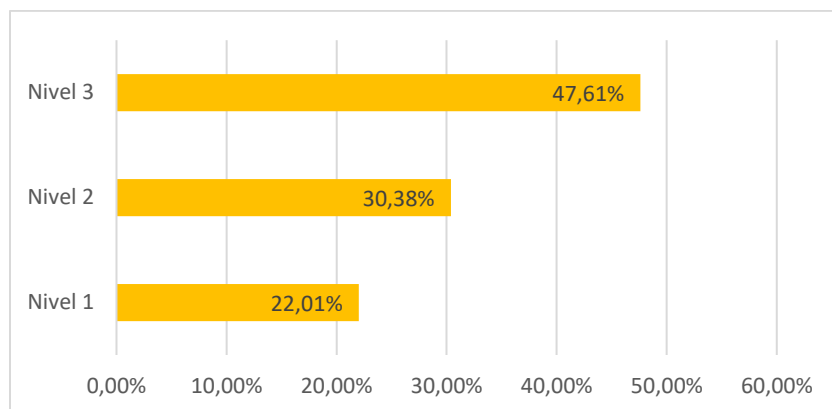
En la Tabla 23 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de los marcadores relevados en Ciudad de México, de acuerdo con la variable social nivel educativo de los sujetos de la muestra.

Tabla 23: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Ciudad de México según variable nivel educativo

Nivel de instrucción	Frecuencia	Porcentaje
Nivel 1	368	22,01%
Nivel 2	508	30,38%
Nivel 3	796	47,61%
Total	1672	100%

Como se aprecia en la Tabla 22, de un total de 1672 casos, los sujetos del nivel educativo más bajo, el nivel 1, obtienen un 22,01% (368 casos) del total mientras que los del nivel 2 un 30,38% (578 ocurrencias) y los del nivel más avanzado, el nivel 3, un 47,61% (796 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre los tres niveles educativos como lo expone el Gráfico 6, a continuación.

Gráfico 6: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según nivel educativo de los sujetos de la submuestra Ciudad de México



Como puede apreciarse en el Gráfico 6, en Ciudad de México el nivel educativo 3 utilizó un 47,61% los marcadores interrogativos de control de contacto, mientras que el nivel 2 un 30,38% y el nivel 3 un 22,01%. Por consiguiente, el factor nivel educativo presenta un comportamiento sistemático ligado al ascenso en el nivel educativo, esto es, mientras los sujetos tengan un mayor nivel educativo, el empleo de este tipo de partículas ascenderá en su frecuencia.

Por su parte, en la Tabla 24, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el nivel educativo de los sujetos.

Tabla 24: Frecuencia absoluta y porcentaje de cada marcador según nivel educativo de los sujetos de la submuestra de Ciudad de México

Marcador	Nivel educativo			Total
	1	2	3	
<i>¿no?</i>	235 (16,56%)	436 (30,73%)	748 (52,71%)	1419 (100%)
<i>¿eh?</i>	52 (40,95%)	34 (26,77%)	41 (32,28%)	127 (100%)
<i>¿verdad?</i>	81 (64,29%)	58 (30,16%)	7 (5,55%)	126 (100%)

Como se observa en esta tabla, el marcador *¿no?* es empleado por el nivel educativo 1 con un 16,56% del total de las ocurrencias, mientras que el nivel 2 lo usa con un 30,73% y el nivel educativo 3 con un 52,71% de los casos. Esta situación se alinea al comportamiento general de la correlación entre este tipo de partículas y el factor nivel educativo de los sujetos, esto es, *¿no?* es empleado con mayor fuerza por sujetos que tienen un mayor nivel educativo mientras que su uso disminuye en frecuencia conforme se baja a los niveles educativos 2 y

1. No obstante, ¿*eh?* y ¿*verdad?* presentan un comportamiento diferente pues ambas partículas se emplean con mayor fuerza en el nivel 1 (40, 95% y 64,29%, respectivamente) en comparación al nivel 3 (26, 77%) y 2 (32,28%), en el caso de ¿*eh?*, y al nivel 2 (30,16%) y 3 (5,55%), en el caso de ¿*verdad?* Este tipo de estratificación, como se viene comentando, refleja las preferencias sobre ciertas variantes de este tipo de partículas según grupos de la sociedad, en general, y según nivel educativo, en este caso particular.

Primero, sobre el empleo preferente de los marcadores interrogativos de control de contacto por parte de los grupos de instrucción más altos de la población y, en consecuencia, sobre el uso de ¿*no?*, el marcador con mayor frecuencia, por parte de estos mismos sectores sociales, se puede comentar lo siguiente. En primer lugar, como se viene sugiriendo, el comportamiento de este tipo de partículas implica una función fática básica de control de contacto y gestión de la atención de los interlocutores. En este sentido, aunque no sea del todo dispensable para la consecución efectiva de la comunicación entre hablantes, sí es cierto que estos son elementos que ayudan en los procesos de descodificación y entendimiento de los mensajes (sobre todo, en el plano oral-interactivo), ya que permiten, entre otras funciones, estructurar los enunciados, gestionar la atención del oyente y los turnos de habla. Entonces, teóricamente hablando es posible vincular este comportamiento con algunos aspectos del concepto de *competencia pragmática* (Kerbrat-Orecchioni, 1986).

De acuerdo con esta autora, la competencia pragmática se refiere a la adquisición y el desarrollo eficaz y adecuado de los principios generales de los intercambios verbales, comunes a diversos géneros (por ejemplo, el principio de cooperación)²¹. Entonces, desde este punto de vista puede aseverarse que un mayor empleo de marcadores interrogativos de control de contacto, debido a su comportamiento, implica un mayor desarrollo de la competencia pragmática. En otras palabras, los hablantes que manifiesta una alta presencia de este tipo de fórmulas de la comunicación motivan la consecución de interacciones de *estilo colaborativo* (Eckert y McConnell-Ginet, 2013) en todas las secuencias textuales trabajadas

²¹ Cabe destacar que la competencia pragmática está bajo el alero de la propuesta de competencia comunicativa, en general, y de la competencia discursiva, en específico, de D. Hymes (1971). La diferencia que plantea Kerbrat-Orecchioni (1986) es separar entre competencia discursiva y competencia pragmática ya que, según su planteamiento, la discursiva trata más bien del conocimiento de géneros discursivos concretos mientras que la pragmática se refiere a aspectos interaccionales. De este modo, dada la naturaleza pragmática de los marcadores del discurso estudiados en un nuestro estudio, hemos decidido seguir la perspectiva de Kerbrat-Orecchioni (1986).

(informativas, narrativas, argumentativas, etc.). Este tipo de estilo conversacional, sin duda, está más presente en ciertas personas de una comunidad que en otras, dentro de lo cual, la variable nivel educativo es uno de los factores que explica esta situación²². Este tipo de colaboración con el desarrollo de la comunicación puede entenderse ya sea como un principio de cooperación comunicativa (Cestero, 2003) o como una herramienta de cortesía verbal (Briz, 2010), en el sentido de acercamiento o aproximación al otro en busca de un equilibrio social. Entonces, si abordamos el subvalor comprobativo de los marcadores interrogativos de control de contacto en el que se apela a la opinión de los oyentes mediante este tipo de partículas permiten no presentar verdades absolutas en un plano argumentativo y fomentan la colaboración en la construcción discursiva de secuencias narrativas e informativas. De este modo, estos elementos pueden entenderse como herramientas que facilitan una ejecución más efectiva de la comunicación.

A este respecto, desde un punto de vista social, este tipo de competencia y estilo de conversación está más presente en hablantes de nivel educativo medio y alto que en el grupo bajo. Esto puede señalar a la escuela o educación formal como una de las instituciones que imparten, con mayor notoriedad y afán difusor, las distintas competencias comunicativas señaladas por D. Hymes (1971), en general, y la competencia pragmática a la que refiere Kerbrat-Orecchioni (1986), en específico. Así pues, el empleo general de los marcadores interrogativos de control de contacto y, sobre todo, el uso de *¿no?* (marcador que marca la tendencia de frecuencia sobre el total de los empleos), pueden asociarse tanto al *prestigio abierto* de la lengua como al *estándar lingüístico*, elementos comúnmente destacados y difundidos como principios implícitos o explícitos de enseñanza de las instituciones de la educación formal de metrópolis hispanohablantes como Ciudad de México. Sobre esto, cabe destacar que estas reflexiones pueden extenderse a la generalidad de la población puesto que están respaldadas por las dos pruebas estadísticas correspondientes, ya que la prueba paramétrica ANOVA arroja $F=4,011$ y $p=0,028$ y la prueba no paramétrica, Kruskal-Wallis muestra $\chi^2=9,069$ y $p=,011$ para el caso de *¿no?*

²² Más adelante en la exposición de los resultados de esta investigación, se explicará que la profesión de los hablantes es, tentativamente, otra variable social significativa ante la mayor frecuencia de este tipo de marcadores. De acuerdo con esto, existiría mayor presencia de estas partículas, según si es que la ocupación implica o no la presencia obligatoria o muy frecuente de lenguaje oral.

Segundo, de forma contrapuesta a lo anterior, el empleo de *¿verdad?*, un marcador de marcado empleo local de Ciudad de México, es realizado mayormente por parte de hablantes de nivel educativo bajo y desciende paulatinamente, a medida que el nivel educativo asciende (Nivel bajo: 64% aprox.; Nivel medio: 30% aprox.; Nivel alto: 5% aprox.). Este es un dato distribucional muy interesante puesto que refleja, en buena medida, la variación social que puede existir entre estas partículas, ya que *¿verdad?* y *¿no?*, como se revisó en el apartado pragmático, tienen un comportamiento similar referido al subvalor comprobativo (apelación a la opinión del oyente) y efecto atenuador. Así pues, para el caso de estas subfunciones, mientras los hablantes de grupos educativos bajos prefieren *¿verdad?*, de marcado uso local (aunque perfectamente entendible para el resto de las comunidades hispanohablantes, debido a su semántica poco opaca), los de grupos altos se inclinan por *¿no?*, de carácter más estándar y panhispánico. Ante esto, cabe destacar que la prueba no paramétrica de Kruskal-Wallis ha arrojado $\chi^2=8,170$ y $p=0,017$ para el caso de *¿verdad?*, según la variable nivel educativo, por lo que este tipo de aseveraciones se respaldan por esta prueba estadística.

Tercero, en cuanto a la distribución de *¿eh?*, según el nivel educativo de los entrevistados, aunque destaca el mayor empleo de hablantes del grupo educativo más bajo (40%, aprox.), esta preferencia se realiza con tibieza puesto que es poca la diferencia porcentual con respecto a los demás niveles (Nivel medio: 26,77 %; Nivel alto: 32%, 28). A este respecto, como revisábamos anteriormente, el subvalor que más se relaciona con esta partícula es el justificativo y el efecto de sentido intensificador. Entonces, esto puede explicar que los grupos educativos bajos de la población, debido al bajo índice de educación formal, tienden a un estilo menos colaborativo de la comunicación lo que significa menos presencia de apelación a la opinión del oyente y más refuerzo del propio mensaje del hablante, en contraposición del estilo colaborativo referido anteriormente, el que sería más difundido y aceptado por la comunidad, ya que se difunde formalmente por instituciones educativas. No obstante, dada la diferencia porcentual comentada recientemente, este tipo de conjeturas es poco razonable, pues hace falta un estudio más amplio que pueda verificar con mayor fuerza este asunto. En suma, estos resultados pueden sugerir que, para el caso de este marcador, el factor nivel educativo de los hablantes no es determinante lo que se refuerza mediante los resultados obtenidos por las pruebas estadísticas las que no arrojan significatividad estadística para el caso de esta partícula.

En resumen, hemos analizado y discutido las principales características de la distribución social de los marcadores interrogativos de control de contacto en la submuestra de Ciudad de México. A este respecto, como se viene sugiriendo, la partícula *¿no?* es la partícula más frecuente y su empleo es mayor en jóvenes varones de nivel educativo alto. Por su parte, *¿eh?* representa la segunda preferencia y es empleado con mayor notoriedad por hombres de la tercera edad y de nivel educativo bajo. Por último, *¿verdad?* es la tercera opción de los hablantes mexicanos para el caso de este tipo de marcadores y es utilizado con mayor intensidad por varones adultos (Grupo etario 2) de nivel educativo bajo. A continuación, en el afán de continuar con la presentación, análisis y discusión de los hallazgos desde un punto de vista sociolingüístico, nos referiremos a la comunidad de habla de Madrid.

5.2.3. LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO DE MADRID DESDE UN PUNTO DE VISTA SOCIOLINGÜÍSTICO

Los marcadores que respondieron a la función fática de control de contacto y que tienen forma interrogativa en la variedad de Madrid para efectos de esta sección, debían cumplir con el criterio de 25 ocurrencias en la submuestra, como se comentó en el apartado de la metodología. En específico, estas partículas son presentadas la tabla 25, a continuación.

Tabla 25: Frecuencia absoluta y porcentual de marcadores interrogativos de control de contacto en submuestra Madrid utilizados para análisis sociolingüístico

Marcador	Frecuencia	Porcentaje
<i>¿no?</i>	1190	77,58%
<i>¿eh?</i>	205	13,36%
<i>¿sabes?</i>	139	9,06%
Total	1534	100%

Como se observa en la Tabla 24, los marcadores que servirán para análisis sociolingüístico en esta variedad dialectal son: *¿no?*, *¿eh?* y *¿sabes?* en orden de frecuencia de uso. Al respecto, como se explica en la tabla 24, por una diferencia porcentual de más del 77%, la partícula *¿no?* representa la mayor preferencia para esta zona geográfica, mientras que *¿eh?* (13,36%) y *¿sabes?* (9,06%) le siguen con menos del 13% de las ocurrencias. Sobre la

distribución social de estos marcadores, a continuación, se explica la estratificación según sexo-género, edad y nivel educativo de los sujetos de la muestra.

5.2.3.1.SEXO-GÉNERO

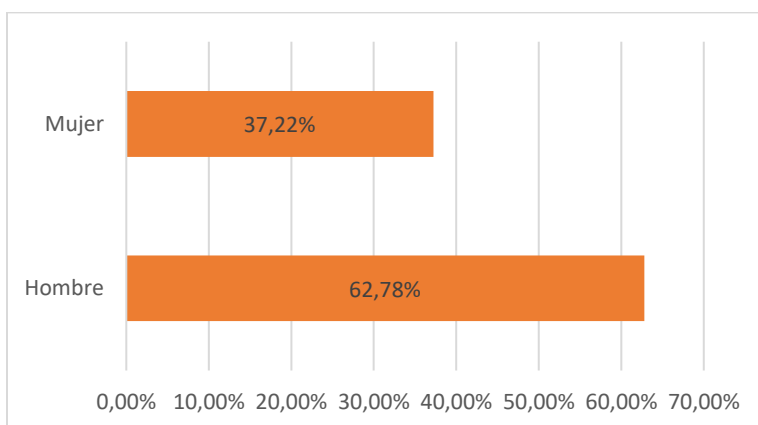
En la Tabla 25 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en Madrid, de acuerdo con la variable social sexo-género de los sujetos.

Tabla 25: Total del empleo de marcadores interrogativos de control de contacto según variable sexo-género en la submuestra Madrid

Sexo-género	Frecuencia	Porcentaje
Hombre	963	62,78%
Mujer	571	37,22%
Total	1534	100%

Como se aprecia en la Tabla 25, de un total de 1534 casos, los sujetos hombres obtienen un 62,78% (963 ocurrencias) del total mientras que las mujeres un 37,22% (571 casos). Por ende, estos marcadores se distribuyen entre hombres y mujeres como lo expone el Gráfico 1, a continuación.

Gráfico 7: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según sexo-género de los sujetos de la submuestra Madrid



Como se puede observar, en Madrid los hombres utilizaron un 62,78% los marcadores interrogativos de control de contacto, mientras que las mujeres un 37,22%, una distribución similar a la de Santiago de Chile. En consecuencia, los datos señalan una gran inclinación

hacia los hombres por sobre las mujeres en el uso de este tipo de partículas, de forma muy similar a como sucedía con Santiago de Chile. Por otro lado, en la tabla 26, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el sexo-género de los sujetos:

Tabla 26: Frecuencia absoluta y porcentaje de cada marcador según sexo-género de los sujetos de la submuestra Madrid

Marcador	Sexo-género		Total
	H	M	
<i>¿no?</i>	836 (70,25%)	354 (29,75%)	1190 (100%)
<i>¿eh?</i>	109 (53,17%)	96 (46,83%)	205 (100%)
<i>¿sabes?</i>	18 (12,95%)	121 (87,05%)	139 (100%)

Como puede apreciarse en la Tabla 26, tanto hombres como mujeres emplean de forma variada los marcadores interrogativos de control de contacto presentes en la muestra. La partícula *¿no?* es de uso preferentemente masculino con un 70,25% (836 casos) del total registrado mientras que las mujeres lo hacen en un 29,75% (354 ocurrencias), lo cual pareciera seguir y marcar la tendencia general de la correlación entre sexo-género y este tipo de partículas. No obstante, sobre todo en el caso de *¿sabes?*, existen diferencias. En particular, este marcador es de uso frecuente femenino con 87,05% (121 casos) del total mientras que *¿eh?* es más de uso masculino con una leve inclinación (alrededor de 3 puntos porcentuales).

Sobre el uso preferentemente masculino de este tipo de marcadores, como se comentó para el caso de *¿cachái?* en Santiago de Chile, este es un hallazgo que resulta interesante pues trae consigo posturas encontradas. Por una parte, estudios como Lakoff (1975) indican una mayor presencia de marcadores interrogativos de control de contacto en el habla femenina lo cual, como explica este trabajo, se debe o bien a que estos recursos de la lengua pueden entenderse como un índice de inseguridad lingüística en el sentido de abordar la subfunción atenuadora de estas partículas, o bien a que estos marcadores denotan mayor colaboración comunicativa por lo que las mujeres, por añadidura, son catalogadas como personas que cooperan o colaboran en mayor medida con el desarrollo y el flujo eficaz de la comunicación. Por el contrario, estudios recientes sobre la base de comunidades hispanohablantes como Santiago de Chile (cf. San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018, entre otros), Sevilla (cf.

Santana 2015, 2019), Alcalá de Henares (Cestero, 2003) y Madrid (Cestero, 2019), demuestran un empleo preferentemente masculino de este tipo de partículas.

A este respecto, entonces, es posible interpretar estas diferencias a través de la sociolingüística y la dialectología. Sobre lo primero, un enfoque sociolingüístico puede aportar a la discusión desde un análisis sociodemográfico más complejo en el cual se incluya la intersección entre esta y otras variables socioculturales (edad, nivel de instrucción, nivel socioeconómico, etc.). De este modo, es probable que la precisión y la rigurosidad de los resultados aumente y se pueda determinar con más certeza las diferencias de sexo-género en este ámbito. Por otro lado, desde un punto de vista dialectológico, como se viene comentando, así como las comunidades de habla tienen diferencias socioculturales y lingüísticas internas también evidencian estas discrepancias en su comparación con otras variedades del español. Entonces, siguiendo esta línea, pareciera ser algo normal que para el caso de ciertas comunidades el empleo de este tipo de marcadores interaccionales sea preferentemente masculino mientras que, en otras, femenino.

Sobre esto, Cestero (2019) siguiendo a Fuentes y Brenes (2014), comenta que el empleo preferentemente masculino de este tipo de partículas se debe a que “son recursos estratégicos que se utilizan como mecanismo intensificador, en relación con comportamiento estratégico de “autoimagen” (14). De esta forma, esta propiedad desecharía la alusión sobre los marcadores interrogativos de control de contacto como indicadores de inseguridad femenina, aseveración que, como comentábamos, es parte de la discusión. Sin embargo, aunque para efectos de nuestro estudio y sus resultados sí estamos de acuerdo con la postura sobre el empleo preferente de hombres sobre estos marcadores y que esto puede ser reflejo un marco sociocultural más amplio en el que el hombre, por su condición hegemónica, tiende más a ser quien gestiona la atención, creemos que no es del todo correcto asumir que esto ocurre a causa del comportamiento intensificador de estas partículas.

Más bien, lo que nuestros hallazgos sugieren es que estos marcadores poseen un carácter polifuncional, el cual, visto desde la perspectiva sociopragmática, hasta el momento ha permitido asociar con más fuerza el subvalor de reafirmación del propio discurso (función justificativa) y la subfunción de intensificación al grupo de sexo-género de los hombres. Sin embargo, esta no es la única (sub)función que cumplen estas partículas, sino que el espectro

de variantes de comportamiento es mayor, ya que, como hemos comentado, estos marcadores pueden cumplir roles desde el rol de la estructuración del discurso (término de intervención, cierre y mantención de turnos de habla) hasta el rol comprobativo en el que se apela a la opinión de los interlocutores. De acuerdo con esto, creemos que es más pertinente determinar qué marcadores se vinculan más nítidamente con qué subvalor, en específico, ya que los marcadores interrogativos de control de contacto no se comportan solo de una única manera.

En consecuencia, lo que sigue es analizar el comportamiento y la distribución de cada uno de los marcadores que respondieron a la forma interrogativa y a la función de gestión o marcación del control del contacto en Madrid. En primer lugar, como era de esperar, *¿no?*, la variante más frecuente, sigue y marca la tendencia del total de las muestras, esto es, preferencia de los hombres por sobre las mujeres. Al respecto, Albelda y Cestero (2012) muestran hallazgos similares sobre este marcador en el nivel de instrucción alto de Madrid. En su trabajo sobre mecanismos de atenuación, las autoras destacan el empleo atenuador de este marcador el cual, en sus palabras, es una fórmula fática que “intenta implicar al tú-oyente en lo dicho por el hablante” (33). De forma similar, también en nivel de escolaridad alto, pero en Sevilla, Santana (2015) obtiene resultados similares sobre la alta frecuencia de esta partícula. En este trabajo se destaca la función comprobativa de este marcador la cual se refiere a la búsqueda de la complicidad con el interlocutor. Según la autora, esta búsqueda de corroboración en el interlocutor puede interpretarse como un rasgo de inseguridad o como un intento de no imponer su punto de vista sobre el otro.

En segundo lugar, el marcador *¿eh?*, según nuestros datos es, por muy poca diferencia porcentual, mayoritariamente empleado por hombres. A este respecto, Santana (2015) para el caso del nivel de instrucción alto de Sevilla, señala que esta partícula es preferente en varones y representa la segunda mayoría de empleo. Sobre su comportamiento, como se viene comentando, *¿eh?* se relaciona de forma más notoria con la intensificación y la función justificativa (reafirmación del propio discurso). Entonces, a partir de aspectos como la cortesía verbal, al contrario de lo que sucede con *¿no?* el cual sirve como mecanismo para no imponer como verdad absoluta el propio mensaje, marcadores como *¿eh?* permiten la imposición de la autoimagen del hablante puesto que se produce un refuerzo argumentativo

del propio mensaje de los hablantes: es más importante el yo hablante y su mensaje que la negociación de acuerdo o complicidad con el interlocutor.

En tercer lugar, *¿sabes?* a diferencia de *¿no?* y *¿eh?* es más preferente en mujeres. Sobre esto, Molina (2005) señala que, aunque este es un marcador característico del barrio de Salamanca, lugar de residencia de grupos económicos altos de Madrid, según la autora, tiene amplia difusión en el resto de la población y puede analizarse más allá de dicho barrio. Esto explica que los estudios de Santana (2017, 2019) presenten este marcador como una partícula más preferida por los sociolectos bajos en Sevilla. Sobre su distribución social, según sexo-género, Molina (2005) y Santana (2015, 2017, 2019) destacan la preferencia del grupo femenino por esta partícula. Sobre su comportamiento pragmático, en estos trabajos se comenta el rol comprobativo de esta partícula, pues *¿sabes?* “apela al oyente para que colabore en la construcción del enunciado llamando la atención sobre las partes que considera importantes” (Molina, 2005: 1046). De esta forma, este marcador es reconocido por ser un mecanismo al servicio de la comprobación o ratificación del entendimiento de segmentos importantes de los enunciados del hablante. Entonces, el hecho de que este tipo de partículas sea más frecuente en mujeres que en hombres implica que el grupo femenino estaría más preocupado que el grupo masculino por la comprensión de sus enunciados. Por último, cabe destacar que tanto las pruebas paramétricas como las no paramétricas arrojan significatividad estadística para el caso de este marcador, ya que $F= 5,325$ y $p= 0,027$ (prueba paramétrica) mientras que $p= 0,016$ (prueba no paramétrica, U de Mann-Whitney). De esta forma, el empleo mayoritariamente femenino expresado por un patrón de estratificación lineal y continuo sobre este marcador tiene confirmación estadística por lo que es seguro generalizar al resto de la población las interpretaciones sobre este fenómeno.

Sin embargo, la comprobación del entendimiento de los enunciados también es una subfunción que está presente en otros marcadores, por ejemplo, en *¿no?*, empleado frecuentemente por hombres. En suma, más allá de discutir si es que los marcadores interrogativos de control de contacto como paradigma general son empleados por hombres o mujeres, estos hallazgos motivan una interpretación según cada variante y subfunción, esto es, algunas subfunciones más notorias y sus variantes son más empleadas por hombres y otras por mujeres. A partir de esto, también se puede argüir, según la sociolingüística feminista, la

existencia de estilos conversacionales más colaborativos y otros que lo serían en menor medida. Según Eckert y McConnell-Ginet (2013), habitualmente, la literatura especializada separa dos tipos de estilos de conversación, a saber, un estilo competitivo asociado a hombres y un estilo colaborativo para mujeres. No obstante, si se relacionan este tipo de marcadores con un estilo colaborativo, nuestros hallazgos indican que tanto hombres como mujeres pueden desarrollar este tipo de estilo de conversación a partir de diferentes marcadores.

5.2.3.2.EDAD

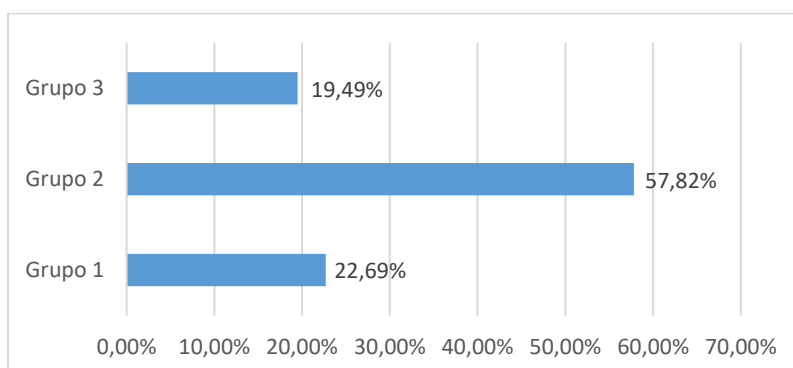
Sobre el factor etario, en la Tabla 27 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en la variedad madrileña, de acuerdo con la variable social edad de los sujetos.

Tabla 27: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Madrid según variable edad

Edad	Frecuencia	Porcentaje
Grupo 1	348	22,69%
Grupo 2	887	57,82%
Grupo 3	299	19,49%
Total	1534	100%

Como se observa, de un total de 1534 casos, los sujetos del grupo etario más joven obtienen un 22,69% (348 casos) del total mientras que los del grupo 2 un 57,82% (887 ocurrencias) y los del grupo de mayor edad, un 19,49% (299 casos). Entonces, estas partículas se distribuyen entre los tres grupos etarios como lo expone el Gráfico 8, a continuación.

Gráfico 8: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Madrid



Como se puede observar en este gráfico, en Madrid el grupo etario 1 utilizó un 22,69% los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que el grupo 2 un 57,82% y el grupo etario 3 un 19,49%. Por consiguiente, los datos muestran una gran inclinación hacia el grupo etario intermedio, primero, sobre sujetos de la tercera edad y, segundo, sobre el grupo etario 1, es decir, los sujetos más jóvenes.

Por otro lado, en la Tabla 28, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, en relación con la edad de los sujetos.

Tabla 28: Frecuencia absoluta y porcentual de cada marcador según la edad de los sujetos de la submuestra de Madrid

Marcador	Edad			Total
	1	2	3	
<i>¿no?</i>	250 (21,01%)	774 (65,04%)	166 (13,95%)	1190 (100%)
<i>¿eh?</i>	20 (9,76%)	85 (41,78%)	100 (48,78%)	205 (100%)
<i>¿sabes?</i>	78 (56,12%)	28 (20,14%)	33 (23,74%)	139 (100%)

Como se aprecia en esta tabla, el marcador *¿no?* es empleado por el grupo intermedio (grupo 2) con un 65,04% del total de las ocurrencias mientras que el grupo 1 lo utiliza con un 21,01% y el grupo etario 3, de mayor edad, con un 13,95%. Sin embargo, las demás partículas presentan un comportamiento diferente pues *¿eh?* se vincula más notoriamente con el grupo 3 (48,78%; 100 casos) y *¿sabes?* con el grupo 1 (56,12%; 78 ocurrencias). Esta situación dispar, como se viene comentando, señala la preferencia de ciertos marcadores por sobre otros dependiendo de la edad de los sujetos de la muestra.

Al respecto, sobre la preferencia mayoritaria de este tipo de partículas por parte del grupo etario intermedio y el patrón de estratificación curvilíneo que esto significa, puede señalarse lo siguiente. Según Moreno Fernández (2009), este tipo de patrón de estratificación en el que los niveles intermedios muestran frecuencias más altas que los niveles extremos formando una «u» invertida, es característico de fases iniciales de un cambio lingüístico. Esto puede reflejar que la presencia de *¿no?*, partícula que marca la pauta de la distribución social general sobre esta variable, es aún incipiente y no está generalizada a gran parte de la población. Por consiguiente, este tipo de hallazgo confirma los resultados obtenidos por estudios sincrónicos como Valencia y Viguera (2015), a saber, aunque este marcador es muy frecuente en la

actualidad, esta preponderancia no se ha sostenido en el tiempo, sino que, más bien, es reciente. Por otro lado, algunos trabajos recientes en PRESEEA-MADRID (barrio de Vallecas) indican una situación similar. Sobre esto, según algunas autoras (cf. Molina, 2005, 2017; Cestero, 2019) los barrios de Salamanca (muestra de nuestro trabajo) y Vallecas se diferencian por ser de clase media alta y clase media baja y baja, respectivamente. Sin embargo, los resultados de los estudios que abordan el barrio de Vallecas, esto es, Molina (2017) y Cestero (2019), al igual que nuestros hallazgos, también relevan el grupo etario intermedio como el más predominante en el uso de los marcadores interrogativos de control de contacto. Esto puede reforzar la idea de que estos marcadores son empleados por adultos (grupo etario 2) sin importar mucho otros factores sociodemográficos como, por ejemplo, la clase o nivel socioeconómico de los hablantes.

Asimismo, la caracterización sociodemográfica del grupo etario intermedio está referida, entre otras cosas, al ámbito laboral. A este respecto, de forma especulativa, puede aseverarse que este grupo etario puede manifestar una mayor predisposición, por un lado, a usar formas más aceptadas o estándar como *¿no?* y, por ende, por otro lado, a desarrollar un estilo comunicativo colaborativo. De esta forma, es posible que en esta etapa vital se tienda a emplear con mayor fuerza este tipo de marcadores puesto que los hablantes transcurren por un momento de plenitud y vigencia laboral en su que la imagen positiva pública (Goffman, 1959) está mayormente en juego, lo cual es indicio de una mayor tendencia hacia este tipo de fórmulas de cortesía verbal en la que existe preocupación de que el oyente comprenda y tome atención sobre los contenidos enunciativos. De igual forma, la presencia abundante de estos marcadores puede analizarse como un mecanismo de inseguridad lingüística o hipercorrección. En este sentido, este tipo de partículas pueden servir como herramientas para proteger la antes señalada imagen propia de los hablantes, la cual, como mencionábamos, está en mayor riesgo, debido a la alta exposición en la escena pública a causa de la plenitud laboral. No obstante, es preciso comentar que estos resultados pueden analizarse de forma entrecruzada con las profesiones de los hablantes, puesto que, aunque como señala la literatura especializada, el grupo etario intermedio se caracteriza por la alta implicación laboral, las distintas profesiones u ocupaciones de los individuos tienen una relación distinta con el lenguaje, a saber, algunas lo emplean en mayor medida y otras en menor forma, lo cual implica un alza o baja de la ocurrencia de este tipo de marcadores según

la profesión de los hablantes. Este y otros pormenores sobre la imbricación entre profesión y marcadores interrogativos de control de contacto en nuestra muestra serán analizados de forma pormenorizadas más adelante.

Por el contrario, la partícula *¿eh?* es más empleada por sujetos de la tercera edad lo cual está apoyado tanto por las pruebas paramétricas como no paramétricas ya que $F= 5,662$ y $p=0,008$ (prueba paramétrica) mientras que $\chi^2= 13,775$ y $p= 0,001$ (Kruskall Wallis, prueba no paramétrica). Esta diferencia en la distribución según edad entre *¿eh?* y *¿no?* ha sido comentada en secciones anteriores de nuestro trabajo a partir del contraste entre las funciones justificativa (el marcador se incluye para reafirmar el propio discurso) y comprobativa (la partícula se incluye para apelar al oyente). Sobre esto, al parecer las personas de la tercera edad, debido a que ya han vivido lo suficiente y están en una etapa en la que cuentan con el aval de la experiencia, emplean en menor medida marcadores como *¿no?* que se vinculan de forma más notoria en nuestro corpus con la función comprobativa, es decir, con la apelación o petición de corroboración del oyente.

Por ende, ha sido común tanto en Madrid como en Ciudad de México y Santiago de Chile (tomando en cuenta el marcador *¿ah?* como una variante santiaguina de *¿eh?* puesto que comparten un comportamiento y forma morfosintáctica muy similar) que el grupo etario de mayor edad en la muestra se vincule con partículas como *¿eh?* que sirven para reafirmar el propio discurso (a veces, con modalidad intensificada incluida) y no tanto para apelar a la comprensión del oyente; un funcionamiento que puede indicar cortesía verbal positiva. Por otro lado, cabe destacar que de la mano de estudios como los de Véliz (2004), basado en sociolingüística cognitiva, se ha comprobado un mayor deterioro cognitivo que pueden poseer los hablantes de la tercera edad acerca de la presencia de ciertas estructuras sintácticas. Es decir, estas personas pueden presentar deterioro en el procesamiento de estructuras sintácticas complejas debido a su edad. Entonces, es posible que este rasgo también se extienda a los marcadores estudiados en nuestro trabajo, esto es, que los hablantes de mayor edad empleen en menor medida los marcadores interrogativos de control de contacto debido a una condición cognitiva propia de su edad. No obstante, como estas partículas son de carácter discursivo y cumplen funciones extraoracionales, estas consideraciones son solo especulaciones que podrían ser verificadas a través de un estudio posterior.

Por último, *¿sabes?* representa la tercera mayoría en las preferencias y es más empleado por jóvenes (grupo etario 1). Según Moreno Fernández (2009), el patrón de estratificación que los datos de este marcador muestran se refiere a un patrón discontinuo o abrupto en el cual se produce un salto cuantitativo importante que implica una mayor distancia entre los niveles formando una línea descendente discontinua (Grupo etario 1: 56,12%; Grupo etario 2: 20,14%; Grupo etario 3: 23,74%). Es decir, mientras que en el grupo más joven de la muestra *¿sabes?* se emplea con marcada mayor frecuencia, en los grupos de mayor edad (2 y 3) se produce cierta estabilidad de uso: el salto cuantitativo se produce en el paso de la edad más joven a la edad intermedia. Sobre esto, como se comentó en el apartado sobre el comportamiento pragmático general de este marcador, *¿sabes?* es empleado por los hablantes, principalmente, como una herramienta para apelar al oyente y corroborar la comprensión del entendimiento en secuencias informativas o de narración de experiencia personal. Por lo tanto, esto puede ser una señal que indique que los jóvenes tienden con mayor notoriedad (al menos por medio de este marcador) a un estilo colaborativo en el cual se pretende implicar y llamar la atención del oyente con fines comunicativos de colaboración con la conversación.

No obstante, Molina (2005) señala que en el barrio de Salamanca de Madrid esta partícula puede analizarse como un indicador de identidad de los jóvenes de clase media alta. En este sentido, la autora comenta que, aunque la presencia de este marcador cada vez es más generalizada a todos los niveles sociales, *¿sabes?*, en Madrid, estaría motivado, en primer término, por aquellos hablantes de posición socioeconómica más elevada en la ciudad. Asimismo, la autora agrega que, a raíz de esta caracterización social, el marcador posee una carga negativa en cuanto a las actitudes lingüísticas de los hablantes de esta comunidad. Es decir, según Molina (2005), los madrileños tienen actitudes lingüísticas negativas hacia esta partícula debido a las personas que comúnmente la emplean: los *pijos*, un término coloquial y despectivo que se refiere a las personas de nivel socioeconómico alto de esta zona. En palabras de la autora, sobre esta valoración negativa, los hablantes de ese estudio consideran que “parece una falta de respeto [el empleo recurrente de *¿sabes?*] porque parece que el oyente es tonto e incapaz de entender las frases más simples, por eso siempre el hablante tiene que comprobar si sigue la conversación” (1049). En suma, la inclusión del factor socioeconómico es un ámbito interesante por explorar en un estudio posterior al nuestro. Esto

refleja un aporte a la discusión, ya que es muestra del complejo entramado de variables sociales que están implicadas en el análisis de la distribución social de este y otros marcadores interrogativos de control de contacto. A continuación, para continuar con la presentación y discusión de los datos sociolingüísticos de nuestro estudio, se presentan los hallazgos sobre la variable nivel educativo de los hablantes madrileños.

5.2.3.3. NIVEL EDUCATIVO

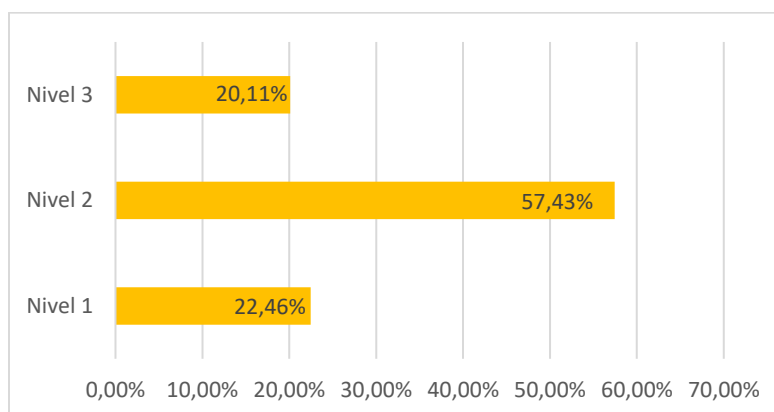
En cuanto al nivel educativo, en la Tabla 29 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en Madrid, de acuerdo con la variable social nivel educativo de los sujetos de la muestra.

Tabla 29: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Madrid según variable nivel educativo

Nivel educativo	Frecuencia	Porcentaje
Nivel 1	257	22,46%
Nivel 2	920	57,43%
Nivel 3	357	20,11%
Total	1534	100%

Como se aprecia, de un total de 1534 casos, los sujetos del nivel educativo más bajo obtienen un 22,46% (257 casos) del total mientras que los del nivel 2 un 57,43% (920 ocurrencias) y los del nivel más avanzado, el nivel 3, un 20,11% (357 casos). Por lo tanto, estos marcadores se distribuyen entre los tres niveles educativos como lo expone el Gráfico 9, a continuación.

Gráfico 9: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Madrid



Como puede apreciarse en el Gráfico 9, en Madrid el nivel educativo 2 empleó un 57,43% de veces los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que el nivel 1 un 22,46% y el nivel 3 un 20,11%. Por consiguiente, los datos señalan, primero, una gran inclinación hacia el nivel educativo intermedio, primero, sobre el nivel educativo 1 y, segundo, sobre el nivel 3.

Por su parte, en la Tabla 30, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el nivel educativo de los sujetos.

Tabla 30: Frecuencia absoluta y porcentual de cada marcador según nivel educativo de los sujetos de la submuestra de Madrid

Marcador	Nivel educativo			Total
	1	2	3	
<i>¿no?</i>	152 (12,77%)	774 (65,04%)	264 (22,19%)	1190 (100%)
<i>¿eh?</i>	69 (33,66%)	74 (36,10%)	62 (30,24%)	205 (100%)
<i>¿sabes?</i>	36 (25,90%)	72 (51,80%)	31 (22,30%)	139 (100%)

Como se aprecia en esta tabla, el marcador *¿no?* es empleado más frecuentemente por el nivel educativo intermedio (nivel 2) con un 65,04% de los usos seguido del nivel 3 con un 22,19% y del nivel educativo 1 con un 12,77%. En consecuencia, esta partícula representa la tendencia general, como ha pasado en el análisis del resto de las variables. Por su parte, pareciera ser que el marcador *¿eh?* tiene un uso extendido a todos los niveles pues la diferencia entre el nivel educativo que presenta la primera mayoría, el nivel 2 y el nivel que presenta la última (nivel 3), no hay más de 3 puntos porcentuales, por lo que, en los tres niveles, los porcentajes bordean entre un 30 y un 35% de frecuencia de uso. Por último, *¿sabes?* sigue la tónica de la tendencia general y presenta mayor frecuencia en el nivel 2 (51,80%; 72 casos) a lo que le sigue el nivel 1 con un 25,90% y el nivel 3 con un 22,30% de los usos.

Sobre el empleo preferente por parte del nivel educativo intermedio y el patrón de estratificación curvilíneo que muestran los datos, se puede comentar lo siguiente. Como se viene sugiriendo, los hallazgos de *¿no?* marcan la tendencia porcentual al ser la partícula que ostenta mayor presencia entre las variantes. Por ende, la distribución social según esta variable es muy similar a la de la variable etaria. Sobre esto, como señala Moreno Fernández

(2009), este tipo de patrón de estratificación en el que el nivel intermedio muestra frecuencias más altas que los niveles extremos formando una «u» invertida, se caracteriza por representar fases iniciales de un cambio lingüístico. Esto puede reflejar que la presencia de *¿no?* y de *¿sabes?*, marcadores que sigan este patrón, es aún incipiente y no está generalizada a gran parte de la población desde el punto de vista, primero, de la variable nivel de escolaridad y, segundo, de la edad de los sujetos de la muestra, como se sugirió en el apartado anterior.

Este tipo de resultados permite matizar aquellos hallazgos en que el marcador *¿no?* se presenta con mayor intensidad en el grupo o nivel alto de escolaridad, como, por ejemplo, en Cestero (2019) y en nuestro estudio para el caso de Ciudad de México. No obstante, esto indica que en la mayoría de las comunidades hispanohablantes los marcadores interrogativos de control de contacto, en general, y *¿no?*, en particular, se vinculan o bien con el nivel educativo intermedio o bien con el alto. Esto posiblemente puede indicar que el uso de estas partículas puede considerarse parte de la norma y el estándar de lengua, el cual, como se viene sugiriendo, es impartido de forma canónica y oficial por la institución escolar, por ende, su alta frecuencia en niveles medios y altos de escolaridad no es un resultado inesperado teniendo en cuenta este tipo de datos.

De este modo, la interpretación que creemos más certera para este resultado puede referirse a la hipercorrección propia de los grupos intermedios o de grupos que están inmediatamente antes que el grupo más alto o de mayor prestigio sociolingüístico abierto: el nivel alto de escolaridad. Sobre esto, Labov (1983), precisamente, señala que los grupos extremos de una escala distribucional tienden a tener un comportamiento semejante. Por ende, la clase o categoría más interesante es el grupo inmediatamente anterior al alto, en este caso, el nivel educativo intermedio. De este modo, a nuestro juicio, como el grupo más alto tiende a poseer una valoración sociolingüística privilegiada en comparación al resto, el nivel intermedio en un sentido interpretativo de hipercorrección lingüística es más propenso a sobre imitar las formas del grupo que ostenta mayor prestigio. Es por esto por lo que creemos que ocurre una alta frecuencia en el nivel educativo intermedio de este tipo de partículas, en especial de *¿no?* y *¿sabes?* ya que en el caso de *¿eh?*, pareciera ser que esta variable social no influye en su empleo, es decir, la escasa distancia porcentual entre los 3 grupos de la escala indica que o bien existen otros factores más importantes para el caso de este marcador o bien el tamaño

de la muestra o las características de nuestro estudio no son suficientes como para mostrar diferencias.

En cuanto a la diferencia de estos resultados con estudios anteriores, es posible abordar tres caminos de trabajos que abordan esta problemática desde la sociolingüística: Molina (2005, 2017), Santana (2017, 2019) y Cestero (2019). En primer lugar, sobre *¿sabes?* los trabajos de Molina (2005, 2017) indican algunas consideraciones. Según el estudio de Molina (2005) basado en muestras de hablantes del distrito de Salamanca de Madrid, esta partícula es más propia de las mujeres jóvenes y adultas (grupo etario 1 y 2, respectivamente) que son parte del nivel de instrucción medio. Este resultado coincide con el nuestro y es probable que se deba a la caracterización social y de nivel educativo general del barrio de Salamanca de Madrid (tomando en cuenta que nuestro estudio trabaja con el mismo distrito). En segundo lugar, sobre el mismo marcador, Molina (2017), en el distrito de Vallecas de Madrid, la autora se refiere a una “doble difusión” en la estructura social de *¿sabes?* en este barrio. Esto significa que este marcador es empleado preferentemente de acuerdo con dos perspectivas que se presentan como “líderes” masculinos y femeninos: hombres jóvenes con instrucción primaria y mujeres jóvenes con nivel educativo superior. Al respecto, resultados similares obtiene Cestero (2019) en el mismo distrito madrileño, Vallecas. En particular, sobre *¿no?* y *¿eh?* esta autora señala que *¿no?* es fuertemente empleado por el nivel educativo más alto mientras que *¿eh?* por el nivel de escolaridad medio. Por su parte, Santana (2017) releva a todos los marcadores interrogativos de control de contacto como parte del nivel educativo alto, ya que en su estudio esta es una variable estable o controlada.

Por otro lado, Santana (2019) en un estudio sobre PRESEEA-SEVILLA, indica que *¿no?* es más frecuente en el nivel de instrucción más alto y que *¿sabes?* es más empleado por el nivel de escolaridad más bajo. Sobre estos últimos resultados cabe precisar que en Santana (2019) las categorías de nivel educativo que se manejan son 2: bajo y alto. Entonces, sobre la base de estos trabajos más los hallazgos revelados por nuestro estudio, pueden considerarse tres cosas importantes, hasta el momento: i) se refuerza la idea de que *¿no?* es impulsado y más empleado por personas de niveles educativos medios y altos, al menos en el caso de comunidades como Santiago de Chile, Ciudad de México, Madrid y Sevilla, como hemos señalado; ii) al parecer la distribución social según nivel educativo de *¿sabes?* no está del

todo conclusa; aun así nuestro estudio indica que es mayormente empleado por hablantes de nivel medio de escolaridad; iii) es clara la necesidad de un estudio que integre tanto el distrito de Vallecas como el de Salamanca para el caso de la comunidad de Madrid. Una investigación de este tipo podría tomar tanto nuestros aportes (basados en el distrito de Salamanca) como los de estudios anteriores, con el fin de contribuir a partir de la inclusión del factor socioeconómico, lo cual pareciera ser un punto importante para el estudio sociolingüístico de este tipo de partículas en Madrid. Por último, cabe destacar que las pruebas estadísticas arrojaron significatividad para *¿no?*, ya que $F=4,152$ y $p= 0,025$. Este resultado fue arrojado solamente por la prueba paramétrica y no por la no paramétrica.

En suma, hemos revisado los diferentes datos sobre la distribución sociolingüística de los marcadores interrogativos de control de contacto en Madrid. A este respecto, tal como sucede en Ciudad de México, *¿no?* representa la mayor frecuencia y es, por lo tanto, el marcador que marca las principales tendencias de distribución social en esta comunidad. En particular, sobre las distintas variables analizadas, pareciera ser que para Madrid el sexo-género y la edad poseen mayor preponderancia, ya que en el caso del factor nivel educativo las tres variantes estudiadas muestran una distribución referida al nivel de escolaridad medio. Sobre el mapeo general de estas variables en esta comunidad de habla, destaca el empleo de varones adultos de nivel de escolaridad medio para el caso de *¿no?*, la preponderancia de *¿eh?* en hombres de la tercera edad y de nivel educativo medio (aunque este último rasgo es ejercido por muy poca diferencia porcentual) y la preferencia de *¿sabes?* en mujeres jóvenes de nivel educativo medio. Por consiguiente, para continuar con nuestro análisis sociolingüístico, a continuación, se discuten los principales resultados del empleo de este tipo de partículas en la comunidad de habla de Málaga.

5.2.4. LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO DE MÁLAGA DESDE UN PUNTO DE VISTA SOCIOLINGÜÍSTICO

Los marcadores que respondieron a la función fática de control de contacto y que tienen forma interrogativa en la variedad de Málaga para análisis sociolingüístico, corresponden al criterio de las 25 ocurrencias mínimas, como se comentó en el apartado de la metodología. En específico, estas partículas son presentadas en la Tabla 31, a continuación:

Tabla 31: Frecuencia absoluta y porcentual marcadores interrogativos de control de contacto en submuestra Málaga utilizados para análisis sociolingüístico

Marcador	Frecuencia	Porcentaje
<i>¿no?</i>	639	76,44%
<i>¿eh?</i>	108	12,92%
<i>¿sabes?</i>	45	5,38%
<i>¿comprendes?</i>	44	5,26%
Total	836	100%

Como se observa en esta tabla los marcadores que servirán para análisis sociolingüístico en esta variedad dialectal son: *¿no?*, *¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?*, en orden de frecuencia de uso. Al respecto, de forma similar como sucedió con Ciudad de México y Madrid, como se explica en la tabla 29, por una diferencia porcentual de más del 76%, el marcador *¿no?* representa la mayor preferencia para esta zona geográfica mientras que *¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?* le siguen con menos del 12% de las ocurrencias. Sobre la distribución social de estos marcadores, a continuación, se explica la estratificación según sexo-género, edad y nivel educativo de los sujetos de la muestra.

5.2.4.1.SEXO-GÉNERO

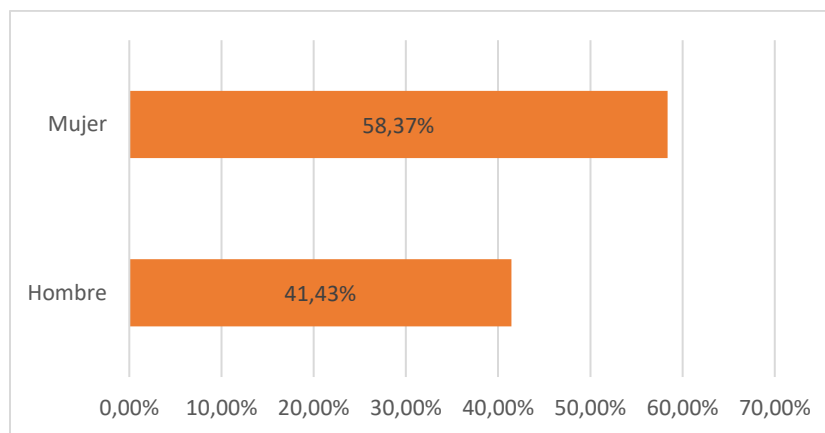
En la Tabla 32 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en Málaga, de acuerdo con el sexo-género de los sujetos.

Tabla 32: Total del empleo de marcadores interrogativos de control de contacto según variable sexo-género en la submuestra Málaga

Sexo-género	Frecuencia	Porcentaje
Hombre	348	41,43%
Mujer	488	58,37%
Total	836	100%

Como se aprecia en la Tabla 32, de un total de 836 casos, los sujetos hombres obtienen un 41,43% (348 ocurrencias) del total mientras que las mujeres un 58,37% (317 casos). De esta manera, estos marcadores se distribuyen entre hombres y mujeres como lo expone el Gráfico 1, a continuación.

Gráfico 10: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según sexo-género de los sujetos de la submuestra Málaga



Como se puede observar, en Málaga las mujeres utilizaron un 58,37% de veces los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que los hombres un 41,43%. Por consiguiente, los datos muestran una leve inclinación hacia las mujeres por sobre los hombres en el uso de este tipo de partículas, situación particular pues en las variedades geográficas consideradas en nuestro estudio se registró lo contrario, esto es, inclinación con más o menos fuerza del grupo masculino.

Por su parte, en la Tabla 33, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el sexo-género de los sujetos:

Tabla 33: Frecuencia absoluta y porcentual de cada marcador según sexo-género de los sujetos de la submuestra Málaga

Marcador	Sexo-género		Total
	H	M	
<i>¿no?</i>	256 (40,06%)	383 (59,94%)	639 (100%)
<i>¿eh?</i>	62 (57,41%)	46 (42,59%)	108 (100%)
<i>¿sabes?</i>	17 (37,78%)	28 (62,22%)	45 (100%)
<i>¿comprendes?</i>	13 (29,55%)	31 (70,45%)	44 (100%)

Como puede apreciarse en la Tabla 33, tanto hombres como mujeres emplean de forma variada los marcadores interrogativos de control de contacto relevados. Al respecto, pareciera ser que *¿no?* representa la tendencia general de frecuencia de uso de este tipo de partículas pues sus porcentajes se asemejan al del total de los casos (*¿no?*: Hombres: 40,06%; Mujeres: 59,94%, mientras que el total: Hombres: 41,43%; Mujeres: 58,37%), lo cual, por supuesto, se explica por su alta frecuencia de uso. Además, cabe destacar la preferencia del grupo femenino por las variantes *¿sabes?* (62,22%; 28 casos) y *¿comprendes?* (29,55%; 12 ocurrencias) y la del grupo masculino por *¿eh?* (57,41%; 62 casos).

Sobre el empleo preferentemente femenino de este tipo de partículas creemos que este es un hallazgo distintivo en nuestra muestra, puesto que Málaga es la única comunidad de habla (entre cuatro posibles) que arroja este tipo de dato. Asimismo, de nuestra consideración, es probable que este tipo de resultados se vea influenciado por el mayor empleo de mujeres con respecto a *¿no?*, partícula que marca la tendencia general y cuyo comportamiento también indica la preferencia femenina sobre este marcador. Este último hallazgo también fue registrado para el caso de Santiago de Chile, sin embargo, en esta comunidad el uso de *¿no?* es obsolecente por lo que su frecuencia de empleo es mucho más baja que en Málaga, variedad geográfica donde este marcador ostenta la mayoría de uso (en Santiago de Chile obtiene alrededor de un 4%, mientras que en Málaga un 76%, aproximadamente).

A este respecto, uno de los estudios que defiende que los marcadores interrogativos de control de contacto son más empleados por mujeres que por hombres es Lakoff (1975). Según la autora, este tipo de recursos de una lengua proporcionan al hablante una forma de evitar el compromiso y el conflicto con su interlocutor (esta propiedad explica que la literatura especializada generalmente relacione estos marcadores con la cortesía verbal). Sobre esto, Lakoff (1975) señala que:

el problema es que, comportándose así, el hablante puede también dar la impresión de no estar realmente seguro de sí mismo, de buscar la confirmación del interlocutor, de no tener incluso opiniones propias. Esta última crítica es una que se hace con frecuencia a la mujer. Hay que preguntarse en qué medida refleja un uso de la lengua que le ha sido impuesta a la mujer desde sus primeros años (35).

En consecuencia, al emplear estas partículas las mujeres (y los hablantes en general) pueden dar la impresión de no estar realmente seguras de sí mismas (*inseguridad lingüística*) puesto que sus argumentos comúnmente tienen la posibilidad de tener otra opción como cierta o posible. Este es el efecto atenuador que hemos comentado anteriormente, el cual es parte de uno de los subvalores registrados en nuestro muestreo ya sea para el comportamiento de una partícula específica o a intervenciones en las que el empleo de estas formas es alto²³. Entonces, en comunidades como Málaga y, sobre todo, en el caso de *¿no?* y *¿sabes?* (ambos de empleo mayoritariamente femenino), marcadores que se vinculan con nitidez con la función comprobativa de petición de confirmación en esta variedad geográfica, es probable que esté funcionando un patrón de comportamiento sociocultural referido a la diferencia entre hombres y mujeres.

Al respecto, ya que, como indica García Marcos (2015), “el factor sexo está muy determinado por las coordenadas sociohistóricas e ideológicas entre las que se desenvuelva cada comunidad de habla” (125), en estos casos es correcto preguntarse en qué medida estos comportamientos sociolingüísticos han sido impuestos (o no) a la mujer. En este sentido, es factible revisar otras capas de nivel de análisis que puedan interpretar esta situación. Desde el punto de vista del estudio feminista de disciplinas como la Historia, Rivera (1994) comenta que pareciera ser que la mujer, desde su estatus social diferente al del hombre en el sistema sociopolítico de este tipo de comunidades, expresan o marcan mayormente una inseguridad discursiva que releva una situación de dominación del hombre por sobre la mujer (*orden patriarcal*). Es decir, según la autora, no solo aspectos como el lenguaje y la manera de hablar de las mujeres reflejan una relación subordinada con respecto a los hombres, sino que se trata de una situación estructural, de configuración social sistemática. Por consiguiente, según esta perspectiva, debido a que los hombres históricamente han gestionado y producido el conocimiento (sus argumentos y certezas), estos pueden mostrar mayor seguridad al hablar

²³ Como señalan Sandoval y San Martín (2020), en este último caso, los marcadores de atenuación funcionan “en bloque”, esto es, provocan que el turno de habla en su conjunto tenga un efecto de mitigación discursiva.

que las mujeres. De esta manera, esta situación también puede asociarse al concepto de imagen pública positiva (Goffman, 1959) que hemos comentado anteriormente, ya que, por medio de la producción de este tipo de marcadores con sentido comprobativo y efecto atenuador, bajo estas características socioculturales, es normal creer que las mujeres tiendan a proteger más su propia imagen debido a su condición subordinada en escenarios públicos como lo es una conversación o entrevista semiestructurada.

Por su parte, sobre el empleo preferentemente masculino de *¿eh?* y *¿comprendes?*, puede señalarse lo siguiente. Primero, sobre la preferencia de hombres por *¿eh?*, este es un tipo de dato que ha sido común en todas las comunidades de habla estudiadas en nuestro trabajo. Ante esto, cabe recordar nuestra postura al respecto. Esta es una partícula que, en nuestra muestra y en los resultados de varios estudios anteriormente comentados, se vincula de manera nítida con la subfunción justificativa (reafirmar el propio mensaje) la cual puede ir acompañada de un efecto intensificador que la refuerce. Entonces, como se viene sugiriendo, a partir de este funcionamiento, *¿eh?* sirve a los hablantes para reforzar y justificar el propio contenido enunciativo, el que puede referirse a partes de una información, narración u opinión. La interpretación sociolingüística de este hallazgo está de la mano de la mirada feminista de la Historia que comentamos anteriormente. Es decir, como los hombres están en una posición u estatus social más alto o distinto al de la mujer, es posible que tiendan más a reafirmar su propia postura o a marcar con mayor intensidad los puntos de su mensaje por medio de este tipo de partículas.

Por su parte, el empleo masculino de *¿comprendes?* un marcador fuertemente relacionado con la petición de confirmación del entendimiento del contenido enunciativo, Santana (2017) obtiene resultados similares. En su trabajo, la autora registra que esta es una partícula de considerable baja frecuencia y que también es mayormente empleada por hombres. No obstante, creemos que este tipo de marcadores de “percepción intelectual” como *¿entiendes?* o *¿comprendes?* pueden verse de manera más nítida en un estudio que favorezca, mayormente, su ocurrencia puesto que su frecuencia en nuestro corpus, en general, es baja. No obstante, una interpretación probable de estos datos es que, para el caso de la misma subfunción, es decir, la constatación del entendimiento de lo dicho, sean otros marcadores los que estén siendo empleados con mayor fuerza por sobre *¿comprendes?* En este sentido,

puede ser que el alto uso de *¿no?*, marcador que también registra este tipo de subvalor en nuestra muestra, motive la baja frecuencia de *¿comprendes?* ya que, en suma, esta última partícula puede ser una variante masculina de *¿no?* que es más empleado por mujeres.

Finalmente, sobre la aplicación de las pruebas estadísticas en esta sección, las pruebas paramétricas y no paramétricas, en su conjunto, no han arrojado significatividad estadística en este caso. Sin embargo, para el caso de *¿no?*, *¿eh?* y *¿comprendes?*, como también se comentará más adelante, la intersección entre la variable sexo-género, edad y nivel socioeconómico sí indicó significatividad estadística puesto que $F=3,249$ y $p=0,036$ para *¿no?*, $F=4,535$ y $p=0,010$ para *¿eh?*, mientras que $F=3,403$ y $p=0,031$ para *¿comprendes?* Por su parte, también en el contexto de la intersección entre variables, pero esta vez para el caso de sexo-género y edad, *¿comprendes?* arroja significación estadística ya que $F=3,79$ y $p=0,034$. De todos modos, es preciso recordar que estos datos estadísticos son poco seguros puesto que estudios anteriores (cf. San Martín, 2011, 2015, 2020, entre otros) recomiendan que, para obtener resultados más “robustos”, es necesario que tanto las pruebas paramétricas como las no paramétricas arrojen significatividad estadística lo cual no sucede en este caso (solo hay significación en las pruebas paramétricas).

5.2.4.2.EDAD

En la Tabla 34 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en la variedad geográfica de Málaga, de acuerdo con la variable social edad de los sujetos.

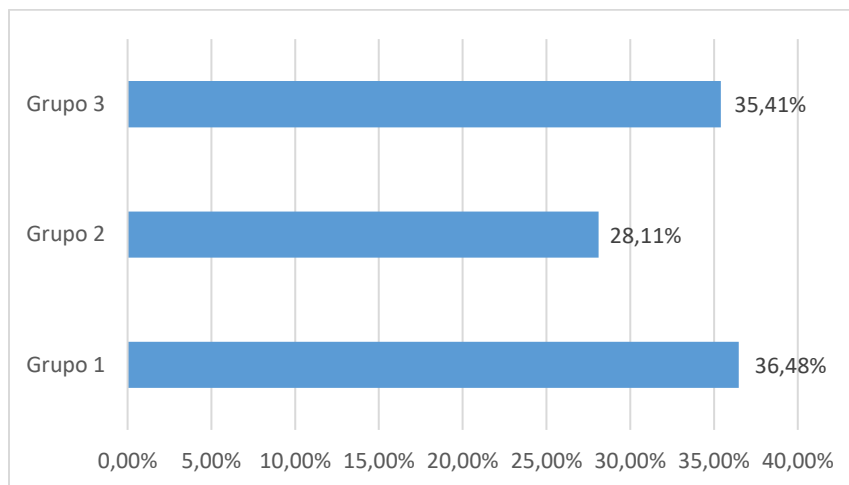
Tabla 34: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Málaga según variable edad

Edad	Frecuencia	Porcentaje
1	305	36,48%
2	235	28,11%
3	296	35,41%
Total	836	100%

Como se aprecia en la Tabla 32, de un total de 836 casos, los sujetos del grupo etario más joven, el grupo 1, obtienen un 36,48% (305 casos) del total mientras que los del grupo 2 un

28,11% (235 ocurrencias) y los del grupo de mayor edad, el grupo 3, un 35,41% (296 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre los tres grupos etarios como lo expone el Gráfico 11, a continuación.

Gráfico 11: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Málaga



Como puede observarse en el Gráfico 11, en Málaga el grupo etario 1 utilizó un 35,41% los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que el grupo 2 un 28,11% y el grupo etario 3 un 36,48%. En consecuencia, los datos arrojan una leve inclinación hacia los jóvenes por sobre, primero, sujetos de la tercera edad y, segundo, sobre el grupo etario intermedio en el uso de este tipo de marcadores.

Por otro lado, en la Tabla 35, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con edad de los sujetos.

Tabla 35: Frecuencia absoluta y porcentual de cada marcador según la edad de los sujetos de la submuestra de Málaga

Marcador	Edad			Total
	Grupo 1	Grupo 2	Grupo 3	
<i>¿no?</i>	265 (41,47%)	179 (28,01%)	195 (30,52%)	639 (100%)
<i>¿eh?</i>	23 (21,30%)	35 (32,40%)	50 (46,30%)	108 (100%)
<i>¿sabes?</i>	17 (37,78%)	6 (13,33%)	22 (48,89%)	45 (100%)
<i>¿comprendes?</i>	0 (0%)	15 (34,09%)	29 (65,91%)	44 (100%)

Como se aprecia en esta tabla, el marcador *¿no?* es empleado por el grupo etario más joven con un 41,47% del total de las ocurrencias mientras que el grupo 2 lo utiliza con un 28,01% y el grupo etario 3, de mayor edad, con un 30,52%. De esta forma, aunque con diferencias porcentuales, el empleo de *¿no?* se ajusta a la tendencia general de esta variedad geográfica, a saber, el empleo de este tipo de partículas preferentemente juvenil. No obstante, el empleo de las partículas trae consigo consideraciones diferentes pues *¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?* son de uso preferente de la tercera edad (con un 46,30%, 48,89% y 65,91%, respectivamente). En específico, *¿eh?* y *¿comprendes?* se relacionan con un patrón etario ascendente, esto es, mientras más se avanza en la edad es más probable la ocurrencia de estos dos marcadores. Finalmente, *¿sabes?* presenta un 37,78% en el grupo etario más joven, un 13,33% en el grupo intermedio y un mayor empleo en el grupo 3, con un 48,89%, como se ya se comentó.

A este respecto, entonces, este análisis ha arrojado tres resultados relevantes, a saber: i) la poca diferencia porcentual entre los grupos etarios para el total de los casos y, en consecuencia, el leve empleo mayoritario de jóvenes sobre este tipo de marcadores; ii) el empleo juvenil de *¿no?*; iii) el empleo preferente del resto de las partículas (*¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?*) por parte del grupo de edad más avanzada. En primer término, sobre la poca diferencia entre las frecuencias de uso de cada etapa vital, consideramos que esto puede ser señal de que esta variable social no es del todo determinante para señalar discrepancias en el uso de los marcadores interrogativos de control de contacto. Es decir, en este caso observamos que la edad por sí sola no es preponderante, sino que, más bien, tal como indican algunos datos de las pruebas estadísticas, es necesario intercalar esta variable con otras, ya que, como señalábamos anteriormente, para el caso de la intersección entre las variables sexo-género, edad y nivel educativo, las pruebas paramétricas arrojan que $F=3,249$ y $p=0,036$ para *¿no?*, $F=4,535$ y $p=0,010$ para *¿eh?*, mientras que $F=3,403$ y $p=0,031$ para *¿comprendes?* Por su parte, también en el contexto de la intersección entre variables, pero esta vez para el caso de sexo-género y edad, *¿comprendes?* arroja significación estadística ya que $F=3,79$ y $p=0,034$. Sin embargo, es preciso recordar que este es un resultado poco seguro puesto que ciertos estudios antes relevados demuestran que para que sea posible extender hallazgos de este tipo al general de la población, es oportuno que tanto las pruebas paramétricas como las no paramétricas indiquen significatividad estadística. En suma, sobre este primer punto, consideramos que, en general, los hablantes emplean los marcadores

interrogativos de control de contacto sin importar mucho su edad (al menos como variable aislada) o la etapa vital por la que transcurren.

En segundo lugar, sobre el empleo mayoritariamente juvenil de *¿no?*, a diferencia de lo que sucede con el total de las muestras en la comunidad malagueña, en este caso sí es posible visualizar diferencias entre los grupos etarios. Al respecto, en comparación con el resto de las comunidades estudiadas, estos resultados coinciden con los de Ciudad de México, pero no con los Madrid y Santiago de Chile, donde se releva un mayor uso en el grupo el grupo intermedio y el de la tercera edad, respectivamente. De forma similar, Santana (2019), en su estudio sobre Sevilla, demuestra que esta partícula es más empleada por hablantes de la tercera edad y que los jóvenes registran un paulatino descenso en su uso. Por el contrario, para el caso de este marcador en Málaga, es notoria la presencia de un patrón descendente que marca, primero, una alta frecuencia en el grupo más joven (41,47%) y que luego desciende hacia el grupo intermedio donde se estabiliza y mantiene un empleo similar con el grupo de mayor edad (28,01% y 30,52%, respectivamente). De este modo, tanto el empleo juvenil de esta partícula como su alta frecuencia (aunque menor que en jóvenes) en el grupo intermedio y el de más avanzada edad, puede ser indicador de que *¿no?* presenta una vitalidad general con respecto a este tipo de recursos estudiados, esto significa que este es un marcador bastante extendido desde un punto de vista etario.

Asimismo, como señala Silva Corvalán (1991), las diferencias según la edad de los hablantes pueden correlacionarse con la percepción que estos tienen sobre las ventajas sociales que pueden obtener “mediante el uso de rasgos lingüísticos considerados de prestigio en la comunidad” (102). Entonces, tal como hemos comentado en secciones anteriores, es esperable que el empleo de este marcador esté presente en los grupos etarios que comúnmente están mayormente instruidos educativamente hablando. Sobre esto, Moreno Fernández (1998), señala que en estos casos el factor etario puede analizarse en covariación con el nivel de instrucción. Por ende, como señala este autor, en algunas comunidades es habitual que “las generaciones más jóvenes sean, en conjunto, las mejor instruidas, lo que las convierte en usuarias de rasgos lingüísticos cercanos al modelo normativo” (47). En este sentido, el empleo de esta partícula puede asociarse al *prestigio abierto*, concepto sociolingüístico que denota que esta es una variante lingüística con un grado de difusión y aceptabilidad social

alta. Esta podría ser una de las explicaciones más plausibles de la preferencia de jóvenes por *¿no?* en Málaga, un resultado que ha sido frecuente en la mayoría de las comunidades hispanohablantes estudiadas con excepción de Santiago de Chile, lugar en que esta partícula tiene muy poca frecuencia y es empleado por el grupo generacional de mayor edad.

No obstante, si se indaga en las características socioculturales más profundas del grupo etario 1, la etapa más joven del muestreo, algunos especialistas en la materia han comentado la posible presencia de inseguridad general que atraviesan las personas de esta edad (Andersen, 2001). Sobre esto, como se viene sugiriendo, las secuencias discursivas que presentan abundantes marcadores relacionados con la función comprobativa y el efecto o subfunción atenuadora, pueden también dar la impresión de que el hablante no está realmente seguro de sí mismo o que, incluso, no tiene opiniones propias, razón por la cual, el recurso de corroborar la propia opinión con el interlocutor es más frecuente, tal como indica Lakoff (1975) en su análisis del empleo preferentemente femenino de este tipo de marcadores. Desde este punto de vista, el frecuente empleo de *¿no?* (en el rol comprobativo y atenuador) en jóvenes puede explicarse a través de lo que Andersen (2001) denomina como “non-committal stance” (Andersen, 2001), es decir, al descompromiso con el propio discurso, una conducta comprensible tomando en cuenta que estos hablantes son usuarios relativamente inexpertos del lenguaje. Entonces, ante esta “falta de experiencia” en los asuntos lingüísticos, creemos que este grupo etario puede recorrer dos caminos posibles: i) o bien, como sucede con *¿cachái?* en Santiago de Chile, los jóvenes emplean recursos propios del *prestigio encubierto*, los cuales representan un mayor desvío de la norma y, por lo tanto, son más vernaculares; ii) o bien, como sucede con *¿no?* en Málaga, emplean recursos propios del *prestigio abierto*, los cuales son socialmente más aceptados y difundidos, esto es, se vinculan de manera más notoria con el estándar y la norma.

En tercer lugar, nuestros resultados han mostrado que el grupo etario de mayor edad en Málaga se inclina por *¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?* Primero, sobre el empleo de *¿eh?* por parte de los hablantes de mayor edad, este ha sido un resultado que se ha obtenido tanto en Ciudad de México como en Madrid, es decir, en todas las comunidades hispanohablantes en que ocurre esta partícula, es preferentemente usada por el grupo etario de mayor edad. Es más, en el caso de Santiago de Chile, como hemos comentado, aunque no se registran

muestras de esta partícula, sí se emplea *¿ah?*, un marcador que tiene una conformación morfológica y un comportamiento pragmático muy similar a *¿eh?* Por lo tanto, con estos datos, es plausible concordar en que la función justificativa (la reafirmación del propio mensaje) y el efecto intensificador, se vinculan en todas las comunidades estudiadas con sujetos de la tercera edad ya sea por medio de *¿eh?*, como sucede en Málaga o por medio de *¿ah?* en el caso de Santiago de Chile. Asimismo, si se analizan resultados de otros estudios, Santana (2019) para el caso de Sevilla, una variedad geográfica cercana a Málaga, también indica que *¿eh?* es empleado mayoritariamente por personas de la tercera edad. La explicación de este fenómeno, como hemos comentado anteriormente, puede deberse a que, al parecer, las personas de la tercera edad, debido a que ya han vivido lo suficiente y están en una etapa de vida en la que cuentan con el aval de la experiencia, emplean en mayor medida, en comparación con el resto de las edades, marcadores vinculados con la reafirmación o justificación del propio discurso, pudiendo esto ir acompañado de una modalización intensificadora que refuerza la reafirmación. Por ende, como explican Lewis y San Martín (2018), por medio de esta subfunción, estos hablantes se sitúan no tanto en la relación hablante-oyente (como sí sucede para el caso de los comprobativos), sino que, más bien, se posicionan en la esfera relativa a la relación entre hablante-mensaje, lo cual puede ser un reflejo de la etapa etaria que transcurren, como indican nuestros datos.

Asimismo, *¿sabes?* y *¿comprendes?* también son más empleados por personas de la tercera edad en Málaga. Al respecto, como vimos en la sección que se refiere al comportamiento pragmático de estos marcadores, la subfunción que relevan *¿sabes?* y *¿comprendes?* es la de petición de corroboración del entendimiento, esto es, uno de los matices de la función comprobativa en la que se apela al oyente. Sobre esto, es muy probable que estos marcadores sean empleados como una variante más local y menos juvenil de *¿no?*, marcador que, como hemos señalado, tiene un marcado sentido panhispánico. De este modo, quizás como un tipo de diferenciación identitaria por parte del grupo de mayor edad, estos sujetos emplean este tipo de partículas pues interpretan un valor de identidad grupal asociado (más plausible en *¿sabes?* que en *¿comprendes?*, debido a la diferencia entre la frecuencia de uso de ambos). No obstante, como observamos en la tabla 33, el empleo de *¿no?* por parte de este grupo etario no es bajo. En este sentido, consideramos que los hablantes de la tercera edad en esta comunidad se dividen en aquellos que optan, por un lado, por *¿no?* a partir de su carácter más

estándar y normativo y, por otro, por *¿sabes?* y *¿comprendes?*, marcadores que reflejan un prestigio más encubierto o son de carácter más local en comparación con *¿no?*, especialmente en el caso de *¿sabes?*, ya que, además de Málaga y Madrid, esta partícula no se registra en ninguna otra comunidad estudiada. De forma complementaria, cabe destacar que Santana (2019) en Sevilla registra que *¿sabes?* es fuertemente empleado por jóvenes mientras que *¿comprendes?* (un marcador obsolecente en el habla sevillana, según la autora) lo es por la tercera edad con la misma intensidad. Por ende, esto refleja las diferencias socioculturales sobre la variable edad en dos variedades del español peninsular.

5.2.4.3. NIVEL EDUCATIVO

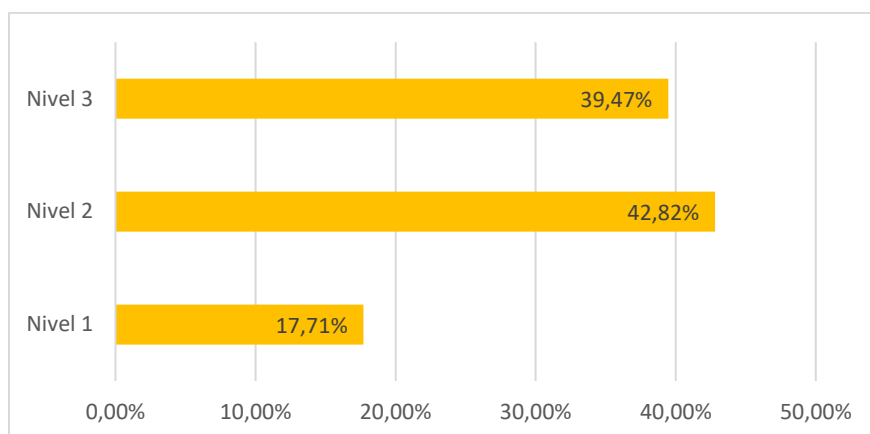
En la Tabla 36 se presentan las frecuencias absoluta y porcentual del total de la ocurrencia de las partículas relevadas en Málaga, de acuerdo con la variable social nivel educativo de los sujetos de la muestra.

Tabla 36: Total de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto en Málaga según variable nivel educativo

Nivel educativo	Frecuencia	Porcentaje
1	148	17,71%
2	358	42,82%
3	330	39,47%
Total	836	100%

Como se aprecia en la Tabla 36, de un total de 836 casos, los sujetos del nivel educativo más bajo, el nivel 1, obtienen un 17,71% (148 casos) del total mientras que los del nivel 2 un 42,82% (358 ocurrencias) y los del nivel más avanzado, el nivel 3, un 39,47% (330 casos). De esta forma, estos marcadores se distribuyen entre los tres niveles educativos como lo expone el Gráfico 3, a continuación.

Gráfico 12: Porcentaje del total del empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto según edad de los sujetos de la submuestra Málaga



Como puede apreciarse en el Gráfico 12, en Málaga el nivel educativo 2 utilizó un 42,82% de veces los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que el nivel 3 un 39,47% y el nivel 1 un 17,71%. Por lo tanto, los datos señalan, primero, una leve inclinación hacia el nivel educativo 2 sobre el nivel educativo 3 y, segundo, una gran diferencia de ambos sobre el nivel 1 en el uso de este tipo de partículas, lo que explica la relación entre el empleo de estos marcadores con un mayor nivel de instrucción, situación similar a la ocurrida en el caso de Ciudad de México.

Por su parte, en la Tabla 37, se presentan las frecuencias absoluta y porcentual de la ocurrencia de cada marcador interrogativo de control de contacto de esta variedad geográfica, de acuerdo con el nivel educativo de los sujetos.

Tabla 37: Frecuencia absoluta y porcentual de cada marcador según nivel educativo de los sujetos de la submuestra de Málaga

Marcador	Nivel educativo			Total
	1	2	3	
<i>¿no?</i>	113 (17,68%)	264 (41,32%)	262 (41%)	639 (100%)
<i>¿eh?</i>	21 (19,44%)	38 (35,19%)	49 (45,37%)	108 (100%)
<i>¿sabes?</i>	12 (26,67%)	20 (44,44%)	13 (28,89%)	45 (100%)
<i>¿comprendes?</i>	2 (4,55%)	36 (81,82%)	6 (13,63%)	44 (100%)

Como se observa en esta tabla, el marcador *¿no?* es empleado por el nivel educativo 2 con un 41,32% del total de las ocurrencias mientras que el nivel 3 lo usa con un 41% y el nivel educativo 1 con un 17,68% de los casos. Por ende, esta partícula representa la tendencia general de frecuencia de uso de este tipo de marcadores pues, aunque con diferencias de

puntos porcentuales, el empleo de este marcador se asocia a niveles mayores de educación (nivel 2 y 3). A este mismo comportamiento, se alinean *¿sabes?* y *¿comprendes?*, los que con distintos puntos porcentuales, son preferentemente empleados por el nivel educativo 2 (sobre todo para el caso de *¿comprendes?* pues su frecuencia es bastante alta en este nivel). Por último, la partícula *¿eh?* presenta un patrón ascendente, esto es, a mayor nivel educativo, mayor es la probabilidad de empleo de este marcador (nivel 1: 19,44%; nivel 2: 35,19%; nivel 3: 45,37%), situación contraria a lo sucedido con esta misma variable en Ciudad de México, donde el comportamiento de es contrario; a mayor nivel educativo, menor probabilidad de empleo de *¿eh?*

Por lo tanto, en el caso de la variable nivel de escolaridad en Málaga, es claro lo siguiente: tanto en el total de las muestras como en todos los marcadores específicos el empleo de este tipo de partículas se vincula o bien con el nivel educativo medio o alto. Este es un indicio nítido que puede expresar que en esta comunidad la inclusión de *¿no?*, *¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?* está directamente ligada y motivada por los sectores más instruidos educativamente hablando. Por ende, según el global de nuestros resultados, este es el comportamiento general: los marcadores interrogativos de control de contacto son más empleados por sujetos con nivel educativo medio o alto. No obstante, de todas formas, en algunos casos los sujetos de nivel de escolaridad bajo emplean preferentemente algunas partículas, nos referimos a *¿cachái?* en Santiago de Chile; *¿eh?* y *¿verdad?* en Ciudad de México. En específico, consideramos que este fenómeno puede tratar sobre la diferencia entre una escala de graduación en la que en un extremo se consideren formas vernáculas mientras que, en otro, variantes más estándar. Así pues, sobre todo en el caso de *¿cachái?* y *¿verdad?*, como son partículas empleadas casi únicamente en sus respectivas variedades geográficas, es entendible que este hallazgo se relacione también con el nivel educativo baja: son los hablantes que tienen poca instrucción escolar formal los que motivan el empleo de estas partículas por sobre el uso de otras variantes.

La explicación sociolingüística de que los marcadores interrogativos de control de contacto sean mayormente empleados en Málaga por hablantes de nivel educativo medio o alto puede deberse a que, en esta comunidad, está función fática de control o gestión de la atención de los interlocutores, se asocia con un estilo de conversación más prestigioso. De este modo,

uno de los fundamentos puede radicar en la noción de *prestigio lingüístico*. Sobre esto, como explica Penny (2004):

la principal fuerza que impulsa la extensión de cualquier rasgo es el relativo prestigio de los individuos que estén implicados...este prestigio puede asociarse con un rasgo lingüístico determinado o con un conjunto de rasgos empleados por ese individuo, incrementando la posibilidad (en diferente medida) de ser imitado por otros (118).

Por ende, como indica Moreno Fernández (1998) “es normal que las personas más instruidas hagan mayor uso de las variantes que son consideradas como más prestigiosas o que más se ajustan a la norma” (61), aspecto que explicaría que en Málaga los hablantes de mayor nivel educativo empleen las variantes que responden a la función fática de control de contacto. En suma, este tipo de hallazgos señala que las comunidades tienen características socioculturales reflejadas en los distintos marcadores discursivos estudiados. Por ejemplo, mientras en Ciudad de México, Madrid y Málaga, marcadores con gran vitalidad como *¿no?* forman parte de los niveles educativos medio y alto, en Santiago de Chile, *¿cachái?*, partícula que también goza de mucha vigencia, está más ligada a un nivel de escolaridad bajo. Entonces, nos decantamos por que la diferencia está en el modelo de prestigio que cada comunidad sigue: en el caso de Ciudad de México, Madrid y Málaga, es notorio un prestigio abierto para el empleo de este tipo de partículas mientras que en Santiago de Chile es más claro un prestigio encubierto, donde prima la variante más vernácula para cumplir con la función discursiva implicada.

De forma complementaria a estas aseveraciones, si analizamos el patrón de estratificación de estos datos, observamos un patrón de hipercorrección levemente marcado. Según Moreno Fernández (1998), para que este patrón ocurra el nivel o grupo inmediatamente inferior al más alto tiene que superarlo en frecuencia. Según este autor, esto sucede especialmente cuando se trata de variantes más prestigiosas. En específico, la hipercorrección por parte de los grupos intermedios ha sido un elemento anteriormente comentado para el caso de Madrid. En este sentido, este fenómeno ocurre con más nitidez en el grupo educativo medio en un afán de esforzarse por imitar el estilo de conversación de las personas que gozan mayor prestigio, en este caso, las del nivel más de escolaridad más alto. De este modo, este dato es un argumento plausible que permite estar a favor de considerar que *¿no?*, *¿eh?*, *¿sabes?* y *¿comprendes?* en Málaga se relacionan con los sectores más cultos de la comunidad.

Por otro lado, sobre la comparación de nuestros hallazgos con los resultados de estudios anteriores, Molina (2005) en Madrid (Salamanca) indica que *¿sabes?* es empleado por el nivel educativo medio, en su mayoría y que el nivel educativo más alto ostenta el menor porcentaje de tres niveles de escolaridad posibles. Por su parte, Cestero (2019), también en Madrid, pero en el barrio de Vallecas, señala que, en general, este tipo de marcadores son empleados por hablantes de nivel educativo alto mientras que, en específico, indica que *¿no?* es empleado por personas de nivel de escolaridad alta, *¿eh?* lo es por hablantes de nivel educativo medio y *¿sabes?* por entrevistados de nivel educativo bajo. Esto indica una clara distribución equitativa de estos tres marcadores con base en todo el espectro de niveles educativos (bajo, medio, alto). Por su parte, Santana (2019) en Sevilla, basándose en una categorización de dos niveles educativos, a saber, bajo y alto, obtiene que *¿no?* es preferentemente empleado por el nivel de escolaridad alto mientras que *¿sabes?* es empleado con mayor fuerza por el nivel educativo bajo.

Por ende, estos estudios también basados en comunidades hispanohablantes peninsulares ofrecen algunos puntos en común y otros en discrepancia con nuestros hallazgos sobre Málaga, estos son: i) de manera similar a lo que ocurre en Málaga, en Madrid y Sevilla *¿no?* y *¿eh?* son empleados por los grupos con mayor nivel de instrucción (medio o alto) mientras que; ii) por el contrario, *¿sabes?* es mayoritariamente empleado por los niveles educativos medios o bajos de población en Madrid (ambos barrios) y Sevilla. Esto indica una diferencia con Málaga ya que, como comentábamos, en esta comunidad *¿sabes?* es más común en el nivel educativo alto. Finalmente, cabe destacar los resultados de las pruebas paramétricas y no paramétricas para el caso de la variable nivel de educación de los hablantes malagueños. En este caso, el empleo preferente de *¿no?* por parte de hablantes de nivel educativo medio (con muy poca diferencia porcentual sobre el nivel alto) recibe significación estadística solamente a través de la prueba no paramétrica correspondiente (Kruskall-Wallis) ya que $\chi^2 = 8,141$ y $p = 0,017$. Asimismo, cabe recordar la significatividad estadística arrojada para el caso de la intersección entre la variable sexo-género, edad y nivel educativo puesto que las pruebas paramétricas arrojan que $F = 3,249$ y $p = 0,036$ para *¿no?*, $F = 4,535$ y $p = 0,010$ para *¿eh?* mientras que $F = 3,403$ y $p = 0,031$ para *¿comprendes?* Ante esto, aunque destacamos estos datos de significatividad estadística como un apoyo a nuestros resultados, también es preciso recordar que este es un resultado poco seguro puesto que estudios

anteriores como San Martín (2011, 2015, 2020, entre otros) señalan que para que sea posible extender hallazgos de este tipo al general de la población, es oportuno que tanto las pruebas paramétricas como las no paramétricas indiquen significatividad estadística, lo cual no ocurre en esta ocasión.

En resumen, hemos revisado los pormenores principales acerca de los hallazgos y discusiones sociolingüísticas pertinentes a los marcadores interrogativos de control de contacto de Santiago de Chile, Ciudad de México, Madrid y Málaga. En términos generales, podemos señalar que las comunidades se comportan de manera heterogénea, esto significa que en cada comunidad las distintas variantes de la función estudiada obtienen diferentes matices sociolingüísticos y, por lo tanto, su ocurrencia se ve motivada de manera más preponderante por uno u otro factor social diferente en cada variedad geográfica. Aun así, es posible trazar ciertas generalidades y comportamientos comunes y discrepantes, los cuales se explican a continuación.

Primero, sobre la incidencia general de los factores sociodemográficos tratados en nuestro estudio, a saber, sexo-género, edad y nivel educativo de los sujetos de la muestra, podemos decir que las comunidades de habla hispana relevadas tienen un comportamiento diferente. En este sentido, como se observó anteriormente, en Santiago de Chile incide más la edad, en Ciudad de México y Málaga, el nivel educativo y en Madrid, la edad y el sexo-género. De este modo, aunque es más claro que el nivel educativo y la edad son más importantes que el sexo-género, nuestra hipótesis referida a la edad como la variable extralingüística más determinante para el empleo de este tipo de partículas se rechaza, ya que en cada comunidad se relevan distintos factores sociodemográficos. Cabe recordar que, aunque este punto no se cumple del todo, nuestra hipótesis tiene fundamento en varios trabajos precedentes que relevan a la edad como la variable más determinante en el caso de los marcadores discursivos de habla hispana (cf. Panussis y San Martín, 2017; Lewis y San Martín, 2018; Sandoval y San Martín, 2020, entre otros). Por lo tanto, este es un dato muy relevante que permite sugerir con mayor nitidez y rigurosidad argumentativa, que el empleo de este tipo de partículas puede estar motivado por distintas variables sociolingüísticas dependiendo de la variedad geográfica analizada. Sobre esto, al parecer no hay una más preponderante que la otra, al

menos no a partir de nuestros hallazgos sobre marcadores interrogativos de control de contacto de habla hispana.

Segundo, *¿no?* es el marcador interrogativo de control de contacto por excelencia en nuestra muestra ya que es la primera mayoría de uso en tres de las cuatro comunidades de habla estudiadas. Esto indica que nuestra hipótesis relativa a *¿no?* como la partícula de mayor frecuencia de uso en la muestra, se corrobora positivamente. Sobre las características sociodemográficas preponderantes de este marcador destaca lo siguiente: i) en cuanto al sexo-género: su empleo es masculino en Ciudad de México y Madrid y femenino en Santiago de Chile y Málaga; ii) sobre la edad, su uso es más variable: juvenil en Ciudad de México y Málaga, de edad media en Madrid y de la tercera edad en Santiago de Chile; iii) en cuanto al nivel educativo, su comportamiento se refiere a los sectores más cultos: nivel educativo medio en Málaga y Madrid mientras que en Ciudad de México y Santiago de Chile es mayoritariamente empleado por hablantes de nivel educativo alto. De esta forma, este es un marcador que se vincula fuertemente con el *prestigio abierto* de la lengua en tanto se presenta como una variante más estándar que el resto. Asimismo, es un recurso que fomenta un estilo más colaborativo (Eckert y McConnell-Ginet, 2013), debido a que la función comprobativa de apelación al oyente es más frecuente en el caso de este marcador.

Tercero, de forma similar, *¿eh?* también está presente en tres de las cuatro variedades geográficas posibles (no se registran casos de este marcador en Santiago de Chile). Sobre su caracterización sociolingüística, este marcador ofrece mayor homogeneidad puesto que los datos para sexo-género y edad indican que es empleado preferentemente por hombres de la tercera edad en las tres comunidades de habla en las que se registra. No obstante, para el caso de la variable nivel educativo, su distribución pareciera ser heterogénea puesto que en Ciudad de México es de nivel bajo, en Madrid de nivel medio y en Málaga de nivel alto. Entonces, como este es un marcador que busca reafirmar el propio mensaje del hablante, y en concordancia con su uso frecuente en hombres de la tercera edad, creemos que este marcador implica un estilo menos colaborativo de la lengua (Eckert y McConnell-Ginet, 2013), por medio del cual prima más la relación entre hablante-mensaje que la apertura o la búsqueda de complicidad con el oyente.

Cuarto, el resto de los marcadores se registran en dos o solamente en una variedad geográfica. Sobre esto, *¿sabes?* está presente en Madrid y Málaga. Su empleo es mayoritario en mujeres de la tercera edad y de nivel educativo alto en Málaga mientras que, en Madrid, es preferente en mujeres jóvenes de nivel educativo medio. De este modo, para este marcador, destaca su empleo preferentemente femenino. Por su parte, *¿verdad?*, *¿cachái?*, *¿ya?* y *¿ah?*, solo se registran en una comunidad de habla, a saber, en Ciudad de México *¿verdad?* y *¿cachái?*, *¿ya?* y *¿ah?* en Santiago de Chile. A este respecto, finalmente cabe destacar la relación de *¿verdad?* y *¿cachái?* con el estilo vernáculo de la lengua y, en consecuencia, con el *prestigio encubierto* de la misma, puesto que ambos son empleados por hombres de escolaridad baja (jóvenes, en el caso de *¿cachái?* y adultos en el caso de *¿verdad?*).

En suma, a la luz de estos resultados, es posible llegar a la conclusión de que las comunidades hispanohablantes estudiadas poseen distintas características y patrones socioculturales que influyen, en mayor o menor medida, en la ocurrencia de este tipo marcadores, en general, y de cada variante, en específico. En concordancia, los niveles de análisis e interpretación que hemos querido ofrecer no han seguido una sola perspectiva, sino que, más bien, hemos intentado analizar, principalmente, dos niveles: uno referido a la norma y el prestigio (prestigio abierto/encubierto; más vernáculo v/s más estándar) y otro relacionado con los estilos comunicativos o discursivos (más/menos colaborativo) que ciertas autoras de la sociolingüística feminista trabajan para la variable sexo-género, pero que, en el caso de nuestro estudio, creemos que es factible de extrapolar a las demás variables, como hemos demostrado. A continuación, con el afán de seguir con la discusión de la correlación de variables extralingüísticas en el empleo de los marcadores relevados por nuestra investigación, se comentan los principales hallazgos propios de la variable profesión, un factor que, como se indicó en la sección de la metodología, tiene un desarrollo particular debido a las características de nuestro trabajo.

5.2.5. VARIABLE PROFESIÓN

La exposición de los resultados de este apartado seguirá el siguiente orden. En primer lugar, se especifica el paradigma y frecuencia de los marcadores interrogativos de control de contacto según la variable profesión. Luego, se propone una interpretación crítica de acuerdo con los términos sociales pertinentes al fenómeno estudiado, los cuales refieren desde asuntos pragmáticos a asuntos de sociolingüística crítica como lo son las perspectivas del *mercado lingüístico* o *la violencia simbólica*.

En específico, el paradigma de partículas relevadas corresponde a los siguientes marcadores: *¿no?*, *¿cachái?*, *¿eh?*, *¿verdad?*, *¿ah?*, *¿sí?*, *¿no cierto?*, y *¿sabes?*, en orden de frecuencia de uso. A continuación, la Tabla 38 presenta la frecuencia absoluta de estos marcadores según profesión de los hablantes:

Tabla 38: frecuencia absoluta de marcadores interrogativos de control de contacto según profesión de los hablantes.

N° informante	Profesión	Marcador interrogativo de control de contacto							
		<i>¿no?</i>	<i>¿cachái?</i>	<i>¿eh?</i>	<i>¿verdad?</i>	<i>¿ah?</i>	<i>¿sí?</i>	<i>¿no cierto?</i>	<i>¿sabes?</i>
1	Profesora	37	0	0	0	0	2	0	0
2	Profesor	12	0	1	0	0	0	0	0
3	Profesora	8	0	1	5	0	0	0	0
4	Abogado	0	40	0	0	3	1	1	0
5	Opositor (Derecho)	1	0	1	0	0	0	0	0
6	Abogado	20	0	3	0	0	0	0	0
7	Lavandera	9	0	1	0	0	0	0	0
8	Albañil	0	0	0	0	0	0	0	0
9	Albañil	1	0	0	0	0	0	0	0
10	Yesero	0	0	0	0	0	0	0	0
11	Informático	0	0	0	0	0	0	0	1
12	Costurera	6	0	0	0	0	0	0	0
	Totales	94	40	7	5	3	3	1	1
								Total	154

Como se aprecia, el empleo de esta función corresponde a 154 ocurrencias en los 12 informantes seleccionados. En particular, el marcador interrogativo de control de contacto más frecuente es *¿no?* con más de la mitad de las ocurrencias (94), seguido de *¿cachái?* (que obtiene una alta frecuencia debido a un solo informante santiaguino) y de *¿eh?* (7). El resto

de las partículas aludidas se reparten en los demás informantes con una frecuencia baja (menos de 5 casos). Por otro lado, sobre la frecuencia absoluta de cada zona profesional, las tablas 39 y 40 especifican los resultados obtenidos:

Tabla 39: frecuencia absoluta de marcadores interrogativos de control de contacto según zona profesional central

N° informante	Profesión	Marcador interrogativo de control de contacto							
		¿no?	¿cachái?	¿eh?	¿verdad?	¿ah?	¿sí?	¿no cierto?	¿sabes?
1	Profesora	37	0	0	0	0	2	0	0
2	Profesor	12	0	1	0	0	0	0	0
3	Profesora	8	0	1	5	0	0	0	0
4	Abogado	0	40	0	0	3	1	1	0
5	Opositor (Derecho)	1	0	1	0	0	0	0	0
6	Abogado	20	0	3	0	0	0	0	0
	Totales	78	40	6	5	3	3	1	0
								Total	136

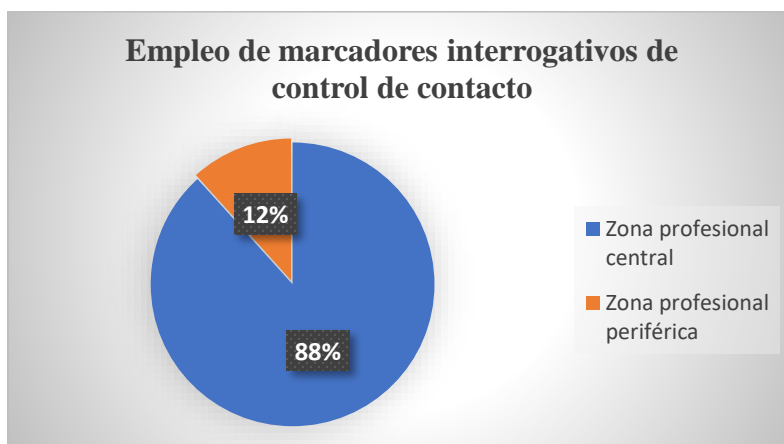
Tabla 40: frecuencia absoluta de marcadores interrogativos de control de contacto según zona profesional periférica

N° informante	Profesión	Marcador interrogativo de control de contacto							
		¿no?	¿cachái?	¿eh?	¿verdad?	¿ah?	¿sí?	¿no cierto?	¿sabes?
7	Lavandera	9	0	1	0	0	0	0	0
8	Albañil	0	0	0	0	0	0	0	0
9	Albañil	1	0	0	0	0	0	0	0
10	Yesero	0	0	0	0	0	0	0	0
11	Informático	0	0	0	0	0	0	0	1
12	Costurera	6	0	0	0	0	0	0	0
	Totales	16	0	1	0	0	0	0	1
								Total	18

Como se puede observar en la tabla 39, en 136 ocasiones las profesiones de la zona central del mercado lingüístico emplean marcadores interrogativos de control de contacto. Por su parte, en el caso de la zona periférica, estos utilizan en 18 casos este tipo de partículas. La

comparación porcentual de estos dos grupos puede graficarse de mejor manera a través del gráfico 13, a continuación:

Gráfico 13: porcentaje de empleo de marcadores interrogativos de control de contacto según tipo de zona profesional



Como se puede apreciar en este gráfico, la zona profesional central, con un 88% de los casos, emplea con mayor frecuencia los marcadores interrogativos de control de contacto mientras que la zona profesional periférica obtiene el 12% de ocurrencias del total. De esta forma, como este tipo de marcadores está estrechamente asociado con la relación entre los hablantes, esto es, la gestión y el control de la atención discursiva de los oyentes, la toma y el cierre de actos y turnos, el cierre de intervención y la entrega del turno, la petición de confirmación de alineamiento argumentativo (confirmar o apelar a que el oyente se alinee con la opinión o argumento del hablante), etc., estos hallazgos permiten señalar que los hablantes de la zona profesional central, en comparación con aquellos de la zona periférica, desarrollan una mayor preocupación por la comprensión del interlocutor de los contenidos enunciados por el hablante, pudiendo, incluso, ser un indicio de un uso estratégico ligado a la cortesía verbal (sobre todo, a través del empleo de los comprobativos).

Al respecto, García (2016), basándose en el modelo de Brown y Levinson (1987) acerca de la cortesía, reconoce tres categorías pragmalingüísticas asociadas a la estrategia cortés, las que son: “a) los mecanismos relacional-dialógicos, que comprenden las estrategias de proximidad y negociación; b) los mecanismos de intensidad, que abarcan las dinámicas de atenuación e intensificación, y c) los mecanismos de especificidad, que incluyen las estrategias de enfocar y desenfocar” (26). A este respecto, para este estudio resulta interesante

revisar lo concerniente a la *negociación* puesto que esto implica un mecanismo fundamental dentro de la dinámica conversacional, ya que a través de ella se persigue llegar al acuerdo o complicidad argumentativa. Entonces, los marcadores interrogativos de control de contacto que cumplen con un subvalor comprobativo como *¿no?*, *¿no cierto?* o *¿verdad?*, que son parte del paradigma revisado anteriormente, cumplen un rol de *negociación* del acuerdo en tanto apelan y solicitan la confirmación del oyente de lo enunciado por el hablante. Esto puede verse de mejor forma en el siguiente ejemplo:

45) I: (...) aunque sí mi esposo me ha apoyado / en tanto en el estudio / como en el trabajo / él no quería que yo trabajara

E.: ¿y por qué no quería que trabajara?

I.: porque la mujer debe estar en su casa / ¿no? /

E.: ah

(MEXI_M33_032, informante 1, profesora)

Como se observa en 45), I está hablando acerca de su relación de convivencia con su esposo, en específico, sobre si la mujer debe o no trabajar. Ante esto, E le pregunta a I sobre la causa por la cual su marido no accedía a que I trabajara, a lo que I responde con una opinión controversial: “porque la mujer debe estar en su casa ¿no?”. De este modo, mediante la inclusión en posición final (característica sintáctico-pragmática de este tipo de partículas) de la partícula subrayada, el hablante, por un lado, atenúa la fuerza ilocutiva de su enunciado mientras que, por otro, se acerca en la relación interpersonal con el oyente, lo que, como señalan algunos autores (cf. Briz, 2001; Sandoval y San Martín, 2020; García, 2016; Cestero, 2019) estaría ligado a una finalidad de cortesía verbal positiva. Por ende, mediante la petición de confirmación hacia E (en el sentido de *¿no piensas lo mismo?*) sobre la opinión de I, este apela a que su oyente se alinee con su razonamiento y no plantea su argumento como una verdad absoluta, aspecto que podría poner en peligro la armonía comunicativa y su *imagen pública positiva* (Brown y Levinson, 1987).

Por otro lado, marcadores como *¿cachái?* o *¿sabes?* pueden estar ligados de forma más notoria a la función puramente fática y la constatación del entendimiento enunciativo (cf. San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018, para el caso de *¿cachái?*), esto es, el cierre de turno o el control de la atención/recepción del enunciado. Al respecto, según García (2016), este tipo de funcionamiento también relevan acuerdo en la *negociación* entre interlocutores pues

se satisface la intención del hablante en cuanto al control de la atención de los oyentes y, por lo tanto, se indica la colaboración para continuar satisfactoriamente con la conversación. Más aún, aunque el foco en este caso está puesto en el hablante, este acto colaborativo puede ser conjunto, esto es, el hablante puede obtener respuesta (o no) al llamado o gestión de la atención de los oyentes como, por ejemplo se puede observar en interacciones como “A: cómo te iba diciendo mi mamá no va a ir a la fiesta ¿cachái?/ B: ya .../ A: o sea que yo voy a poder ir” donde B responde positivamente a la gestión de atención de A. A continuación, el ejemplo 2 puede ilustrar mejor este comportamiento:

46) E: ¿cuál es la idea? ¿agarrar el puente o no?

I.: era <silencio/> ganar el puente para llegar a la Facultad de Derecho / por parte de los Ingenieros entonces la / Derecho defendía el puente / ¿cachái? / y creo que<alargamiento/> / el último año / que se hizo <ruido = "teléfono celular"/> los gallos de ingeniería entraron a la escuela /

(SCHI_M23_091, informante 4, abogado)

Como se observa en 46), E pregunta a I más información acerca de un juego de su época estudiantil universitaria. Por su parte, I comienza a responder a la petición de información de E señalando los pasos para ganar el juego, lo cual consta de la defensa de un puente. Enseguida, I introduce el marcador interrogativo de control de contacto entre pausas enunciativas (lo que refleja su funcionamiento extraoracional) para verificar y controlar la atención del oyente pues, precisamente, como se trata de la descripción de un juego que E desconoce, I, para lograr el objetivo comunicativo de que E comprenda lo explicado, elige la inclusión de este marcador para gestionar la atención cognitiva del oyente sobre el mensaje. Este mecanismo, como se viene comentando, no es azaroso, sino que, más bien, corresponde a una intención de colaborar con el flujo de la conversación y a establecer una relación de cortesía verbal (mediante *negociación* y *colaboración*), hechos que ciertas personas, en este caso, profesionales de la zona ocupacional central, expresarían en mayor medida que otras de la zona profesional periférica.

De este modo, la mayor frecuencia en la inclusión de este tipo de estrategias comunicativas, que pueden comprenderse como marcadores discursivos que plantean indicios de cortesía verbal, puede vincularse tanto a la lógica del *mercado lingüístico*, en general, como a la noción de *capital lingüístico*, en particular. Esto es así puesto que, según Sankoff y Laberge (1978), las zonas profesionales centrales son aquellas que, debido a las características de las

labores empleadas, detentan un mayor uso de recursos lingüísticos cotizados del mercado lingüístico. Por ende, puede entenderse que este grupo posee un mayor *capital lingüístico* denotado por un uso mayor de mecanismos interaccionales y que, por ende, desarrollan de forma óptima lo que se conoce como *competencia comunicativa* del español.

En suma, al parecer, profesiones como las de profesor y/o abogado, según García Marcos (2015), “hacen un uso del lenguaje su herramienta de trabajo” mientras que, actividades como la de ingeniería “diseñan programas frente a la pantalla de su ordenador o a los inspectores de Hacienda” (133) lo que refleja una mayor importancia relativa del lenguaje en las labores de las primeras profesiones y, en consecuencia, en ellas se puede acceder y emplear comúnmente un abanico más amplio de opciones comunicacionales (mayor capital lingüístico mayor). A su vez, esto señala una mayor frecuencia en funciones pragmáticas y comunicativas como, por ejemplo, la marcación del control del contacto mediante formas interrogativas en la interacción. Por el contrario, profesiones u oficios del tipo costurero/a, albañil, yesero, etc., al no dar una importancia relativa al lenguaje en sus funciones y, es más, al no emplear cotidianamente recursos lingüísticos en su quehacer profesional (cf. García Marcos, 2015; Sandoval, 2019, inédito), es posible que las funciones de corte pragmático se puedan ver reducidas en sus conversaciones, lo cual, siguiendo los resultados expuestos en el gráfico 13, se ve verificado para el caso del empleo de este tipo de marcadores.

De este modo, en este tipo de profesiones el empleo de la *negociación* argumentativa con finalidad cortés entre I y E es menor o, más bien, no se realiza frecuentemente por medio de marcadores interrogativos de control de contacto en nuestra muestra. A continuación, el ejemplo 47 se refiere a una intervención del informante 10 (yesero) para explicar mejor este asunto:

47) I.: claro / un hombre alto / con una / una chupalla negra / un gorro negro así y una manta de Castilla negra // y me dice <cita> güenas noches amigo </cita> / así y me pega un palmetazo en el pecho // y yo del susto / me pegué qué costalazo en la bicicleta pues // y salgo apretando en <corrección> por el mismo camino en bicicleta / pero // no sabía si había que doblar o seguir derecho

E.: nada

(SCHI_ H21_014, informante 10, yesero)

Como se observa en el ejemplo 47), el informante 10 correspondiente a la zona profesional periférica no emplea marcadores interrogativos de control de contacto para gestionar la

atención del oyente o para apelar a la confirmación de lo enunciado, aunque el contenido informativo es alto y se refiere a una anécdota personal con descripciones, citas y acontecimientos. Esto, sin embargo, no quiere decir que la comunicación no sea efectiva o que los objetivos comunicativos no se cumplan pues, en específico, los marcadores interrogativos de control de contacto, si bien mediante la gestión de la atención colaboran con el flujo de la conversación, solo pueden ser relevados como indicios de cortesía verbal, esto es, índices de armonía conversacional y empatía comunicativa (sobre todo, respecto de estructuradores y comprobativos).

Por ende, aunque este recurso pragmático puede condicionar un flujo positivo, atento y comprensivo de la conversación, no determina una comunicación efectiva, ya que el intercambio puede ser eficiente como sucede en las entrevistas de personas de la zona profesional periférica. Aun así, es posible que una presencia nula o baja de este tipo de marcadores implique la presencia de un oyente empático o colaborativo que mantenga su atención sobre el mensaje sin la necesidad de que el hablante la marque o la gestione por medio de marcadores. Entonces, la inclusión (o no) de este tipo de marcadores, debido a su funcionamiento extraordinario, no implica, necesariamente, ni un cambio de significado enunciativo ni una conversación eficaz; solo puede facilitarla. De esta forma, siguiendo trabajos como Eckert y McConnell-Ginet (2013), esto puede entenderse como un *estilo conversacional* que tiene el carácter gradual de más/menos colaborativo. A este respecto, la zona central de las profesiones, debido a los hallazgos señalados, mostraría un estilo de conversación más colaborativo que la zona periférica en la cual el empleo de marcadores comprobativos y estructuradores es mínimo.

Sobre esto, la problemática social que puede estar permeando este aspecto puede referirse a que las personas que ostentan oficios propios de la zona periférica, tal vez, tienen un menor acceso al *capital lingüístico prestigioso* en comparación con otras que, obligatoriamente por la característica de su trabajo, deben emplear formas lingüísticas (y funciones pragmáticas que favorecen la comunicación) cotizadas del mercado lingüístico. Esta situación refleja que el tipo de profesión de un informante puede condicionar su acceso (o no) y empleo de formas prestigiosas del mercado. Al respecto, autores como Alonso (2002) han relevado la noción de *violencia simbólica* para estos casos. Según este autor, este fenómeno “responde a la

desigual distribución del capital lingüístico y cultural, y establece un sistema de censuras que reproduce la dominación en el campo simbólico, traduciendo la lucha de clases en un sistema de intercambios comunicativos” (118). Por lo tanto, no se trata solamente de que los hablantes eligen de forma inocua variantes dentro de un repertorio, sino que, más bien, existe un tipo de dominación simbólica que responde a la desigualdad en la distribución del capital lingüístico lo que, como señalábamos anteriormente, puede verse condicionado según el tipo de profesión que la persona desarrolle.

Por último, sobre el carácter *(sub)estándar* y el *prestigio lingüístico* en relación con la profesión de los hablantes y el empleo de marcadores discursivos, López Morales (2015) señala que “ciertas profesiones -maestros, actores, recepcionistas, etc.- tienden a usar una variedad más estándar que otros que, sin embargo, comparten con ellos las mismas características sociales y económicas. Sin duda esto era debido a la necesidad profesional de manejar un instrumento comunicativo de mayor prestigio” (137). Por lo tanto, es probable que la producción y el uso de ciertos marcadores interrogativos de control corresponda a un uso prestigioso y estándar de la lengua, ya que es empleado por profesiones que ostentan, como señala este autor, una variedad más estándar.

De este modo, como el *prestigio lingüístico* se asocia a un “valor positivo que ciertas variables lingüísticas tienen en cuanto a facilitar el ascenso en la escala social y también al valor que tienen las formas lingüísticas estándares” (Silva-Corvalán, 2001: 99), la función fáctica y la posibilidad de apelar a la confirmación del contenido enunciativo, funciones propias de este tipo de partículas, podrían señalarse como aquellas formas lingüísticas, comunicativas e interaccionales que posibilitan ascenso social o un mejor desempeño profesional, al menos, en profesiones prototípicas de la zona profesional central de esta muestra (profesor/a, abogado/a). Asimismo, los resultados de Sandoval (2019, inédito), en específico, la encuesta realizada sobre el prestigio de las formas lingüísticas empleadas por este tipo de profesiones, revelan el prestigio lingüístico (valor positivo) que los hispanohablantes asocian a ocupaciones como periodismo, educación, abogacía, etc. A raíz de esto, el uso de estos marcadores (sobre todo, de *¿no?*) puede obtener el estatus de valor positivo o prestigio lingüístico a raíz de su relación con profesiones lingüísticamente prestigiosas.

En síntesis, este apartado buscó describir la relación entre la variable profesión y el empleo de los marcadores interrogativos de control de contacto. Los principales hallazgos señalan una mayor frecuencia de uso de estas partículas en zonas profesionales centrales (88%) en comparación con zonas profesionales periféricas (12%). A partir de esto, es posible deducir que profesiones como profesor/a o abogado/a, ostentan, por un lado, una mayor preocupación por la comprensión del contenido enunciativo en los interlocutores (sobre todo, a través del empleo frecuente de *¿no?* y *¿cachái?* en su subvalor comprobativo) y, por otro, un mayor interés por motivar la *negociación* por medio del acuerdo sobre el contenido argumentativo de sus mensajes. Por ende, las profesiones de este tipo (zona profesional central) detentan mayor capital lingüístico que otras (zona profesional periférica) en las que no es necesario o cotidiano emplear formas lingüísticas cotizadas del mercado (Sankoff y Laberge, 1978). No obstante, es preciso destacar que estos son resultados aproximativos y tentativos, puesto que, por un lado, la cantidad de muestras es baja y, por otro, no nos hemos apoyado de medios estadísticos que puedan otorgar mayor seguridad en los planteamientos.

5.2.6. VARIABLE GEOGRÁFICA: LOS MARCADORES INTERROGATIVOS DE CONTROL DE CONTACTO DEL ESPAÑOL

La presente sección se refiere al análisis de los marcadores interrogativos de control de contacto de la muestra según la variable geográfica. En específico, con el afán de presentar un análisis más pormenorizado y pertinente, nos hemos focalizado en los marcadores más frecuentes, a saber, *¿no?*, *¿eh?*, *¿verdad?*, *¿sabes?*, *¿comprendes?*, *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?*, es decir, aquellos marcadores que en, al menos, una variedad geográfica cumpla con el criterio de 25 o más ocurrencias (Hernández Campoy y Almeida, 2005). A este respecto, el comportamiento general de estas partículas reafirma la creencia de que cada comunidad prefiere algunas variantes por sobre otras para el caso, primero, de la función fática de base que cumplen estos marcadores y, segundo, para el caso de cada subfunción en particular. En este sentido, como se revisará más adelante, se confirma nuestra hipótesis sobre la existencia de, por un lado, marcadores panhispánicos, esto es, partículas de empleo extendido a gran parte de las comunidades estudiadas y de, por otro, marcadores locales, es decir, aquellos que son empleados con mayor preferencia en ciertas variedades geográficas. Sobre este punto, cabe recordar que, para el caso de esta variable no se efectuaron pruebas estadísticas que permitan complementar los datos descriptivos obtenidos.

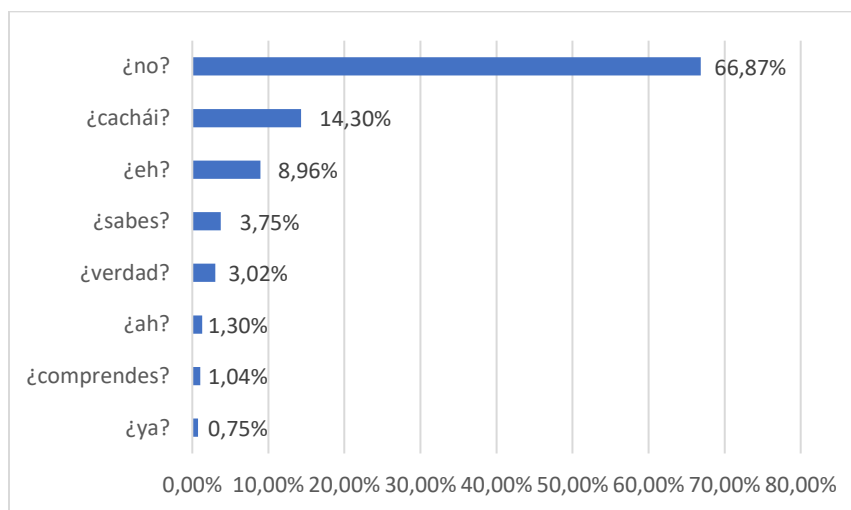
No obstante, primero cabe recordar las diferencias en el total de empleos de este tipo de partículas, lo que se especificó anteriormente en la tabla 6 revisada en el apartado de análisis pragmático. Los resultados que se aprecian son los siguientes: Málaga: 17,46%; Santiago de Chile: 17,64%; Madrid: 31,04%; Ciudad de México: 33,86%. Estos hallazgos señalan que, por un lado, comunidades como Ciudad de México y Madrid presentan mayor cantidad de frecuencia de uso de la gestión fática de control del contacto, ya sea desde la estructuración del discurso: toma, mantenimiento y cierre de turnos, la justificación del propio mensaje o la petición de confirmación de la opinión u entendimiento del otro interlocutor (con afán de buscar complicidad con el o los interlocutores). Por otro lado, comunidades como Santiago de Chile y Málaga presentarían esta función discursiva y sus subvalores con menor intensidad.

A este respecto, la Tabla 41 y el Gráfico 14, a continuación, muestran el contraste en la frecuencia de empleo de cada marcador relevado para el caso de esta variable (*¿no?*, *¿cachái?*, *¿eh?*, *¿sabes?*, *¿verdad?*, *¿ah?*, *¿comprendes?* y *¿ya?*) en el total de la muestra:

Tabla 41: Frecuencia absoluta y porcentual de empleo de cada marcador en el total de la muestra

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
<i>¿no?</i>	3282	66,87%
<i>¿cachái?</i>	702	14,3%
<i>¿eh?</i>	440	8,96%
<i>¿sabes?</i>	184	3,75%
<i>¿verdad?</i>	148	3,02%
<i>¿ah?</i>	64	1,30%
<i>¿comprendes?</i>	51	1,04%
<i>¿ya?</i>	37	0,75%
Total	4908	100%

Gráfico 14: Frecuencia porcentual de empleo de cada marcador en el total de la muestra



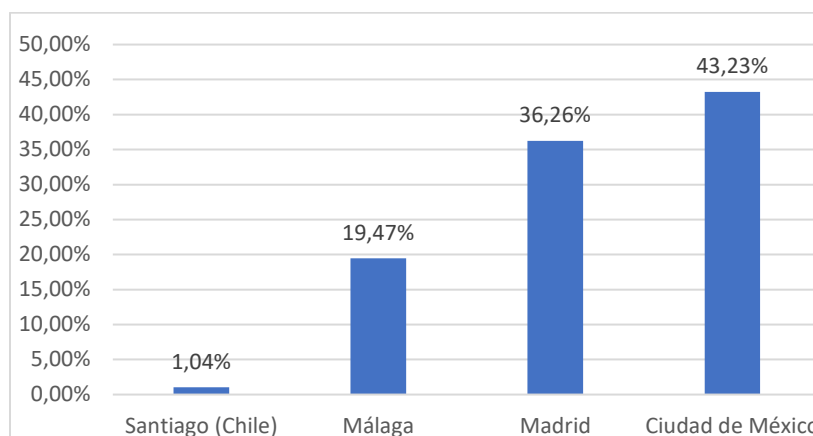
Como señalan estos datos, *¿no?* (66,87%) es por mucho el marcador más empleado en la muestra lo cual demuestra nuestra hipótesis al respecto de este marcador. A esta partícula le siguen *¿cachái?* (14,30%), *¿eh?* (8,96%), *¿sabes?* (3,75%), *¿verdad?* (3,02%), *¿ah?* (1,30%), *¿comprendes?* (1,04%) y *¿ya?* (0,75%). Sobre esto cabe destacar que *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?* serán analizados al final de este apartado puesto que forman un caso aparte; son los únicos empleados en una sola comunidad (Santiago de Chile) mientras que los demás ocurren como mínimo en dos variedades geográficas. En consecuencia, a continuación, se presentan los pormenores de cada una de estas partículas.

En primer término, sobre la distribución de las partículas relevadas en el caso de esta variable, primero cabe referirse al marcador *¿no?*, el cual, como se viene comentando, es la partícula de mayor frecuencia en la muestra. A continuación, la Tabla 42 y el Gráfico 15 muestran la frecuencia de empleo de *¿no?* en las cuatro comunidades hispanohablantes usadas:

Tabla 42: Frecuencia absoluta y porcentual de empleo de '*¿no?*' en la muestra

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
Santiago (Chile)	34	1,04%
Málaga	639	19,47%
Madrid	1190	36,26%
Ciudad de México	1419	43,23%
Total	3282	100%

Gráfico 15: Frecuencia porcentual de empleo de '*¿no?*' en la muestra



Como puede observarse, el empleo de *¿no?* tiene gran vitalidad, primero, en Ciudad de México (43,23%), segundo en Madrid (36,26%) y tercero en Málaga (19,47%) mientras que en Santiago de Chile su ocurrencia es escasa (1,04%). Ante esto, primero, cabe destacar que este es el único marcador que se emplea (con mayor o menor frecuencia) en todas las comunidades de habla consideradas. Segundo, como se comentó anteriormente, esta partícula representa el 66,87% de los casos del total de casos. Tercero, su frecuencia de uso en cada comunidad, como ya se demostró en apartados anteriores, supera el 75% en tres de las cuatro comunidades. Estos hallazgos permiten afirmar, de manera categórica, que este marcador tiene una orientación panhispanica, es decir, su uso y preferencia resulta ser más general que el resto de los marcadores considerados en este trabajo por lo que nuestra hipótesis sobre esta

la preferencia de esta partícula en el plano de las comunidades hispanohablantes, vuelve a reafirmarse.

A este respecto, como señala Loureda y Acín (2010: 28), *¿no?* es un marcador conversacional que permite controlar el contacto y apelar a la confirmación del oyente. Sobre el empleo de esta partícula en las distintas comunidades hispanohablantes, esta ha sido registrada en varios trabajos anteriores. En primer lugar, destacan los trabajos compilados en Valencia y Vigueras (2015) sobre los resultados del Proyecto de Estudio de la Norma Culta Hispánica “J. M. Lope Blanch”. En este estudio, como se ha comentado en secciones anteriores, se analizan los marcadores discursivos de diferentes comunidades de Hispanoamérica más Sevilla y Las Palmas de Gran Canaria. En este trabajo, la idea fue formular investigaciones diacrónicas que puedan señalar diferencias en el transcurso de dos épocas temporales (aunque el rango de tiempo depende de cada trabajo, el patrón general indica una diferencia entre 20 y 40 años entre los dos corpus analizados). La perspectiva de análisis aborda tanto aspectos pragmáticos como sociolingüísticos. Dentro de esto, las variables empleadas fueron sexo-género y edad, mientras que el nivel educativo fue una variable controlada, puesto que solamente se consideró el nivel de escolaridad alto. A este respecto, sobre *¿no?*, Santana (2015) en Sevilla, Hernández Cabrera (2015) en Las Palmas de Gran Canaria y Mafud y Perdomo (2015) en La Habana obtienen que esta partícula es, con más de 200 muestras, la más empleada en las respectivas comunidades. Asimismo, Guirado (2015) en Caracas también registra el uso preferente de este marcador, el que muestra alrededor de 100 casos. Por su parte, Valencia (2015) en Santiago de Chile y Toniolo y Zurita (2015) en Córdoba, indican una frecuencia media, en el caso de los hablantes santiaguinos (38 muestras, la segunda preferencia) y una frecuencia baja para Córdoba (menos de 10 ocurrencias).

Por otro lado, otras investigaciones más allá del Proyecto de la Norma Culta también han arrojado datos interesantes. Según Santana (2017), un estudio basado, principalmente, en 168 entrevistas semidirigidas de 12 ciudades hispanohablantes del *Macrocorpus para el estudio de la norma lingüística culta de las principales ciudades del mundo hispánico* (Samper et al., 1998), *¿no?* es la partícula más frecuente y está presente de manera significativa en todas las ciudades del corpus, esto es, en orden descendente: Lima (581 muestras), La Paz (475), Las Palmas de Gran Canaria (238), Buenos Aires (169), Caracas (162), Madrid (155), Sevilla

(141), Ciudad de México (131), Bogotá (91), Santiago de Chile (69), San Juan de Puerto Rico (46) y San José de Costa Rica (11). De este modo, por un lado, en todas las ciudades estudiadas se registraron casos de este marcador y, por otro, en 9 de las 12 comunidades esta partícula fue la de mayor frecuencia de uso. Sobre las 3 que no arrojan este comportamiento, es decir, Santiago de Chile, San Juan de Puerto Rico y San José de Costa Rica, la autora señala que: “en esas ciudades es presumible que haya otro elemento que actúe como prototípico” (Santana, 2017: 245). Sobre estos resultados, nuevamente cabe recordar que este es un estudio que, como su objetivo es el estudio lingüístico de la norma culta, el único nivel educativo considerado es el alto. Entonces, es pertinente analizar con cautela estos datos, ya que, si esta condición de escolaridad se amplía, puede ser que los hallazgos muestren alguna discrepancia con los resultados de Santana (2017). En suma, estos hallazgos son solamente válidos para hablantes de nivel alto de instrucción y no para hablantes de los niveles medio y bajo.

Por su parte, Lewis y San Martín (2018)²⁴, Cestero (2019), Santana (2019) y Olivares (2019) son trabajos que investigan muestras del corpus PRESEEA (Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América)²⁵. Al respecto, Lewis y San Martín (2018) indican que, en Santiago de Chile, *¿no?* obtiene una frecuencia baja (2,03%) mientras que Cestero (2019) en Madrid (barrio Vallecas) y Santana (2019) en Sevilla, demuestran que esta es la partícula más empleada en sus respectivas muestras (47,3% y 74,1%, respectivamente). Por su parte, Olivares (2019) es un estudio que busca rastrear la presencia de *¿no es cierto?* y sus equivalentes funcionales, aborda 324 entrevistas semidirigidas de 18 ciudades hispanohablantes (18 entrevistas por cada variedad geográfica) de América y España del corpus PRESEEA. Según este trabajo, *¿no?* es la partícula de mayor frecuencia en la muestra. Sobre esto, destaca, por un lado, la alta preferencia de ciudades como Lima (1827 muestras), Ciudad de México (1292), Madrid (767) Santiago de Compostela (605) y Málaga (564) mientras que, por otro, la baja frecuencia de este marcador en comunidades como Capital de Guatemala (99 casos), Monterrey (97) y Santiago de Chile (20).

²⁴ Este trabajo usa entrevistas del corpus ESECH el que es la base principal del corpus PRESEEA de Santiago de Chile.

²⁵ Cabe destacar que, como Santana (2019) es un estudio diacrónico, además de PRESEEA también utiliza materiales del grupo de *Sociolingüística Andaluza: Estudio Sociolingüístico del Habla de Sevilla*.

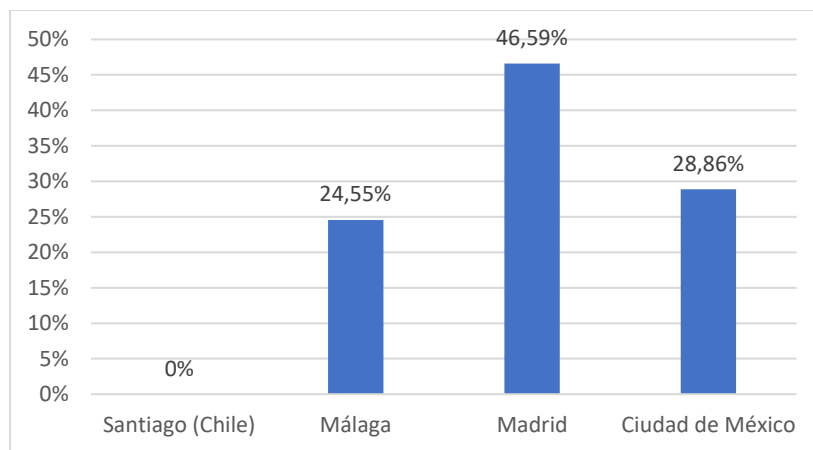
En suma, estos hallazgos de estudios precedentes, esto es, tanto los basados en la norma culta como los que analizan el corpus PRESEEA u otros como ESECH, sumados a los de nuestro estudio, permiten señalar algunas regularidades. En primer lugar, ¿no? es una partícula que está presente en todas las comunidades hispanohablantes estudiadas. De esta forma, con mayor certeza puede asegurarse el carácter panhispánico de este marcador. Esto puede significar que, por más que la variedad geográfica varíe, ¿no? es comprendido y utilizado como una variante del español, en general, y no tanto asociada a una u otra comunidad hispanohablante en particular, como sí sucede con otras partículas. En segundo lugar, sobre las frecuencias de uso del empleo de este tipo de partículas en Santiago de Chile, Ciudad de México, Madrid y Málaga, las comunidades de habla estudiadas por nuestra investigación, es posible confirmar que Ciudad de México, Madrid y Málaga (con diferencias porcentuales entre sí) son variedades geográficas en las que ¿no? es empleado como la primera opción de uso mientras que en Santiago de Chile el empleo de esta partícula es obsolescente y escaso. De esta forma, tal como señala (Santana, 2017), en estos casos, son otros equivalentes funcionales los que ostentan mayor preferencia (en el caso de Santiago de Chile, ¿cachái?). A continuación, con el fin de proceder con el resto del análisis de la variable geográfica, ofrecemos los pormenores de la frecuencia de uso de ¿eh?

En segundo término, sobre la frecuencia de uso de ¿eh? en las cuatro comunidades, a continuación, la Tabla 43 y el Gráfico 16, muestran su distribución:

Tabla 43: Frecuencia absoluta y porcentual de empleo de ‘¿eh?’ en la muestra

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
Santiago (Chile)	0	0%
Málaga	108	24,55%
Madrid	205	46,59%
Ciudad de México	127	28,86%
Total	440	100%

Gráfico 16: Frecuencia porcentual de empleo de ‘¿eh?’ en la muestra



Como se observa en la Tabla 43 y el Gráfico 16, *¿eh?* es usado en la muestra en 440 ocasiones del total de empleos lo cual representa un 8,96%. Particularmente, Madrid es la comunidad en la que se aprecia con mayor presencia este marcador con un 46,59% mientras que el resto le sigue con los siguientes porcentajes: Ciudad de México (28,86%), Málaga (24,55%) y Santiago de Chile (0%).

A este respecto, entonces, al parecer, *¿eh?* se emplea (siempre por debajo de *¿no?*) en la gran mayoría de las variedades hispanohablantes con algunas excepciones (como Santiago de Chile, en el caso de nuestro estudio). Esto quiere decir que su presencia es relevante en casi la mayoría de las comunidades estudiadas. Según estudios precedentes, la distribución geográfica de esta partícula arroja hallazgos relevantes similares. Sobre esto, Santana (2015) en Sevilla registra que este marcador es la segunda preferencia para este tipo de marcadores. No obstante, esta frecuencia la cumple con una diferencia muy marcada respecto de la primera opción, *¿no?* (mientras *¿no?* registra 257 casos, *¿eh?* lo hace con 32). De forma similar, en un trabajo posterior, Santana (2019) indica nuevamente que *¿eh?* (10,9%) es la segunda opción de los sevillanos para este tipo de partículas. Por otro lado, en algunas comunidades, esta partícula representa la tercera opción en la frecuencia de uso. Esto es registrado y comentado por Cestero (2019) en Madrid (barrio de Vallecas) y Hernández Cabrera (2015) en Las Palmas de Gran Canaria. Cabe destacar que, en ambos casos, *¿eh?* se ubica en el tercer lugar de las preferencias por debajo de *¿no?* y de *¿sabes?* Asimismo, este marcador también es empleado con baja frecuencia en varias variedades hispanohablantes. Este hallazgo es señalado para los casos de Córdoba (Toniolo y Zurita, 2015) y Santiago de Chile (Lewis y San Martín, 2018; Valencia, 2015), lugares en los que este marcador obtiene

menos de 5 ocurrencias. Finalmente, tal y como sucedió para Santiago de Chile en nuestro estudio, Mafud y Perdomo (2015) en La Habana no registra casos de *¿eh?* en su trabajo.

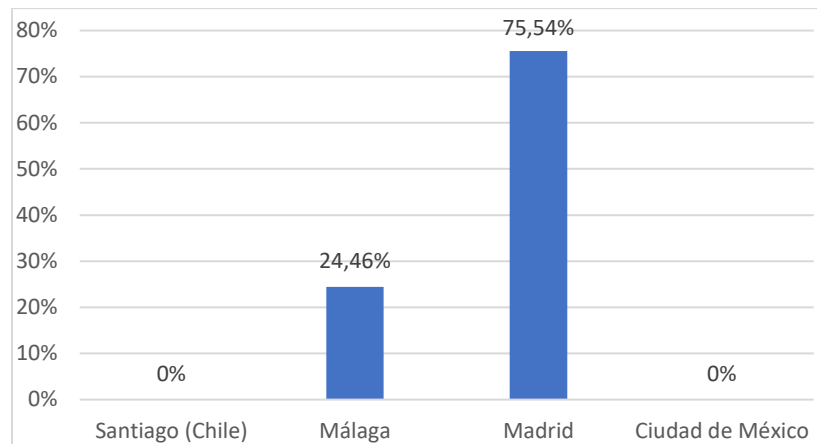
Por consiguiente, podemos afirmar que *¿eh?* es una partícula que está presente con frecuencia media o baja en gran parte de las comunidades del mundo hispano. Dentro de esto, como se aprecia, es más destacable su empleo en comunidades peninsulares (Madrid, Málaga, Las Palmas de Gran Canaria, Sevilla) ya que, en Hispanoamérica, al parecer, solo Ciudad de México emplea *¿eh?* con frecuencia media mientras que el resto de los núcleos urbanos tiende a una frecuencia de uso ínfima. Entonces, aún en los casos comentados de variedades del español de España, su empleo siempre está por debajo de otras partículas, sobre todo, de *¿no?* Al respecto, consideramos que un factor importante para esta diferencia puede estar relacionado con las funciones pragmáticas que comúnmente se asocian a cada marcador, esto es, los valores de reafirmación del propio discurso y la modalización intensificadora de *¿eh?* y el valor comprobativo y el efecto atenuador de *¿no?* Entonces, como desde el punto de vista de la cortesía verbal y los principios de cooperación conversacional de Grice, es más frecuente que los hablantes busquen la armonía y no el conflicto en la conversación, creemos que *¿eh?* generalmente tiende a ser menos empleado que *¿no?* ya que puede considerarse que este último está más fuertemente ligado a un recurso lingüístico cortés. A continuación, proseguimos con el análisis de la variable geográfica para el caso de *¿sabes?*, una partícula importante en nuestro estudio.

En cuarto término, sobre la distribución de *¿sabes?* según esta variable, la Tabla 44 y el Gráfico 17, señalan la frecuencia absoluta y el porcentaje de su empleo en cada comunidad:

Tabla 44: Frecuencia absoluta y porcentual de empleo de '¿sabes?' en la muestra

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
Santiago (Chile)	0	0%
Málaga	45	24,46%
Madrid	139	75,54%
Ciudad de México	0	0%
Total	184	100%

Gráfico 17: Frecuencia porcentual de empleo de '¿sabes?' en la muestra



Como muestran los datos de la Tabla 44 y el Gráfico 17, *¿sabes?* se emplea en 184 ocasiones lo cual representa el 3,75% del total. En particular, de forma similar a lo que ocurre en el caso de *¿eh?*, la variedad geográfica que emplea con mayor preferencia el marcador *¿sabes?* es Madrid al que le siguen Málaga con 24,46%, Santiago de Chile y Ciudad de México, ambas sin casos (0%).

Sobre la distribución geográfica de este marcador en nuestra muestra, como se aprecia, es muy claro que esta es una partícula marcadamente empleada por parte del español peninsular ya que, como se observa en el gráfico y tabla anteriores, las ciudades Santiago de Chile y Ciudad de México, ambas hispanoamericanas, no registran ocurrencias. Este tipo de distribución también ha sido señalada por algunos trabajos anteriores. En particular, Madrid y Sevilla son comunidades de habla recurrentemente estudiadas por la literatura especializada para el caso de este marcador. Según estudios como Molina (2017), este es un marcador frecuente en Madrid (Vallecas) el que, desde un punto de vista sociolingüístico, es empleado o bien por hombres o mujeres jóvenes de estrato social bajo. Asimismo, Cestero (2019), con base en el mismo corpus, registra que *¿sabes?* es la segunda opción de los madrileños del barrio Vallecas, por debajo de *¿no?* De forma similar, Molina (2005) y Santana (2019) registran la preferencia de los sevillanos por esta variante. En particular, según Santana (2019), *¿sabes?* representa la tercera mayoría de uso debajo de *¿no?* y *¿eh?* Por su parte, otra variedad geográfica donde se releva esta partícula es en Las Palmas de Gran Canaria. Sobre esto, Hernández Cabrera (2015) indica que este marcador es la segunda preferencia de los hablantes de esta comunidad, aunque muy por debajo de *¿no?*

Por otro lado, varios trabajos se suman al hecho de la baja o nula frecuencia de *¿sabes?* en comunidades hispanoamericanas. Por ejemplo, Mafud y Perdomo (2015) en La Habana, Taniolo y Zurita (2015) en Córdoba y Valencia (2015) y Lewis y San Martín (2018) en Santiago de Chile no registran muestras de este marcador, mientras que Guirado (2015) en Caracas registra 11 casos de empleo de esta partícula. Ante esto, creemos que es posible que *¿sabes?* esté siendo empleado en Hispanoamérica a partir de sus equivalentes funcionales: *¿sabés?*, *¿sabe (usted)?*, *¿sabí(s)?*, etc. Como señala Santana (2017), estos equivalentes se diferencian de *¿sabes?* en distintos rasgos: i) cercanía con el interlocutor (*¿sabe (usted)?* v/s *¿sabés?* o *¿sabís?*); ii) mención explícita o no del sujeto pronominal (*¿sabes?* / *¿tú sabes?*; *¿sabís?* / *¿tú sabís?*; *¿sabés?* / *¿tú sabés?*; *¿sabe?* / *¿sabe usted?*) y; iii) el tipo de voseo empleado (principalmente, *¿sabés?* v/s *¿sabís?*).

Aun así, como señala esta autora en su trabajo sobre la norma culta o el nivel educativo alto, su frecuencia sigue siendo mínima, ya que estos equivalentes funcionales de *¿sabes?* registran menos de 5 ocurrencias en todas las comunidades hispanohablantes de América estudiadas por Santana (2017). En definitiva, la partícula *¿sabes?*, en comparación con otros marcadores como *¿no?*, es más empleada por comunidades peninsulares que por variedades hispanoamericanas. Esto refleja que su empleo es más localizado y menos panhispánico, aunque es probable que su inserción en la cadena hablada no implique problemas comunicativos en hablantes hispanoamericanos, debido a su transparencia semántica. En este sentido, *¿sabes?* puede entenderse como un indicador sociolingüístico de ciertas variedades geográficas peninsulares. A continuación, se explicarán los pormenores de la partícula *¿verdad?* con el afán de proseguir con el análisis de la variable geográfica.

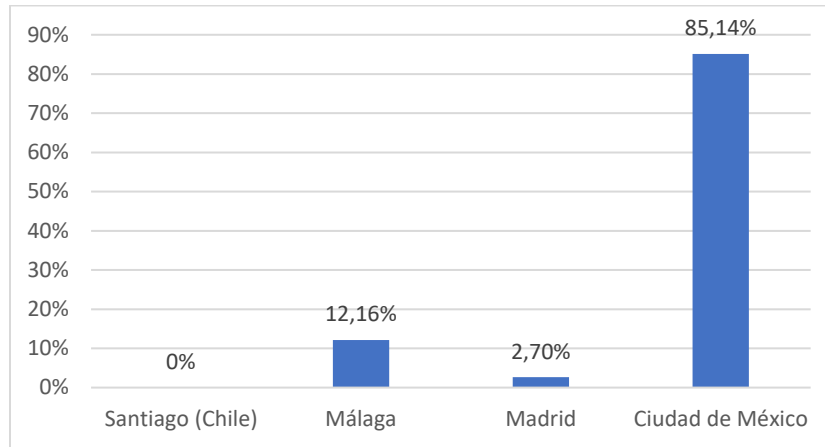
En quinto término, sobre la frecuencia de empleo de *¿verdad?* en su función de marcador interrogativo de control contacto, la Tabla 45 y el Gráfico 18, a continuación, muestran la frecuencia absoluta y el porcentaje de uso de esta partícula según la variable geográfica:

Tabla 45: Frecuencia absoluta y porcentual de empleo de ‘¿verdad?’ en la muestra

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
Santiago (Chile)	0	0%
Málaga	18	12,16%
Madrid	4	2,70%
Ciudad de México	126	85,14%

Total	148	100%
--------------	-----	------

Gráfico 18: Frecuencia porcentual de empleo de '¿verdad?' en la muestra



Como puede observarse en la Tabla 45 y el Gráfico 18, *¿verdad?* se emplea en 148 ocasiones (3,02% del total). En específico, la variedad geográfica que mayor preferencia tiene por este marcador es Ciudad de México con el 85,14% de los empleos. Esta gran diferencia contrasta con la situación de las demás comunidades las cuales presentan los siguientes datos: Málaga: 12,16%, Madrid: 2,70% y Santiago: 0%.

A este respecto, según estos resultados, *¿verdad?* es marcadamente más empleado por los hablantes mexicanos de nuestra muestra. Esto puede ser indicador de que, de forma similar a como *¿sabes?* era un índice geográfico de variedades peninsulares, *¿verdad?* sea de uso localizado de Ciudad de México y zonas contiguas. Resultados similares obtiene Uclés (2018) en su estudio de *¿verdad?* (y otros marcadores) en tanto atenuador. Esta autora registra mayor frecuencia de uso de esta partícula en Monterrey y Ciudad de México a diferencia de Valencia y Madrid, comunidades que muestran una frecuencia más baja. Entonces, sobre la distribución geográfica de este marcador, algunos trabajos precedentes son importantes. Según Santana (2017), esta partícula es más frecuente, primero en San José de Costa Rica (207 muestras), segundo, en Ciudad de México (132) y, tercero, en San Juan de Puerto Rico (118) mientras que, al otro lado de la escala, *¿verdad?* tiene muy poca frecuencia o no se registra en ciudades como Santiago de Chile (5 casos), Buenos Aires (0) y Lima (0). Asimismo, Toniolo y Zurita (2015) en Córdoba y Lewis y San Martín (2018), también confirman la baja o nula frecuencia de esta partícula en comunidades del sur de

América. En este sentido, sobre su distribución en Hispanoamérica, es clara la tendencia de uso de este marcador en la zona del sur de América del norte (México) y en algunos lugares de América central. Por el contrario, en varios sectores de América del sur su presencia es baja o nula.

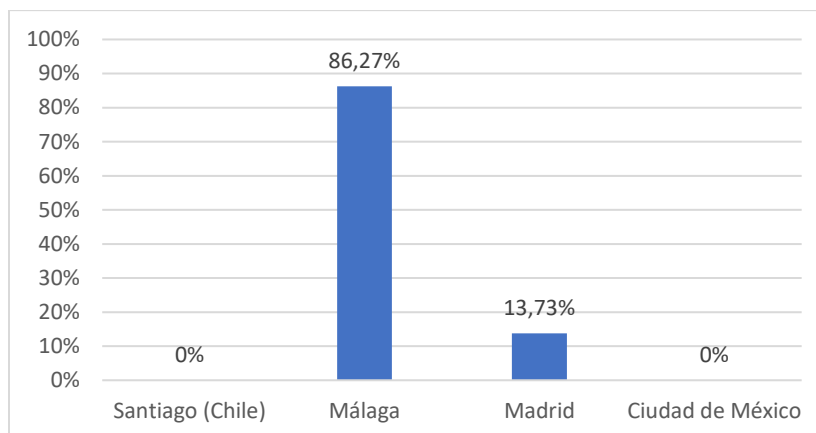
Por otro lado, el gráfico y la tabla anteriores también señalaron una baja (pero no nula) ocurrencia de *¿verdad?* en comunidades peninsulares. Al respecto, Hernández Cabrera (2015) en Las Palmas de Gran Canaria, Santana (2015) en Sevilla y Cestero (2019) en Madrid (Vallecas), comentan esta distribución. De este modo, esta es una partícula que tiene mayor frecuencia de uso en Ciudad de México y algunos sectores cercanos de América central. Por el contrario, en la mayoría de las comunidades hispanohablantes de España y América del sur (en orden de frecuencia de uso), su empleo es bajo o nulo. Por ende, es probable que para el caso de este comprobativo en comunidades como Santiago de Chile donde su presencia es prácticamente nula, sean otros los marcadores que cumplan con esta función. Esto refleja el carácter localizado (y no panhispánico) de *¿verdad?* A continuación, con el objetivo de proseguir con el análisis geográfico, se presentan los pormenores de *¿comprendes?*

En sexto término, en cuanto a la partícula *¿comprendes?* según la variable geográfica, a continuación, la Tabla 46 y el Gráfico 19 señalan la diferencia de su frecuencia de empleo en las cuatro comunidades de habla:

Tabla 45: Frecuencia absoluta y porcentual de empleo de 'comprendes?' en la muestra

Variedad geográfica	Frecuencia total	Porcentaje
Santiago (Chile)	0	0%
Málaga	44	86,27%
Madrid	7	13,73%
Ciudad de México	0	0%
Total	51	100%

Gráfico 19: Frecuencia porcentual de empleo de '¿comprendes?' en la muestra



Como se observa en la Tabla 45 y el Gráfico 19, *¿comprendes?* se utiliza en 51 ocasiones (1,04% del total). Particularmente, este marcador es mayormente empleado en Málaga con un 86,27% de los casos. El resto de las comunidades presenta los siguientes porcentajes de uso: Madrid 12,73%; Santiago de Chile y México 0% (no registra número de casos). De esta forma, aunque no de manera absoluta debido al bajo número de ocurrencias en comparación con los demás marcadores, *¿comprendes?* sería el único marcador que se emplea preferentemente en Málaga más que en otras comunidades.

Entonces, este marcador es más empleado en zonas peninsulares, sobre todo en Málaga. Sobre la distribución geográfica de este marcador, algunos trabajos precedentes registran aspectos relevantes. Los resultados de estos trabajos, principalmente, apoyan, por un lado, que esta es una partícula de escasa frecuencia y, por otro, que esta baja aparición se registra mayoritariamente en hablantes peninsulares. Sobre esto, Hernández Cabrera (2015) y Santana (2017) para Las Palmas de Gran Canaria, Santana (2015, 2019) en Sevilla, y Santana (2017) para Madrid, registran una muy baja frecuencia de *¿comprendes?* (bajo las 10 ocurrencias). Por el contrario, en ciertas zonas del español americano esta partícula no se registra: Mafud y Perdomo (2015) en La Habana, Toniolo y Zurita (2015) en Córdoba, Valencia (2015) y Lewis y San Martín (2018) en Santiago de Chile, no encuentran casos de este marcador en sus estudios. Por ende, pareciera ser que, para el caso de este comprobativo que sirve para corroborar el entendimiento de los enunciados, es más clara su presencia en las variedades del español de España.

No obstante, ante esto cabe mencionar dos aspectos importantes. En primer lugar, como el empleo de este marcador es tan bajo en la mayoría de los trabajos revisados, es probable que los distintos métodos de recogida de los datos no motiven su aparición. En este sentido, un trabajo más pormenorizado en el que su presencia pueda estar más justificada puede mostrar otras perspectivas a estos hallazgos. En segundo lugar, tal como sucedía con *¿sabes?* y sus equivalentes funcionales (*¿sabe?*, *¿sabés?*, *¿sabís?*, etc.), *¿comprendes?* también posee esta condición. Esto señala que este tipo de partículas no están del todo gramaticalizadas y que, por lo tanto, varían según aspectos morfosintácticos. En consecuencia, en algunos trabajos hemos encontrado (con la misma baja frecuencia) la presencia partículas como *¿(me) comprendes?*, *¿(me) comprendís?*, *¿(me) comprendés?*, etc. Asimismo, como señala Santana (2019), este es un marcador que comparte las mismas funciones pragmáticas con *¿entiendes?* (y sus equivalentes). De este modo, puede ser que esta variación sea un indicador de la baja frecuencia registrada tanto en nuestro trabajo como en los de la bibliografía especializada. No obstante, como comentábamos anteriormente, aunque su empleo es muy bajo, destaca su uso preferente por parte de hablantes de comunidades de España por sobre las de Hispanoamérica, aspecto que no está del todo resuelto. A continuación, analizaremos el comportamiento de *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?*, partículas de marcado uso santiaguino.

Por último, sobre las partículas *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?*, estos son marcadores de uso exclusivo de Santiago de Chile puesto que Madrid, Málaga y Ciudad de México no registran ocurrencias en nuestro estudio. De esta manera, *¿cachái?* con un 14,3% del total de empleos, *¿ah?* con 1,30% y *¿ya?* con un 0,75%, son ejemplos de la gran tendencia de la comunidad de Santiago de Chile por preferir marcadores locales en comparación de las demás variedades geográficas. Sobre esto, la alta preferencia de hablantes santiaguinos (sobre todo, jóvenes) por *¿cachái?* ha sido trabajada por varios estudios anteriores (cf. San Martín, 2011; Mondaca et al., 2014; Gille, 2015; Lewis y San Martín, 2018, entre otros). Es más, hasta el momento, según la bibliografía especializada revisada, no existe ningún estudio que registre empleos (por más mínimo que esto pueda ser) de esta partícula en otra variedad geográfica hispanohablante. No obstante, al parecer *¿ah?* y *¿ya?* sí son registrados en ciertas zonas geográficas por otros trabajos precedentes.

A este respecto, primero, sobre *¿ah?*, Santana (2017) indica que “a pesar de ser la tercera partícula más documentada en el *macrocorpus*, su uso se concentra en solo 4 ciudades hispanoamericanas: Caracas, Lima, San José de Costa Rica y, especialmente, Santiago de Chile” (257). Asimismo, existen trabajos que confirman su empleo preferente de parte de hablantes santiaguinos, estos son, Valencia (2015) y Lewis y San Martín (2018), trabajos en que, no obstante, este marcador se registra con baja frecuencia. Entonces, como señala Santana (2017), *¿ah?* “es un recurso de marcado carácter dialectal hispanoamericano y, de forma más específica, chileno” (257). De esta forma, tal como hemos comentado en apartados anteriores, es probable que este marcador varíe geográficamente con equivalentes funcionales como *¿eh?*, partícula con la que comparte equivalencia en su comportamiento pragmático. Así pues, mientras *¿ah?* es más preferido en Santiago de Chile y otras zonas de América del sur, *¿eh?* es más frecuente en zonas de América del norte y comunidades peninsulares.

Segundo, sobre *¿ya?*, Valencia (2015) confirma el empleo preferentemente santiaguino de este marcador y señala que “en lugar de *¿no?*, que se siente muy formal, los jóvenes prefieren usar la partícula interrogativa *¿ya?*, para lograr la colaboración del otro” (417) por lo que es probable que, debido a la similitud del comportamiento pragmático entre *¿no?* y *¿ya?*, en Santiago de Chile, prevalezca *¿ya?*, un marcador que en esta comunidad es considerado menos formal y más vernáculo que *¿no?*, una partícula más estándar y panhispanica. Asimismo, Santana (2017) comenta que esta partícula también está presente en Lima y La Paz. De este modo, en general, sobre todo a través de la distribución geográfica de *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?*, es claro que Santiago de Chile, a partir de nuestro estudio y los trabajos precedentes analizados, es una de las comunidades hispanohablantes que prefiere con mayor fuerza marcadores interrogativos de control de contacto más locales que panhispanicos.

Finalmente, me parece importante poder analizar la generalidad de las distintas distribuciones anteriormente referidas a través de otros niveles de interpretación, como el punto de vista histórico y político. De este modo, es muy probable que el empleo más/menos frecuente de ciertas partículas se explique a través del vínculo histórico y político entre la norma y el estándar y las distintas comunidades de habla estudiadas. En este sentido, anteriormente sugerimos que partículas como *¿no?* pueden vincularse a un estándar y a un prestigio abierto

de la lengua, debido a, por un lado, su estrecho vínculo con el nivel educativo alto en la mayoría de los casos y, por otro, a su gran difusión en el mundo hispanohablante. Asimismo, hemos observado que tanto Ciudad de México, Madrid y Málaga (en orden porcentual), son núcleos urbanos que emplean con una marcada alta frecuencia este tipo esta partícula. Sobre esto, creemos que estos resultados no son azarosos y, de forma complementaria a todos los aspectos sociolingüísticos que antes hemos abordado, consideramos que esto tiene una base macroestructural concerniente a la historia de la lengua española.

De esta forma, siguiendo los aportes de la bibliografía especializada en esta área temática (cf. Fontanella de Weinberg, 1992; De Granda, 1994; Lara, 2013, entre otros), las distintas ciudades hispanoamericanas se han relacionado de forma distinta con la lengua española y los procesos de estandarización lingüística. Entonces, como indica Fontanella de Weinberg (1992), es indudable que en la mayor parte de las variedades del español americano –al menos en las variedades urbanas- se ha dado un proceso de estandarización. Al respecto, entendemos como proceso de estandarización al “proceso por el cual una variedad de lengua llega a ser aceptada por una comunidad dada como norma supradialectal: la forma más perfecta de lenguaje estimada como superior a los dialectos regionales y sociales” (De Granda, 1994: 80), lo cual implica, por supuesto, una escala gradual de más/menos estándar asociada a cada variante del español, en general, y a las formas lingüísticas, en específico. Por ende, esta variedad estándar puede entenderse como “la forma codificada de un idioma que es aceptada y que sirve como modelo a una comunidad relativamente grande” (Garvin y Mathiot, 1974: 303).

No obstante, es impreciso señalar la existencia de formas lingüísticas de carácter estándar en el español sin ubicarlas geográficamente, esto es, sin indicar cuál es la relación de cada comunidad hispanohablante con la estandarización. A este respecto, primero, De Granda (1994) observa tres tipos de áreas del español americano según estos aspectos: i) *áreas centrales*: México, Quito, Lima-Charcas, entre otras; ii) *áreas intermedias y periféricas*: Centroamérica, Popayán, zonas atlánticas de Colombia y Venezuela, Tucumán, entre otras; y ii) *áreas marginales*: Paraguay, islas antillanas, entre otras. Por ende, en zonas centrales destaca la relación directa y temprana con los españoles, sus instituciones de colonización (cortes, virreinos, establecimientos públicos y educativos, etc.) y, por consiguiente, con la

estandarización lingüística. Por el contrario, en el otro lado de la escala se ubican sectores o comunidades como Paraguay donde estos aspectos no se han instaurado o no logran cuajar del todo, lo cual puede explicar el bilingüismo nacional de este territorio.

Por lo tanto, los procesos de estandarización son hitos importantes a la hora de motivar una relación más fuerte con el estándar en el caso del español americano. Sobre esto, Fontanella de Weinberg (1992), desde una perspectiva histórica, explica que el proceso de estandarización puede considerarse como *estandarización temprana* o *tardía*. En primer término, la autora señala como *estandarización temprana*, a la realizada a principio y mediados de siglo XVII, la que se extendió a *áreas centrales* de la América hispánica (México, Quito, Lima-Charcas, entre otras) entre las últimas décadas del siglo XVI y las primeras del XVII. Esto implicó un temprano impulso de instituciones donde la variedad estándar fue instruida por lo que, como señala Menéndez Pidal (1962), por ejemplo, México

ostentó muy pronto un nivel de vida espiritual y material comparable al de las mayores ciudades de la metrópoli. Conquistada en 1521, a los ocho años tenía sede catedral; en 1535 comienza a ser corte de virreinato; se hace cabeza de arzobispado en 1547; en 1530 empieza a tener imprenta, la primera del Nuevo Mundo; inaugura pomposamente su universidad en 1553... (Menéndez Pidal, 1962:158).

Por ende, en estos casos, la matriz lingüística prestigiosa se ha impuesto en la modalidad local (de forma gradual y no absoluta) produciéndose un desplazamiento de una variante por sobre otra.

Los condicionamientos de esta situación, como señala la bibliografía especializada, son variados. Me interesa destacar dos puntos principales al respecto: i) accesibilidad elevada y temprana al modelo prestigioso de norma lingüística y ii) procesos de urbanización poblacional. En efecto, en las *áreas centrales* existían importantes instituciones docentes civiles y eclesiásticas como universidades y colegios que facilitaron la accesibilidad a la norma lingüística, así como también, esto es síntoma de un proceso de urbanización poblacional. De forma similar, cabe recordar que ciudades como Madrid (capital de España), históricamente se han impulsado como un modelo de lengua (con lo cual se puede o no estar de acuerdo) a partir de la creación de gramáticas e instituciones de lengua que promueven (o promovían, más bien) las características de esta variedad como un ejemplo supradialectal del español. En suma, para el caso de la elevada frecuencia de *¿no?* (una forma lingüística

estándar del español) en Ciudad de México y Madrid, estos pueden ser puntos clave para una interpretación sociolingüística e histórica lógica de nuestros hallazgos.

Por el contrario, ciudades como Santiago de Chile (y Chile, en general) señalan un devenir histórico diferente, ya que se vinculan, por un lado, con *áreas intermedias y periféricas* (De Granda, 1994) y por otro, con la *estandarización tardía* (Fontanella de Weinberg, 1994). Sobre esto, la *estandarización tardía* fue desarrollada en determinadas zonas americanas (periféricas o marginales) parte de los dominios aún españoles de América durante la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX o, para precisar más, entre 1760 y 1810. De este modo, la instauración del proceso de estandarización en Chile es tardío, en comparación con México o Lima. Esto puede revelar que, en general, sociocultural y lingüísticamente hablando, el vínculo de esta comunidad con el estándar de lengua no es algo arraigado, sino que, más bien, es algo reciente. Aún más, si comparamos esta comunidad con Madrid, podemos apreciar que, en el transcurso de la historia del español, Santiago de Chile no se ha considerado como un ejemplar supradialectal de lengua, como sí ha sucedido con la comunidad madrileña. Por lo tanto, estos pormenores pueden explicar que, dentro del variado campo de elecciones de formas lingüísticas del español, al menos en el caso de la conversación o la entrevista semiestructurada, los hablantes santiaguinos tiendan más a seleccionar formas vernáculas y locales que variantes estándar, lo cual observamos en nuestros resultados puesto que, en Santiago de Chile se prefiere *¿cachái?* por sobre *¿no?*, de marcado carácter estándar.

En conclusión, las comunidades geográficas relevadas por nuestro estudio arrojan preferencia por uno u otro marcador interrogativo de control de contacto. A este respecto, *¿no?* es de uso hispánico general en tanto se presenta en todas las comunidades con mayor o menor intensidad siendo Ciudad de México la variedad geográfica con mayor empleo. Por su parte, *¿eh?* es mayormente empleado por hablantes madrileños, aunque también se registran casos importantes tanto en Ciudad de México como Málaga. De forma similar, *¿sabes?* también pareciera emplearse mayoritariamente en Madrid (alrededor de 75% del total) mientras que *¿verdad?* es utilizado con gran fuerza por hablantes de Ciudad de México (alrededor de 85% de las preferencias). Para el caso de *¿comprendes?*, aunque no se registra gran cantidad de casos, lo habitual es que los hablantes malagueños empleen en mayor

medida este marcador. Por último, *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?* son empleados solamente por hablantes santiaguinos lo que, por lo tanto, muestra una tendencia de esta variedad por el empleo de formas locales en cuanto a los marcadores interrogativos de control de contacto. En suma, mientras *¿no?* y *¿eh?* parecen tener un comportamiento más panhispánico, *¿sabes?* en Madrid, *¿verdad?* en Ciudad de México, *¿comprendes?* en Málaga y *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?*, en Santiago, son de uso más localizado. En suma, esto confirma nuestra segunda hipótesis sobre la existencia de marcadores interrogativos de control de contacto “panhispánicos”, esto es, cuyo empleo es transversal a diferentes variedades en contraposición a otros de uso local. Por último, para finalizar nuestro estudio, ofrecemos una sección de conclusiones, limitaciones y proyecciones.

6. CONCLUSIONES Y PROYECCIONES

En este informe de tesis hemos llevado a cabo un estudio sobre la variación sociopragmática de los “marcadores interrogativos de control de contacto” (San Martín, 2011), un tipo de marcadores del discurso. Nuestro objetivo fue analizar la variación sociopragmática regional en este tipo de partículas en 144 entrevistas semiestructuradas de los corpus del PRESEEA de Santiago (Chile), Ciudad de México, Madrid y Málaga. En concreto, la investigación consta de un análisis pragmático y sociolingüístico de este tipo de marcadores. En el ámbito pragmático, según las directrices teóricas empleadas, los marcadores interrogativos de control de contacto cumplen una función fática básica de gestión y control de la atención y el contacto con los interlocutores. Asimismo, también pueden ejercer distintos subvalores como la estructuración y la focalización informativa de los enunciados, la gestión de los turnos (apertura, cierre, sesión de turnos), la reafirmación del discurso (función justificativa) o la comprobación del entendimiento u opinión del oyente. Estas subfunciones pueden situarse gradualmente en una escala en la que, por un lado, se ubica la relación entre el hablante y su mensaje y, por otro, la relación entre el hablante y el oyente. Podemos sintetizar nuestros principales hallazgos del modo siguiente.

Primero, sin efectuar un análisis cuantitativo, podemos decir que las subfunciones más habituales de estas partículas fueron la comprobativa, la justificativa y las modalizaciones de intensificación y atenuación. En particular, como señalan Orozco (2014) y Uclés (2017) *¿no?*, además de la función comprobativa de apelación al oyente para corroborar su opinión o entendimiento, puede cumplir un rol atenuativo. De forma similar, *¿cachái?*, *¿comprendes?* y *¿sabes?* sirven de forma más notoria para constatar o comprobar el entendimiento del contenido (San Martín, 2011; Lewis y San Martín, 2018). Por otro lado, otras variantes cumplen con claridad un papel justificativo de reafirmación del propio discurso lo que a menudo puede ir acompañado de intensificación: *¿eh?*, *¿ah?*, *¿ya?*, *¿comprendes?* y *¿sabes?*, aunque esta no es una condición de su uso y también puede adjuntarse la función comprobativa de apelación al interlocutor. Por otro lado, cabe destacar la semejanza entre *¿eh?* y *¿ah?* tanto en su forma morfológica como en su funcionamiento.

Esto indica que los hablantes escogen variantes para cumplir (sub)función(es) pragmática(s) según motivaciones de carácter geográfico y social, como se viene sugiriendo. Además,

podemos destacar lo siguiente: i) la posición sintáctico-pragmática preferente de estas partículas es la de final de (sub)acto, es decir, luego de un enunciado con sentido pleno; ii) el tipo de secuencia discursiva predominante en una intervención puede ser un factor para determinar el (los) subvalor(es) añadido(s) por lo que es frecuente en nuestra muestra que las secuencias argumentativas se relacionen tanto con el subvalor justificativo (reafirmación del propio discurso) como con el subvalor comprobativo de apelación a la opinión del oyente, mientras que las expositivas y de experiencia personal lo hagan, en primer lugar, con una función puramente fática y, en segundo lugar, con la subfunción estructuradora.

Segundo, en términos sociolingüísticos, el marcador que resultó ser más frecuente en el total de la muestra fue *¿no?*, ya que esta partícula es la primera mayoría en tres de las cuatro comunidades estudiadas con más del 65% de los casos. Por lo tanto, se verifica nuestra hipótesis que se refería a este marcador como el más frecuente de la muestra. Por su parte, sobre la incidencia general de las variables extralingüísticas consideradas, a saber, sexo-género, edad y nivel educativo de los sujetos de la muestra, podemos decir que las comunidades hispanohablantes relevadas tienen un comportamiento variado. De esta forma, en Santiago de Chile incide más la edad, en Ciudad de México y Málaga, el nivel educativo y en Madrid, la edad y el sexo-género. Por ende, aunque es más claro que el nivel educativo y la edad son más importantes que el sexo-género, nuestra hipótesis referida a la edad como la variable extralingüística más determinante para el empleo de este tipo de partículas se rechaza, ya que en cada comunidad son determinantes distintos factores sociodemográficos.

Sobre la distribución sociodemográfica del empleo de estas partículas en las variedades geográficas, en específico, puede indicarse lo siguiente. Primero, en Santiago de Chile, el marcador *¿cachái?* ostenta la primera opción en la frecuencia de uso mientras que *¿no?*, el marcador más frecuente en el total de la muestra de nuestro estudio es la última alternativa (al menos, de las consideradas para análisis sociolingüístico). Para el caso de la variable sexo-género, destaca el empleo masculino de este tipo de partículas. Asimismo, se verificó el empleo preferente de hombres de *¿cachái?* y *¿ya?* y el empleo más femenino de *¿ah?* y *¿no?* No obstante, esto no se corrobora por medio de las pruebas estadística inferencial. Por su parte, la variable etaria fue la más importante. De este modo, *¿cachái?* tiene un marcado uso juvenil y *¿ah?*, *¿ya?* y *¿no?* son empleados por hablantes de la tercera edad. Por otro

lado, el nivel educativo es un factor menos relevante que la edad en Santiago de Chile. Al respecto, *¿cachái?* se emplea con mayor frecuencia en hablantes de nivel educativo bajo mientras que *¿ya?* y *¿no?* son empleados por el grupo educativo más alto y *¿ah?*, por el grupo educativo medio.

En cuanto a Ciudad de México, la partícula *¿no?* es la más frecuente (y representa la cantidad más alta de casos de todas las comunidades estudiadas) y su empleo es mayor en hombres jóvenes de nivel de instrucción alto. Por su parte, *¿eh?* mostró la segunda preferencia (muy por debajo de *¿no?*) y es empleado con mayor intensidad por hombres de la tercera edad y de nivel educativo bajo. Por su parte, *¿verdad?* es la tercera opción de los hablantes mexicanos y es utilizado preferentemente por varones adultos (grupo etario 2) de nivel educativo bajo.

Por lo que refiere a la comunidad de Madrid, tal como sucede en Ciudad de México, *¿no?* es el marcador más frecuente. En específico, pareciera ser que, en Madrid, el sexo-género y la edad son más relevantes ya que en el caso del factor nivel educativo las tres variantes estudiadas muestran una distribución predominante en el nivel de escolaridad medio. Asimismo, destaca el empleo de varones adultos de nivel de escolaridad medio del marcador *¿no?*, la preponderancia de *¿eh?* en hombres de la tercera edad y de nivel educativo medio y la preferencia de *¿sabes?* en mujeres jóvenes de nivel educativo medio.

Con respecto a Málaga, *¿no?*, al igual que en Ciudad de México y Madrid, es la partícula más frecuente en esta comunidad. Además, se emplea por parte de mujeres jóvenes y de nivel educativo medio y alto (ambos niveles tienen más del 40% de la frecuencia). Por otro lado, *¿eh?* es más frecuente en hombres de la tercera edad y de nivel educativo alto. Por su parte, *¿sabes?* es mayoritario en mujeres de la tercera edad y de nivel educativo alto. Asimismo, *¿comprendes?* es más frecuente en hombres de la tercera edad y de nivel de escolaridad medio.

Tercero, la variable profesión se analizó con una metodología diferente. De este modo, la muestra se redujo a 12 de las 144 entrevistas, las que fueron divididas según la categorización de Sankoff y Laberge (1978), a saber, *zona profesional central* y *zona profesional periférica*. En el primer grupo, se ubican profesores/as y abogados/as, mientras que, en el segundo, lavandero, zapatero, yesero, entre otros oficios. Los hallazgos principales arrojan que la zona

profesional central emplea con mayor frecuencia los marcadores interrogativos de control de contacto lo cual puede indicar un estilo de conversación más *colaborativo* por parte de estos hablantes. Esto puede deberse a que las características de trabajos como el de profesor/a o abogado/a implican el empleo habitual y obligatorio de formas lingüísticas mayormente cotizadas en el *mercado lingüístico*.

Cuarto, en relación con la variable geográfica, que otorga el sentido dialectológico de nuestro estudio, se puede señalar lo siguiente. Las variedades geográficas relevadas muestran diferente preferencia en cuanto a las variantes de la función pragmática estudiada. En este sentido, *¿no?* es de uso panhispánico general ya que, por un lado, se emplea tanto en Santiago de Chile como en Ciudad de México, Madrid y Málaga (con distinta frecuencia de uso) mientras que, por otro lado, representa, en tres de las cuatro comunidades relevadas, la primera frecuencia de uso (Ciudad de México es la comunidad hispanohablante que más emplea esta partícula). Por otro lado, *¿eh?* es empleado frecuentemente por hablantes de Madrid, aunque también se registran casos relevantes tanto en Ciudad de México como Málaga. De forma parecida, *¿sabes?* también es empleado mayoritariamente en Madrid (con alrededor del 75% del total) mientras que *¿verdad?* es utilizado con intensidad por hablantes mexicanos (alrededor de 85% de las preferencias). Para el caso de *¿comprendes?*, aunque no se registra una gran cantidad de casos, lo común es que los hablantes de Málaga lo empleen en mayor medida. Por último, *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?* son utilizados solamente por hablantes de Santiago de Chile. Esta situación refleja que esta variedad, en comparación con el resto, tiende a emplear formas locales por sobre variantes panhispánicas como *¿no?* En definitiva, mientras *¿no?* y *¿eh?* parecen tener un comportamiento general más panhispánico y tienen un alcance geográfico más amplio (sobre todo *¿no?*), *¿sabes?* en Madrid, *¿verdad?* en Ciudad de México, *¿comprendes?* en Málaga y *¿cachái?*, *¿ah?* y *¿ya?*, en Santiago, son de uso más localizado. En definitiva, esto corrobora nuestra segunda hipótesis sobre la existencia de marcadores interrogativos de control de contacto “panhispánicos”, esto es, cuyo empleo es transversal a diferentes variedades en contraposición a otros de uso local.

Por otro lado, es justo indicar posibles limitaciones de nuestro estudio y sus hallazgos. En primer lugar, a mi parecer, aunque 144 entrevistas es un número bastante considerable para un estudio sociolingüístico que busque encontrar generalidades y diferencias dialectales en

el uso de marcadores discursivos, es probable que, como se abordaron 4 comunidades hispanohablantes, las 36 entrevistas semiestructuradas empleadas para cada comunidad no revelen todo el espectro de marcadores interrogativos de control de contacto de cada zona geográfica. En este sentido, es altamente probable que las diferencias en las frecuencias de uso y en las preferencias de los hablantes se modifique con la ampliación de la muestra. En segundo lugar, si bien nuestro objeto de estudio está muy presente y justificado en el tipo de método de levantamiento de datos, a saber, la entrevista semidirigida, considero que la conversación espontánea puede arrojar datos relevantes. Asimismo, en nuestro trabajo no se contempló al entrevistador como sujeto de estudio lo que también puede incidir en nuestra aproximación sociopragmática. El último punto que puede ser relevante en términos pragmáticos es la cuantificación de los subvalores de este tipo de partículas. En este sentido, cabe recordar que como este punto no fue contemplado en los objetivos de nuestro trabajo, no se realizaron conteos de frecuencias de cada subvalor asociado a cada variante de la función. De este modo, abordar aquello puede resultar interesante para trabajos posteriores.

De forma similar, en términos sociolingüísticos, aunque intentamos abarcar la mayor cantidad de variables extralingüísticas pertinentes a nuestra investigación, debido a los objetivos planteados, es probable que otras variables puedan tener un valor explicativo pertinente. Por ejemplo, una estratificación en niveles socioeconómicos puede complementar nuestras consideraciones acerca de la profesión y el nivel educativo de los hablantes, con el fin de ofrecer un panorama más completo de la distribución sociodemográfica. Asimismo, como se comentó anteriormente, para la variable profesión se emplearon considerablemente menos entrevistas. En este sentido, es preciso dejar constancia de que un trabajo posterior puede indicar resultados diferentes debido a esta limitación. No obstante, como esta es un área poco indagada y de la cual se tiene muy poca información o hallazgos, más que ofrecer datos y aseveraciones absolutas, buscamos contribuir con un aporte aproximativo a este nicho investigativo tan enriquecedor. Finalmente, como se explicó anteriormente, para la variable geográfica no se realizaron pruebas estadísticas de apoyo al análisis descriptivo de los resultados debido a la necesidad de acotar nuestra investigación. Al respecto, aunque no del todo importante, esto pudo ofrecer una mayor rigurosidad y confianza en los datos y las interpretaciones.

Finalmente, de la mano de estas limitaciones pueden esgrimirse proyecciones sobre temas que hayan quedado inconclusos o sobre aspectos relevantes que se pueden indagar de forma más pormenorizada. Primero, desde punto de vista pragmático, es posible proyectar un estudio que trate sobre cada subfunción (y sus variantes) de manera más específica. En este sentido, por ejemplo, consideramos que ciertas variantes cumplen roles pragmáticos similares y otras diferentes, lo cual puede contrastarse en un estudio. Por ejemplo, uno de los aspectos importantes es la similitud entre los comportamientos (y, es más, entre la distribución sociodemográfica también) de ¿ah? y ¿eh?, algo que no ha sido trabajado en la bibliografía especializada. Asimismo, también es proyectable realizar una investigación que analice la incidencia de los tipos de secuencias discursivas predominantes (argumentativos, narrativos, expositivos, etc.) y el tipo de temática de conversación (controversial v/s no controversial) puesto que nuestros resultados arrojan que estos aspectos son pertinentes en el empleo de marcadores interrogativos de control de contacto. En suma, por ejemplo, sería muy valioso un futuro estudio cuantitativo que permita confirmar con mayor certeza que los comprobativos y los justificativos se ligan con mayor fuerza a secuencias argumentativas, mientras que los que cumplen funciones como la estructuración del discurso lo hace con secuencias narrativas o expositivas.

En segundo lugar, en términos sociolingüísticos, es factible proyectar estudios que aborden las mismas (u otras) variedades geográficas, pero haciendo énfasis en una u otra variable extralingüística en particular. Por ejemplo, en cuanto a la variable etaria, consideramos que, habitualmente, el habla y el discurso de la tercera edad es un ámbito poco indagado. No obstante, nuestra tesis ha arrojado resultados muy interesantes sobre este grupo etario: los hablantes de edad más avanzada tienden a emplear marcadores interrogativos de control de contacto en su función justificativa (con o sin efecto intensificador), esto es, en el rol de reafirmar su propio discurso. Es más, estos mismos hablantes, en la mayoría de las comunidades, emplean en menor medida este tipo de recursos discursivos, lo cual puede analizarse desde varios puntos de vista interesantes como la sociolingüística cognitiva. Asimismo, tal como comentábamos para el caso de la variable profesión, esta es un área poca analizada por los especialistas. Al respecto, lo que ha facultado esta situación es, entre otras cosas, la resistencia que opone esta variable a ser categorizada por separado de la clase social. Sin embargo, los resultados tentativos que indicaron nuestros datos sugieren que este es un

ámbito muy favorable de estudiar puesto que, al parecer, la producción de estas partículas (y posiblemente, de otros tipos de marcadores también) se ve condicionada por el tipo de profesión, ocupación u oficio de los hablantes. Sobre esto, creemos que las mayores diferencias pueden encontrarse al comparar oficios donde el uso del lenguaje (y de las formas lingüísticas estándares) sea casi nulo, en contraposición con trabajos en donde sea obligatorio y muy cotidiano emplear lenguaje y formas del estándar de la lengua.

En definitiva, nuestros resultados dejan aspectos interesantes por considerar. De esta forma, concluimos nuestro estudio recordando que hemos intentado ser un aporte para los estudios de sociolingüística, pragmática y dialectología, en particular, lo que marcadores discursivos se refiere. De este modo, esperamos que nuestros hallazgos puedan contribuir tanto al estudio teórico como práctico de nuestra lengua, es decir, a la ejecución de un posible diccionario de usos de este tipo de marcadores o al mapeo de un eventual atlas de marcadores discursivos del español. Por último, desde un punto de vista práctico, nuestra esperanza es que nuestros datos puedan aportar en el campo de la enseñanza de la lengua española como segunda lengua o lengua extranjera por medio de la realización de futuros estudios de caracterización tanto del español hablado general como de las distintas variedades geográficas de nuestra lengua.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adam, Jean Michael. 1992. *Les textes: types et prototypes*. Paris: Nathan
- Albelda, Marta y Cestero, Ana María. 2011. De nuevo sobre los procedimientos de atenuación lingüística. *Español Actual*, vol. 96: 11-42.
- _____. 2012. La atenuación lingüística como fenómeno variable. *Oralia*, vol. 15: 77-124.
- Albelda, Marta; Cestero, Ana María; Guerrero, Silvana, y Samper, José Antonio. 2020. Variación sociopragmática y geolectal en el uso de atenuación. *Lengua y Habla*, vol. 24: 1-53.
- Alonso, Luis. 2002. Los mercados lingüísticos o el muy particular análisis sociológico de los discursos de Pierre Bourdieu. *Estudios de sociolingüística: Linguas, sociedades e culturas*, 3(1), 111-132.
- Andersen, Gisle. 2001. *Pragmatic Markers and Sociolinguistic Variation*. Amsterdam: John Benjamins Publishing.
- Ávila Muñoz, Antonio; Lasarte Cervantes, María de la Cruz; Villena Ponsoda, Juan Andrés (eds.). 2008. *El español hablado en Málaga II. Corpus oral para su estudio sociolingüístico. Nivel de estudios medio*. Málaga: Sarriá.
- Aschenberg, Heidi, y Loureda Lamas, Óscar. 2011. *Marcadores del discurso: de la descripción a la definición*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/ Vervuert.
- Bernstein, Basil. 1965. A sociolingüistic approach to social learning. En Gould, Julius. *Penguin Survey of the Social Sciences*, pp. 68-144. Londres: Penguin Books.
- Bentivoglio, Paola y Sedano, Mercedes. 1993. Investigación sociolingüística: sus métodos aplicados a una experiencia venezolana. *Boletín de Lingüística*. 8: 3-35.
- Biber, Douglas. 1985. Investigating macroscopic textual variation through multifeatured/multidimensional analyses. *Linguistics*, 23: 337-360.
- Blas Arroyo, José Luis. 2005. *Sociolingüística del español*. Madrid: Cátedra.

- Block, David. 2012. Class and second language acquisition research. *Language Teaching Research*, 16: 188–205.
- _____. 2014. *Social class in applied linguistics*. London, UK: Routledge.
- _____. 2015. Social Class in Applied Linguistics. *Annual Review of Applied Linguistics*, 35: 1-19.
- Boretti, Susana. 1999. A proposito de ¿me entendés? en el español de la Argentina. *Oralia*, 2: 139-154.
- Bourdieu, Pierre. 1985. *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- Bravo, Diana. 2009. Pragmática, sociopragmática y pragmática sociocultural del discurso de la cortesía: una introducción. En Diana Bravo, Nieves Hernández Flores, Ariel Cordisco, *Aportes pragmáticos, sociopragmáticos y socioculturales a los estudios de la cortesía en español*, Buenos Aires: Dunken: 219-249.
- Brinker, Klaus. 1988. *Linguistische Textanalyse*. Berlin: E. Schmidt.
- Briz Gómez, Antonio. 1998. *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatogramática*. Barcelona: Ariel.
- _____. 2010. La cortesía al hablar español. *III Jornadas de Formación de Profesores de ELE en China*. Suplementos SinoELE 3.
- _____. 2001. *El español coloquial en la conversación: esbozo de pragmatogramática*. Barcelona: Ariel.
- Briz Gómez, Antonio, y Marta Albelda Marco. 2013. Una propuesta teórica y metodológica de la atenuación lingüística en español y portugués: la base de un proyecto en común (ES.POR.ATENUACIÓN). *Onomázein* 28: 288-319.
- Briz Gómez, Antonio; Pons Bordería, Salvador y Portolés Lázaro, José (coords.). 2008. *Diccionario de partículas discursivas del español*. <http://www.dpde.es/>. (Consultado en agosto 2019).

- Briz Gómez, Antonio., y Pons Bordería, Salvador. 2010. Unidades, marcadores discursivos y posición. Los estudios sobre marcadores del discurso, hoy, pp. 327-358. En: Loureda, Óscar, y Acín, Esperanza. 2010. *Los estudios sobre marcadores del discurso en español, hoy*. España: Arco/Libros.
- Brown, Penelope. y Levinson, Stephen. 1987. *Politeness. Some universals in language use*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Carbonero, Pedro y Juana Santana. 2010. Marcadores del discurso, variación dialectal y variación social. En Loureda, Óscar y Acín, Esperanza (coords.). *Los estudios sobre marcadores del discurso en español, hoy*, pp. 497-521. España: Arco/Libros.
- Casado, Manuel. 1993. *Introducción a la gramática del texto en español*. Madrid: Arco Libros.
- Cestero Mancera, Ana María. 2003. El funcionamiento de los recursos lingüísticos de llamada de atención al interlocutor en la conversación y en el discurso académico. *Pragmalingüística*, 10-11: 51-94.
- _____. 2019. Apéndices interrogativos de control de contacto: estudio sociolingüístico. *Cuadernos de Lingüística de El Colegio de México*, 6(1): 1-65.
- Cestero, Ana María, Isabel Molina y Florentino Paredes. 2012. *La lengua hablada en Madrid. Corpus PRESEEA-MADRID (distrito de Salamanca). I. Hablantes de Instrucción Superior*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- Cestero Mancera, Ana María, Molina Martos, Isabel y Paredes García, Florentino. *Patrones sociolingüísticos de Madrid*. Bern: Peter Lang, 2015.
- Charadeau, Patrick. 2004. "La problemática de los géneros. De la situación a la construcción textual". *Signos* 37(56): 23-39.
- Cheshire, Jenny. 2002. Sex and gender in variationist research. En Jack K. Chambers et al. (eds.), pp. 423-443.

- Company, Concepción. 2004. ¿Gramaticalización o desgramaticalización? Reanálisis y subjetivación de verbos como marcadores discursivos en la historia del español. *Revista de filología española*, 84, 26-66.
- Coates, Jennifer. 2009. *Mujeres, hombres y lenguaje. Un acercamiento sociolingüístico a las diferencias de género*. Estados Unidos: Fondo de Cultura Económica.
- Cortés, Luis. 1998. *Marcadores del discurso y análisis cuantitativo*. En María Martín Zorraquino y Estrella Durán (coords.), 143-160.
- Cortés, Luis y María Camacho. 2005. *Unidades de segmentación y marcadores del discurso*. Madrid: Arco/Libros.
- Eckert, Penelope y McConnell-Ginet, Sally. 2013. *Language and gender*. Cambridge University Press.
- Eggins, Suzanne y Martin, James. 2003. El contexto como género: una perspectiva lingüística funcional. *Signos* 36(54): 185-205.
- Félix-Brasdefer, Julio César. 2011. Cortesía, prosodia y variación pragmática en las peticiones de estudiantes universitarios mexicanos y dominicanos. En García y Placencia, *Estudios de variación pragmática en español*. Buenos Aires: Dunken, 57-86.
- Foolen, Ad. 2011. Pragmatic markers in a sociopragmatic perspective." *Pragmatics of society. De Gruyter Mouton*: 217-242.
- Franulic, Soledad. 2015. Por un análisis feminista del discurso desde la diferencia sexual. *Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso* 15 (1): 7-22.
- Fuentes, Catalina. 2009. *Diccionario de conectores y operadores del español*. Arco/Libros.
- Fuentes Rodríguez, Catalina y Brenes Peña, Ester. 2014. Apéndices apelativos en el lenguaje parlamentario andaluz: variación pragmática. *Oralia* 17: 181–209.
- Fuentes, Catalina, María Elena Placencia y María Palma-Fahey. (2016). Regional pragmatic variation in the use of the discourse marker *pues* in informal talk among university

- students in Quito (Ecuador), Santiago (Chile) and Seville (Spain). *Journal of Pragmatics*, 97, 74-92.
- Galué, Dexy. 2002. Marcadores conversacionales: un análisis pragmático. *Boletín de Lingüística*, 18: 27-48.
- García, Alba. 2016. Marcadores discursivos indicadores de cortesía de la variedad mexicana. Un enfoque pluricéntrico para su enseñanza en ELE. *EuroAmerican Journal of Applied Linguistics and Languages*, 3(1): 23-42.
- García Marcos, Francisco. 2015. *Sociolingüística*. Madrid: Síntesis.
- García Vizcaíno, María José. 2005. El uso de los apéndices modalizadores ¿no? y ¿eh? en español peninsular. En L. Sayahi y M. Westmoreland (Eds.), *Selected Proceedings of the Second Workshop on Spanish Sociolinguistics. Cascadilla Proceedings Project Somerville, MA*. Recuperado de: <http://www.lingref.com/cpp/wss/2/paper1143.pdf>.
- García, Carmen y Placencia, María Elena. (2011). Estudios de variación pragmática (sub)regional en español: visión panorámica. En García, Carmen y María Elena Placencia (ed.). *Estudios de variación pragmática en español*. Dunken: Buenos Aires, 29-54.
- Gille, Johan. 2015. Los apéndices conversacionales en la argumentación: el caso de ¿cachái? En Engwall, Gunnel y Fant, Lars (Eds.), *Festival Romanística 1, Stockholm Studies in Romance Languages*, *Stockholm: Stockholm University Press*: 239-258.
- Goffman, Erving. 1959. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrurtu Eds., 1987.
- González, Carlos; Meneses, Alejandra y Unda, Viviana. 2000. Análisis de la relación entre estructuras sintácticas y marcadores discursivos en la conversación semiespontánea de adolescentes santiaguinos. Formulación de un proyecto de investigación. *Onomazein*, 5: 333-346.
- Guillén, Rosario. 1992. Una cuestión de fonosintaxis: realización en andaluz de la /s/ final de palabra seguida de vocal. *Anuario de Estudios Filológicos* 15: 135-153.

- Guirado, Kristel. 2015. Marcadores discursivos de Caracas, en A. Valencia y A. Viguera (coords.). *Más sobre marcadores hispánicos. Usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta*. Universidad Nacional Autónoma de México, 69-122.
- Gutiérrez, Carolina. 2011. Variación y cambio pragmático en el español de los cubanos en Miami: el efecto de la generación en el discurso bilingüe. En García, Carmen y Placencia, María *Estudios de variación pragmática en español*, Durken: Buenos Aires, 167-183.
- Heine, Bernd. 2003. Grammaticalization. En: Brian D. Joseph, Richard D. Janda, *The handbook of historical linguistics*, pp. 573-601. Blackwell publishing, usa.
- Heinemann, Wolfgang y Viehweger, Dieter. 1991. *Textlinguistik. Eine Einführung*. Tübingen:Niemeyer.
- Hernández Cabrera, Clara Eugenia. 2015. Marcadores discursivos de Las Palmas de Gran Canaria. En A. Valencia y A. Viguera (coords.). *Más sobre marcadores hispánicos. Usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta*. Universidad Nacional Autónoma de México, 257-301.
- Hernández Campoy, Juan Manuel y Almeida, Manuel. 2005. *Metodología de la investigación sociolingüística*, Málaga, Comares.
- Hymes, Dell Hathaway. 1971. Acerca de la competencia comunicativa. En Llobera, M. et al. (1995). *Competencia comunicativa. Documentos básicos en la enseñanza de lenguas extranjeras*. Madrid: Edelsa.
- Jorgensen, Annette. 2012. El marcador pragmático ‘como’ en el lenguaje juvenil español y chileno. *Foro Hispánico: revista hispánica de Flandes y Holanda* 44: 209-231.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine. 1986. *L'implicite*. París: Armand Colin.
- Landone, Elena. 2010. *Los marcadores del discurso y cortesía verbal en español*. Berna: Peter Lang. <https://doi.org/10.3726/978-3-0351-0103-4>
- Labov, William. 1966. *The social stratification of English in New York City, Washington D.C.* Center for Applied Linguistics.

- _____. 1983. *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, Robin. 1975. *Language and woman's place*. New York, Harper and Row Publishers.
- Lewis Vergara, Eileen, y San Martín Núñez, Abelardo. 2018. ¿Cachái? y sus equivalentes funcionales en el habla santiaguina: análisis pragmático y sociolingüístico de los marcadores interrogativos de control de contacto. *Literatura y lingüística* 37: 301-327.
- Loureda, Óscar. 2003. *Introducción a la tipología textual*. Madrid: Arco Libros.
- Loureda, Óscar, y Acín, Esperanza. 2010. *Los estudios sobre marcadores del discurso en español, hoy*. España: Arco/Libros.
- López Morales, Humberto. 1983. *Introducción a la lingüística actual*. Madrid: Playor.
- _____. 2004. *Sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- _____. 2015. *Sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- Mafud González, Ana María y Perdomo Carmona, Marialys. 2015. Marcadores discursivos de La Habana. En A. Valencia y A. Viguera (coords.). *Más sobre marcadores hispánicos. Usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta*. Universidad Nacional Autónoma de México, 207-255.
- Margarit Segura, Daisy y Bijit Abde, Karina. 2014. Barrios y población de inmigrantes: el caso de la comuna de Santiago. *Revista INVI*, 29: 19-77.
- Martín Butragueño, Pedro; Lastra, Yolanda (coords.). 2011-2015. *Corpus sociolingüístico de la Ciudad de México (CSCM)*. 1a. ed. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Martín Zorraquino, María Antonia y Portolés Lázaro, José. 1999. Los marcadores del discurso. En Ignacio Bosque y Violeta Demonte (eds.), pp. 4051-4207.
- Mederos, Humberto. 1988. *Procedimientos de cohesión en el español actual*. Santa Cruz de Tenerife: Excmo. Cabildo Insular de Tenerife.
- Mocero, Leticia. 2010. Las preguntas confirmatorias como indicadores de posicionamiento intersubjetivo. *Estudios Filológicos*, 45: 67-78.

- Molina Martos, Isabel. 2005. La moda del ¿sabes? en Madrid: un análisis sociolingüístico. *Filología y lingüística: estudios ofrecidos a Antonio Quilis* 1: 1045-1056.
- _____. 2017. El apéndice interrogativo ¿sabes? y su doble difusión en la estructura social de la periferia de Madrid (Vallecas). *LinRed Monográfico XV.1*. 1–17.
- Mondaca, Lissette; Andrea Méndez y Marcela Rivadeneira. 2014. “No es muletilla, es marcador, ¿cachái?”. Análisis de la función pragmática del marcador discursivo conversacional *cachái* en el español de Chile. *Literatura y Lingüística* 32: 233-258.
- Montecino, Lesmer. 2004. Estrategias de intensificación y de Atenuación en la conversación coloquial De jóvenes chilenos. *Onomazein*: 9-32.
- Moreno Fernández, Francisco. 1998. La variación sociolingüística. Las variables sociales. En: *Principios de Sociolingüística y sociología del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- _____. 2006. Información básica sobre el «proyecto para el estudio sociolingüístico del Español de España y de América» - PRESEEA (1996 - 2010) *Revista Española de Lingüística (RSEL)*, 36: 385-391.
- _____. 2009. *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. Barcelona: Ariel.
- Moreno Fernández, Francisco y Álvarez Mella. 2019. Muestra cartográfica de las migraciones hispánicas. En Moreno Fernández, Francisco (coord.). *El español, lengua migratoria*. *Archi-letras Científica*, 2: 353-377.
- Olivares Cifuentes, Javiera. 2019. Análisis pragmático y sociolingüístico del marcador interrogativo de control de contacto ¿no es cierto? y sus variantes en el corpus PRESEEA. Tesis para optar al grado de Licenciada en Lengua y Literatura Hispánica mención Lingüística. Universidad de Chile.
- Orozco, Leonor. 2014. El empleo de ¿no?, ¿eh? y ¿verdad? en situación de entrevista sociolingüística. En Pedro Martín Butragueño y Leonor Orozco (eds.), pp. 643-668.

- Panussis, Constanza, San Martín, Abelardo. 2017. Como (que) y sus funciones discursivas en el habla santiaguina: análisis pragmático y sociolingüístico. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada Concepción (Chile)*, 55 (2): 30-61.
- Penny, Ralph. 2004. *Variación y cambio en español*. Madrid: Gredos.
- Placencia, María Elena. (2011). Regional pragmatic variation. En Gisle Andersen y Karin Aijmer (eds.). *Pragmatics of Society*. Berlin: De Gruyter Mouton, 79-113.
- PRESEEA. 2003. Metodología del "Proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y de América" [en línea]. Disponible en <http://preseea.linguas.net/Portals/0/Metodologia/METODOLOG%C3%8DA%20PRESEEA.pdf> . [Consulta 4/8/2019].
- Prieto, Luis. 1995-1996. Análisis sociolingüístico del dequeísmo en el habla de Santiago de Chile. *BFUCh*, 35: 379-452.
- Poblete, María Teresa. 1997. Los marcadores discursivo-conversacionales en la construcción del texto oral, *Onomazein*, 2: 67-81.
- Portolés, José. 1998. *Marcadores del discurso*. Barcelona, España: Ariel.
- _____. 2001. *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel.
- _____. 2005. Marcadores del discurso y metarrepresentación. En M. Casado, O. Loureda, R. González, *Estudios sobre lo metalingüístico (en español)*. Berna, Suiza: Peter Lang, 25-46.
- Rabanales, Ambrosio. y Contreras, Lidia. 1995. Las muletillas en el habla culta de Santiago de Chile. En *Scripta Philologica in honorem Juan M. Lope Blanch*. México: UNAM, 2: 673-744.
- Ramírez Bravo, Roberto. 2019. Los marcadores discursivos pero y ¿no? en el habla surandina de Nariño, Colombia. *Folios*, 50: 65-82.
- Rivera Garretas, María-Milagros. 1994. *Nombrar el mundo en femenino*. Barcelona: Icaria.

- Rodríguez Muñoz, Francisco. 2009. Estudio sobre las funciones pragmadiscursivas de ¿no? y ¿eh? en el español hablado. *RLA. Revista de Lingüística Teórica y Aplicada Concepción (Chile)*, 47: 83-101.
- Samper, José Antonio. 1990. *Estudio sociolingüístico del español de Las Palmas de Gran Canaria. Prólogo de Humberto López Morales*, Las Palmas de Gran Canaria, La Caja de Canarias.
- Samper, José Antonio; Hernández Cabrera, Clara y Troya, Magnolia. 1998. *Macrocorpus para el estudio de la norma lingüística culta de las principales ciudades del mundo hispánico*. Las Palmas de Gran Canaria. Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- _____. 2005. Macrocorpus para el estudio de la norma lingüística culta. *Oralia*, 8, 105-122.
- Sandoval Cárcamo, Jorge. 2019. La variación sociopragmática regional de los marcadores de control de contacto en el Corpus PRESEEA. Manuscrito inédito. Escuela de Postgrado. Facultad de Filosofía y Humanidades. Magíster en Lingüística Española.
- Sandoval Cárcamo, Jorge y San Martín Núñez, Abelardo. 2020. Los modalizadores de atenuación como (que), igual, medio/a, de repente y capaz (que) en el habla santiaguina: análisis pragmático y sociolingüístico. *Nueva Revista del Pacífico* 72: 136-162.
- Sankoff, David y Laberge, Suzanne. 1978. The Linguistic Market and the Statistical Explanation of Variability. En Sankoff, David (ed.). *Linguistic Variation: Models and Methods*, pp. 239 – 250. New York: Academic Press.
- Santana Marrero, Juana. 2015. Marcadores discursivos de Sevilla. En Valencia y Vigueras (coords.) *Más sobre marcadores hispánicos, usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta*, pp. 443-490. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- _____. 2017. Marcadores interrogativos de interacción conversacional en la norma culta hispánica. En Academia Boliviana de la Lengua. *90 años de la Academia Boliviana de la Lengua*, pp. 232–286. La Paz: Bolivia.
- _____. 2019. Apéndices interrogativos en el habla de Sevilla: un estudio en tiempo real. Itinerarios. *Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos*, 29: 295-316.
- Santana Marrero, Juana y Borzi, Claudia. 2020. Marcadores del discurso en la norma culta de Buenos Aires y de Sevilla: estudio contrastivo. *Philologica Canariensia* 26: 56-79.
- San Martín Núñez, Abelardo. 2011. Los marcadores interrogativos de control de contacto en el corpus PRESEEA de Santiago de Chile. *Boletín de Filología* 46 (2): 135–166.
- _____. 2015. Variantes y equivalentes funcionales de al final: los reformuladores de recapitulación en el habla santiaguina. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada* 53 (2): 97-119.
- _____. 2020. Por último como operador argumentativo en español: función pragmática y variación regional con datos del corpus PRESEEA. *RLA. Revista de lingüística teórica y aplicada*, 58.2: 93-116.
- San Martín, Abelardo y Guerrero, Silvana. 2015. Estudio sociolingüístico del español de Chile (ESECH): recogida y estratificación del corpus de Santiago. *Boletín de Filología*, L (1): 221-247.
- Schneider Klaus y Barron Anne (eds.). 2008. Variational pragmatics: A focus on regional varieties in pluricentric languages. Vol. 178. John Benjamins Publishing.
- Serrano, María José. 2008. El rol de la variable sexo o género en sociolingüística: ¿diferencia, dominio o interacción? *Boletín de Filología*, 43 (1): 175-192.
- Silva-Corvalán, Carmen. 2001. (2001), *Sociolingüística y Pragmática del Español*. Washington D.C., Georgetown University Press.
- Silva-Corvalán, Carmen y Enrique Arias, Andrés. 2017. *Sociolingüística y pragmática del español*. Washington: Georgetown University Press.
- Toniolo, María Teresa y Zurita, María Elisa. 2015. Marcadores discursivos de Córdoba, Argentina. En A. Valencia y A. Viguera (coords.). *Más sobre marcadores*

- hispanicos. Usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta.* Universidad Nacional Autónoma de México, 123-208.
- Trudgill, Peter y Hernández Campoy, Juan Manuel. 2007. *Diccionario de sociolingüística.* Madrid: Gredos.
- Urzúa-Carmona, Paula. 2006. El verbo “cachar” en el español coloquial de Chile. *Onomázein*, 13: 97–107.
- Valencia, Alba. 2015. Marcadores discursivos de Santiago de Chile, en A. Valencia y A. Viguera (coords.): *Más sobre marcadores hispanicos. Usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta.* Universidad Nacional Autónoma de México, 377-441.
- Valencia Alba y Viguera Alejandra (coords.). 2015. *Más sobre marcadores hispanicos. Usos de España y América en el corpus de estudio de la norma culta.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Véliz, Mónica. 2004. Procesamiento de estructuras sintácticas complejas en adultos mayores y adultos jóvenes. *Estudios filológicos*, 29: 65-81
- Verschueren, Jef. 2002. *Para entender la pragmática.* Madrid, Gredos.